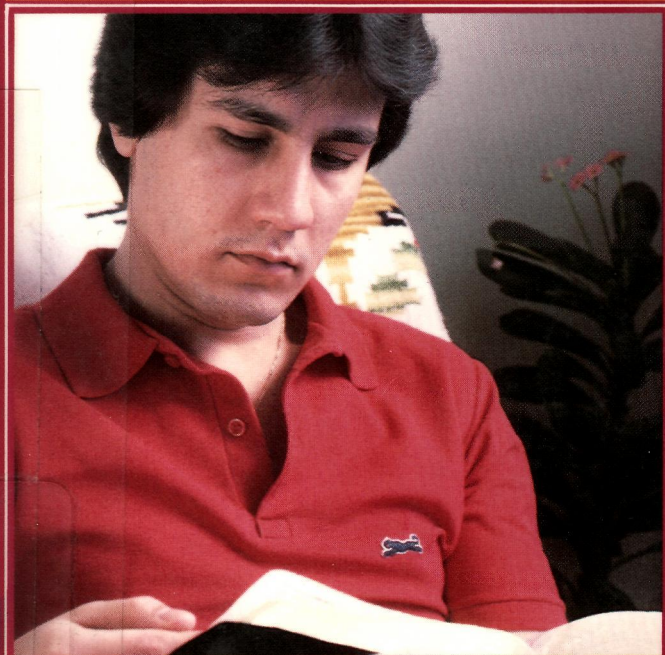


La necesidad en el día de hoy no es de un número mayor de personas inteligentes o dotadas, sino de una vida espiritual profunda.

Alabanza a la Disciplina



RICHARD J. FOSTER

Alabanza a la Disciplina

Uno de los pináculos en la vida cristiana es el momento en el cual Cristo nos lleva a conocerle a él en una manera profunda y radicalmente renovadora.

Pero ¿qué es lo que viene después?

¿Cómo puede un cristiano desarrollar esta experiencia incomparable en un estilo de vida que dé abundante fruto espiritual?

El autor nos guía hacia una senda sólida y provechosa que nos conducirá a una vida íntima más profunda y llena de un gozo arrollador.

Foster, ubica esta senda en disciplinas espirituales clásicas tales como:

- *la meditación*
- *la sencillez*
- *la confesión*
- *la oración*
- *el retiro*
- *la adoración*
- *el ayuno*
- *la sumisión*
- *la guianza*
- *el estudio*
- *el servicio*
- *el gozo*

Cada una de estas disciplinas nos libertará de hábitos superficiales que nos han distanciado de Dios. Nos llevarán a una vida de libertad y reposo, con gozo y cántico; a la vez que nos convertimos en el pueblo que queremos ser — el pueblo que Dios quiso que fuéramos.

En un tiempo de indisciplina, y ante los fundamentos corruptos de la sociedad; he aquí un libro con esperanza para todos los que estén dispuestos a aceptar el reto y la responsabilidad en sus vidas y acciones.

EDITORIAL  BETANIA

ISBN 0-88113-012-5

Alabanza
a la
Disciplina

Alabanza
a la
Disciplina

RICHARD J. FOSTER

 EDITORIAL BETANIA

DEDICATORIA

EX LIBRIS ELTROPICAL

Versión castellana:
M. Francisco Liévano R.

Copyright © 1986 por la Editorial Betania
Calle 13 S.O. 824, Cappara Terrace
Puerto Rico 00921

Correspondencia:
Editorial Betania
5541 N.W. 82nd Ave.
Miami, FL 33166

Todos los derechos reservados

Prohibida la reproducción total o parcial, ya sea mimeografiado
o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la
Editorial Betania.

Publicado originalmente en inglés con el título de
CELEBRATION OF DISCIPLINE
Copyright © 1978 por Richard J. Foster
Publicado por Harper & Row Publishers, Inc.
New York, NY 10022

ISBN 0-88113-012-5

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas
fueron tomadas de la Versión Reina-Valera, revisión de 1960.

A Carolynn, mi esposa,
quien me aconseja,
me acompaña y me anima.

RECONOCIMIENTO

Los libros se escriben mejor en comunidad. Tengo una profunda deuda con aquellos cuyas vidas rodearon la mía y dieron sustancia a las ideas de este libro. A través de la amistad y la enseñanza de Dallas Willard comprendí por primera vez el significado y la necesidad de las disciplinas espirituales. Durante más de cuatro años, él fue mi mentor en estas disciplinas. Su vida es la encarnación de los principios que aparecen en este libro.

Debo mucho a Bess Bulgin, quien detenidamente y con oración leyó cada línea de este libro muchas veces. El concepto que ella tiene del ritmo ha incrementado la facilidad para leerlo. Ken Boyce y su esposa Doris me ayudaron más de lo que ellos jamás comprenderán por medio de su constante ánimo y entusiasmo. Connie Varce es la secretaria administrativa más excelente de cualquier parte. La ayuda de ella en la copia mecanográfica, en lo que se refiere a la Gramática y al optimismo, agregó mucho a esta obra. Mary Myton trabajó interminablemente tanto en el borrador como en el manuscrito final. Stan Thornburg, con sus palabras y con su vida, me enseñó la disciplina del servicio. Rachel Hinshaw me ofreció bondadosamente sus capacidades como correctora de galeras profesional. Quiero expresar mi gratitud especialmente a la Iglesia de los Amigos de Newberg por concederme el tiempo para escribir los capítulos finales de este libro, y destacar particularmente la colaboración de Ron Woodward, cuya carga pastoral aumentó

por necesidad, mientras la mía decreció.

Mis hijos, Joel y Nathan, fueron increíblemente pacientes. Me permitieron el ausentarme de los juegos y no narrarles las historias en más de una ocasión. Al terminar este libro, vuelvo a tener el gozo de asistir a los juegos y narrarles las historias.

PREFACIO

Hay muchos libros relacionados con la vida espiritual, pero no hay muchos que combinen la originalidad real con la integridad intelectual. Esa es precisamente la combinación que ha podido producir el doctor Richard Foster. Como el autor está versado en los clásicos de la vida devota, nos ha entregado un estudio consciente que, por sí solo, pudiera tener valor para un largo tiempo. Aunque este volumen expresa que el autor está en deuda con los clásicos en devociones, no se refiere a ellos; es, más bien, una obra genuinamente original.

Lo que de una vez nos sorprende es el carácter amplio de esta empresa. Muchos libros contemporáneos se refieren a aspectos particulares de la vida espiritual, pero éste es diferente por cuanto se refiere a una asombrosa variedad de temas importantes. Y gran parte de la frescura en el tratamiento de estos temas surge de la osadía. El autor se ha empeñado en examinar los más amplios aspectos de la experiencia, desde la confesión hasta la sencillez y el gozo. Puesto que el producto terminado es el resultado de amplias lecturas y de detenida meditación, este libro no es de aquella clase que se puede leer rápidamente y sin prestarle interés.

Las fuentes de discernimiento son variadas. Las principales son las Sagradas Escrituras y los *clásicos* reconocidos de la vida devota; pero éstas no son las únicas fuentes de las cuales se nutre el autor. El lector cuidadoso reconoce pronto que el autor ha tenido también en cuenta a los pensadores seculares. En vista

de que el autor es “cuáquero” (miembro de una denominación religiosa esparcida principalmente en Inglaterra y los Estados Unidos), no debe sorprendernos el hecho de que sean prominentes las contribuciones de los escritores cuáqueros clásicos. Entre éstos se incluyen George Fox, John Woolman, Hannah Whitall Smith, Thomas Kelly y muchos más. El propósito de este enfoque no es sectario sino genuinamente ecuménico, ya que los discernimientos importantes nunca deben limitarse al grupo del cual surgen. En consecuencia, lo que se nos da es un ejemplo de la participación.

El tratamiento que se da a la disciplina de la sencillez es especialmente valioso, en parte, por cuanto no es sencillo. En realidad, los diez “principios controladores” relacionados con la sencillez, y que se explican en el capítulo 6 de este libro, son en sí mismos suficientes para elaborar otro libro sobre la vida espiritual. Aunque los diez principios que allí se enuncian están arraigados en la sabiduría antigua, se expresan en forma sorprendentemente contemporánea.

El autor entiende muy bien que el hincapié en la sencillez puede convertirse en una trampa. Este es el motivo por el cual él no se conforma con nada tan obvio como la adopción de una ropa sencilla, aunque puede decir claramente: “Suspende las modas. Compra sólo lo que necesitas”. Esta es una proposición radical que, si se adoptara ampliamente, traería gran libertad a las personas que son víctimas de los promotores, comerciales especialmente los de la televisión. Si un considerable número de personas obedecieran el tajante mandamiento: “Deje de acumular riquezas”, se produciría una genuina revolución cultural.

Los mayores problemas de nuestro tiempo no son los tecnológicos. Estos los podemos manejar bastante bien. Tampoco son los políticos o los económicos, pues las dificultades que se producen en estos campos, aunque sean intensas, en gran parte son derivadas. Los mayores problemas son morales y espirituales y, a menos que podamos progresar algo en estos aspectos, tal vez ni siquiera podamos sobrevivir. Así fue como declinaron las culturas avanzadas del tiempo antiguo. Por este motivo,

recibo con mucho gusto una obra realmente madura que se refiere al cultivo de la vida del espíritu.

D. Elton Trueblood

INDICE

1. Las disciplinas espirituales: Puerta a la liberación . . .	15
<i>Primera parte: Las disciplinas internas</i>	26
2. La meditación	27
3. La oración	46
4. El ayuno	59
5. El estudio	74
<i>Segunda parte: Las disciplinas externas</i>	90
6. La sencillez	91
7. El retiro	108
8. La sumisión	123
9. El servicio	140
<i>Tercera parte: Las disciplinas colectivas</i>	156
10. La confesión	157
11. La adoración	172
12. La búsqueda de asesoramiento	186
13. Del gozo	202
Referencias bibliográficas	213

1. LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: PUERTA A LA LIBERACION

Yo paso por la vida como un transeúnte que se dirige a la eternidad, hecho a la imagen de Dios, pero con esa imagen degradada, que necesita que se le enseñe a meditar, a adorar, a pensar. —Donald Coggan, Arzobispo de Canterbury

La superficialidad es la maldición de nuestra era. La doctrina de la satisfacción inmediata es el principal problema espiritual. Lo que hoy se necesita desesperadamente no es un número mayor de personas inteligentes, ni de personas de talento, sino de personas de vida espiritual profunda.

Las disciplinas clásicas* de la vida espiritual nos llaman a movernos más allá de la vida superficial hacia las profundidades. Nos invitan a explorar las profundas cavernas del reino espiritual. Nos instan a que seamos la respuesta para un mundo vano. John Woolman aconsejó: “Es bueno que vivas profundamente, que puedas sentir y entender el espíritu de las personas”.¹

No tenemos que dejarnos convencer de que estas disciplinas sean para los gigantes espirituales y que, por tanto, están fuera de nuestro alcance; o para las personas contemplativas, que dedican todo su tiempo a la oración y a la meditación. Todo lo contrario. Dios tiene el propósito de que las disciplinas de la vida espiritual sean para los seres humanos ordinarios: para los que trabajan, los que cuidan niños, los que tienen que lavar platos y podar el césped. De hecho, las disciplinas se ejercitan

*Tal vez te preguntes por qué se dice que las disciplinas que se tratan en este libro son “clásicas”. No son clásicas por el sólo hecho de que son antiguas, aunque personas sinceras las han practicado a través de los siglos. Son clásicas porque son *esenciales* para la experiencia cristiana. En alguna forma, todos los maestros de la vida devota han afirmado la necesidad de estas disciplinas.

de la mejor manera en medio de nuestras actividades normales diarias. Si han de producir algún efecto transformador, éste debe hallarse en las conyunturas ordinarias de la vida humana: en nuestras relaciones con el cónyuge, con nuestros hermanos, con nuestros amigos y vecinos.

Tampoco debiéramos pensar que las disciplinas espirituales son una insípida práctica monótona que tiene el propósito de exterminar la risa de sobre la faz de la tierra. El gozo es la nota clave de todas las disciplinas. El propósito de las disciplinas es liberar al hombre de la sofocante esclavitud a que está sometido: la esclavitud del egoísmo y del temor. Difícilmente pudiera decirse que aquello que libera al hombre interior de todo lo que lo ata es una insípida práctica monótona. El canto, la danza y hasta el grito son acciones que caracterizan las disciplinas de la vida espiritual.

En un sentido importante, las disciplinas espirituales no son difíciles.* No necesitamos estar bien avanzados en teología para practicar estas disciplinas. Los recién convertidos —y aun las personas que no han entregado su vida a Cristo— debieran practicarlas. El requisito principal es tener anhelo de Dios. El salmista escribió: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo” (Salmos 42:1, 2a).

A los principiantes se les da la bienvenida. Yo también soy un principiante, *especialmente* luego de unos cuantos años de estar practicando todas las disciplinas que se explican en este libro. Estoy de acuerdo con Thomas Merton, quien dijo: “No queremos ser principiantes. ¡Pero convenzámonos de que nunca seremos ninguna otra cosa, sino principiantes, toda nuestra vida!”²

Leemos en Salmos 42:7: “Un abismo llama a otro . . .”. Tal vez en alguna parte recóndita de tu vida, hayas oído el llamado a una vida más profunda, más plena. Tal vez te hayas cansado de las experiencias frívolas y de las enseñanzas superficiales. De vez en cuando has captado vislumbres, indicios de que hay

*Y en otro sentido son verdaderamente difíciles. Este tema se desarrollará posteriormente.

algo más profundo que lo que conoces. Internamente, has anhelado lanzarte hacia la profundidad.

Los que han oído el distante llamado de las profundidades internas y desean explorar el mundo de las diferentes áreas de disciplinas espirituales, inmediatamente se enfrentan a dos dificultades. La primera está constituida por lo filosófico. La base materialista de nuestra era ha llegado a ser tan penetrante que ha producido en los individuos graves dudas con respecto a su capacidad para extenderse más allá del mundo físico. Muchos científicos de primera clase han pasado más allá de tales dudas, pues sabían que no podemos estar confinados a una área de espacio y tiempo. Pero la persona promedio se deja influir por la ciencia popular que tiene una generación de atraso en el tiempo y tiene prejuicios contra el mundo no material.

Es difícil exagerar lo saturados que estamos con la mentalidad de la ciencia popular. De la meditación, por ejemplo, en caso de que se le conceda validez en alguna forma, no se piensa que es un contacto con un mundo espiritual real, sino una manipulación psicológica. Por lo general, las personas tolerarían un leve interés en la “jornada interna”, pero luego llega el momento de entrar en los asuntos *reales* del mundo *real*. Necesitamos valor para movernos más allá del prejuicio de nuestra era, y afirmar con nuestros mejores científicos que existe algo más que el mundo material. Con honestidad intelectual, debiéramos estar dispuestos a estudiar y explorar este otro reino con todo el rigor y la determinación que concederíamos a cualquier otro campo de investigación.

La segunda dificultad es práctica. Simplemente no sabemos cómo explorar la vida interna. No siempre ha sido así. En el primer siglo, y aun antes, no era necesario dar instrucciones sobre cómo practicar las disciplinas de la vida espiritual. La Biblia llamaba al pueblo a tales disciplinas como el ayuno, la meditación, la adoración y el júbilo, y casi no daba ninguna instrucción sobre cómo practicarlas. Es fácil comprender la razón de ello. Esas disciplinas se practicaban con tanta frecuencia y constituían parte tan integral de la cultura general que la manera de practicarlas era un conocimiento común. El ayuno,

por ejemplo, era tan común que nadie tenía que preguntar qué debía comer antes de un ayuno, ni cómo suspenderlo, ni cómo evitar el desvanecimiento mientras se ayunaba. Todos lo sabían ya.

Eso no ocurre en nuestra generación. Hoy hay una ignorancia abismal en lo que se refiere a los aspectos más sencillos y prácticos de casi todas las disciplinas espirituales clásicas. Por tanto, cualquier libro que se escriba sobre este tema tiene que tener en cuenta esta necesidad y ofrecer instrucciones prácticas sobre la técnica de las disciplinas. Sin embargo, desde el comienzo debemos hacer una advertencia: el hecho de conocer la técnica no significa que estemos practicando la disciplina. Las disciplinas espirituales son una realidad interna y espiritual; y la actitud interna del corazón es mucho más decisiva que la técnica para llegar a la realidad de la vida espiritual.

La esclavitud de los hábitos profundamente arraigados

Estamos acostumbrados a pensar que el pecado está constituido por actos individuales de desobediencia a Dios. Esto es bastante cierto en lo que se refiere al significado del pecado, pero la Escritura va mucho más allá.* En Romanos, el apóstol Pablo se refiere con frecuencia al pecado como una condición que infecta a la raza humana (por ejemplo, Romanos 3:9–18). El pecado como una condición se abre camino por medio de los miembros del cuerpo; es decir, por medio de los hábitos que están profundamente arraigados en el cuerpo (Romanos 7:5 y siguientes). Y no hay ningún esclavo que se pueda comparar con el esclavo de los hábitos arraigados de pecado.

En Isaías 57:20 se nos dice: “Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo”. El mar no necesita hacer nada especial para producir cieno y lodo; eso es resultado de sus movimientos naturales. Así nos pasa a nosotros cuando estamos bajo la condición de pecado. Los movimientos naturales de nuestra vida producen

*El pecado es un asunto tan complejo que en la lengua hebrea tiene ocho nombres distintos, y todas estas ocho palabras se hallan en la Biblia.

cieno y lodo. El pecado es parte de la estructura interna de nuestra vida. No se necesita ningún esfuerzo especial. No es extraño que nos sintamos atrapados.

Nuestro método ordinario de hacer frente al pecado que está arraigado consiste en lanzarle un ataque frontal. Confiamos en nuestra fuerza de voluntad y en nuestra determinación. Cualquiera que sea el problema que tengamos —ira, amargura, glotonería, orgullo, lascivia, alcoholismo, temor— determinamos no volverlo a hacer nunca; oramos contra él, peleamos contra él y establecemos nuestra voluntad contra él. Pero todo es en vano, y volvemos a caer moralmente en la bancarrota, o aun peor, nos ponemos tan orgullosos de nuestra justicia externa que la expresión “sepulcros blanqueados” es nada para describir nuestra condición. Heini Arnold, en su libro excelente *Freedom from Sinful Thoughts*, escribe: “Queremos decir muy claramente que no podemos librar y purificar nuestro propio corazón mediante el ejercicio de nuestra propia ‘voluntad’”.³

En Colosenses, Pablo enumera algunas de las maneras externas que usa la gente para controlar el pecado: “No manejes, ni gustes, ni aun toques”. Luego agrega que tales cosas “tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en *culto voluntario* (itálicas del autor)” (Colosenses 2:20–23). “Culto voluntario.” ¡Esa expresión es muy significativa y describe muchísimo de nuestra vida! En aquel momento en que pensemos que podemos tener buen éxito y lograr la victoria sobre nuestro pecado sólo mediante la fuerza de nuestra voluntad, en ese momento estamos adorando la voluntad. ¿No es irónico que Pablo observara nuestros más tenaces esfuerzos en la andanza cristiana y los llamara idolatría: “culto voluntario”?

La fuerza de voluntad nunca tendrá éxito para hacer frente a los hábitos pecaminosos profundamente arraigados. Emmet Fox escribe: “Tan pronto como resistas mentalmente cualquier circunstancia que no desees o no quieras, de ese modo estás concediéndole más poder, poder que usará en contra tuya, y habrás menguado tus propios recursos precisamente hasta ese punto”.⁴ Heini Arnold llega a la siguiente conclusión: “Mientras pensemos que podemos salvarnos por nuestra propia fuerza de voluntad, sólo haremos que el mal que hay en nosotros sea más

fuerte que nunca antes”.⁵ Esta misma verdad la han experimentado todos los grandes escritores que han escrito sobre la vida devota, desde San Juan de la Cruz hasta Evelyn Underhill. El “culto voluntario” puede tener una demostración externa de éxito durante algún tiempo, pero en las grietas de nuestra vida siempre se manifestará nuestra profunda condición interna. Jesús describió tal condición cuando habló acerca de la demostración externa de justicia que hacían los fariseos. “Porque de la abundancia del corazón habla la boca . . . Mas yo os digo que de toda *palabra ociosa* que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” [itálicas del autor] (Mateo 12:34–36). La gente puede hacer una demostración durante algún tiempo, a fuerza de voluntad, pero tarde o temprano vendrá el momento de descuido en que la “palabra ociosa” se deslizará y saldrá a revelar la verdadera condición del corazón. Si estamos llenos de compasión, eso se pondrá de manifiesto; si estamos llenos de amargura, eso también se manifestará.

No es que intentemos ser así. No tenemos la intención de explotar de ira, o de exhibir una desagradable arrogancia, pero cuando estamos con las personas, se pondrá de manifiesto lo que somos. Aunque tratemos con toda nuestra fuerza de esconder estas cosas, nos traicionarán nuestros ojos, nuestra lengua, nuestro mentón, nuestras manos, todo nuestro lenguaje corporal. La fuerza de voluntad no tiene defensa contra la palabra ociosa, contra el momento de descuido. La voluntad tiene el mismo defecto de la ley: Sólo puede hacer frente a lo externo. Esto no es suficiente para producir la necesaria transformación del espíritu interno.

Las disciplinas espirituales abren la puerta

Cuando desesperamos por lograr la transformación interna por medio de los poderes de la voluntad y la determinación, es cuando estamos accesibles a una nueva y maravillosa comprensión: la justicia interna es un don de Dios que ha de recibirse por gracia. El cambio interno que necesitamos es obra de Dios, no de nosotros. Lo que se necesita es un trabajo interno, y sólo Dios puede obrar desde adentro. Esta justicia del reino de Dios

no la podemos lograr ni ganar; es una gracia que se da.

En la Epístola a los Romanos, el apóstol Pablo dedicó un gran espacio a presentar esa justicia como un don de Dios.* En esa epístola, él usó el término “justicia” 35 veces, y en cada caso destaca el hecho de que la justicia no se logra por medio del esfuerzo humano. Una de las afirmaciones más claras se encuentra en Romanos 5:17: “. . . mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del *don de la justicia*” (itálicas del autor). Esa enseñanza, por supuesto, no sólo se halla en Romanos, sino en toda la Biblia, y se destaca como una por la dirección opuesta. Estamos tentados a creer que no hay nada que podamos hacer. Si todos los esfuerzos humanos terminan en bancarrota moral (habiéndolo probado, sabemos que así es), y si la justicia es un don gratuito de Dios (como lo dice claramente la Biblia), entonces ¿no es lógico sacar la conclusión de que tenemos que esperar que Dios venga a transformarnos? Aunque es muy extraña, la respuesta es negativa. El análisis es correcto: El esfuerzo humano es insuficiente y la justicia es un don de Dios. Lo defectuoso es la conclusión, pues felizmente hay algo que podemos hacer. No necesitamos agarrarnos de los cuernos de un dilema: las obras humanas o la ociosidad humana. Dios nos dio las disciplinas para la vida espiritual como un medio para recibir su gracia. Las disciplinas nos permiten colocarnos ante Dios de tal modo que él pueda transformarnos.

El apóstol Pablo dijo: “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:8). El granjero no tiene la capacidad para producir granos; lo único que puede hacer es proveer las correctas condiciones para que se produzca el grano. El coloca la semilla en el terreno, donde las fuerzas naturales se encargan de ella y el grano se produce. Así

*Este don incluye tanto la justicia objetiva como la subjetiva. En este libro estamos tratando el tema de la justicia subjetiva (o santificación, si prefieres otro término teológico); pero es importante entender que tanto la una como la otra son dones de la gracia de Dios. Y, de hecho, la Biblia no establece la clara división entre la justicia objetiva y la subjetiva, que los teólogos están acostumbrados a hacer, simplemente porque a los escritores bíblicos les hubiera parecido ridículo hablar acerca de tener la una sin tener la otra.

son las disciplinas espirituales: Son la manera de sembrar para el espíritu. Las disciplinas constituyen el método de Dios para colocarnos en tierra; ellas nos colocan en el sitio en que él puede obrar dentro de nosotros y transformarnos. Las disciplinas espirituales no pueden hacer nada por sí solas; sólo pueden llevarnos al sitio en que se puede hacer algo en nosotros. Son los medios de gracia de Dios. La justicia interna que buscamos no es algo que se derrama en nuestras manos. Dios ha establecido las disciplinas de la vida espiritual como los medios por los cuales somos colocados en el lugar en que él puede bendecirnos.

En este sentido, sería apropiado hablar acerca de “el camino de la gracia disciplinada”. Es *gracia* por cuanto es gratuita; es *disciplinada* por cuanto hay algo que hacemos nosotros. Dietrich Bonhoeffer, en su obra *The Cost of Discipleship*, explicó claramente que la gracia es gratuita, pero no es barata. Tan pronto como entendemos claramente que la gracia de Dios no se gana ni se puede ganar, si esperamos crecer, tenemos que escoger conscientemente un curso de acción que envuelva tanto la vida individual como la de grupo. Ese es el propósito de las disciplinas espirituales.

Sería útil que nos representáramos mentalmente lo que he estado explicando. Imaginémonos un estrecho arrecife que tiene una caída perpendicular a ambos lados. El abismo que está a la derecha es la vía hacia la bancarrota moral por medio de los esfuerzos para lograr la justicia. Históricamente, a esto se le ha dado el nombre de herejía del moralismo. El abismo que está a la izquierda es la vía a la bancarrota moral a causa de la ausencia de esfuerzos humanos. A esto se le ha dado el nombre de herejía del antinomianismo. Sobre el arrecife hay una senda: las disciplinas de la vida espiritual. Esta senda conduce a la transformación interna y a la sanidad que estamos buscando. Nunca debemos desviarnos hacia la derecha ni hacia la izquierda, sino permanecer en la senda. La senda está atestada de severas dificultades, pero también de goces increíbles. Al viajar por este sendero, la bendición de Dios vendrá sobre nosotros y nos reconstruirá a la imagen de su Hijo Jesucristo. Siempre tenemos que recordar que no es el sendero el que produce el cambio; pero el hecho de estar en él nos coloca en el

lugar en que el cambio puede ocurrir. Esté es el camino de la gracia disciplinada.

En la teología moral hay un dicho según el cual “la virtud es fácil”. Eso sólo es cierto hasta el punto en que la obra de la gracia de Dios se haya encargado de nuestro espíritu interno y haya transformado los patrones de los hábitos que están arraigados en nuestra vida. Mientras no se logre esto, la virtud es difícil, muy difícil en verdad. Luchamos para exhibir un espíritu amoroso y compasivo; sin embargo, eso lo hacemos como si estuviéramos introduciendo algo desde afuera. Luego, de las profundidades internas sale burbujeando aquello que no queríamos: un espíritu mordaz y amargo. Sin embargo, tan pronto como hayamos vivido en el camino de la gracia disciplinada por algún tiempo, descubrimos los cambios internos.

No hicimos nada más que recibir un don; sin embargo, sabemos que los cambios son reales. Sabemos que son reales porque nos parece que el espíritu de compasión que una vez nos pareció difícil conseguir, ahora es fácil. De hecho, lo difícil sería estar uno lleno de amargura. El amor divino ha entrado en nuestro espíritu interno y se ha encargado de los patrones de nuestros hábitos. En los momentos de descuido hay un flujo espontáneo procedente del santuario interno de nuestra vida; un flujo de “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22, 23). Ya no hay la agobiante necesidad de esconder de los demás todo nuestro ser interno. No tenemos que esforzarnos para ser buenos y bondadosos; *somos* buenos y bondadosos. Eso sería esforzarnos para refrenarnos de ser buenos y bondadosos, pues la bondad y la amabilidad son parte de nuestra naturaleza. Así como los movimientos naturales de nuestra vida producían una vez cieno y lodo, ahora producen el fruto del Espíritu. Shakespeare escribió una vez: “La cualidad de la misericordia no es forzada”. Tampoco son forzadas ninguna de las virtudes espirituales tan pronto como han tomado a su cargo la personalidad.

El camino de muerte: cambiar las disciplinas en leyes

Las disciplinas espirituales tienen el propósito de hacernos bien. Están destinadas a traer la abundancia de Dios a nuestra

vida. Es posible, sin embargo, convertirlas en otro conjunto de leyes para matar el alma. Las disciplinas atadas a la ley respiran muerte.

Jesús enseñó que tenemos que ir más allá de la justicia de los escribas y los fariseos (Mateo 5:20). Sin embargo, necesitamos comprender que la justicia de ellos no era cosa pequeña. Ellos estaban dedicados a seguir a Dios en un sentido que muchos de nosotros no estaríamos preparados para hacerlo. Había un factor, sin embargo, que era esencial en la justicia de ellos: *el externalismo*. Su justicia consistía en un control de las manifestaciones externas, que a menudo incluía la manipulación de los demás. El punto hasta el cual hayamos ido más allá de la justicia de los escribas y los fariseos se ve en la manera cómo nuestra vida demuestra la obra interna de Dios en nuestro corazón. Eso tendrá resultados externos, pero la obra será interna. En nuestro ardor a favor de las disciplinas espirituales es fácil convertirlas en la justicia externa de los escribas y los fariseos.

Cuando las disciplinas degeneran en leyes, se usan para manipular y controlar a las personas. Tomamos los mandamientos explícitos y los usamos para echar a otros a la cárcel. El resultado de tal deterioro de las disciplinas espirituales es el orgullo y el temor. El orgullo asume la dirección por cuanto llegamos a creer que somos la clase de personas correctas. El temor la asume por cuanto el poder de controlar a los demás lleva consigo la ansiedad de perder el control y la preocupación de llegar a ser controlados por los demás.

Si hemos de progresar en el camino espiritual de tal modo que las disciplinas sean una bendición y no una maldición, tenemos que llegar al punto de echar de sobre nosotros la perpetua carga de tener que manejar a los demás. Esa necesidad, más que cualquiera otra cosa, nos llevará a convertir las disciplinas espirituales en leyes. Tan pronto como hemos hecho una ley, tenemos una "norma externa" por la cual podemos juzgar quién la está cumpliendo y quién no. Sin leyes, las disciplinas son esencialmente una obra interna, y es imposible controlar una obra interna. Cuando creemos genuinamente que la transformación interna es una obra de Dios y no nuestra,

podemos hacer que descanse nuestra pasión por enderezar a los demás.

Tenemos que estar enterados de cuán rápidamente podemos encerrar esta o aquella palabra y convertirla en una ley. En el momento en que hagamos eso, estamos en condiciones de que se nos aplique el severo pronunciamiento de Jesús contra los fariseos: "Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas" (Mateo 23:4). En estas cuestiones, necesitamos que se encarnen en nuestra mente las siguientes palabras del apóstol Pablo: "... el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica" (2 Corintios 3:6).

Al entrar nosotros al mundo de las disciplinas espirituales, siempre habrá el peligro de convertirlas en leyes. Pero nosotros no quedamos entregados a nuestros propios artificios. Jesucristo prometió ser nuestro maestro y guía. No es difícil oír su voz. No es difícil entender sus instrucciones. Si estamos comenzando a calcificar lo que siempre debe ser vivo y creciente, él nos lo dirá. Podemos confiar en su enseñanza. Si estamos vagando hacia alguna idea errónea o hacia alguna práctica no provechosa, él nos guiará de regreso al sendero. Si estamos dispuestos a oír a nuestro monitor celestial, recibiremos la instrucción que necesitamos.

Nuestro mundo tiene hambre de personas que sean genuinamente cambiadas. León Tolstoi observó: "Todos piensan en cambiar a la humanidad, y nadie piensa en cambiarse a sí mismo".⁶ Estemos entre aquellos que creen que la transformación interna de nuestra vida es una meta digna de nuestro mejor esfuerzo.

2. LA DISCIPLINA DE LA MEDITACION

La verdadera contemplación no es un truco psicológico, sino una gracia teológica. —Thomas Merton

PRIMERA PARTE

Las disciplinas internas

En la sociedad contemporánea nuestro adversario se especializa en tres cosas: ruido, premura y multitudes. Si él puede mantenernos empeñados en la *cantidad* y en la *muchedumbre*, descansará satisfecho. El siquiatra C. G. Jung observó una vez: “La premura no es *del* diablo; es el mismo diablo”.¹

Si esperamos movernos más allá de las superficialidades de nuestra cultura —incluso de nuestra cultura religiosa—, tenemos que estar dispuestos a descender a los silencios recreadores, al mundo interno de la contemplación. Todos los maestros de la meditación se esfuerzan, en sus escritos, por hacer que despertemos a comprender el hecho de que el universo es mucho más grande que lo que conocemos; que hay inmensas regiones internas no exploradas que son tan reales como el mundo físico que “conocemos” muy bien. Nos hablan acerca de emocionantes posibilidades de nueva vida y nueva libertad. Nos hacen un llamado a la aventura, a ser pioneros en esta frontera del espíritu. Aunque esto pueda sonar extraño a los oídos modernos, sin ninguna vergüenza debiéramos inscribirnos como aprendices en la escuela de la oración contemplativa.

Conceptos erróneos comprensibles

Con frecuencia te haces la pregunta en cuanto a si se puede hablar de la meditación como algo cristiano. ¿No es más bien propiedad exclusiva de las religiones orientales? Dondequiera

que hablo a algún grupo sobre la meditación como una disciplina cristiana clásica, inevitablemente se levantan las cejas en actitud interrogante. “Yo pensé que el grupo que se llama Meditación Trascendental era el que trataba este asunto de la meditación.” “¡No me diga que usted nos va a dar un versículo védico de invocación mística para que lo recitemos!”

El hecho de que la meditación sea una palabra extraña a tus oídos es un triste comentario sobre el estado espiritual del cristianismo moderno. La meditación ha sido siempre una parte clásica y fundamental de la devoción cristiana, una preparación decisiva para la oración y una obra conjunta con ella. Sin duda alguna, parte de la ola de interés en la meditación oriental se debe a que las iglesias han abandonado este campo. Es sumamente deprimente que un estudiante universitario que busca conocer la enseñanza cristiana sobre la meditación, descubra que son pocos los maestros vivientes de la oración contemplativa, y que casi todos los escritos serios sobre este tema son de hace siete siglos o más. No es raro que el estudiante se vuelva al Zen, o al Yoga o a la Meditación Trascendental.

Ciertamente la meditación no fue extraña a los autores de la Escritura. “Y había salido Isaac a meditar al campo, a la hora de la tarde” (Génesis 24:63). “Cuando me acuerde de ti en mi lecho, cuando medite en ti en las vigiliias de la noche” (Salmos 63:6). Estas eran personas que estaban cerca del corazón de Dios. Dios no les habló por cuanto tenían capacidades especiales, sino porque estaban dispuestos a oír. Los salmos cantan virtualmente las meditaciones del pueblo de Dios en la ley de Dios. “Se anticiparon mis ojos a las vigiliias de la noche, para meditar en tus mandatos” (Salmos 119:148). El salmo que sirve de presentación para todo el Salterio, llama al pueblo a emular al varón “bienaventurado” que “. . . en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche” (Salmos 1:2).

Los escritores cristianos, a través de los siglos, han hablado acerca de una manera de oír a Dios, de comunicarse con el Creador del cielo y de la tierra, de experimentar al Amante eterno del mundo. Pensadores magníficos como Agustín, Francisco de Asís, François Fénelon, Madame Guyon, Bernardo de Clairvaux, Francisco de Sales, Juliana de Norwich, Hermano

Lawrence, George Fox, John Woolman, Evelyn Underhill, Thomas Merton, Frank Laubach, Thomas Kelly y muchos otros hablaron acerca de este camino más excelente.

La Biblia nos dice que Juan “estaba en el Espíritu en el día del Señor” (Apocalipsis 1:10), cuando recibió la visión apocalíptica. ¿Podría ser que Juan estaba preparado de una manera que podía oír y ver y que nosotros hemos olvidado? R. D. Laing escribe: “Vivimos en un mundo secular . . . Hay una profecía en Amós según la cual vendrá un tiempo en que habrá hambre en la tierra, ‘no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová’. Este tiempo ha llegado ahora. Es la era presente”.²

Tengamos el valor de colocarnos al lado de la tradición bíblica y aprendamos una vez más el arte antiguo (y sin embargo, contemporáneo) de la meditación. Unámonos al salmista y declaremos: “Pero yo meditaré en tus mandamientos” (Salmos 119:78).

Luego hay los que piensan que la idea cristiana de meditación es sinónima del concepto de meditación basado en la religión oriental. En realidad, son dos mundos separados. La meditación oriental es un intento de desocupar la mente; la meditación cristiana es un intento de desocupar la mente a fin de llenarla. Las dos ideas son radicalmente diferentes.

Todas las formas de meditación oriental destacan la necesidad de despegarse del mundo. Se hace hincapié en perder la personalidad y la individualidad y fusionarse con la mente cósmica. Hay un anhelo de ser librado de las cargas y los dolores de esta vida y ser absorbido en la bienaventuranza suspendida y sin esfuerzo del Nirvana. La identidad personal se pierde en una mancomunidad de conciencia cósmica. El desprendimiento es la meta final de la religión oriental. Es un escape de la rueda miserable de la existencia. No hay Dios al cual unirse ni del cual oír. El Zen y el Yoga son formas populares de este enfoque. La Meditación Trascendental tiene las mismas raíces budistas, pero en su forma occidental es algo así como una aberración. En su forma popular, la Meditación Trascendental es meditación para el materialista. Para practicarla, uno ni necesita creer, para nada, en el reino espiritual. Es sólo un método de controlar

las ondas cerebrales a fin de mejorar el bienestar fisiológico y emocional. Las formas de meditación trascendental más avanzadas envuelven la naturaleza espiritual, y entonces toman exactamente las mismas características de las demás religiones orientales.

La meditación cristiana va mucho más allá de la idea del desprendimiento. Hay necesidad de desprendimiento: “el día de reposos de la contemplación”, como lo llama Pedro de Celles, un monje benedictino del siglo XII.³ Pero nosotros tenemos que pasar a la *adhesión*. El desprendimiento de la confusión que está alrededor de nosotros es para tener adhesión más fuerte a Dios y a los demás seres humanos. La meditación cristiana nos conduce a una integridad interna, necesaria para entregarnos a Dios libremente; y a la percepción espiritual, necesaria para atacar los males sociales. En este sentido, es la más práctica de todas las disciplinas.

Hay un peligro al pensar sólo en la función del desprendimiento, como lo indicó Jesús en su relato acerca del hombre que había quedado vacío de lo malo, pero que no se llenó de lo bueno. “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, . . . va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero” (Lucas 11:24–26).⁴

Algunos huyen de la meditación por temor a que sea demasiado difícil, demasiado complicada. Tal vez sea mejor dejársela al profesional que tiene más tiempo para explorar las regiones internas. De ningún modo. Los expertos reconocidos en este sentido nunca informan que están realizando un viaje a favor de los pocos privilegiados, de los gigantes espirituales. Ellos se reirían de tal idea. Ellos pensaron que lo que estaban realizando era una actividad humana natural, tan natural y tan importante como la respiración. Ellos nos dirían que no necesitamos ningunos dones especiales ni facultades síquicas. Lo único que necesitamos es disciplinar y ejercitar las facultades latentes que hay dentro de nosotros. Cualquiera que pueda aprovechar la fuerza de la imaginación puede aprender a meditar. Si somos capaces de poner atención a nuestros sueños, estamos dando los primeros pasos. Thomas Merton, uno que

debió saber esto, escribió: “La meditación realmente es muy sencilla; no se necesitan muchas técnicas elaboradas para enseñarnos cómo hacerlo”.⁵

Sin embargo, a fin de que no nos extraviemos, tenemos que entender que no estamos empeñados en una obra impertinente. No estamos invocando a ningún paje cósmico. Es un asunto serio e incluso peligroso. Debiera exigirnos el mejor pensamiento y las mejores energías. Nadie debe emprender la meditación por simple diversión o porque otros la practican. Los que entran a ella con indiferencia, ciertamente fracasarán. P. T. Rohrbach escribió: “La mejor preparación general para tener buen éxito en la meditación es la convicción personal de su importancia y una firme determinación de perseverar en su práctica”.⁶ Como cualquier obra seria, es más difícil en las etapas de aprendizaje. Tan pronto como estamos capacitados —cuando hemos terminado el aprendizaje—, se convierte en parte de los patrones habituales que están arraigados en nosotros. “Esperar en Dios no es ociosidad —dijo Bernardo de Clairvaux—, sino un trabajo que golpea a todos los demás trabajos para el inexperto que se dedica a él”.⁷

Luego hay aquellos que piensan que el camino de la contemplación es impráctico y que está completamente fuera de contacto con el siglo XX. Hay el temor de que la meditación conduzca a la clase de persona, como el ascético Padre Ferapont que inmortalizó Dostoievski en su obra *Los hermanos Karamazov*. Este era una persona rígida, farisaica, quien por puro esfuerzo se libera del mundo, y luego lanza maldiciones sobre él. En el mejor de los casos, tal meditación nos conduciría a otra mundanalidad no saludable, que nos mantiene inmunes al sufrimiento de la humanidad.

Tales evaluaciones están lejos del blanco. De hecho, la meditación es lo que puede dirigir de nuevo nuestra vida de tal modo que podamos hacer frente con éxito a la vida humana. Thomas Merton escribió: “La meditación no tiene objeto ni realidad a menos que esté firmemente arraigada en la *vida*”.⁸ Históricamente, ningún grupo ha hecho más hincapié en la necesidad de entrar a oír los silencios que los cuáqueros, y el resultado ha sido una influencia social vital muy abundante en el número

de ellos. Los contemplativos mismos fueron individuos de acción. Meister Eckhart escribió: “Aun si un hombre fuera arrebatado hasta el tercer cielo como San Pablo, y en esta condición supiera que otro hombre tiene necesidad de alimento, sería mejor que le diera de comer, y no que permaneciera en éxtasis”.⁹

A menudo, la meditación producirá discernimientos profundamente prácticos, casi mundanos. La persona recibirá instrucción sobre cómo relacionarse con su esposa o con su esposo, o sobre cómo tratar algún problema sensible o la situación de algún negocio. Más de una vez he recibido ayuda sobre la actitud que debo tener al dar una conferencia en una universidad. Es maravilloso cuando alguna meditación particular conduce al éxtasis, pero es mucho más común recibir ayuda en cuanto a cómo hacer frente a los problemas humanos ordinarios. Morton Kelsey dijo:

Lo que hacemos con nuestra vida externamente, la buena manera de cómo nos preocupamos por los demás, es una parte tan importante de la meditación como lo que hacemos en la quietud y cuando nos volvemos hacia adentro. De hecho, la meditación cristiana que no produce ninguna diferencia en la cualidad de la vida externa de uno, está en cortocircuito. Puede fulgurar por algún tiempo, pero a menos que dé como resultado el hallazgo de relaciones más ricas y amorosas con los demás seres humanos, o el cambio de las condiciones del mundo que causan el sufrimiento humano, es posible que la actividad de oración del individuo fracase.¹⁰

El concepto erróneo más común de todos es que la meditación es una forma religiosa de manipulación psicológica. Puede tener valor como medio para bajar la presión sanguínea o para aliviar la tensión. Incluso, puede ofrecernos algunos discernimientos significativos al ayudarnos a ponernos en contacto con nuestra mente subconsciente. Pero la idea de un contacto real y de comunión con la esfera de existencia espiritual suena como algo anticientífico y vagamente irrazonable. Si piensas que vivimos en un universo puramente físico, considerarás la meditación como una buena manera para obtener un patrón de onda cerebral *alpha*. (La Meditación Trascendental intenta proyectar exactamente esta imagen, lo cual la hace sumamente atractiva para los hombres y las mujeres seculares). Pero si crees que

vivimos en un universo creado por el Dios infinito y personal que se deleita en que nosotros tengamos comunión con él, entenderás la meditación como una comunicación entre el Amante y el ser amado. Eso fue lo que dijo Alberto el Grande con las siguientes palabras: “La contemplación de los santos es promovida por el amor del Ser a Quien contemplan: es decir, Dios”.¹¹

Estos dos conceptos de meditación están completamente opuestos. El uno nos confina a una experiencia totalmente humana; el otro nos lanza a un encuentro de lo divino con lo humano. El uno habla acerca de la exploración del subconsciente; el otro se refiere a “reposar en Aquél a quien hemos *hallado*, quien nos ama, nos oye, viene a nosotros y nos acerca a él”.¹² Los dos pueden parecer religiosos y aun usar la jerga religiosa, pero el primero, en último análisis, no puede hallar lugar para la realidad espiritual.

¿Cómo, entonces podemos llegar a creer en el mundo del espíritu? ¿Mediante la fe ciega? De ninguna manera. La realidad interna del mundo espiritual está disponible para todos los que estén dispuestos a buscarla. Con frecuencia he descubierto que aquellos que con tanta libertad desprestigian el mundo espiritual, nunca se han tomado ni siquiera diez minutos para investigar si tal mundo existe realmente o no. Como en cualquier otro empeño científico, nos formamos una hipótesis y experimentamos con ella para ver si es verdadera o no. Si nuestro primer experimento falla, no desesperemos, ni califiquemos todo el asunto de fraudulento. Volvamos a examinar nuestro procedimiento, y tal vez ajustemos la hipótesis y volvamos a hacer el experimento. Por lo menos, debiéramos tener la sinceridad de perseverar en este trabajo hasta el mismo punto en que lo haríamos en cualquier campo de la ciencia. El hecho de que muchísimos no estén dispuestos a hacer eso, no traiciona su inteligencia, sino su prejuicio.

El deseo de oír la voz viviente de Dios

Hay ocasiones en que todo lo que hay dentro de nosotros dice “sí” a las siguientes líneas de Frederick W. Faber:

Sólo sentarme y pensar en Dios,
 ¡Oh, qué gozosa emoción!
 Tener el pensamiento y respirar el Nombre:
 ¡No hay en la tierra mayor bendición!¹³

Pero los que meditan saben que la reacción más frecuente es la inercia espiritual, una frialdad y falta de deseo. Parece que los seres humanos tienen una tendencia perpetua a que alguna otra persona hable con Dios por ellos. Nos contentamos con recibir el mensaje de segunda mano. En el Sinaí, el pueblo clamó a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Exodo 20:19). Uno de los errores fatales de Israel fue que insistió en tener un rey humano, en vez de confiar en el gobierno teocrático de Dios sobre ellos. Podemos detectar un dejo de tristeza en las palabras del Señor: “. . . a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7). La historia de la religión es la historia de una lucha casi desesperada por tener un rey, un mediador, un sacerdote, un intermediario. De esta manera, no tenemos que acudir a Dios personalmente. Tal enfoque nos salva de la necesidad de cambiar, pues estar en la presencia de Dios es cambiar. Este sistema es muy conveniente porque nos da la ventaja de la respetabilidad religiosa, sin exigirnos transformación moral.

Esa es la razón por la cual la meditación es tan amenazadora para nosotros. Osadamente nos llama a que entremos de modo personal en la presencia viviente de Dios. Nos dice que Dios habla en el continuo presente y quiere dirigirse a nosotros. Jesús y los escritores del Nuevo Testamento indicaron claramente que esto no es sólo para los profesionales religiosos —los sacerdotes—, sino para todos. *Todos* los que reconocen a Jesucristo como Señor *constituyen* el sacerdocio universal de Dios y, como tales, pueden entrar al lugar santísimo y conversar con el Dios vivo.

Parece muy difícil hacer creer a las personas, que *pueden* oír la voz de Dios. Los miembros de la Iglesia del Salvador, en Washington, D. C., han estado haciendo experimentos en este campo durante algún tiempo. He aquí la conclusión de ellos; “Pensamos que somos personas de los siglos XX y XXI; no obs-

tante, tenemos indicaciones de que uno puede recibir instrucciones tan claras como las que se dieron a Ananías: ‘Levántate, y vé a la calle que se llama Derecha’ (Hechos 9:11)”.¹⁴ ¿Por qué no? Si Dios está vivo y activo en los asuntos de los seres humanos, ¿por qué no puede ser oída y obedecida su voz hoy? Claro que puede ser oída, y es oída, por todos aquellos que lo conozcan como actual Maestro y Profeta.

¿Cómo recibimos el deseo de oír su voz? “Este deseo de volver es un don de gracia. Cualquiera que imagine que simplemente puede comenzar a meditar sin pedir el deseo y la gracia para comenzar la meditación, debieran tomarse como una promesa implícita para las posteriores gracias”.¹⁵ El hecho de buscar y recibir ese “don de gracia” es lo único que puede mantenernos moviéndonos hacia adelante en la jornada interna.

Preparación para meditar

Es imposible aprender en un libro la manera de meditar. Aprendemos a meditar, meditando. Algunas sugerencias sencillas en el tiempo correcto, sin embargo, pueden establecer una gran diferencia. Las indicaciones prácticas y los ejercicios de meditación que se dan en las siguientes páginas, se ofrecen con la esperanza de que puedan ayudar en la actualidad en la práctica de la meditación. No son leyes, ni tienen el propósito de confinarte; más bien, son unas pocas de las ventanas que hay hacia el mundo interior.

Cuando se haya logrado cierto aprovechamiento en la vida interior, es posible practicar la meditación casi en cualquier parte y bajo cualquier circunstancia. Tanto el hermano Lawrence en el siglo XVII, como Thomas Kelly en el siglo XX, dan elocuente testimonio de este hecho. Habiendo dicho esto, sin embargo, tenemos que comprender la importancia de que principiantes y expertos por igual dediquen alguna parte de cada día a la meditación formal. Si incontables millares de personas pueden apartar veinte minutos dos veces al día para recitar un versículo védico de invocación mística, no debemos tener menos dedicación a los ratos establecidos para la meditación.

Tan pronto como llegemos a la convicción de que necesi-

tamos apartar ratos específicos para la contemplación, tenemos que cuidarnos de la idea de que realizar ciertos actos religiosos en determinados momentos significa que, finalmente, estamos meditando. Esta actividad envuelve toda la vida. “Orad sin cesar”, exhortó Pablo (1 Tesalonicenses 5:17). Con una pincelada de humor, Pedro de Celles dijo: “. . . el que ronca en la noche del vicio no puede conocer la luz de la contemplación”.¹⁶

Tenemos que llegar a comprender, por tanto, cuán fundamental todo nuestro día es en la preparación para los ratos específicos de meditación. Si constantemente nos está arrebatando la actividad frenética, no podremos estar atentos al momento del silencio interno. Una mente que está atormentada y fragmentada por los asuntos externos, difícilmente estará preparada para la meditación. Los Padres de la iglesia hablaron frecuentemente acerca del *otium sanctum*: “ocio santo”. La expresión se refiere a un sentido de equilibrio en la vida, a una capacidad para uno estar tranquilo en medio de las actividades del día, una capacidad para descansar y tomar tiempo para disfrutar la belleza, una capacidad para regular nuestros pasos. Con la tendencia que tenemos a definir a las personas en función de lo que producen, haríamos bien en cultivar el “ocio santo”. Y si esperamos tener éxito en el arte de la contemplación, tenemos que proseguir el “ocio santo” con una determinación insensible a la libreta en que anotamos los compromisos.

¿Y qué diremos del *lugar* para la meditación? Este aspecto lo explicaremos detalladamente cuando estudiemos la disciplina del retiro. Por ahora bastan unas pocas palabras. Consigue un lugar que sea tranquilo y esté libre de interrupciones. No debe haber teléfono cerca. Si es posible conseguir un lugar desde el cual puedan observarse los árboles o las plantas, mucho mejor. Es mejor tener un lugar determinado, y no buscar un sitio diferente cada día.

¿Y la *postura*? En cierto sentido, la postura no establece ninguna diferencia en absoluto; puedes orar en cualquier parte, a cualquier hora y en cualquier posición. En otro sentido, sin embargo, la posición es de absoluta importancia. El cuerpo, la mente y el espíritu son inseparables. La tensión del espíritu se transmite en lenguaje corporal. He visto personalmente a in-

dividuos que pasan todo un culto de adoración masticando chicle, sin que tengan la más leve conciencia de su profunda tensión interna. La postura externa no sólo refleja el estado interno, sino que también puede ayudar a alimentar la actitud interna de oración. Si internamente estamos atestados de distracciones y ansiedad, una postura de paz y relajamiento escogida conscientemente, tendrá la tendencia a calmar nuestra agitación interna.

No hay ninguna ley que prescriba una postura correcta. En la Biblia aparecen todas: desde la posición en que el individuo se postra en tierra hasta la posición de pie con las manos y la cabeza levantadas hacia el cielo. La posición del loto, que usa la religión oriental, es simplemente otro ejemplo —no una ley— de postura. El mejor enfoque sería conseguir una posición que sea la más cómoda y la que permita menos distracción. El deleitoso místico del siglo XIV, Richard Rolle, favorecía la posición sentada: “. . . porque yo sabía que . . . duraba más . . . que andar, o estar de pie, o estar de rodillas. Porque sentado estoy más descansado, y mi corazón está más hacia arriba”.¹⁷ Estoy muy de acuerdo, y me parece mejor sentarme en una silla recta, con la espalda correctamente colocada en la silla y los dos pies descansando completamente en el piso. La postura desgarbada indica falta de atención, y las piernas cruzadas restringen la circulación sanguínea. Algunas veces es bueno cerrar los ojos a fin de quitar las distracciones y centrar la atención en el Cristo viviente. En otras oportunidades ayuda el mirar los bellos árboles y plantas con el mismo propósito. Sin considerar cómo se haga, el objetivo es centrar la atención del cuerpo, las emociones, la mente y el espíritu en “la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6).

Cómo meditar: primeros pasos

Al mundo interno de la meditación se entra de la manera más fácil, a través de la puerta de la imaginación. En el día de hoy no apreciamos el tremendo poder de esta puerta. La imaginación es más fuerte que el pensamiento conceptual y más fuerte que la voluntad. En el Occidente, nuestra tendencia a

deificar los méritos del racionalismo —claro que los tiene— ha hecho que pasemos por alto el valor de la imaginación.

Algunos individuos pueden tener la capacidad de contemplar en un vacío sin imagen, pero la mayoría necesita estar arraigados más profundamente en los sentidos. Jesús enseñó de esta manera, apelando constantemente a la imaginación y a los sentidos. En su obra *Introduction to the Devout Life*, Francisco de Sales escribió:

Por medio de la imaginación confinamos nuestra mente dentro del misterio en el cual meditamos, para que no vague de una parte para otra, así como encerramos un pájaro en la jaula, o como atamos un halcón con una trailla para que permanezca cerca. Algunos tal vez te digan que es mejor usar el simple pensamiento de la fe y concebir el tema de una manera completamente mental y espiritual en la representación de los misterios o, de otro modo, imaginar que las cosas ocurren en tu propia alma. Este método es demasiado sutil para los principiantes.¹⁸

Nosotros simplemente tenemos que convencernos de la importancia de pensar y experimentar por medio de imágenes. Eso nos venía espontáneamente cuando éramos niños, pero durante años se nos ha enseñado a descartar la imaginación, aun a tenerle miedo. C. G. Jung, en su autobiografía, describe lo difícil que fue para él humillarse y volver a jugar con la imaginación como un niño. También indica el valor de esa experiencia. Precisamente, así como los niños necesitan aprender a pensar lógicamente, los adultos necesitan volver a descubrir la mágica realidad de la imaginación.

Ignacio de Loyola, en su libro *Spiritual Exercises of St. Ignatius*, constantemente anima a sus lectores a representarse mentalmente las historias del Evangelio. Toda contemplación que él dio estaba diseñada para abrir la imaginación. Incluyó una meditación que es un intento por ayudar a utilizar los cinco sentidos cuando nos representamos mentalmente los eventos del Evangelio. El volumen de ejercicios de meditación, con su hincapié en la imaginación, ejerció una tremenda influencia hacia lo bueno en el siglo XVI.*

*Véase en inglés *The Spiritual Exercises of St. Ignatius*, traducción a este idioma por Anthony Mottola (Nueva York: Doubleday & Company, 1964).

Para aprender a meditar podemos comenzar con nuestros sueños, ya que eso envuelve sólo un poco más de atención a algo que ya estamos haciendo. Durante quince siglos, los cristianos mayormente consideraron que los sueños eran una manera natural en que el mundo espiritual irrumpía en nuestra vida. Kelsey, quien escribió el libro *Dreams: The Dark Speech of the Spirit*, anota: “. . . todos los principales Padres de la iglesia primitiva, desde Justino Mártir hasta Ireneo, y desde Clemente y Tertuliano hasta Orígenes y Cipriano, creyeron que los sueños eran un medio de revelación”.¹⁹

Con el racionalismo del Renacimiento vino cierto escepticismo acerca de los sueños. Luego, en los días formativos del desarrollo de la psicología, Freud hizo hincapié esencialmente en el lado negativo de los sueños, ya que casi toda su investigación se dedicó a la enfermedad mental. Por tanto, los hombres modernos han tenido la tendencia de pasar completamente por alto los sueños, o de temer que el interés en ellos pudiera conducir a la neurosis. No tiene que ser así; de hecho, si les ponemos atención a los sueños, pueden ayudarnos a hallar creciente madurez y salud.

Si estamos convencidos de que los sueños pueden servir como llave para destrancar la puerta del mundo interno, podemos hacer tres cosas prácticas. En primer lugar, podemos orar específicamente para invitar a Dios a que nos informe a través de los sueños. Debemos decirle que estamos dispuestos a permitir que nos hable de esta manera. Al mismo tiempo, es prudente pedirle protección, ya que el hecho de abrir nuestras puertas a la influencia espiritual puede ser peligroso, así como también puede ser provechoso. Simplemente le pedimos a Dios que nos rodee de su protección mientras él mismo se comunica con nuestro espíritu.

En segundo lugar, debemos comenzar a escribir nuestros sueños. Las personas no recuerdan los sueños por cuanto no les ponen atención. El hecho de llevar un registro de nuestros sueños es una manera de tomarlos en serio. Por supuesto, es necio considerar que todo sueño es tan profundamente significativo como una revelación de Dios. La única actitud que es aun más necia es la de considerar que todos los sueños son sólo algo

caótico e irracional. Al escribir nuestros sueños, comienzan a surgir ciertos patrones y vienen ciertos discernimientos. No pasará mucho tiempo antes que nos sea fácil distinguir entre los sueños significativos y los que son el resultado de haber visto una película en horas avanzadas de la noche anterior.

Esto nos lleva a la tercera consideración: cómo interpretar los sueños. La mejor manera para descubrir el significado de los sueños consiste en *pedir*. “. . . no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:2). Podemos confiar que Dios nos dará discernimiento, si lo necesitamos y cuando sea necesario. Algunas veces resulta útil buscar a aquellos que tienen capacidades especiales para estas cosas. Benedicto Pererius, un jesuita del siglo 16, sugirió que el mejor intérprete de sueños es “. . . la persona que tenga abundante experiencia en el mundo de los asuntos de la humanidad, y que tenga un amplio interés en todo lo humano, y que esté accesible a la voz de Dios”.²⁰

Cómo meditar: ejercicios específicos

Hay un avance progresivo en la vida espiritual. No es prudente emprender la escalada al monte Everest del alma, antes de haber tenido alguna experiencia en picos más bajos. Así que yo recomendaría comenzar con un período diario de cinco a diez minutos. Este tiempo se dedica a “concentrarse”, o como decían los contemplativos de la Edad Media, a “evocar”. Es un tiempo para lograr la quietud, entrar en el silencio recreador, permitir que la fragmentación de nuestra mente se concentre.

Presento, a continuación, algunas sugerencias que te ayudarán a meditar. Internamente, puedes orar como sigue: “Señor, te entrego la ira que siento contra Juan. Renuncio al temor que me produjo la cita con el odontólogo esta mañana. Te entrego mi afán por no tener suficiente dinero para pagar las cuentas de este mes. Renuncio a la frustración que me vino al tratar de hallar alguna persona para que se quedara con los niños esta noche”. Luego de varios momentos de entrega, levanta tus manos como símbolo de tu deseo de recibir del Señor. Tal vez ores en silencio: “Señor, me gustaría recibir tu amor divino para Juan, tu paz con respecto a la cita con el odontólogo, tu pacien-

cia, tu gozo”. Después de haberte concentrado, pasa el resto del tiempo en completo silencio. No pidas nada. Permite que el Señor te hable, que te ame. Si percibes algunas impresiones o instrucciones, bien; si no, bien.

Otra meditación que te ayuda a concentrarte comienza concentrándose uno en la respiración. Después de sentarte cómodamente, poco a poco ve pensando en tu respiración. Haz una oración internamente como la que sigue: “Señor, exhalo mi temor al examen de Geometría; inhalo tu paz. Exhalo mi apatía espiritual; inhalo tu luz y tu vida”. Luego, quédate en silencio externamente y en el sentido interno. Está atento al Cristo que vive en ti. Si tu atención divaga hacia la carta que tienes que dictar, o hacia las ventanas que hay que limpiar, exhala ese asunto en los brazos del Señor y toma su divino aliento de paz. Luego, vuelve a oír.

Termina cada meditación con una genuina expresión de acción de gracias.

Después que hayas logrado alguna experiencia en la concentración, agrega un período de cinco a diez minutos de meditación en algún aspecto de la creación. Escoge algo del mundo creado: un árbol, una planta, un ave, una hoja, una nube; y cada día reflexiona en ello con detenimiento y oración. Dios, quien hizo los cielos y la tierra, usa su creación para mostrarnos algo de su gloria y darnos algo de su vida. “La manera más simple y más antigua . . . en que Dios se manifiesta es . . . a través de la tierra y en la tierra misma. Y él aún nos habla a través de la tierra y del mar, de las aves que hienden los aires y de los pequeños seres vivientes del mundo, si nosotros podemos tranquilizarnos y ponerle atención.”²¹ No debemos pasar por alto los medios de gracia de Dios. Evelyn Underhill nos advierte lo siguiente:

Eludir la naturaleza, rechazar su amistad e intentar saltar el río de la vida con la esperanza de hallar a Dios en el otro lado, es el error común de un misticismo pervertido . . . Así que debes comenzar con aquella primera forma de contemplación que los antiguos místicos algunas veces llamaron “el descubrimiento de Dios a través de sus criaturas”.²²

Después de practicar durante algunas semanas las sugerencias

cias de meditación que acabamos de mencionar, querrás agregar la meditación bíblica. Como el eje de una rueda, así la meditación bíblica llega a ser el punto de referencia central por el cual se mantienen en su adecuada perspectiva todas las demás meditaciones. Todos los maestros consideran la *meditatio Scripturarum* como el fundamento normal de la vida interior. En tanto que el estudio bíblico se centra en la exégesis, la meditación bíblica se fundamenta en la internación y en la aplicación personal del pasaje. La Palabra escrita se convierte en palabra viviente por medio de la cual Dios te dirige.

Toma un sólo evento como la resurrección, o una parábola, o unos pocos versículos, o aun una simple palabra, y permite que se arraigue en ti. Trata de vivir esa experiencia, y recuerda el consejo de Ignacio de Loyola en el sentido de aplicar los cinco sentidos a la tarea. Percibe el olor del mar. Oye el vaivén de las aguas en la costa. Ve la multitud. Siente el sol sobre tu cabeza y el hambre en tu estómago. Tómale el sabor a la sal en el aire. Toca el borde del vestido del Señor. Francisco de Sales nos da las siguientes instrucciones:

... representate en la imaginación todo el misterio en el cual deseas meditar, como si realmente ocurriera en su presencia. Por ejemplo, si deseas meditar en el Señor Jesucristo cuando estaba en la cruz, imagínate que estás en el monte Calvario, y que allí ves y oyes todo lo que se hizo o se dijo el día de la crucifixión.²³

Cuando entras en la historia, no como un pasivo observador, sino como un activo participante, recuerda que por cuanto Jesús vive en el eterno ahora y no está limitado por el tiempo, este evento pasado es una experiencia viviente actual para él. Por tanto, encuentras realmente al Cristo viviente en el evento; él te puede dirigir su voz y puedes ser tocado por su poder sanador. Esto puede ser más que un ejercicio de la imaginación; puede ser una genuina confrontación. Jesucristo vendrá realmente a ti.

El tiempo de meditación no es para hacer estudios técnicos de las palabras, ni para el análisis, ni siquiera para copiar materiales para compartir con los demás. Aparta todas las tendencias hacia la arrogancia y, con un corazón humilde, recibe

la palabra que Dios te dirige. A menudo, encuentro que estar de rodillas es algo especialmente apropiado para este tiempo específico. Dietrich Bonhoeffer dijo: "... así como no analizas las palabras de un ser que amas, sino que las aceptas tal como se te dicen, acepta la Palabra de Dios y pésala en tu corazón, como lo hizo María. Eso es todo. Eso es meditación".²⁴ Cuando Bonhoeffer fundó el seminario en Finkenwalde, se convino en establecer media hora de meditación conjunta en la Escritura, y ésta fue una práctica para todos los seminaristas y los miembros de la facultad.

Es importante resistir la tentación de pasar por encima de muchos pasajes bíblicos superficialmente. Nuestra premura refleja el estado interno en que nos encontramos, y este estado es el que necesita ser transformado. ¡Bonhoeffer recomendó pasar toda una semana en un solo texto! Además, querrás vivir con el texto escogido a través de todo el día.*

Otra forma de meditación tiene como objeto llevarte a una profunda comunión con el Padre en que lo miras a él, y él te mira a ti. Imagínate que estás andando por un bello sendero en el bosque. Tómate tu tiempo y permite que el estridente ruido de la inmensa ciudad moderna sea dominado por el murmullo de las hojas y de las frescas corrientes de la floresta. Después de observarte un rato, toma la perspectiva de uno que está caminando, en vez de tomar la de uno que está siendo observado. Trata de sentir la brisa en tu cara, como si estuvieras llevándote suavemente toda la ansiedad. Deténte en el camino a pensar en la belleza de las flores y las aves. Cuando puedas experimentar la escena con todos los sentidos, el sendero va a parar sobre una loma bella y herbosa. Sal a caminar por la gran pradera frondosa rodeada de imponentes pinos. Después de explorar la pradera un rato, acuéstate de espaldas mirando al cielo azul y a las nubes blancas. Disfruta de los paisajes y de

*El espacio impide que demos detalladas meditaciones bíblicas. En la obra *The Other Side of Silence*, Kelsey ofrece más de 60 páginas de meditaciones específicas. Otra fuente de esta clase es el libro *The Spiritual Exercises of St. Ignatius*. Lyman Coleman también escribió libros de estudio cuyo objeto es el de ayudar a experimentar el pasaje bíblico. Estos están publicados por Word, Inc.

los olores. Da gracias al Señor por la belleza.*

Otra de las sugerencias de meditación es en algunos sentidos completamente lo opuesto a la que acabo de explicar. Consiste en meditar en los eventos de nuestro tiempo y tratar de percibir su significación. Tenemos la obligación de penetrar en el significado más profundo de los eventos y de las presiones políticas, no para conseguir el poder, sino para conseguir la perspectiva profética. Thomas Merton dijo que la persona

... que ha meditado en la pasión de Cristo, pero no ha meditado en los campos de exterminio de Dachau y Auschwitz, aún no ha entrado en la experiencia del cristianismo de nuestro tiempo... En realidad, el contemplativo, por encima de todo, debe rumiar estas terribles realidades que son muy sintomáticas, muy importantes, muy proféticas.²⁵

¡Esta forma de meditación se realiza mejor con la Biblia en una mano y el periódico en la otra! Sin embargo, no tienes que ser controlado por las absurdas frases políticas gastadas, ni por la propaganda que nos atosiga hoy. Realmente, los periódicos por lo general son tan exageradamente superficiales y están tan parcializados que no sirven de mucha ayuda. Nosotros haríamos bien en presentar los eventos de nuestro tiempo delante de Dios, y pedirle que nos dé discernimiento profético para comprender a dónde conducen estas cosas. Además, debiéramos pedirle que nos guíe en cuanto a cualquier cosa que debiéramos hacer personalmente para ser sal y luz en nuestro mundo decadente y tenebroso.

No tienes que desanimarte si al comienzo las meditaciones no tienen ningún significado. Estás aprendiendo un arte en el cual no has recibido ningún entrenamiento. Nuestra cultura tampoco te estimula a desarrollar estas capacidades. Estarás nadando contra la corriente; pero ánimo, tu tarea es de inmenso valor.

Hay muchos otros aspectos en la disciplina de la meditación

*Otra meditación muy agradable intitulada *Pull the Plugs*, tiene en mente el mismo propósito. Jo Kimmel la describe en el primer capítulo del libro que escribió, *Steps to Prayer Power*, publicado por *Abingdon Press*. He utilizado esta meditación numerosas veces con verdadero provecho.

que pudiéramos haber considerado con provecho.* Sin embargo, la medición no es un hecho aislado, ni puede completarse a la manera como uno termina la construcción de una silla. Es un modo de vida. Estarás aprendiendo y creciendo constantemente mientras sondeas las profundidades internas.

*Cuando estudiemos la disciplina del retiro, veremos dos temas que se relacionan estrechamente con la meditación: el uso creador del silencio, y el concepto desarrollado por San Juan de la Cruz, que él gráficamente llamó "la oscura noche del alma".

3. LA DISCIPLINA DE LA ORACION

Yo soy la base de tu súplica; en primer lugar, es mi voluntad que Tú seas el Dueño de ella; luego, yo hago que Tú la quieras; y después, yo hago que Tú la imploras, y Tú la imploras. ¿Cómo pudiera ocurrir, entonces, que Tú no seas el Dueño de mis súplicas? — Juliana de Norwich

La oración nos lanza a la frontera de la vida espiritual. Es una investigación original en un territorio no explorado. La meditación nos introduce en la vida profunda. El ayuno es un medio acompañante, pero la disciplina de la oración nos lleva a la obra más profunda y más elevada del espíritu humano. La verdadera oración crea la vida y la transforma. “La oración —la oración secreta, ferviente y de fe— está en la raíz de toda santidad personal”,¹ escribió William Carey.

Orar es cambiar. La oración es la avenida principal que Dios usa para transformarnos. Si no estamos dispuestos a cambiar, abandonaremos la oración como característica notable de nuestra vida. Cuanto más cerca lleguemos al corazón de Dios tanto más comprenderemos nuestra necesidad y desearemos conformarnos a Cristo. William Blake dice que nuestra tarea en la vida consiste en aprender a conducir los “rayos de amor” de Dios. ¡Con cuánta frecuencia inventamos mantos de evasión —refugios a prueba de rayos— a fin de eludir al eterno Amante! Pero cuando oramos, Dios, de manera lenta y bondadosa, nos revela nuestros lugares escondidos, y nos libra de ellos.

“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3). Pedir correctamente es algo que envuelve una transformación de las pasiones, una total renovación. En la oración, la oración real, comenzamos a pensar como Dios piensa; a desear lo que él desea; a amar lo que él

ama. Progresivamente se nos enseña a ver las cosas desde su punto de vista.

Todos los que han andado con Dios han considerado la oración como la principal tarea de la vida. Marcos escribió: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). Estas palabras sobresalen como un comentario sobre el estilo de vida de Jesús. El deseo que David tenía de Dios rompió las cadenas complacientes del sueño: “. . . De madrugada te buscaré . . .” (Salmos 63:1). Cuando los apóstoles se sintieron tentados a emplear sus energías en otras tareas importantes y necesarias, determinaron entregarse continuamente a la oración y al ministerio de la palabra (Hechos 6:4). Martín Lutero declaró: “Tengo tanto que hacer, que no puedo continuar sin pasar tres horas diariamente en oración”. El tenía un axioma espiritual: “El que ha orado bien ha estudiado bien”.² John Wesley dijo: “Dios no hace nada que no sea en respuesta a la oración”.³ El respaldaba su convicción dedicando dos horas diarias a ese sagrado ejercicio. El rasgo más notable de la vida de David Brainerd fue la oración. Su diario está impregnado de relatos relacionados con la oración, el ayuno y la meditación. “Me encanta estar a solas en mi cabaña, donde puedo pasar mucho tiempo en la oración.” “Aparto este día para ayunar en secreto y para orar a Dios.” “Cuando regreso a casa y me entrego a la meditación, a la oración y al ayuno . . .”⁴

Para los exploradores de la frontera de la fe, la oración no fue un pequeño hábito prendido ligeramente de la periferia de su vida: *La oración fue su misma vida*. Fue el trabajo más serio de sus años más productivos. William Penn dio testimonio de George Fox en el sentido de que, “Por encima de todo sobresalió en la oración; . . . tengo que decir que él alcanzó en la oración la estatura más impresionante, viviente y digno de reverencia que yo jamás haya experimentado o visto”.⁵ Adoniram Judson se retiraba de los negocios y de los acompañantes siete veces al día, a fin de ocuparse en la oración. Comenzaba a la medianoche; luego al amanecer, volvía a orar. Posteriormente, a las nueve, las doce, las tres, las seis y las nueve de la noche, dedicaba tiempo a la oración en secreto. John Hyde, de la India,

hizo de la oración una característica predominante de su vida, y se le dio el apodo de “Hyde, el que ora”. Para ellos, y para todos los que han desafiado las profundidades de la vida interior, su todo fue la oración.

Muchos, sin embargo, nos sentimos desanimados en vez de sentirnos desafiados por tales ejemplos. Esos “gigantes de la fe” están tan lejos de cualquier cosa que nosotros hayamos experimentado, que nos sentimos tentados a desesperar. Pero en vez de flagelarnos por nuestro evidente vacío, debemos recordar que Dios siempre nos busca donde estamos y nos lleva hacia las cosas más profundas. Los que trotan ocasionalmente no entran de repente en la carrera olímpica. Se preparan y entrenan durante un período, y así debemos hacer nosotros. Cuando progresamos así, podemos esperar orar con más autoridad y buen éxito espiritual dentro de un año que ahora.

Para nosotros es fácil salir derrotados desde el comienzo, por cuanto se nos ha enseñado que todas las cosas en el universo ya están establecidas; de modo que las cosas no pueden cambiarse. Nosotros podemos decir esto melancólicamente, pero la Biblia no lo enseña. En la Biblia, los que hacían oración oraban como si sus oraciones pudieran producir una diferencia objetiva; y en efecto, la producían. El apóstol Pablo anunció con gozo que nosotros somos “colaboradores de Dios” (1 Corintios 3:9); es decir, estamos trabajando con Dios para determinar el resultado de los eventos. El estoicismo es el que demanda un universo cerrado; la Biblia no. Algunos, a causa de su hincapié en la aquiescencia y la resignación con la manera como se hallan las cosas “según la voluntad de Dios”, realmente se encuentran más cerca de Epicteto que de Cristo. Moisés fue osado para orar, por cuanto creyó que podía cambiar las cosas, incluso la mente de Dios. De hecho, la Biblia destaca tan enérgicamente la apertura del universo que, mediante un antropomorfismo difícil de entender para los oídos modernos, habla de que Dios cambia constantemente su manera de pensar en conformidad con su inmutable amor (véase, por ejemplo, Exodo 32:14; Jonás 3:10).

Eso nos viene a muchos como una genuina liberación, pero también coloca ante nosotros una tremenda responsabilidad.

¡Estamos trabajando con Dios para determinar lo futuro! Ocurrirán ciertas cosas en la historia si oramos correctamente. Debemos cambiar el mundo por medio de la oración. ¿Qué otra motivación necesitamos para aprender que este ejercicio humano es el más excelso de todos?

La oración es un tema tan amplio y multiforme, que instantáneamente reconocemos la imposibilidad de siquiera tocarlo levemente en todos sus aspectos en un solo capítulo. Se ha escrito una miríada de libros genuinamente buenos acerca de la oración. Uno de los mejores es el clásico de Andrew Murray, *La escuela de la oración*.^{*} Haríamos bien en leer ampliamente y experimentar profundamente si deseamos conocer los caminos de la oración. Ya que la restricción con frecuencia intensifica la claridad, este capítulo se concretará a aprender a orar con éxito espiritual a favor de otras personas. Tanto las mujeres como los hombres modernos necesitan desesperadamente de la ayuda que les podamos dar; así que, nuestras mejores energías debieran dedicarse a esta tarea.

El aprendizaje de la oración

La oración real es algo que se aprende. Los discípulos le pidieron a Jesús: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1). Ellos habían orado toda la vida y, sin embargo, algo relacionado con la calidad y el tiempo en la oración de Jesús hizo que ellos comprendieran lo poco que sabían acerca de la misma. Si la oración de ellos había de producir alguna diferencia en el escenario humano, necesitaban aprender algunas cosas.

Una de las experiencias liberadoras de mi vida vino cuando entendí que la oración envolvía un proceso de aprendizaje. Yo me sentí libre para preguntar, para experimentar y aun para fracasar, pues comprendí que estaba aprendiendo. Durante años yo había orado por todo y con gran intensidad, pero sólo había tenido un éxito marginal. Pero entonces entendí que era posible que yo estuviera haciendo algunas cosas erradas, y que podía aprender de una manera diferente. Tomé los Evangelios y corté

^{*}Publicado por la Editorial Clie.

todas las referencias a la oración y las pegué en hojas de papel. Cuando pude leer de una sola sentada la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la oración, quedé conmovido. Las excusas y explicaciones que se me habían enseñado con respecto a las oraciones no contestadas estaban erradas, o las palabras de Jesús estaban equivocadas. Decidí aprender a orar para que mi experiencia se conformara con las palabras de Jesús, en vez de tratar de hacer que sus palabras se conformaran a mi escasa experiencia.

Tal vez la más sorprendente característica de la oración de Jesús fue que, cuando oró a favor de otros, *nunca* concluyó diciendo: “si es tu voluntad”. Tampoco hicieron esto los apóstoles ni los profetas cuando oraron a favor de otros. Obviamente, antes de hacer la oración de fe, ellos creían que sabían cuál era la voluntad de Dios. Estaban tan inmersos en la atmósfera del Espíritu Santo, que cuando encontraban una situación específica sabían qué era lo que debía hacerse. Su oración era tan positiva, que con frecuencia tomó la forma de un autorizado mandamiento directo: “Anda”; “Sé sano”; “Levántate”. Comprendí que cuando se estaba orando por otros, evidentemente no había lugar para aquellas oraciones indecisas, tentativas y de una esperanza a medias en que se dice: “si es tu voluntad”.

Luego busqué individuos que parecían experimentar mayor poder y eficacia en la oración que yo, y les rogué que me enseñaran todo lo que ellos supieran. Además, busqué la sabiduría y la experiencia de los maestros que en el pasado enseñaron acerca de la oración. Compré y leí todos los libros buenos que pude hallar sobre el tema. Comencé a estudiar con un nuevo interés a los hombres de oración del Antiguo Testamento.

Al mismo tiempo, comencé a orar por otros con la esperanza de que ocurriera algún cambio. Estoy agradecido por el hecho de que no esperé hasta que yo fuera perfecto, o hasta que tuviera todo arreglado, para comenzar a orar por otras personas. De otro modo, nunca hubiera comenzado. P. T. Forsythe dijo: “La oración es para la religión lo que la investigación original es para la ciencia”.⁶ Yo sentía que estaba empeñado en una “investigación original” en la escuela del Espíritu. Era algo tan emocionante que no se puede describir. Cada aparente fracaso

conducía a un nuevo proceso de aprendizaje. Cristo era mi Maestro real, de tal modo que progresivamente su Palabra se estaba confirmado en mi experiencia. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7).

El hecho de entender que la obra de la oración envuelve un proceso de aprendizaje, nos salva de descartarla arrogantemente por considerarla falsa e irreal. Si nosotros encendemos nuestro televisor y éste no funciona, no declaramos que no es verdad que existen las ondas de televisión en el aire. Suponemos que algo está malo, algo que podemos hallar y corregir. Revisamos el toma-corriente, el interruptor, los tubos, hasta que descubramos qué es lo que está bloqueando el flujo de la misteriosa energía que transmite imágenes por el aire. Podemos saber si se ha hallado el problema y se ha arreglado al ver si el televisor funciona o no. Así ocurre con la oración. Podemos determinar si estamos orando bien, al ver que lo que pedimos ocurre. Si no ocurre, entonces buscamos el “daño”. Tal vez estamos orando equivocadamente; tal vez algo dentro de nosotros necesita cambiar; tal vez haya nuevos principios sobre la oración que debemos aprender; tal vez necesitamos paciencia y persistencia. Oímos, hacemos los ajustes necesarios y volvemos a hacer la prueba. Podemos saber que nuestras oraciones están recibiendo respuesta en forma tan cierta como podemos saber si el televisor está funcionando.

Uno de los aspectos más críticos al aprender a orar por otros consiste en ponernos en contacto con Dios, de tal modo que su vida y su poder puedan ser canalizados a través de nosotros hacia otros. A menudo, suponemos que estamos en contacto con Dios cuando en realidad no lo estamos. Por ejemplo, docenas de programas de radio y televisión pasaron por el sitio donde estás mientras leías estas palabras, pero no los oíste porque no estabas sintonizando el respectivo canal. A menudo, las personas oran y oran con toda la fe del mundo, pero no ocurre nada. Naturalmente, no están sintonizando el canal. Comenzamos a orar por otros en el momento que nos concentramos y oímos el apacible trueno del Señor de los ejércitos. El hecho de ponernos a tono con el aliento divino es una obra espiritual; pero sin ese

aliento nuestra oración es una vana repetición (Mateo 6:7). Para tener éxito en la intercesión, el primer requisito es oír al Señor, y también es el segundo y el tercero. Soren Kierkegaard dijo una vez: “Un hombre oraba, y al principio pensó que la oración era hablar. Pero se fue tranquilizando más y más hasta que al fin comprendió que la oración es escuchar”.⁷

La meditación es el prelude necesario para la intercesión. La obra de intercesión, que algunas veces se llama oración de fe, presupone que perpetuamente nuestra oración asciende al Padre para que él nos guíe. Tenemos que oír, conocer y obedecer la voluntad de Dios antes de pedir que se cumpla en la vida de otros. La oración para pedir la dirección de Dios precede constantemente y rodea a la oración de fe.

Entonces, lo primero que hay que hacer para aprender a orar por otros es escuchar la dirección del Señor. Al comienzo, es prudente colocar a un lado la artritis de la tía Susana, por quien has estado orando 20 años. En cuestiones relacionadas con la salud física, siempre tenemos la tendencia a orar primero por las situaciones más difíciles: el cáncer terminal, la esclerosis múltiple. Pero cuando oímos, aprenderemos la importancia de comenzar con cosas más pequeñas como resfriados o dolores de oído. El éxito en los pequeños ángulos de la vida nos da autoridad para las asuntos mayores. Si nos quedamos quietos, no sólo aprenderemos quién es Dios, sino también cómo funciona su poder.

Algunas veces sentimos el temor de que no tenemos suficiente fe para orar por algún niño o por una relación conyugal. Debemos hacer que reposen nuestros temores, pues la Biblia nos dice que es posible hacer grandes milagros con una fe del tamaño de un granito de mostaza. Por lo general, el hecho de tener el valor real para ir a orar por alguna persona es una señal de suficiente fe. Con frecuencia, lo que nos falta no es fe, sino compasión. Parece que una genuina *empatía* entre el que ora y la persona por la cual se ora es lo que frecuentemente produce la diferencia. Se nos dice que Jesús “tuvo compasión” de la gente. La compasión fue un rasgo evidente en todos los actos de sanidad que se produjeron en el Nuevo Testamento. Cuando oramos por la gente, no oramos por cosas, sino por per-

sonas a quienes amamos. Si Dios nos ha dado una compasión y preocupación por otros, nuestra fe crecerá y se fortalecerá cuando oremos. De hecho, si amamos a las personas genuinamente, deseamos para ellas muchísimo más de lo que está a nuestro alcance para dar, y eso hará que oremos.

Si tienes un sentimiento de compasión, ésta es una de las más claras indicaciones de parte del Señor, en el sentido de que tal caso es un proyecto de oración para ti. En los ratos de meditación puede venirte un impulso de corazón, un apremio a interceder, una certidumbre de que es algo apropiado, un fluir del Espíritu Santo. El “sí” interno es la autorización divina para orar por determinada persona o situación. Si la idea está acompañada por un sentido de pesadez o desánimo, entonces probablemente debieras apartarla. Dios dirigirá a alguna otra persona para que ore por ese asunto.

En qué estriba la oración

Nunca debiéramos complicar demasiado la oración. Tenemos la inclinación a hacer esto tan pronto como entendemos que la oración es algo que tenemos que aprender. También es fácil rendirnos a esta tentación, pues cuanto más compliquemos la oración tanto más las personas dependerán de nosotros para aprender a orar. Pero Jesús nos enseñó a acudir como niños al Padre. Franqueza, honestidad y confianza caracterizan la comunicación del niño con su padre. Hay una intimidad entre el padre y el hijo que da lugar tanto a la seriedad como a la risa. Meister Eckhart anotó: “El alma dará a luz la persona, si Dios le sonríe, y ella le devuelve la sonrisa”.⁸

Jesús nos enseñó a orar por el pan de cada día. El niño pide pan para el desayuno con la absoluta confianza de que se le proveerá. El no necesita guardar en un lugar secreto los panes de hoy por temor a que mañana no habrá nada. Desde el punto de vista de él, hay una interminable provisión de panes. Al niño no le parece difícil ni complicado hablarle a su padre, ni le parece vergonzoso hablarle sobre la más simple necesidad.

Los niños nos enseñan el valor de la imaginación. Tal como ocurre en el caso de la meditación, la imaginación es una po-

derosa herramienta en la obra de la oración. Pudiéramos tener alguna reserva en cuanto a orar con la imaginación, por pensar que es algo que está por debajo de nuestro nivel. Los niños no tienen esa reserva. Tampoco la tuvo Santa Teresa de Avila: “Este era mi método de oración: cuando no podía reflexionar con mi entendimiento, yo procuraba visualizar a Cristo dentro de mí . . . Hice muchas cosas sencillas de esta clase, . . . creo que mi alma ganó muchísimo de esta manera, pues yo comencé a practicar la oración sin saber lo que ésta era”.⁹ Según la obra *Saint Joan* de George Bernard Shaw, Juana de Arco insistió en que ella oía voces procedentes de Dios. Los escépticos le informaron que esas voces procedían de la imaginación de ella. Sin alterarse, ella contestó: “Sí, así es como Dios me habla”.

La imaginación le abre la puerta a la fe. Si podemos “ver” con los ojos de nuestra mente que una pareja matrimonial separada está unida, o que una persona enferma está sana, sólo queda un corto paso para creer que tal cosa sucederá.* Los niños entienden instantáneamente estas cosas y responden bien a la oración con la imaginación. Una vez me llamaron a un hogar para que orara por una nenita que estaba gravemente enferma. Su hermanito de cuatro años de edad estaba en el cuarto. Así es que le dije que necesitaba la ayuda de él para orar por su hermanita. A él le encantó, y a mí también, puesto que sé que los niños con frecuencia oran con una rara eficacia. El se subió a la silla que estaba junto a mí. “Vamos a hacer un jueguito —le dije—. Como nosotros sabemos que Jesús siempre está con nosotros, imaginemos que él está sentado en aquella silla que tenemos al frente. El está pacientemente esperando que concentremos en él nuestra atención. Al verlo, comencemos a pensar más en su amor que en lo enferma que está Julia. El sonríe, se pone de pie y viene hacia nosotros. Luego, pongamos los dos las manos sobre Julia. Cuando lo hagamos, Jesús pondrá las de

*Otros individuos como Agnes Sanford y mi querido amigo, el pastor Bill Vaswig, me han ayudado grandemente a entender el valor de la imaginación en la oración. El libro del pastor Vaswig, *I Prayed, He Answered* (Augsburg Publishing House, 1977), es un excelente recurso para aprender a orar con la imaginación. Las ideas para algunas de las siguientes representaciones mentales me vinieron de esta fuente.

él sobre las nuestras. Observaremos e imaginaremos que el poder de Jesús fluye directamente hacia tu hermanita y hace que ella se sienta bien. Supongamos que el poder de Cristo pelea con los microbios hasta que todos desaparecen. ¿Está bien?” El pequeñito movió la cabeza con seriedad en sentido de afirmación. Oramos los dos de esta manera infantil y luego le dimos las gracias al Señor por el hecho de que lo que habíamos “visto” era lo que iba a suceder. A la mañana siguiente Julia estaba perfectamente bien.

Los niños que experimentan problemas en el salón de clases responden inmediatamente a la oración. Un amigo mío que enseñaba a niños que tenían impedimentos emocionales decidió comenzar con una oración a favor de ellos. Por supuesto, no les dijo a los niños lo que estaba haciendo; simplemente lo hizo. Cuando alguno de los niños gateaba debajo de su pupitre y asumía una posición fetal, mi amigo tomaba al niño en los brazos y en silencio pedía a Dios que la luz y la vida de Cristo sanaran la herida y el odio que el niño se tenía a sí mismo. Para no avergonzarlo, el maestro caminaba por el salón y proseguía sus actividades regulares mientras oraba. Después de un rato, el niño se sentía descansado y regresaba a su pupitre. Algunas veces el amigo mío le preguntaba al niño si él recordaba cómo se sentía al ganar una carrera. Si el muchacho decía que sí, lo animaba a que se imaginara que él estaba cruzando la raya final y que todos sus amiguitos lo estaban aplaudiendo y manifestándole amor. De ese modo, el niño podía cooperar en el proyecto de oración y también reforzar la propia aceptación de sí mismo. (¿No es irónico que las personas se preocupan profundamente por el asunto de hacer oración pública en las escuelas, y raras veces utilizan la oportunidad de orar por los niños de la escuela de este modo, contra el cuál no puede haber ninguna ley?)

Al fin del año escolar, todos los niños, con excepción de dos, pudieron regresar a sus aulas regulares. ¿Coincidencia? Tal vez, pero como señaló el arzobispo William Temple una vez, las coincidencias ocurrían con más frecuencia cuando él oraba.

Dios desea que las relaciones conyugales sean saludables, íntegras y permanentes. Tal vez sepas de alguna pareja matri-

monial que tiene profundas dificultades y necesita tu ayuda. Tal vez el esposo tenga una aventura amorosa. Piense en orar una vez al día durante 30 días por este matrimonio. Imagina mentalmente una acción en que el esposo al encontrarse con la otra mujer se siente consternado y disgustado por haber tenido alguna vez el pensamiento de entrar en esta aventura con ella. Observa el momento en que el mismo pensamiento de una relación amorosa ilícita se vuelve repugnante para él. Imagínalo en el momento de entrar a su propia casa y al ver a su esposa lo abruma un profundo amor hacia ella. Imagínalos dando un paseo los dos y en el paseo se enamoran como lo habían hecho años antes. "Vea" cómo va creciendo la capacidad de ellos para estar accesibles el uno al otro, para hablar y para manifestarse afecto. De manera imaginaria, edifica una gran muralla de ladrillos ente el esposo y la otra mujer. Construye un hogar por amor y consideración para el esposo y su propia esposa. Llénalo de la paz de Cristo.

Tu pastor y los servicios de adoración necesitan estar empapados de oración. Pablo oró por su pueblo; pidió a su pueblo que orara por él. C. H. Spurgeon atribuyó su éxito a las oraciones de su iglesia. Frank Laubach decía a sus auditorios: "Soy muy sensible, y sé si ustedes están orando por mí. Si alguno de ustedes me deja abandonado, yo lo siento. Cuando ustedes están orando por mí, yo siento un extraño poder. Cuando *todas* las personas de la congregación oran intensamente mientras el pastor está predicando, ocurre un milagro".¹⁰ Satura los servicios de adoración con tus oraciones. Imagínate al Señor en su trono alto y sublime y que llena el santuario con su presencia (Isaías 6:1).

Se puede orar por la persona que tiene desviaciones sexuales, con la seguridad de que puede ocurrir un cambio real y duradero. Lo sexual es como un río: Es bueno y es una bendición maravillosa cuando se mantiene dentro de su propio canal. Cuando el río se desborda se vuelve peligroso, y así son también las tendencias sexuales pervertidas. ¿Cuáles son los bordes creados por Dios para lo sexual? Se expresan de la siguiente manera: que un hombre se una con una mujer en matrimonio de por vida. Se siente gozo al orar por individuos que tienen

problemas sexuales; uno se representa mentalmente un río desbordado e invita al Señor para que lo vuelva a su cauce natural.

Tus propios hijos pueden y deben cambiar por medio de la oración. Durante el día ora por ellos y con la participación de ellos. Ora por ellos de noche mientras están dormidos. Una manera deleitosa consiste en ir al dormitorio del niño y mientras él duerme, colocar levemente las manos sobre él. Imagínate que el poder de Cristo fluye a través de tus manos y sana todo trauma emocional y todo sentimiento herido que tu hijo haya experimentado ese día. Llénalo con la paz y el gozo del Señor. Durante el sueño, el niño es muy receptivo a la oración, pues la mente consciente, la cual tiende a erigir barreras ante la bondadosa influencia de Dios, se relaja.

Como sacerdote de Cristo, puedes realizar un maravilloso servicio al tomar a tus hijos en los brazos y bendecirlos. Según la Biblia, los padres no le presentaron los niños a Jesús para que él jugara con ellos ni siquiera para que los enseñara; sino para que pusiera las manos sobre ellos y los bendijera (Marcos 10:13-16). El te dio la capacidad de hacer lo mismo. ¡Bienaventurado el niño que es bendecido por adultos que saben bendecir!

Una excelente idea desarrollada por Frank Laubach en sus numerosos libros sobre la oración es el método de las "oraciones rápidas". ¡El se propuso aprender a vivir de tal modo que "¡ver a alguien sería orar! ¡Oír a alguien, a estos niños hablando, a ese muchacho llorando, podría ser orar!"¹¹ Eso de lanzar oraciones firmes y directas a la gente es una gran emoción y puede producir interesantes resultados. Yo he hecho la prueba. Internamente he pedido el gozo del Señor y una profunda conciencia de que su presencia surja dentro de cada persona que encuentro. Algunas veces las personas no manifiestan ninguna respuesta, pero otras veces dan la vuelta y me sonríen, como si les hubiera dirigido la palabra. Cuando vamos en un autobús o en un avión podemos imaginarnos que Jesús pasa por los pasillos colocando su mano sobre los hombros de las personas y diciendo: "Yo te amo. Mi mayor deleite sería perdonarte y darte todas las cosas buenas. Tienes magníficas cualidades aun sin germinar, las cuales yo desarrollaría si me dijeras que sí. A mí me encantaría gobernar tu vida, si me lo permites". Frank Laubach sugirió

que si millares de nosotros hiciéramos el experimento de lanzar “oraciones sibilantes” a todos con quienes nos encontramos, y compartiéramos los resultados, podríamos aprender mucho acerca de la manera de orar a favor de otros. Si millares de nosotros lanzáramos constantemente un manto de oración alrededor de todos los que están en nuestro círculo, pudiéramos cambiar toda la atmósfera de una nación. “Las unidades de oración combinadas como gotas de agua, forman un océano que desafía la resistencia.”¹²

No debemos esperar hasta sentir el deseo de orar por otros. La oración es como cualquier trabajo: Tal vez no sintamos el deseo de hacerlo, pero tan pronto como hayamos estado un rato realizándolo, comenzamos a sentir el deseo de trabajar. Tal vez no tengamos el deseo de practicar en el piano, pero tan pronto como tocamos un rato, sentimos el deseo de seguir haciéndolo. De la misma manera, los músculos de nuestra oración necesitan hacer ejercicios preliminares durante un rato, y tan pronto como comienza el fluir sanguíneo de la intercesión, descubriremos que tenemos el deseo de orar.

No tenemos que preocuparnos en el sentido de que este trabajo nos tomará demasiado tiempo, porque “No toma tiempo, sino que ocupa todo el tiempo”.¹³ El asunto no consiste en agregar oración al trabajo, sino en orar simultáneamente con el trabajo. Nosotros oramos antes del trabajo, envolvemos nuestro trabajo en oración y oramos después del trabajo. La oración y el trabajo se unen. Thomas Kelly experimentó este modo de vida:

Hay una manera de ordenar nuestra vida mental en más de un nivel al mismo tiempo. En un nivel podemos estar pensando, discutiendo, viendo, calculando, satisfaciendo todas las demandas de los asuntos externos. Pero muy adentro, entre bastidores, a un nivel más profundo también podemos estar en oración y culto, en cántico y adoración, y en una apacible receptividad del aliento divino.¹⁴

Aún nos queda mucho por aprender. Ciertamente, al anhelo de nuestros corazones se sumó al del arzobispo Tait cuando dijo: “Quiero una vida de oración más grande, más profunda, más verdadera”.¹⁵

4. LA DISCIPLINA DEL AYUNO

Algunos han exaltado el ayuno religioso más allá de la enseñanza bíblica y de la razón; y otros lo han descartado totalmente. — John Wesley

En una cultura en que el paisaje está salpicado de altares a los arcos de oro de McDonald's y a cierta clase de templos de tortas de pizza, el ayuno parece estar fuera de lugar, fuera de moda. De hecho, el ayuno ha sido una controversia tanto dentro como fuera de la iglesia durante muchos años. Por ejemplo, en la investigación que hice no pude hallar un solo libro sobre el tema del ayuno, escrito entre 1861 y 1954, un período de casi cien años. Recientemente se ha desarrollado un nuevo interés en el ayuno, aunque con frecuencia se manifiesta dogmático y carece de equilibrio bíblico.

¿Qué explicaría este rechazamiento casi total de un tema tan frecuentemente mencionado en la Biblia y tan ardientemente practicado por los cristianos a través de los siglos? Hay dos cosas. En primer lugar, el ayuno consiguió una mala reputación como resultado de las excesivas prácticas ascéticas de la Edad Media. Con la declinación de la realidad interna de la fe cristiana, se desarrolló una creciente tendencia a hacer hincapié sólo en lo que quedaba: la forma externa. Y cada vez que hay una forma desprovista de poder espiritual, la ley ocupa el puesto, pues la ley siempre tiene consigo un sentido de poder manipulador. De ahí que el ayuno fuera sometido a los más rígidos reglamentos y practicado con extrema mortificación y flagelación. La cultura moderna ha reaccionado vigorosamente contra esos excesos y ha tendido a confundir el ayuno con la mortificación.

Hay una segunda razón por la cual el ayuno pasó por épocas difíciles el siglo pasado. La constante propaganda que nos atosiga sobre la alimentación hoy nos ha convencido de que, si no tomamos las debidas comidas al día y aun más, estamos al borde de morir de hambre. Esto, unido a la creencia popular de que satisfacer todo apetito humano es algo positivo, ha hecho que el ayuno parezca obsoleto. A cualquiera que intente en serio ayunar, se lo bombardea con objeciones: “Entiendo que ayunar es algo dañino para tu salud”. “Eso debilitará tu fuerza hasta el punto de no poder trabajar.” “¿No destruiría eso los tejidos saludables de tu cuerpo?” Todo esto, por supuesto, son absolutas necedades basadas en el prejuicio. Aunque el cuerpo humano sólo puede sobrevivir un corto tiempo sin aire o agua, puede permanecer durante muchos días—generalmente alrededor de cuarenta—antes que comience el síndrome clínico del hambre. Sin necesidad de suscribir las afirmaciones exageradas de algunos grupos, no es exagerado decir que el ayuno puede producir efectos físicos beneficiosos, cuando se practica en forma correcta.

La Biblia dice mucho acerca del ayuno. Haríamos bien en echar de nuevo una mirada a esta antigua disciplina. La lista de los personajes bíblicos que ayunaron llega a ser un informe sobre “Quién es quién” en la Escritura: Moisés, el legislador; David, el rey; Elías, el profeta; Ester, la reina; Daniel, el vidente; Ana, la profetisa; Pablo, el apóstol; Jesucristo, el Hijo encarnado. Muchos de los grandes cristianos a través de la historia de la iglesia ayunaron y dieron testimonio del valor del ayuno; entre ellos podemos mencionar a Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Knox, John Wesley; Jonatán Edwards, David Brainerd, Charles Finney y el pastor Hsi, de China.

El ayuno, por supuesto, no es una disciplina exclusivamente cristiana; todas las religiones principales del mundo reconocen su mérito. Zoroastro practicó el ayuno, y también Confucio, y los Yogis de la India. Platón, Sócrates y Aristóteles ayunaron. Hasta Hipócrates, el padre de la medicina moderna, creyó en el ayuno. Ahora bien, el hecho de que todos estos individuos, dentro y fuera de la Escritura, tuvieran el ayuno en alta estima no hace que sea bueno, ni siquiera deseable; pero debiera obli-

garnos a hacer una pausa suficiente para estar dispuestos a reevaluar las suposiciones populares de nuestro día con respecto a la disciplina del ayuno.

El ayuno en la Biblia

En toda la Biblia, el ayuno se refiere a la abstención del alimento con propósitos espirituales. Se distingue de la huelga de hambre, cuyo propósito es el de lograr el poder político o el de atraer la atención hacia una buena causa. También se distingue de la dieta para la salud, que destaca la abstinencia de alimentos, pero con propósitos físicos y no espirituales. A causa de la secularización de la sociedad moderna, el “ayuno”—en caso de que se haga alguno— está motivado por la vanidad o por el deseo de poder. Con esto no estoy diciendo que estas formas de “ayuno” son necesariamente malas, sino que su objeto es distinto del que prescribe la Biblia. El ayuno bíblico siempre se centra en propósitos espirituales.

Según la Escritura, la manera normal de ayunar consistía en abstenerse de toda clase de alimento, sólido o líquido, pero no del agua. En el ayuno de cuarenta días que hizo Jesús, se nos dice que “no comió nada”, y que al final del ayuno “tuvo hambre”, y que Satanás lo tentó a comer, y en la tentación indicó la abstención del alimento, pero no del agua (Lucas 4:2-13). Desde el punto de vista físico, esto es lo que generalmente implica el ayuno.

Algunas veces se describe lo que pudiéramos considerar como un ayuno parcial; es decir, hay restricción de la dieta, pero no abstención total. Aunque el profeta Daniel parece que tenía la costumbre de ayunar normalmente, se menciona una ocasión en que, durante tres semanas, según él, “No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento” (Daniel 10:3). No se nos dice la razón por la cual él se apartó de su práctica normal de ayunar: Tal vez sus tareas de gobierno se lo impedían.

Hay también varios ejemplos en la Biblia de lo que correctamente se ha llamado un “ayuno absoluto”, es decir, una abstención total tanto de alimento así como de agua. Parece haber

sido una medida desesperada para hacer frente a una emergencia abrumadora. Ester, al saber que a ella y a su pueblo les esperaba la ejecución, le dio las siguientes instrucciones a Mardoqueo: “Vé y reúne a todos los judíos . . . , y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis en tres días, noche y día; yo también con mis doncellas ayunaré igualmente, . . .” (Ester 4:16). Pablo, después de su encuentro con el Cristo viviente, se dedicó a un ayuno absoluto de tres días (Hechos 9:9). Puesto que el cuerpo humano no puede permanecer sin agua por más de tres días, tanto Moisés como Elías se empeñaron en ayunos que deben considerarse sobrenaturales de cuarenta días (Deuteronomio 9:9; 1 Reyes 19:8). Tiene que destacarse que el ayuno absoluto fue excepcional y que no debe practicarse a menos que uno reciba un mandamiento muy claro de Dios, y que no pase de tres días.

En la mayoría de los casos, el ayuno es un asunto privado entre el individuo y Dios. Hay, sin embargo, ocasiones en que hubo ayunos de grupo o públicos. El único ayuno público anual que exigía la ley de Moisés era el del día de la expiación (Levítico 23:27). Ese debía ser *el día* del calendario judío en que el pueblo debía entristecerse y afligirse como expiación por sus pecados. (¡Gradualmente se agregaron otros días de ayuno hasta que llegó el día en que había más de veinte!) Además, se convocaba a ayunos en tiempos en que había emergencias de grupos o a nivel nacional. “Tocad trompeta en Sion, proclamad ayuno, convocad asamblea” (Joel 2:15). Cuando Judá fue invadido, el rey Josafat convocó a la nación al ayuno (2 Crónicas 20:1–4). En respuesta a la predicación de Jonás, toda la ciudad de Nínive, incluso los animales —involuntariamente—, ayunó. Antes de regresar Esdras a Jersualén, hizo que los exiliados ayunaran y oraran por la seguridad en el viaje por un camino infestado de bandidos (Esdras 8:21–23).

El ayuno en grupo puede ser algo maravilloso y poderoso siempre que haya un pueblo preparado que esté unánime en estos asuntos. Las iglesias u otros grupos que tengan problemas serios, pudieran resolverlos sustancialmente por medio de un grupo unificado en oración y ayuno. Cuando un número suficiente de personas entienden correctamente lo que implican la

oración y el ayuno, un llamado nacional a orar y a ayunar pudiera también dar resultados beneficiosos. En 1756, el rey de Inglaterra convocó a un solemne día de oración y ayuno por causa de que los franceses amenazaban con una invasión. John Wesley registró en su diario el 6 de febrero:

El día de ayuno fue un día glorioso, como raras veces lo ha visto Londres desde la restauración. Todas las iglesias de la ciudad estaban más que llenas, y en los rostros había una solemne seriedad. Ciertamente Dios oye la oración, y habrá aún una prolongación de nuestra tranquilidad.

En una nota marginal él escribió: “La humildad se tornó en regocijo nacional, pues la amenaza de invasión por parte de los franceses fue desviada”.¹

A través de la historia también se desarrollaron lo que pudiera llamarse ayunos regulares. En el tiempo de Zacarías, se habían desarrollado cuatro ayunos regulares (Zacarías 8:19). La jactancia del fariseo, en la parábola de Jesús, evidentemente indica la práctica de su tiempo: “. . . ayuno dos veces a la semana” (Lucas 18:12).* La Didache instaba a observar dos ayunos semanales: uno el miércoles y otro el viernes. En el Segundo Concilio de Orleáns, en el siglo VI, se estableció obligatorio el ayuno regular. John Wesley trató de revivir la enseñanza de la Didache e instó a los primeros metodistas a ayunar los miércoles y los viernes. El tenía un sentimiento tan fuerte sobre esta materia que, de hecho, se negaba a ordenar para el ministerio metodista a cualquiera que no observara estos dos días de ayuno.

El ayuno regular o semanal ha producido tan profundo efecto en la vida de algunos, que ellos han tratado de hallar alguna base bíblica para poderlo promover insistentemente entre todos los cristianos. La investigación ha sido en vano. Simplemente, no hay normas bíblicas que establezcan el ayuno regular. Nuestra libertad en el evangelio, sin embargo, no significa libertinaje, sino oportunidad. Puesto que no hay leyes que nos obli-

*Una práctica frecuente de los fariseos era la de ayunar los lunes y los miércoles porque esos eran los días de mercado, y así habría mayor número de personas para que vieran y admiraran la piedad de ellos.

guen, estamos libres para ayunar cualquier día. Para el apóstol Pablo, la libertad significó que se dedicó a “muchos ayunos” (2 Corintios 11:27). Siempre debemos tener en mente el consejo apostólico: “. . . no uséis la libertad como ocasión para la carne, . . .” (Gálatas 5:13).

Hay una disciplina que ha ganado cierta popularidad hoy por hoy y que es semejante al ayuno, pero no idéntica. Se le da el nombre de “vigilias” y se basa en el uso que hizo Pablo de la palabra “desvelos”, en relación con sus sufrimientos por la causa de Cristo (2 Corintios 6:5; 11:27). Es una abstención del sueño a fin de atender a la oración y a otros deberes espirituales. No hay ninguna indicación de que esto tenga alguna relación fundamental con el ayuno; ¡de otro modo estaríamos confinados a ayunos verdaderamente cortos! Aunque las “vigilias” pueden tener valor, y algunas veces Dios puede llamarnos a pasar tiempo sin dormir por causa de necesidades específicas, debemos tener el cuidado de no convertir cosas que sólo tienen un leve precedente bíblico en obligaciones mayores. Siempre debemos tener delante de nosotros la advertencia de Pablo, pues en cualquier discusión sobre las disciplinas, descubriremos muchas cosas que “. . . tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2:23).

¿Es el ayuno un mandamiento?

Un asunto que comprensiblemente preocupa a muchas personas es saber si, según la Escritura, los cristianos están obligados a ayunar. Se han hecho numerosos intentos de responder a esta pregunta y, como resultado, se han obtenido diversas conclusiones. Una de las mejores defensas de la respuesta afirmativa fue escrita por Thomas Cartwright en 1580, en un libro algo clásico en este campo, titulado *The Holy Exercise of a True Fast*.

Aunque hay muchos pasajes bíblicos que se refieren a este tema, dos se destacan por su importancia. El primero contiene la sorprendente enseñanza de Jesús sobre el ayuno en el Ser-

món del Monte.* Hay dos factores que influyen directamente sobre el asunto que tenemos entre manos. La enseñanza de Jesús sobre el ayuno estuvo directamente en el contexto de su enseñanza sobre dar limosnas y sobre la oración. Es como si hubiera una suposición casi consciente de que las acciones de dar, orar y ayunar son todas parte de la devoción cristiana. No habría más razón para excluir el ayuno de la enseñanza que la que habría para excluir el dar limosnas o la oración. En segundo lugar, Jesús declaró: “Cuando ayunéis, . . .” (Mateo 6:16). Parece suponer que el pueblo ayunaba, y que lo que se necesitaba era instrucción sobre cómo hacerlo apropiadamente. Martín Lutero dijo: “No fue la intención de Cristo rechazar ni despreciar el ayuno . . . su intención fue restaurar el ayuno apropiado”.²

Habiendo dicho esto, sin embargo, tenemos que pasar a comprender que esas palabras de Jesús no constituyen un mandamiento. Jesús estaba dando instrucciones para el ejercicio apropiado de una práctica común de su día. El no dijo ni una palabra en cuanto a si era una práctica correcta o si debía continuarse o no. Así que, aunque Jesús no dijo: “Si ayunáis”, tampoco dijo: “Tenéis que ayunar”.

La segunda declaración decisiva de Jesús con respecto al ayuno se produjo en respuesta a la pregunta que hicieron los discípulos de Juan el Bautista. Perplejos por el hecho de que tanto ellos como los fariseos ayunaban, pero los discípulos de Jesús no, preguntaron: “¿Por qué . . .?” Jesús respondió: “¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán” (Mateo 9:15). Tal vez esta sea la declaración más importante que se halla en el Nuevo Testamento sobre si los cristianos deben ayunar hoy día.

Con la venida de Jesús había llegado un nuevo día. El reino de Dios había llegado a estar entre los discípulos, con poder

*No se hace aquí ningún intento de refutar la enseñanza de los que se aferran a las llamadas “dispensaciones bíblicas”, según la cual el Sermón del Monte se aplica a una era futura y no a nuestro día. Véase un estudio sobre esta cuestión, *The Hermeneutics of Dispensationalism* por Daniel P. Fuller (tesis doctoral no publicada, *Northwestern Baptist Seminary*, Chicago, Illinois).

presente. El Esposo estaba en medio de ellos; era un tiempo para alegrarse y no para ayunar. Sin embargo, llegaría un tiempo en que sus discípulos ayunarían, aunque no en conformidad con el legalismo del antiguo orden.

Lo más natural es interpretar que los días en que los discípulos de Jesús ayunarían corresponden a la presente era de la iglesia, en vista de la intrincada relación que esto tiene con la declaración de Jesús sobre los odres del reino de Dios, la cual viene inmediatamente (Mateo 9:16, 17). Arthur Wallis sostiene que en este caso Jesús se refiere a la actual era de la iglesia, y no sólo al período de tres días que transcurrió entre su muerte y su resurrección. El concluye su argumento con las siguientes palabras:

Por lo tanto nos vemos obligados a referirnos a los días de su ausencia como al período de esta era, del tiempo que ascendió al Padre hasta que vuelva otra vez desde el cielo. Es evidente que así lo comprendieron sus apóstoles porque no fue sino hasta después de su ascensión al Padre que leemos que ayunaron. Hechos 13:2, 3.

Antes de partir, el esposo les prometió que vendría otra vez para recibirlos a sí mismo. La Iglesia todavía espera oír el clamor de medianoche: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (Mateo 25:6). Es ésta la era de la Iglesia la cual constituye el período del esposo ausente. Es ésta la era de la Iglesia a la cual se refirió nuestro Señor cuando dijo: “*entonces ayunarán*”. ¡Ahora es el tiempo!¹³

No hay manera de escapar de la fuerza que Jesús imprimió a sus palabras en dicho pasaje. Dijo claramente que él esperaba que sus discípulos ayunaran cuando él se marchara. Aunque las palabras no se expresaron en forma de mandamiento, eso sólo se debió a un tecnicismo semántico. De este pasaje se desprende claramente que Cristo apoyó la disciplina del ayuno, y que él previó que sus seguidores ayunarían.

Tal vez sea mejor evitar el término *mandamiento*, puesto que en el sentido más estricto Jesús no mandó ayunar. Pero es obvio que él procedió basado en el principio de que los hijos del reino de Dios ayunarían. Para la persona que anhela un andar más íntimo con Dios, estas declaraciones de Jesús son atractivas.

¿Dónde están hoy las personas que responderán al llamado de Cristo? ¿Nos hemos acostumbrado tanto a la “gracia barata” que, instintivamente, huimos de los exigentes llamados a la obediencia? La “gracia barata es un gracia sin discipulado, sin cruz”.⁴ ¿Por qué el hecho de dar dinero, por ejemplo, ha sido un elemento indiscutiblemente reconocido en la devoción cristiana, y el ayuno ha sido tan debatido? Ciertamente, tenemos tantas evidencias bíblicas a favor del ayuno como las que tenemos a favor de dar dinero, y tal vez haya más evidencias a favor del ayuno. Quizá en nuestra sociedad en que se destaca la abundancia, el ayuno represente un sacrificio mayor que el dar dinero.

El propósito del ayuno

Es un hecho solemne el comprender que en la primera declaración que Jesús hizo acerca del ayuno se refirió al motivo (Mateo 6:16–18). El uso de las cosas buenas para nuestros propios fines es siempre la señal de la religión falsa. ¡Qué fácil es tomar algo como el ayuno y tratar de usarlo para obligar a Dios a hacer lo que nosotros queremos! A veces se hace tanto hincapié en las bendiciones y en los beneficios del ayuno, que nos sentimos tentados a creer que con un poco de ayuno pudiéramos tener al mundo, e incluso a Dios, comiendo de lo que les demos con nuestra propia mano.

El ayuno tiene que centrarse perdurablemente en Dios. Tiene que ser iniciado por Dios y ser ordenado por él. Como la profetisa Ana, necesitamos estar “sirviendo . . . con ayunos” (Lucas 2:37). Cualquier otro propósito tiene que estar subordinado a Dios. Como ocurrió con el grupo apostólico de Antioquía, los términos “ministrando” y “orando” deben decirse en el mismo lapso de respiración (Hechos 13:2). C. H. Spurgeon escribió: “Los tiempos oportunos de ayuno y oración que tenemos en el Tabernáculo han sido verdaderamente sublimes; las puertas del cielo nunca antes han estado tan abiertas; nunca antes nuestros corazones ha estado más cerca de la gloria central”.⁵

En los días de Zacarías, Dios preguntó al pueblo: “Cuando ayunasteis . . ., ¿habéis ayunado para mí?” (Zacarías 7:5). Si

nuestro ayuno no es para Dios, hemos fracasado. Los beneficios físicos, el éxito en la oración, la dotación de poder, los discernimientos espirituales, nunca deben reemplazar a Dios como centro de nuestro ayuno. John Wesley declaró: “Primero, que (el ayuno) se haga para el Señor, con nuestros ojos fijos sólo en él. Que en esto, nuestra intención sea ésta, y sólo ésta: glorificar a nuestro Padre que está en los cielos . . .”⁶ Es el único modo como nos salvaremos de amar la bendición más que a Quién la da.

Tan pronto como el propósito fundamental está firmemente fijado en nuestros corazones, quedamos en libertad de entender que también hay propósitos secundarios en el ayuno. Más que cualquier otra disciplina, el ayuno pone de manifiesto las cosas que nos dominan. Este es un maravilloso beneficio para el verdadero discípulo que anhela ser transformado a la imagen de Jesucristo. Nosotros cubrimos lo que tenemos adentro con alimento y otras cosas buenas, pero en el ayuno estas cosas salen a la superficie. Si el orgullo nos domina, se manifestará casi de inmediato. David dijo: “Lloré afligiendo con ayuno mi alma” (Salmos 69:10). Si dentro de nosotros hay ira, amargura, envidia, rivalidad, temor, estas cosas saldrán a la superficie durante el ayuno. Al principio pensaremos que nuestra ira se debe a que tenemos hambre; luego comprenderemos que tenemos ira por cuanto el espíritu de ira está dentro de nosotros. Podemos regocijarnos por saber esto por cuanto entendemos que la sanidad está a nuestra disposición por medio del poder de Cristo.*

La oración nos ayuda a mantener el equilibrio en la vida. ¡Con cuánta facilidad permitimos que las cosas no esenciales tomen prioridad en nuestra vida! ¡Con qué rapidez anhelamos cosas que no necesitamos hasta que nos esclavizan! Pablo escribió: “. . . todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna” (1 Corintios 6:12). Nuestros anhelos y deseos humanos son como un río que tiende a desbordarse; el ayuno ayuda a mantenerlos en su propio canal. Pablo dijo: “. . . golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre . . .” (1 Corintios 9:27). De igual modo, David escribió: “Afligí con ayuno mi

*Este asunto se explicará con más detalles en posteriores capítulos.

alma . . .” (Salmos 35:13). Esto no es ascetismo, es disciplina; y la disciplina trae libertad. Asterio, en el siglo IV, dijo que el ayuno aseguraba que el estómago no hiciera hervir el cuerpo como una olla, para perjuicio del alma.⁷

Son numerosas las personas que han escrito sobre muchos otros valores del ayuno, tales como el aumento de la eficacia en la oración de intercesión, la ayuda de Dios en las decisiones, el aumento de la concentración, la liberación de los que se hallan en esclavitud, el bienestar físico, revelaciones. En esto, como en todas las cosas, podemos esperar que Dios recompense a los que con diligencia lo buscan.

La práctica del ayuno

Las personas modernas ignoran muchos de los aspectos prácticos del ayuno. Los que desean ayunar necesitan familiarizarse con esta información.

Como ocurre con todas las disciplinas, debe observarse un desarrollo progresivo; es prudente aprender primero a andar para luego correr. Comienza con un ayuno parcial de 24 horas de duración. Muchos han descubierto que el mejor lapso para hacer esto es el que transcurre entre almuerzo y almuerzo. Esto significaría que suspenderá dos comidas. El jugo de frutas frescas es excelente. Intenta esto una vez por semana durante varias semanas. Al principio, quedarás fascinado por los aspectos físicos de esta práctica; pero lo más importante que tienes que verificar es la actitud interna de adoración. Externamente, estarás realizando los deberes regulares del día, pero internamente estarás en oración y adoración, rindiendo culto y alabanza al Señor. Otro día, haz que toda tarea del día se convierta en un sagrado ministerio para el Señor. Sin importar cuán mundanas sean tus actividades, para ti son un sacramento. Cultiva una “tierna receptividad del aliento divino”.⁸ Termina el ayuno con una comida liviana de frutas frescas y verduras y mucho regocijo interno.

Después de dos o tres semanas, estás ya preparado para intentar un ayuno normal de 24 horas. En esta oportunidad, toma sólo agua pura en buenas cantidades. Muchos piensan que

lo mejor es tomar agua destilada. Si el sabor del agua no te gusta, agrégale una cucharadita de jugo de limón. Probablemente sientas algunos dolores por causa del hambre, o cierta incomodidad antes que termine tu período de ayuno. Esa no es hambre real; tu estómago se ha entrenado a través de años de acondicionamiento a dar señales de hambre a ciertas horas. En ciertos sentidos el estómago es como los niños malcriados. No es necesario complacerlos; lo que necesitan es disciplina. Martín Lutero dijo: “. . . la carne estaba habituada a refunfuñar terriblemente”.⁹ No tienes que rendirte ante estos “refunfuños”. No tengas en cuenta estas señales, e incluso dile a tu “niño malcriado” que se calme. En corto tiempo te pasará el hambre. Si no te pasa, tómate otro vaso de agua, y tu estómago quedará satisfecho. Tienes que ser señor y no esclavo de tu propio estómago. Si las obligaciones de familia te lo permiten, dedica el tiempo en que normalmente comerías a la meditación y a la oración.

No sería necesario decir que debes seguir el consejo de Jesús en el sentido de guardarte de llamar la atención hacia lo que estás haciendo. Los únicos que deben saber que estás ayunando son aquellos que tienen que saberlo. Si llamas la atención al hecho de que estás ayunando, la gente se impresionará por ello y, como Jesús lo dijo, esa será tu recompensa. Tú sin embargo estás ayunando para obtener recompensas más grandes y más profundas. Lo siguiente lo escribió una persona que, a manera de experimento, se había dedicado al ayuno una vez por semana durante dos años. Notemos el progreso a partir de los aspectos superficiales del ayuno hacia las profundas recompensas.

1. Pensé que sería una gran hazaña el hecho de pasar un día sin comer. Me congratulé por el hecho de que pareció fácil . . .

2. Comencé a ver que lo anterior difícilmente podía ser la meta del ayuno. El hecho de comenzar a sentir hambre me ayudó en esto . . .

3. Comencé a relacionar el ayuno de alimentos con otros aspectos de mi vida en los cuales yo era más compulsivo . . . Yo no tenía que hallar un asiento en el autobús para estar contento, ni sentirme fresco en tiempo de verano, ni abrigado en tiempo de invierno.

4. . . . Reflexioné más en los sufrimientos de Cristo y en los de aquellos que tienen hambre y cuyos bebés tienen hambre . . .

5. Seis meses después de haber comenzado la disciplina del ayuno, comencé a comprender por qué se me había sugerido un período de dos años. A lo largo del camino cambia la experiencia. En los días de ayuno, el hambre se volvió aguda y la tentación de comer se volvió más fuerte. Por primera vez estaba usando el día de ayuno con el fin de buscar la voluntad de Dios para mi vida. Comencé a pensar en lo que significaba *rendir* uno su vida.

6. Ahora sé que la oración y el ayuno tienen que estar intrincadamente unidos. No hay otro modo y, sin embargo, ese modo no está aún combinado en mí.¹⁰

Después de haber logrado varios ayunos con cierto grado de éxito espiritual, pasa a un ayuno de 36 horas. Cuando hayas cumplido el ayuno de esta duración es tiempo de que consultes con el Señor en cuanto a si él quiere que pases a un ayuno más prolongado. Los ayunos que duran de tres a siete días abarcan un buen período y probablemente tengan una influencia sustancial en el curso de su vida.

Es bueno saber el proceso por el cual pasa tu cuerpo en el transcurso de un ayuno más prolongado. Los primeros tres días son por lo general los más difíciles en lo que se refiere a la incomodidad física y a los dolores por causa del hambre. El cuerpo comienza a librarse de los venenos o tóxicos que se han acumulado a través de los años en que se ha tenido malos hábitos de alimentación. Ese proceso no es agradable. Esta es la razón por qué se forma una capa de sarro sobre la lengua y se produce el mal aliento. No te perturbes por estos síntomas; más bien da gracias por el mejoramiento de la salud y el bienestar que te vendrán como resultado. Durante este tiempo, puedes experimentar dolores de cabeza, especialmente si eres un ávido tomador de café o de té. Esos son leves síntomas de retiro, los cuales pasarán, aunque podrían ser muy desagradables por algún tiempo.

Hacia el cuarto día, los dolores por causa del hambre comienzan a ceder, aunque sentirás debilidad y desvanecimientos ocasionales. Estos vértigos son sólo temporales y los producen los cambios repentinos de posición. Muévete más lentamente y no tendrás dificultades. La debilidad puede llegar al punto en

que la tarea más simple exige un gran esfuerzo. El mejor remedio es descansar. A muchos les parece que este es el período más difícil del ayuno.

Hacia el sexto o el séptimo día, comenzarás a sentirte más fuerte y despierto. Los dolores por causa del hambre continuarán disminuyendo hasta que hacia el noveno o el décimo día, sentirás sólo una irritación menor. El cuerpo habrá eliminado el volumen de tóxicos y te sentirás bien. Se intensificará tu capacidad de concentración y sentirás que podrías continuar ayunando indefinidamente. Desde el punto de vista físico, ésta es la parte del ayuno que más se disfruta.

En cualquier momento entre los 21 días y los 40, o posteriormente, lo cual depende de cada individuo, vuelven los dolores a causa del hambre. Esta es la primera etapa del síndrome clínico del hambre e indica que el cuerpo ha agotado todas las reservas que tenía en exceso y está comenzando a recurrir al tejido vivo. Es tiempo de terminar el ayuno.

La pérdida de peso durante el ayuno varía grandemente según el individuo. Es normal perder al principio un kilogramo por día, lo cual va decreciendo a medida que avanza el ayuno hasta llegar a medio kilogramo diariamente. Durante el ayuno sentirás más frío, simplemente por el hecho de que el metabolismo del cuerpo no produce la acostumbrada cantidad de calor. Si uno tiene el cuidado de permanecer abrigado, esto no causa dificultad alguna.

Debiera ser obvio para todos el que algunas personas, por razones físicas, no deben ayunar. Los diabéticos, las mujeres que están embarazadas y los pacientes del corazón no deben ayunar. Si tienes alguna pregunta con respecto a si estás en condiciones de ayunar, consulta con el médico.

Antes de comenzar un ayuno prolongado, algunos se sienten tentados a ingerir una buena comida para "almacenar". Eso es incorrecto. De hecho, es mejor comer algo más liviano que lo normal durante uno o dos días antes de comenzar el ayuno. Sería un buen consejo que te abstengas de tomar té o café durante tres o cuatro días antes de iniciar un ayuno prolongado. Si la última comida que queda en el estómago es de frutas frescas y verduras, no debieras tener ninguna dificultad con el estreñimiento.

La primera comida después de un ayuno prolongado debe ser jugo de frutas o de verduras. Al principio se deben tomar pequeñas cantidades. Recuerda que el estómago se ha contraído considerablemente y que todo el sistema digestivo ha entrado en cierta clase de hibernación. El segundo día, después de haber terminado el ayuno, deberías comer frutas y luego leche o yogur. Luego puedes comer ensaladas frescas y vegetales cocidos. Evita en la ensalada todos los aderezos y todo lo que tenga grasa o almidón. Debe tenerse un extremo cuidado de no comer en demasía. En este tiempo es bueno pensar en la dieta futura y en los hábitos de comer, para ver si debes ser más disciplinado y tener dominio de tu apetito.

Aunque los aspectos físicos del ayuno nos intrigan, nunca debemos olvidar que el principal propósito del ayuno bíblico está en el área del espíritu. Lo que ocurre espiritualmente tiene consecuencias mucho más importantes que lo que sucede corporalmente. Estarás empeñado en una batalla espiritual para la cual necesitarás todas las armas de que se nos habla en Efesios 6. Uno de los periodos espiritualmente más críticos ocurre cuando finalizas el ayuno físico; es entonces cuando nos viene la tendencia natural de relajarnos. Pero no quiero dejar la impresión de que todo ayuno es una fuerte lucha espiritual. He descubierto que no es así. También hay "... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17).

El ayuno puede traer adelantos en la vida espiritual que nunca pudieran obtenerse de ninguna otra manera. Es un medio de la gracia de Dios y una bendición que no debiera descuidarse por más tiempo. Wesley declaró:

... no sólo por la luz de la razón ... ha sido dirigido el pueblo de Dios en todas las edades a usar el ayuno como un medio: ... sino que ha sido ... enseñado sobre esto por el mismo Dios, mediante revelaciones claras y expresas de su voluntad ... Ahora bien, cualesquiera hayan sido las razones que movieron a los del tiempo antiguo para el ardiente y constante cumplimiento de este deber, tales razones son aún de igual valor para estimularnos a nosotros.¹¹

Ha llegado el tiempo para que todos los que oyen la voz de Cristo la obedezcan.

5. LA DISCIPLINA DEL ESTUDIO

El que estudia sólo a los hombres, obtendrá el conocimiento del cuerpo sin el alma; el que estudia sólo libros, obtendrá el conocimiento del alma sin el cuerpo. El que a lo que ve añade observación, y a lo que lee añade reflexión, está en el camino correcto del conocimiento, siempre que al escudriñar los corazones de los demás no descuide el suyo.

— Caleb Colton

El propósito de las disciplinas espirituales es la transformación total de la persona. Su meta es la de reemplazar los antiguos hábitos destructivos de pensar por unos nuevos hábitos que producen vida. En ninguna parte este propósito se ve más claramente que en la disciplina del estudio. El apóstol Pablo nos dice que la manera de ser transformados es por medio de la renovación de la mente (Romanos 12:2). El entendimiento se renueva al aplicarle aquellas cosas que lo transformarán. “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8). La disciplina del estudio es el primer vehículo que nos lleva a cumplir con el precepto: “en esto *pensad*”. Por tanto, debiéramos regocijarnos por el hecho de que no quedamos entregados a nuestros propios artificios, sino que se nos han dado los medios de gracia de Dios para la transformación de nuestro espíritu.

Muchos cristianos permanecen como esclavos de los temores y de los afanes, simplemente porque no aprovechan la disciplina del estudio. Pueden ser fieles en cuanto a asistir a la iglesia y sinceros en cuanto a cumplir sus deberes religiosos, pero aun así no han cambiado. Aquí no me refiero solamente a los que se someten a fórmulas religiosas, sino a aquellos que genuinamente buscan adorar y obedecer al Señor Jesucristo como Señor y Maestro. Estos pueden cantar con gusto, orar en el

Espíritu, vivir de una manera tan obediente hasta donde sus conocimientos les permiten, y aun recibir visiones y manifestaciones divinas; y sin embargo, el tenor de sus vidas permanece sin cambio. ¿Por qué? Porque nunca han tomado uno de los métodos fundamentales que Dios usa para cambiarnos: el estudio. Jesús declaró inequívocamente que el conocimiento de la verdad es lo que nos hará libres: “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Los buenos sentimientos no nos harán libres. Las experiencias extáticas no nos harán libres. El hecho de fascinarnos con Jesús tampoco nos libertará. Sin el conocimiento de la verdad no seremos libres.

Este principio es verdadero en todo aspecto de la conducta humana. Es valadero en biología y en matemáticas. Es verdadero en las relaciones matrimoniales y en las otras relaciones. Pero es verdadero especialmente en lo que se refiere a la vida espiritual. Muchos están obstaculizados y confusos en la vida espiritual por el simple hecho de que ignoran la verdad. Peor aun, muchos han sido llevados a una esclavitud sumamente cruel por las falsas enseñanzas. “. . . recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros” (Mateo 23:15). Por tanto, apliquémonos a aprender lo que constituye la disciplina espiritual del estudio, a identificar sus escollos ocultos, a practicarla con gozo y a experimentar la liberación que produce.

¿Qué es el estudio?

El estudio es una clase específica de experiencia en la cual, a través de la cuidadosa observación de estructuras objetivas, hacemos que nuestro proceso de pensamiento se mueva en determinada manera. Tal vez estudiemos un árbol o un libro. Lo vemos, lo sentimos. Al hacerlo, *nuestro proceso de pensamiento adopta un orden en conformidad con el orden que hay en el árbol o en el libro*. Cuando esto se hace con concentración, percepción y repetición, se forman en nosotros hábitos arraigados de pensamiento.

En el Antiguo Testamento se dieron instrucciones para que las leyes se escribieran en las puertas y en los postes de las

casas, de tal modo que fueran “por frontales entre vuestros ojos” (Deuteronomio 11:18). El propósito de esa instrucción era dirigir la mente repetida y regularmente hacia cierto modo de pensamiento con respecto a Dios y a las relaciones humanas. Por supuesto, el Nuevo Testamento reemplaza las leyes escritas en los postes por leyes escritas en el corazón y nos conduce hacia Jesús nuestro Maestro interno siempre presente.

Una vez más tenemos que hacer hincapié en que los arraigados hábitos de pensamiento, que están formados, *se conforman* al orden de aquello que se está estudiando. *Lo que* estudiamos determina la clase de hábito que se ha de formar. Esa fue la razón por la que el apóstol Pablo nos insta a concentrar nuestros pensamientos en todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable y de buen nombre.

El proceso que ocurre en el estudio debe distinguirse del de la meditación. La meditación es devota; el estudio es analítico. La meditación saboreará una palabra; el estudio la explicará.

Aunque la meditación y el estudio con frecuencia se entrelazan y funcionan de manera concurrente, constituyen dos experiencias distintas. El estudio ofrece cierta estructura objetiva dentro de la cual la meditación puede funcionar con éxito.

En el estudio hay dos clases de “libros” que se han de estudiar: los escritos y los no escritos. Los libros y las conferencias, por tanto, sólo constituyen la mitad del campo del estudio, tal vez menos. El mundo de la naturaleza y, aun más importante, la cuidadosa observación de los eventos y de las acciones son los campos principales de estudio que no están escritos.

La tarea principal del estudio es la percepción de la realidad de una determinada situación, determinado encuentro, o de un determinado libro. Una persona, por ejemplo, pudiera pasar por el escándalo de *Watergate* sin percibir nada de la naturaleza real de esa trágica situación. Pero si la persona observara con cuidado y reflexionara en lo que estaba ocurriendo, aprendería mucho.

Cuatro pasos

El estudio envuelve cuatro pasos. El primero es la repetición. La repetición es una manera de concentrar regularmente

la mente en una dirección específica, para arraigar así los hábitos de pensamiento. La repetición ha recibido cierta mala reputación hoy. Sin embargo, es importante entender que la repetición por sí sola, sin siquiera entender lo que se está repitiendo, afecta la mente interna. Los arraigados hábitos de pensamiento pueden formarse con sólo la repetición, con lo cual se cambia así la conducta. Esa es la razón principal que respalda a la sicocibernética, que prepara al individuo para repetir ciertas afirmaciones con regularidad (por ejemplo, “Yo me amo a mí mismo incondicionalmente”). Ni siquiera es importante que la persona crea lo que está repitiendo, sólo que lo repita. Así se educa la mente interna y con el tiempo responderá modificando la conducta en conformidad con la afirmación. Por supuesto, este principio ha sido reconocido a través de los siglos, pero sólo recientemente ha recibido confirmación científica.

Esa es la razón por la cual el asunto de la programación para la televisión es muy importante. Si en el programa de televisión de mayor audiencia se informa sobre los innumerables crímenes que se cometen cada noche, la sola repetición preparará la mente interna para que adopte patrones destructivos de pensamiento.*

La concentración es el segundo paso en el estudio. Si además de dedicar la mente repetidamente al tema, la persona se concentra en lo que está estudiando, el aprendizaje aumenta inmensamente. La concentración enfoca la mente. La atención se enfoca en lo que se está estudiando. La mente humana tiene una capacidad increíble para concentrarse. Constantemente está recibiendo millares de estímulos, cada uno de los cuales ella puede almacenarlos en su banco de memoria mientras se enfoca sólo en unos pocos. Esta capacidad natural del cerebro se intensifica cuando con singularidad de propósito concentramos nuestra atención en el objeto de estudio que deseamos.

Cuando no sólo canalizamos de manera repetida la mente hacia una dirección en particular, y concentramos la atención en el tema, sino que también entendemos lo que estamos es-

*En el momento de escribir esto hay un caso en los tribunales en el cual la defensa sostiene que la causa por la cual un adolescente mató a su abuelo fue el hecho de observar el crimen por televisión.

tudiando, llegamos a un nuevo nivel. La comprensión es, entonces, el tercer paso en la disciplina del estudio. La comprensión nos conduce a la penetración y al discernimiento. Nos ofrece la base para la verdadera percepción de la realidad.

Se necesita dar un paso más: la reflexión. Aunque la comprensión define lo que estamos estudiando, la reflexión define su *significado*. El hecho de reflexionar, de rumiar los eventos de nuestro tiempo, nos conducirá a la realidad interna de ellos. La reflexión nos lleva a ver las cosas desde el punto de vista de Dios. En la reflexión no sólo llegamos a entender nuestro tema de estudio, sino a entendernos a nosotros mismos. Jesús habló con frecuencia acerca de oídos que no oyen y de ojos que no ven. Cuando ponderamos el significado de lo que estudiamos, llegamos a oír y ver las cosas de una nueva manera.

Pronto se hace obvio que el estudio demanda humildad. El estudio no puede ocurrir mientras no estemos dispuestos a someternos al tema. Tenemos que someternos al sistema. Tenemos que acudir como estudiantes, no como maestros. Y el estudio no sólo depende directamente de la humildad, sino que también conduce a ella. La arrogancia y el espíritu educable se excluyen mutuamente.

Todos conocemos a individuos que han tomado algún curso de estudio, o que han obtenido algún grado académico, y que exhiben la información que han obtenido de una manera ofensiva. Debemos sentir una profunda compasión por tales personas. No entienden la disciplina espiritual del estudio. Ellos han confundido la acumulación de información con el conocimiento. Han establecido una ecuación entre el chorro de palabras y la sabiduría. ¡Qué trágico! El apóstol Juan definió la vida eterna como el conocimiento de Dios. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Aun un toque de este conocimiento experimental es suficiente para darnos un profundo sentido de humildad.

Habiendo colocado el fundamento, movámonos ahora a la ejecución práctica de la disciplina del estudio.

Estudio de libros

Cuando pensamos estudiar, nos vienen a la mente de manera muy natural, libros u otros escritos. Aunque los libros sólo constituyen la mitad del material de estudio, como ya lo dije, la mitad más obvia, ellos son claramente importantes.

Infortunadamente parece que muchos piensan que estudiar un libro es una tarea sencilla. Sin duda alguna, esa actitud petulante explica los malos hábitos de estudio de muchas personas. El estudio de un libro es un asunto sumamente complejo, especialmente para el novicio. Como ocurre con el tenis o con la mecanografía, cuando uno comienza el aprendizaje parece que hay mil detalles que es necesario dominar, y uno se pregunta cómo es posible tenerlos a todos en mente al mismo tiempo. Tan pronto como uno se hace experto, sin embargo, la mecánica pasa a un segundo nivel y uno se concentra en el juego de tenis o en el material que se ha de escribir a máquina.

Lo mismo ocurre con el estudio de un libro. El estudio es un arte exigente que envuelve un laberinto de detalles. El principal obstáculo es el de convencer a las personas de que tienen que *aprender* a estudiar. La mayoría de las personas suponen que por cuanto ellas saben leer palabras, saben estudiar. Esta limitada comprensión de la naturaleza del estudio explica por qué muchas personas aprenden muy poco cuando leen libros.

Hay tres normas intrínsecas y tres extrínsecas que gobiernan el éxito en el estudio de un libro.*

Al principio, las normas intrínsecas pueden hacer necesarias tres lecturas separadas del material, pero, con el tiempo, se pueden aplicar de manera concurrente. La primera lectura envuelve el *entendimiento* del libro: ¿qué es lo que el autor dice? La segunda lectura envuelve la *interpretación* del libro: ¿qué es lo que el autor quiere decir? La tercera lectura envuelve la *evaluación* del libro: ¿Tiene la razón el autor o no? La mayoría de las personas tienen la tendencia de hacer la tercera lectura

*Mortimer J. Adler, en *How to Read a Book*, cubre estos temas con gran detalle. Su libro fue publicado en Nueva York por *Simon and Schuster*, 1940. Estoy muy agradecido a él por estos discernimientos de la disciplina del estudio.

en primer lugar y con frecuencia, no hacemos en absoluto la primera ni la segunda. Hacemos un análisis crítico del libro antes de entender lo que dice. Juzgamos que el libro está bien o mal antes de interpretar su significado. El sabio escritor de *Eclesiastés* dijo que hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo. El tiempo para el análisis crítico de un libro viene después de un cuidadoso entendimiento de dicho libro y de su interpretación.

Sin embargo, las normas intrínsecas de estudio son por sí mismas inadecuadas. Para leer con éxito, necesitamos las ayudas extrínsecas: la experiencia, otros libros y la discusión como interacción.

La experiencia es la única manera en que podemos interpretar y relacionar lo que leemos. Cuando hemos entendido y reflexionado en la experiencia, ella nos informa e ilumina nuestro estudio.

Entre los otros libros pueden incluirse diccionarios, comentarios y alguna otra literatura interpretativa; pero los más significativos son otros grandes libros que preceden o que prosiguen al estudio que estamos realizando. Con frecuencia, los libros sólo tienen significado cuando se leen en relación con otros libros. A la gente le parecería casi imposible entender la epístola a los Romanos o la epístola a los Hebreos, por ejemplo, sin tener una base en la literatura del Antiguo Testamento. En los Estados Unidos, por ejemplo, es realmente imposible leer *Los documentos de los federalistas*, y entenderlos, sin primero haber leído los *Artículos de la Confederación y la Constitución de los Estados Unidos de América*. Los grandes libros que tienen por tema los asuntos fundamentales de la vida, se relacionan unos con otros. No se pueden leer aisladamente.

La discusión se refiere a la interacción que se produce entre los seres humanos cuando éstos prosiguen un curso particular de estudio. Tenemos interacción con el auto y unos con otros; y así nacen nuevas ideas creadoras.

El primer libro y el más importante que debemos estudiar es la Biblia. El salmista preguntó: “¿Con qué limpiaré el joven su camino?” Luego respondió a su propia pregunta: “Con guardar tu palabra”. Y agregó: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmos 119:9, 11). Con el tér-

mino “tu palabra”, el salmista se refería a la Tora, pero los cristianos a través de los siglos han descubierto que esto es cierto en el estudio de toda la Escritura. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17). Notemos que el propósito fundamental no es la pureza doctrinal (aunque sin duda eso está envuelto), sino la transformación interna. Cuando acudimos a la Escritura no acudimos a acumular información, sino a ser cambiados.

Tenemos que entender, sin embargo, que existe una inmensa diferencia entre el estudio de la Escritura y la lectura devota de ella. En el estudio de la Escritura se le concede una alta prioridad a la interpretación: lo que significa. En la lectura bíblica devota se concede una alta prioridad a la aplicación: lo que significa para mí. En el estudio no buscamos el éxtasis espiritual; de hecho, el éxtasis podría ser un obstáculo. Cuando estudiamos un libro de la Biblia buscamos estar dominados por la intención del autor. Estamos determinados a oír lo que él dice, no lo que nos gustaría que dijera. Estamos dispuestos a pagar el precio de pasar días infructuosos, uno tras otro, hasta que el significado sea claro. Este proceso revoluciona nuestra vida.

El apóstol Pedro halló algunas cosas en las epístolas de “nuestro amado hermano Pablo” que eran “difíciles de entender” (2 Pedro 3:15, 16). Si a Pedro le pareció así, a nosotros también nos parecerá. Necesitaremos estudiar bastante sobre el particular. La lectura devota diaria ciertamente es recomendable, pero, eso no es estudio. Cualquiera que esté buscando “una palabrita de Dios para hoy” no está interesado en la disciplina del estudio.

El promedio de clases de escuela dominical para adultos es demasiado superficial, muy dedicado a lo devoto y, por tanto, no nos ayuda en el estudio bíblico; aunque algunas iglesias creen suficientemente en el estudio como para ofrecer cursos bíblicos en serio. Tal vez vivas cerca de un seminario evangélico o de un instituto bíblico donde puedes tomar cursos. Si tal es el caso, eres afortunado, especialmente si hallas un profesor que,

además de ofrecer información, ofrezca *vida*. Sin embargo, en caso de que no tengas esa oportunidad (y aun si la tienes), puedes hacer varias cosas para comenzar a estudiar la Biblia.

Algunas de mis experiencias de estudio más provechosas las he logrado estructurando un retiro privado para mí mismo. Por lo general, eso envuelve unos dos o tres días. Sin duda alguna, objetarás que, dado el programa de trabajo que tienes, no sería posible sacar ese tiempo. Quiero que sepas que sacar ese tiempo no es más fácil para mí que para cualquier otra persona. Yo peleé y luché para cada retiro, el cual lo anoto en mi agenda con muchas semanas de anticipación. He sugerido esta idea a diversos grupos y he descubierto que profesionales que tienen programas muy cargados, trabajadores que tienen horarios rígidos de trabajo, amas de casa que tienen familias grandes, y otros individuos pueden, de hecho, conseguir tiempo para un retiro de estudio privado. He descubierto que el problema más difícil no es el de conseguir tiempo, sino el de convencerme de que el estudio bíblico es suficientemente importante para separar el tiempo.

La Biblia nos dice que, después de la maravillosa resurrección de Dorcas, Pedro “se quedó muchos días en Jope en casa de un cierto Simón, curtidor” (Hechos 9:43). Mientras Pedro estaba en Jope, el Espíritu Santo logró comunicarse con él (nada menos que con ayudas visuales) en lo que se refería a su prejuicio racial. ¿Qué hubiera ocurrido si en vez de permanecer allí, Pedro se hubiera lanzado inmediatamente a un viaje de predicación para hablar acerca de la resurrección de Dorcas? Posiblemente no hubiera llegado a ese destrozador discernimiento procedente del Espíritu Santo, “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada de aquel que le teme y hace justicia” (Hechos 10:34, 35). Nadie sabe si de otro modo no hubiera comprendido eso. Pero yo sé lo siguiente: Dios desea que todos nosotros tengamos varios lugares donde podamos quedarnos, y donde él pueda enseñarnos de una manera especial.

Para muchas personas, un fin de semana es buen tiempo para tal experiencia. Otros pueden hacer el arreglo de tomar unos días en la mitad de la semana. Si sólo es posible tomar un

día, con frecuencia el domingo resulta excelente.

Cualquier lugar es bueno, con tal que estés retirado de la casa. El hecho de salir de la casa no sólo te libra del teléfono y de las responsabilidades domésticas, sino que también da a tu mente una disposición para el aprendizaje. Hay a menudo centros de retiro que reciben a personas que desean un retiro personal privado.

Los retiros organizados en grupo casi nunca toman en serio el estudio, de modo que muy ciertamente necesitarás estructurar tu propio retiro. Por el hecho de que en este retiro estarás a solas, necesitarás disciplinarte y medir tu tiempo con mucho cuidado. Si eres nuevo en esta actividad, no querrás excederte. Sin embargo, con la experiencia, tendrás la esperanza de dedicar de diez a doce horas a un buen estudio cada día.

¿Qué debes de estudiar? Eso depende de lo que necesites. No conozco tus necesidades, pero sé que una de las grandes necesidades entre los cristianos de hoy es simplemente la necesidad de leer grandes porciones de la Biblia. Gran parte de nuestra lectura bíblica es fragmentaria y esporádica. Realmente he conocido a estudiantes que han tomado cursos bíblicos y nunca leyeron ni siquiera todo el libro bíblico que estaban estudiando. Pensemos, por ejemplo, en escoger un libro largo de la Biblia como Génesis o Jeremías, y en leerlo por completo. Nota la estructura y el desarrollo del libro. Nota los aspectos difíciles y vuelve a ellos más tarde. Apunta pensamientos e impresiones. Algunas veces es conveniente combinar el estudio de la Biblia con el estudio de alguno de los grandes clásicos de las devociones. Tales experiencias de retiro pueden transformar tu vida.

Otro método para el estudio de la Biblia consiste en escoger un libro más pequeño, como Efesios ó 1 Juan, y leerlo por completo todos los días durante un mes. Más que cualquier otro esfuerzo particular, este colocará la estructura del libro en tu mente. Léelo sin tratar de adaptarlo a categorías establecidas. Espera oír nuevas cosas de nuevas maneras. Lleva un diario de lo que vayas descubriendo. En el transcurso de estos estudios, obviamente querrás usar el mejor material secundario de apoyo que tengas a tu disposición.

Además del estudio de la Biblia, no descuides el estudio de

alguno de los clásicos experimentales de la literatura cristiana. Tampoco debemos olvidar la cantidad de literatura escrita por individuos de muchas disciplinas. Muchos de estos pensadores tienen extraordinarias percepciones de la situación humana. Entre éstos están algunos escritores orientales como Lao-tse, de China, y Zoroastro, de Persia; y otros como Shakespeare y Milton, Cervantes y Dante, Tolstoy y Dostoevski, y en nuestro siglo tenemos a Dag Hammarskjöld.

Aquí está en orden una advertencia. No te sientas abrumado ni desanimado a causa de todos los libros que no has leído. Recuerda que la clave de la disciplina del estudio no consiste en leer muchos libros, sino en experimentar lo que leemos.

Estudio de los "libros" que no están escritos

Llegamos al campo de estudio menos reconocido, pero tal vez el más importante: la observación de la realidad en las cosas, los eventos y las acciones. El lugar más fácil para comenzar es la naturaleza. No es difícil ver que el orden de la creación tiene algo que enseñarnos.

Isaías nos dice: "los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso" (Isaías 55:12). La obra del Creador puede hablarnos y enseñarnos si nosotros escuchamos. Martín Buber contó la historia de un rabino que iba a una laguna todos los días al amanecer, para oír "el canto con que las ranas alaban a Dios".¹

El estudio de la naturaleza lo comenzamos poniendo atención. Vemos las flores o los pájaros. Los observamos detenidamente y en oración. André Gide describió el momento en que, mientras oía una charla en un salón de clase, observó que una mariposa salía de su crisálida. El se llenó de asombro, de adoración, de gozo por esta metamorfosis, y resurrección. Con entusiasmo mostró lo que estaba ocurriendo a su profesor, quien le contestó con desaprobación: "¡Buena! ¿No sabías que la crisálida es la envoltura de la mariposa? Toda mariposa que ves ha salido de una crisálida. Eso es perfectamente natural". Desilusionado, Gide escribió: "Sí, en verdad, yo sabía la historia

natural también, tal vez mejor que él . . . Pero, por el hecho de ser natural, ¿no podía él comprender que era maravillosa? ¡Pobre criatura! Desde ese día me disgusté con él y sentí repugnancia hacia sus lecciones".² ¡A quién no le hubiera pasado eso! El profesor de Gide sólo había acumulado información, no había estudiado. Así que el primer paso en el estudio de la naturaleza es una reverente observación. Una hoja puede hablar de orden y variedad, de complejidad y de simetría. Evelyn Underhill escribió:

Concéntrate en ti mismo, tal como te lo han enseñado las sugerencias para meditar. Luego, con la atención ya no dispersa entre los accidentes e intereses triviales de tu vida personal, sino equilibrada, tensa, lista para el trabajo que le demandarás, extiéndete mediante un claro acto de voluntad amorosa hacia una de las miríadas de manifestaciones de la vida que lo rodean; y que ordinariamente no te darías cuenta de ellas, a menos que las necesitaras por casualidad. Permite que tu ser salga por completo hacia esa manifestación, no atraigas su imagen hacia ti. La condición para el éxito es una deliberada atención—aun más, apasionada—, una atención que pronto trascienda toda conciencia de ti mismo, como algo separado de lo que ves, pero que atienda a ello. En cuanto al objeto de la contemplación, poco importa. Desde una montaña elevada hasta un insecto, cualquier cosa serviría, siempre que tengas la actitud correcta: Pues todas las cosas de este mundo hacia las cuales te extiendas están estrechamente vinculadas, y cuando se ha percibido verdaderamente una, esa sirve de puerta para todas las demás.³

El siguiente paso consiste en hacernos amigos de las flores, de los árboles y de los pequeños seres vivientes que se arrastran sobre la tierra. Hablar con los animales, como el legendario doctor Doolittle.* Por supuesto, no puedes realmente hablar con un animal . . . ¿verdad? Hay ciertamente una comunicación que va más allá de las palabras. Los animales, y aun las plantas, parecen responder a nuestra amistad y compasión. Lo sé porque he hecho el experimento, y también lo han hecho algunos científicos de primera línea. Hemos descubierto que eso es cierto. Tal vez las historias acerca de San Francisco de Asís, de que

*Personaje de una leyenda el cual hablaba con los animales.

amansó al lobo de Gubbio, y de que les predicaba a los pájaros no sea tan improbable. Podemos estar seguros de lo siguiente: Si amamos la creación aprenderemos de ella. En la obra *The Brothers Karamazov*, Dostoevski aconsejaba:

Amad toda la creación de Dios, toda la arena y cada grano que hay en ella. Amad cada hoja, cada rayo de luz de Dios. Amad los animales, amad las plantas, amad todo. Si amáis todo, percibiréis el divino misterio de las cosas. Tan pronto como lo percibáis, comenzaréis a percibirlo mejor todos los días.⁴

Por supuesto, hay muchos “libros”, además de la naturaleza, que debiéramos estudiar. Si observas las relaciones que existen entre los seres humanos, recibirás una educación a nivel de grado universitario. Observa, por ejemplo, cuántas de nuestras palabras tienen por objeto justificar nuestras acciones. Nos parece casi imposible actuar y permitir que la acción hable por sí misma. No, nosotros tenemos que explicarla, justificarla, y demostrar la rectitud de la acción. ¿Por qué sentimos este impulso de dejar las cosas claras? A causa de nuestro orgullo y de nuestro temor. ¡Está en juego nuestra reputación!

Es fácil observar ese rasgo particularmente entre los vendedores, los escritores, los pastores de iglesias, los profesores—entre todos aquellos que se ganan la vida siendo eficaces en palabras. Por otra parte, si hacemos de nosotros mismos uno de los principales temas de estudio, gradualmente nos libraremos de la arrogancia. No podremos orar como el fariseo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres . . .” (Lucas 18:11).

Está atento a las relaciones ordinarias que encuentras a lo largo del día: en el hogar, en el trabajo, en la escuela. Nota las cosas que dominan a las personas. Recuerda que no estás tratando de condenar ni de juzgar a nadie, sólo estás tratando de aprender. Si en realidad descubres que dentro de ti está surgiendo un espíritu crítico, observa ese hecho y aprende.

Como ya lo dije, uno de los principales objetos de nuestro estudio debería ser nosotros mismos. Deberíamos aprender cuáles son las cosas que nos dominan. Observa tus sentimientos internos y los vaivenes de tu disposición de ánimo. ¿Qué es lo que domina tu disposición de ánimo? Al ver ese hecho, ¿qué

puedes aprender acerca de ti mismo?*

Al hacer todo esto, no estamos tratando de llegar a ser psicólogos o sociólogos aficionados. Tampoco nos obsesiona una excesiva introspección. Estudiamos estos asuntos con un espíritu de humildad y con el reconocimiento de que necesitamos una gran dosis de gracia. Sólo queremos seguir la máxima de Sócrates: “Conócete a ti mismo”. Y esperamos que Jesús sea nuestro Maestro viviente y siempre presente, a través del bendito Espíritu Santo.

Haríamos bien en estudiar las instituciones y las culturas y las fuerzas que les dan forma. También debiéramos reflexionar en los eventos de nuestro tiempo y con un espíritu de discernimiento, notar en primer lugar qué es lo que nuestra cultura considera un “gran evento”, y qué es lo que no considera como tal. Echa una mirada a los sistemas de valores de una cultura: no a lo que las personas dicen que son, sino a lo que realmente son. Y una de las maneras más claras de ver los valores de la cultura consiste en observar los avisos comerciales de televisión.

Haz preguntas. ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de nuestra sociedad tecnológica? ¿Qué efecto ha producido la industria de alimentos de preparación rápida en la tradición familiar de reunirse a la hora de comer? ¿Por qué en nuestra cultura nos parece difícil apartar tiempo para desarrollar las relaciones? ¿El individualismo occidental es valioso o destructivo? ¿Qué de nuestra cultura está de acuerdo con el evangelio y qué no? Una de las funciones más importantes de los profetas cristianos de nuestro día es la capacidad para percibir las consecuencias de diversos inventos y de otras fuerzas de nuestra cultura, y hacer juicios de valor sobre ellos.

El estudio produce regocijo. Como a cualquier novato, nos parecerá un trabajo duro al principio. Pero cuanto más sea

*Este consejo es para individuos razonablemente maduros y bien ajustados. No es para los deprimidos ni para otros que están agobiados por las cargas de la vida. Para ellos, estos ejercicios son demasiado deprimentes y contraproducentes. Si a ti te parece que tus días son demasiado pesados para esta clase de estudio, por favor, no lo intentes. Pero hay esperanza, y hay algo que puedes hacer. Lee los capítulos de este libro que se refieren a la confesión y a la búsqueda de consejo espiritual.

nuestro aprovechamiento tanto mayor será nuestro gozo. Alexander Pope dijo: "No hay estudio que no sea capaz de deleitarnos después que nos dediquemos un poco a él".⁵ Vale la pena dedicar al estudio nuestro esfuerzo más serio.

SEGUNDA PARTE

Las disciplinas externas

6. LA DISCIPLINA DE LA SENCILLEZ

Cuando estamos verdaderamente con esta sencillez interior, toda nuestra apariencia es más franca, más natural. Esta verdadera sencillez . . . hace que estemos conscientes de cierta imparcialidad, cierta apacibilidad, cierta inocencia, cierto alborozo y cierta serenidad, lo cual es encantador cuando lo vemos de cerca y continuamente, con ojos puros. ¡Oh, cuán amable es la sencillez! ¿Quién me la dará? Yo abandono todo por ella. Es la perla del evangelio.

— François Fénelon

La sencillez es libertad. La doblez es esclavitud. La sencillez nos trae gozo y equilibrio. La doblez nos trae afán y temor. El predicador del Eclesiastés observó: “Dios hizo sencillo al hombre, pero él se complicó con muchas razones” (Eclesiastés 7:29; *Biblia de Jerusalén*). Por el hecho de que muchos estamos experimentando la libertad que Dios da por medio de la sencillez, cantamos de nuevo un antiguo himno:

Es un don ser sencillos,
es un don estar libres;
es un don descender a donde debemos estar.
Y cuando nos contemplemos del modo correcto
viviremos en el valle del amor y del deleite.

Cuando logremos la verdadera sencillez,
no nos avergonzaremos de vivir ni de amar;
volver y volver será nuestro deleite,
hasta que volviendo y volviendo
demostramos bien la vuelta.

La disciplina cristiana de la sencillez es una realidad *interna* que da como resultado un estilo de vida *externo*. Tanto los aspectos internos como los externos de la sencillez son esenciales. Nos engañamos a nosotros mismos si creemos que podemos poseer la realidad interna sin que ella tenga un profundo efecto en nuestra manera de vivir. El hecho de intentar arreglar nuestro estilo externo de sencillez de vida sin la realidad interna conduce a un mortal legalismo.

La sencillez comienza en un punto central y una unidad internos. Significa vivir de lo que Thomas Kelly llamó "El Centro Divino". Kierkegaard capturó el núcleo de la sencillez cristiana en el profundo título de su libro *Purity of Heart Is to Will One Thing*.

El hecho de experimentar la realidad interna nos libera externamente. La conversación llega a ser verdadera y sincera. Desaparece el deseo apasionado de adquirir condición y posición, por cuanto ya no se necesitan la condición ni la posición. Dejamos de manifestar extravagancia, no porque no podamos darnos el lujo, sino porque estamos basados en un principio. Nuestros bienes llegan a estar disponibles para los demás. Nos unimos a la experiencia que Richard E. Byrd registró en su diario, después de pasar meses solo en el yermo Artico: "Estoy aprendiendo . . . que un hombre puede vivir profundamente sin cúmulos de cosas".¹

La cultura contemporánea carece tanto de la realidad interna como del estilo de vida externo que la sencillez produce.

Internamente, el hombre moderno está fracturado y fragmentado. Está atrapado en un laberinto de compromisos que compiten entre sí. En un momento toma decisiones basado en la sana razón, y en el siguiente, las toma por el temor de lo que los demás dirán de él. No tiene un punto central único en torno al cual orientarse.

A causa de la falta de un centro divino, nuestra necesidad de seguridad nos ha llevado a una insana adhesión a las cosas. Tenemos que entender claramente que el deseo apasionado de acumular riquezas en nuestra sociedad contemporánea es sicótico. Y es sicótico porque ha perdido por completo su contacto con la realidad. Anhelamos vehementemente las cosas que no necesitamos ni disfrutamos. "Compramos las cosas que no queremos para impresionar a las personas que no nos gustan."² Cuando las cosas no caen en desuso en conformidad con los planes, entonces caen en desuso por razones psicológicas. Nos sentimos avergonzados de usar ropa desgastada o carros viejos. Los medios de comunicación nos han convencido de que el hecho de no estar a tono con la moda es no estar a tono con la realidad. Es tiempo de que despertemos al hecho de que conformarnos a

una sociedad enferma es estar uno enfermo. Mientras no comprendamos cuán desequilibrada ha llegado a estar nuestra cultura en este punto, no podremos hacer frente al espíritu que nos impulsa a acumular riquezas que están dentro de nosotros, ni desearemos la sencillez cristiana.

Esta sicosis impregna aun nuestra mitología. El héroe moderno es el muchacho pobre que llega a ser rico, en vez de ser el ideal de un muchacho rico franciscano o budista que voluntariamente llega a ser pobre. (¡Aún nos parece difícil imaginar que cualquiera de estas dos cosas le ocurra a una chica!) A la codicia la llamamos ambición. A la acumulación de riquezas, prudencia. A la avaricia, industria.

Además, es importante entender que la cultura moderna contraproducente difícilmente pudiera considerarse como un mejoramiento. Es un cambio superficial del estilo de vida, sin hacer frente en serio a la raíz de los problemas de la sociedad consumidora. Por el hecho de que la cultura contraproducente siempre ha carecido de un centro positivo, inevitablemente ha degenerado en trivialidades. Art Gish dijo:

Gran parte de la cultura contraproducente es un reflejo de los peores rasgos de la antigua sociedad enferma. La revolución no es la libertad para los narcóticos, ni libertad para las relaciones sexuales, ni libertad para producir abortos según las demandas. Esos son los jadeos agonizantes de una antigua cultura, y no conducirán a una nueva vida. La falsa libertad del erotismo, los elementos del masoquismo sádico y la propaganda de carácter sexual que aparece en la mayoría de los periódicos clandestinos forman parte de la perversión del antiguo orden y son una expresión de muerte. En la clandestinidad, muchos practican los mismos valores de la clase gobernante, sólo que los practican en orden inverso.³

Necesitamos ánimo para articular modos de vida nuevos y más humanos. Debiéramos objetar la moderna sicosis que define a la gente según la cantidad que pueda producir o según lo que gane. Debiéramos hacer experimentos con nuevas alternativas osadas para este sistema actual que produce muerte. La disciplina espiritual de la sencillez no es un sueño perdido, sino una visión recurrente a través de la historia. Hoy podemos recapturarla. Tiene que ser recapturada.

La Biblia y la sencillez

Antes de hacer el intento de forjar un concepto cristiano de la sencillez es necesario destruir la idea prevaleciente de que la Biblia es ambigua en lo que a asuntos económicos se refiere. Muy a menudo se piensa que nuestra respuesta a la riqueza es un asunto individual. Se dice que la enseñanza bíblica en este aspecto es asunto de estricta interpretación privada. Tratamos de creer que Jesús no se refirió a las cuestiones económicas prácticas.

Ninguna lectura seria de la Escritura puede probar tal concepto. Los preceptos bíblicos contra la explotación de los pobres y contra la acumulación de riquezas son claros y directos. La Biblia desafía casi todos los valores económicos de la sociedad contemporánea. Por ejemplo, el Antiguo Testamento objeta la idea popular de un derecho absoluto a la propiedad privada. La tierra pertenecía a Dios y, por tanto, nadie podía poseerla a perpetuidad. En el año del jubileo, toda la tierra volvía a su propietario original. De hecho, el propósito del año del jubileo era el de proveer una regular redistribución de la riqueza, ya que se consideraba que la misma riqueza le pertenecía a Dios y no al hombre. Tan radical concepto sobre economía vuela en la cara de casi todos los credos y prácticas modernos. Si Israel hubiera observado fielmente el jubileo, le hubiera dado un golpe mortal al perenne problema de que los ricos se hacen más ricos y los pobres, más pobres.

La Biblia se refiere de manera constante y decisiva al espíritu interno de esclavitud que trae consigo el apego idólatrico a las riquezas. “Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”, aconseja el salmista (Salmos 62:10). El décimo mandamiento de la ley de Dios va dirigido contra la codicia, aquel apasionado deseo interno de “tener”, que conduce al robo y a la opresión. El sabio entendió que “El que confía en sus riquezas caerá . . .” (Proverbios 11:28).

Jesús declaró la guerra al materialismo de su día. El término arameo *mammon* se traduce *riquezas*. Jesús condenó a las riquezas como a un rival de Dios: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o

estimaré al uno y menospreciaré al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lucas 16:13). El habló con frecuencia y de manera no ambigua sobre los asuntos económicos. El dijo: “Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios”. También dijo: “Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo” (Lucas 6:20, 24). De una manera gráfica describió la dificultad del rico para entrar en el reino de Dios. Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja. Para Dios, por supuesto, todas las cosas son posibles; pero Jesús entendió claramente la dificultad. El vio las garras que las riquezas colocan sobre las persona que la posee. El comprendió que “. . . donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Esa fue la razón por la cual ordenó a sus seguidores: “No os hagáis tesoros en la tierra . . .” (Mateo 6:19). El no estaba diciendo que el corazón debe o no debe estar donde estén las riquezas. Está afirmando el hecho claro de que, donde tengas tu tesoro, allí estará tu corazón.

Al joven rico no sólo lo exhortó a tener una actitud de desprendimiento de las posesiones, sino que le indicó que, en un sentido literal, se despojara de todas las posesiones, si quería entrar en el reino de Dios (Mateo 19:16–22). El dijo: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15). El aconsejó a las personas a que acudieran a buscar a Dios: “Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote . . .” (Lucas 12:33). El narró la parábola del rico hacendado cuya vida estaba centrada en la acumulación de riquezas, y lo calificó de “necio” (Lucas 12:16–21). El dijo que si realmente queremos el reino de Dios tenemos que ser como un mercader que busca buenas perlas, y estar dispuestos a vender todo lo que tenemos para comprar una (Mateo 13:45, 46). El llamó a todos los que quisieran seguirlo a una vida de gozo sin preocupación por las posesiones: “A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva” (Lucas 6:30).

Jesús habló sobre la cuestión de la economía más que de cualquier otro asunto social. Si nuestro Señor hizo un hincapié tan grande en los peligros espirituales de la riqueza, en una

sociedad comparativamente sencilla, cuánto más nosotros que vivimos en una sociedad sumamente rica debiéramos tener en serio la cuestión económica.

Las epístolas del Nuevo Testamento reflejan la misma preocupación. Pablo dijo: "Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición" (1 Timoteo 6:9). El obispo debía ser "no avaro" (1 Timoteo 3:3). Los diáconos no debían ser "codiciosos de ganancias deshonestas" (1 Timoteo 3:8). El que les escribió a los hebreos, les aconsejó: "Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré (Hebreos 13:5). Santiago echó la culpa de las muertes y de las guerras a la pasión por tener posesiones: "Codiciáis, y no teneís; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis . . ." (Santiago 4:1, 2). Pablo llamó a la avaricia "idolatría", y ordenó a la iglesia de Corinto que ejerciera una severa disciplina contra cualquier avaro (Efesios 5:5; 1 Corintios 5:11). El enumeró la avaricia junto con el adulterio y el robo, y declaró que los que viven en esas cosas no heredarán el reino de Dios. Aconsejó, además, que los ricos no confíen en sus riquezas, sino en Dios, y a que compartan generosamente sus riquezas con los demás (1 Timoteo 6:17-19).

Habiendo dicho esto, tengo que apresurarme a agregar que Dios tiene el propósito de que nosotros tengamos la adecuada provisión material. Hoy hay desdicha por una simple falta de provisión así como también la hay cuando la gente trata de vivir sin provisión. La pobreza obligada es mala, y hay que renunciar a ella. La Biblia tampoco tolera el ascetismo. La Escritura declara de manera constante y enérgica que la creación es buena y que se debe disfrutar de ella. El ascetismo establece una división antibíblica entre un mundo espiritual bueno y un mundo material malo; y así sostiene que la salvación se halla en poner la mínima atención posible al aspecto físico de la existencia.

El ascetismo y la sencillez son mutuamente incompatibles. Las ocasionales similitudes superficiales que hay entre estas dos cosas en la práctica, no deben oscurecer la radical diferencia que hay entre ellas. El ascetismo renuncia a las posesiones. La

sencillez coloca las posesiones en la perspectiva apropiada. El ascetismo no puede hallar lugar para una "tierra que fluye leche y miel". La sencillez puede regocijarse por esta provisión de la bondadosa mano de Dios. El ascetismo sólo puede hallar contentamiento cuando es humillado. La sencillez experimenta el contentamiento tanto en la humillación como en la abundancia (Filipenses 4:12).

La sencillez es lo único que puede reorientar suficientemente nuestra vida, de tal modo que disfrutemos genuinamente de nuestras posesiones sin destruirnos. Sin la sencillez, capitularemos ante el espíritu de las riquezas de este presente siglo, o caeremos en el ascetismo legalista anticristiano. Los dos conducen hacia la idolatría. Los dos son espiritualmente letales.

La Biblia abunda en descripciones de la abundante provisión material que Dios da a su pueblo. "Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra . . . en la cual . . . ni te faltará nada" (Deuteronomio 8:7-9). También abunda en advertencias con respecto al peligro de las provisiones que no se mantienen en su propia perspectiva. ". . . y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza" (Deuteronomio 8:17).

La disciplina espiritual de la sencillez provee la necesaria perspectiva. La sencillez nos libra a fin de que recibamos la provisión de Dios como un don que tenemos para cuidarlo, y para poderlo compartir libremente con otros. Tan pronto como reconocemos que la Biblia denuncia al materialista y al ascético con igual vigor, estamos preparados para dedicar nuestra atención a la estructura del entendimiento cristiano de la sencillez.

Un punto de apoyo

Arquímedes declaró: "Dadme un punto de apoyo, y moveré la tierra". Tal declaración es importante en todas las disciplinas, pero es sumamente importante cuando se trata de la sencillez. De todas las disciplinas, la sencillez es la más visible y, por tanto, la que está más expuesta a la corrupción. La mayoría de los cristianos nunca hemos luchado en serio con el problema de la sencillez. Convenientemente hemos pasado por alto mu-

chas palabras que dijo Jesús sobre el tema. La razón es simple: Esta disciplina desafía directamente los intereses que tenemos invertidos en el estilo de vida opulento. Pero los que toman en serio la enseñanza bíblica sobre la sencillez, se enfrentan con severas tentaciones hacia el legalismo. Al intentar, sinceramente de dar expresión concreta a la enseñanza de Jesús en el aspecto económico, es fácil confundir nuestra expresión de dicha enseñanza con la enseñanza misma. Usamos cierta clase de ropa, o compramos cierta clase de casa, y clasificamos las cosas que escogemos como las de la vida sencilla. Este peligro da especial importancia a la necesidad de hallar una declaración claramente articulada para la sencillez como la que dijo Arquímedes. Esto lo hallamos en las palabras de Jesús:

Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. *Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas* (itálicas del autor) (Mateo 6:25-33).

El punto central de la disciplina de la sencillez consiste en buscar *primero* el reino de Dios y la justicia de su reino; y luego, todo lo necesario vendrá en su debido orden. Es imposible sobreestimar la importancia del discernimiento de Jesús en este punto. Todo gira en torno a mantener las “primeras” cosas como primeras. No hay nada que tenga que venir antes que el reino de Dios, ni siquiera el deseo de un estilo de vida sencillo. La sencillez se convierte en idolatría cuando precede a la búsqueda del reino de Dios. Soren Kierkegaard escribió:

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia.” ¿Qué significa esto? ¿Qué tengo que hacer, o de qué clase de esfuerzo se puede decir que busca o persigue el reino de Dios? ¿Debo tratar de conseguir un trabajo adecuado a mis talentos y facultades, a fin de ejercer influencia por medio de él? No, *primero debes buscar el reino de Dios. ¿Debo dar toda mi fortuna a los pobres? No, debes buscar primero el reino de Dios. Entonces, ¿debo salir a proclamar esta enseñanza al mundo? No, debes buscar primeramente el reino de Dios. Pero, entonces, en cierto sentido, no hay nada que yo deba hacer. Sí, ciertamente, en cierto sentido, no hay nada; conviértete en nada* delante de Dios, aprende a callar; en el silencio está el comienzo, que es buscar *primeramente* el reino de Dios. . . .⁴

Concentrarse en el reino produce la realidad interna, y sin la realidad interna degeneraremos en trivialidades legalistas. Ninguna otra cosa puede ser central. El deseo de escapar de la competencia inexorable no puede ser central; la redistribución de la riqueza no puede ser central; ni tampoco lo puede ser la preocupación por la ecología. Lo único que puede ser central en la disciplina espiritual de la sencillez es buscar *primero* el reino de Dios y la justicia, tanto personal como social de ese reino. Por más dignas que lleguen a ser las demás preocupaciones, en el momento en que se conviertan en el centro de nuestros esfuerzos llegan a ser idolatría. El hecho de que sean nuestro centro, inevitablemente nos llevará a declarar que nuestra actividad particular es la sencillez cristiana. Y, de hecho, cuando el reino de Dios se coloca genuinamente en primer lugar, las preocupaciones ecológicas, los pobres, la distribución equitativa de las riquezas y muchas otras cosas recibirán su propia atención. La persona que no busca primero el reino de Dios, no lo busca en absoluto, no importa cuán valiosa sea la idolatría por la cual lo ha sustituido.

Como Jesús lo indica claramente en nuestro pasaje bíblico fundamental, la libertad de los afanes es una de las evidencias internas de que estamos buscando el reino de Dios primero. La realidad interna de la sencillez envuelve una vida de regocijada despreocupación por las posesiones. Ni el avaro ni el mísero experimentan esa libertad. No tiene ninguna relación con la abundancia de posesiones ni con la carencia de ellas. Es un espíritu interno de confianza. El solo hecho de que una persona

viva sin cosas no es garantía de que está viviendo con sencillez. Pablo nos enseñó que el amor al dinero es raíz de todos los males, y a menudo los que tienen menos dinero son los que más lo aman. Es posible que una persona esté desarrollando un estilo de vida externo de sencillez, y que aun así esté llena de ansiedad. Por otro lado, la riqueza no da libertad de los afanes.

Porque las riquezas y la abundancia vienen hipócritamente vestidas de ovejas, fingiendo servir de seguridad contra los afanes, y luego se convierten en objeto de la inquietud . . . ellas aseguran al hombre contra los afanes más o menos así como el lobo a quien se le encomienda el cuidado de las ovejas las asegura . . . contra el lobo. . .⁵

La libertad de los afanes se caracteriza por tres actitudes internas. Si lo que tenemos lo recibimos como un don, y si lo que tenemos ha de ser cuidado por Dios, y está a disposición de los demás, entonces tendremos libertad de los afanes. *Esta es la realidad interna de la sencillez*. Sin embargo, si creemos que lo que tenemos lo hemos conseguido, si creemos que tenemos que aferrarnos a lo que tenemos, si lo que tenemos no está disponible para los demás, entonces viviremos con angustia. Tales personas nunca experimentarán la sencillez, pese a las contorsiones externas a que se sometan a fin de vivir “una vida sencilla”.

El hecho de recibir lo que tenemos como un don de Dios es la primera actitud interna de la sencillez. Nosotros trabajamos, pero sabemos que no es nuestro trabajo lo que nos da lo que tenemos. Vivimos por gracia, aunque se trate del pan de cada día. Dependemos de Dios para los más sencillos elementos de la vida: aire, agua, y sol. Lo que tenemos no es un resultado de nuestra labor, sino del bondadoso cuidado de Dios. Cuando somos tentados a pensar que lo que poseemos es el resultado de nuestros esfuerzos personales, sólo se necesita una pequeña escasez o un pequeño accidente para demostrarnos de nuevo cuán radicalmente dependientes somos en todas las cosas.

Saber que el cuidado de lo que tenemos es asunto de Dios y no nuestro, es la segunda actitud interna de la sencillez. Dios puede proteger lo que poseemos. Podemos confiar en él. ¿Significa esto que nunca debemos retirar las llaves del carro ni

trancar la puerta? Por supuesto que no. Pero sabemos que la cerradura de la puerta no es lo que protege a la casa. El solo sentido común nos dice que debemos tener la precaución normal; pero si creemos que la precaución es la que nos protege y la que protege nuestros bienes, estaremos dominados por los afanes. Ciertamente no existe ninguna precaución “a prueba de ladrones”. Obviamente estos asuntos no se limitan a las posesiones, sino que incluyen cosas como nuestra reputación y nuestro empleo. La sencillez significa tener libertad para confiar en Dios en estas cosas (y en todas).

El hecho de que nuestros bienes estén a disposición de los demás es la tercera actitud interna de la sencillez. Martín Lutero dijo en alguna parte: “si nuestros bienes no están a la disposición de la comunidad, son bienes robados”. La razón por la cual nos parecen difíciles estas palabras es el temor a lo futuro. Nos aferramos a nuestras posesiones, en vez de compartirlas, porque tenemos afán con respecto a lo futuro. Pero si verdaderamente creemos que Dios es lo que Jesús dijo que es, entonces no necesitamos tener temor. Cuando llegamos a comprender que Dios es nuestro poderoso Creador y nuestro amante Padre, podemos compartir, por cuanto sabemos que él tendrá cuidado de nosotros. Si algunos individuos tienen necesidad, nos sentimos libres para ayudarlos. En este caso también, el sentido común ordinario definirá los límites de lo que hemos de compartir y nos salvará de necesidades.

Cuando buscamos primero el reino de Dios, estas son las tres actitudes que caracterizan nuestra vida. Tomadas en conjunto, definen lo que Jesús quiso decir con la expresión: “no os afanéis”. Ellas constituyen la realidad interna de la sencillez. Y podemos estar seguros de que cuando vivimos en conformidad con esta realidad fundamental, “todas estas cosas” que son necesarias para la vida abundante también serán nuestras.

La manifestación externa de la sencillez

Describir la sencillez sólo como una realidad interna es decir algo falso. La realidad interna no es una realidad mientras no tenga una expresión externa. El hecho de experimentar el es-

píritu liberador de la sencillez afectará nuestra manera de vivir. Como ya lo he advertido, el hecho de aplicar específicamente la sencillez corre el riesgo de deteriorar en normas legalistas. Sin embargo, es un riesgo que tenemos que correr, pues el hecho de negarse uno a discutir los aspectos específicos desterraría la disciplina al terreno de lo teórico. Al fin y al cabo, los escritores bíblicos constantemente corrieron ese riesgo.*

Quiero enumerar diez principios controladores para la manifestación externa de la sencillez. No deben considerarse como leyes, sino como un intento para incorporar el significado de la sencillez en la vida del siglo XX.

Primero, compra cosas por la utilidad que representan y no por el nivel social que sugieren. Los carros deben comprarse por su utilidad, no por su prestigio. Piensa en la posibilidad de andar en bicicleta. Al construir o comprar una casa, piensa en las condiciones de vida, y no en la manera como impresionará a los demás. No tengas una casa más grande de lo que sea razonable. Al fin y al cabo, ¿quién necesita siete habitaciones para dos personas?

Piensa en tu ropa. La mayoría de las personas no necesitan más ropa. Compran más, no porque necesitan, sino porque quieren mantenerse al día con la moda. Suspende la moda. Compra sólo lo que necesitas. Usa la ropa hasta lo máximo que dure. Deja de impresionar a las personas con tu vestuario e impresionálas con tu vida. Si resulta práctico en tu situación, disfruta del gozo de confeccionar tu ropa. Y por amor a Dios —en este caso uso la expresión con sentido muy literal—, adquiere ropa práctica y no ornamental. John Wesley declaró: “En cuanto a . . . la ropa, yo compro lo que dure más y, en general, lo más sencillo que puedo. No compro muebles, sino lo que sea necesario y barato”.⁶

Segundo, rechaza cualquier cosa que te produzca propen-

*Es triste darse uno cuenta de que con frecuencia, el propósito bíblico de aplicar la sencillez a determinada cultura ha sido universalizado por las sucesivas generaciones y convertido en leyes que matan el alma. Somos testigos, por ejemplo, de las leyes para que las mujeres cristianas no usen peinados especiales ni aros, por cuanto Pedro dijo al pueblo de su día: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos” (1 Pedro 3:3).

sión. Aprende a distinguir entre una necesidad real psicológica como un ambiente placentero, y una propensión. Elimina o reduce el uso de bebidas a las cuales se les agregan sustancias químicas y que no son nutritivas tales como: bebidas alcohólicas, café, té, gaseosas y otros. Si te has vuelto adicto al televisor, véndelo o regálalo. Líbrate de cualquier medio de comunicación social sin el cual te parece que no puedes vivir: radios, aparatos estereofónicos, revistas, películas, periódicos, libros. Muchas personas llegan a ser adictas al chocolate. Si el dinero tiene una garra puesta en tu corazón, da un poco, y siente la liberación interna. La sencillez es libertad, no esclavitud. Niégate a ser esclavo de cualquier cosa que no sea Dios.

Tercero, desarrolla el hábito de regalar cosas. Si te parece que te estás apegando a alguna posesión, piensa en dársela a alguien que la necesite. Aún recuerdo una Navidad cuando decidí que, en vez de comprar o aun hacer algo para cierto individuo en particular, le daría algo que significara mucho para mí. Yo tenía un motivo egoísta: quería experimentar la liberación que se siente aun por esta simple acción de pobreza voluntaria. El regalo fue una bicicleta de diez velocidades. Mientras llevaba el regalo a la casa de la persona, recuerdo que iba cantando con un nuevo significado el cántico: “De gracia, de gracia recibisteis; dad, dad de gracia”. Ayer, mi hijo de seis años de edad oyó que un compañero de estudio necesitaba una lonchera para llevar su almuerzo. El me preguntó si podía darle la suya. ¡Aleluya!

Reduce la acumulación. La acumulación de cosas que no son necesarias complica la vida. Hay que clasificarlas y clasificarlas y sacudirles el polvo y volverlas a clasificar hasta sentir náuseas. La mayoría de las personas pudieran librarse de la mitad de las posesiones sin hacer ningún serio sacrificio. Haríamos bien en seguir el consejo de Thoreau: “Simplificad, simplificad”.

Cuarto, niégate a dejarte programar por los custodios de la fabricación de modernos artefactos superfluos. Lo que se ha inventado para ahorrar tiempo casi nunca lo logra. Tenga cuidado con las palabras: “Se pagará a sí mismo en seis meses”. La mayoría de los artefactos superfluos están hechos para que se quiebren y se desgasten; y así complican nuestra vida, en

vez de simplificarla. Este problema es una plaga en la industria del juguete. Nuestros niños no necesitan entretenerse con muñecos que lloran, comen, mojan la ropa, sudan y escupen. Un viejo muñeco de trapo puede ser más agradable y dura más. A menudo los niños se divierten más jugando con ollas y sartenes viejas que con el último juguete espacial. Busca juguetes que sean educativos y durables. Haz tú mismo algunos.

Generalmente, los artefactos superfluos constituyen un consumo innecesario de los recursos energéticos del mundo. Los Estados Unidos de América tiene menos del 6 por ciento de la población del mundo, pero consumen alrededor del 33 por ciento de la energía mundial. En los Estados Unidos, sólo los acondicionadores de aire usan la misma cantidad de energía que usa toda la China con sus 830 millones de habitantes.⁷ La sola necesidad de preservar el ambiente debiera privarnos de la mayoría de los artefactos superfluos que se producen hoy.

Los propagandistas tratan de convencernos de que por el hecho de que el último modelo de esto o de aquello tiene un nuevo rasgo (¿alguna baratija?), tenemos que vender el antiguo y comprar el nuevo. Las máquinas de coser tienen nuevas puntadas, las grabadoras tienen nuevos botones, las enciclopedias tienen nuevos índices. Tales dogmas de los medios de comunicación social deben escudriñarse detenidamente. A menudo, los “nuevos” rasgos son sólo maneras para inducirnos a comprar lo que no necesitamos. Probablemente la nevera nos sirva bastante bien el resto de nuestra vida, aunque no tenga la fábrica automática de hielo ni los colores del arco iris.

Quinto, aprende a disfrutar las cosas sin poseerlas. Poseer cosas es una obsesión de nuestra cultura. Si poseemos una cosa, pensamos que podemos controlarla; y si la podemos controlar, pensamos que nos dará mayor placer. Esa idea es una ilusión. Hay muchas cosas en la vida que pueden disfrutarse sin poseerlas ni controlarlas. Comparte las cosas. Disfruta de la playa, sin pensar que tienes que comprar una parcela allí. Disfruta de los parques públicos y de las bibliotecas.

Sexto, desarrolla un aprecio más profundo hacia la creación. Acércate a la tierra. Camina cada vez que puedas. Oye los pájaros; ellos son mensajeros de Dios. Disfruta de la textura de la

hierba y de las hojas. Maravíllate de los ricos colores que hay por todas partes. La sencillez significa descubrir una vez más que: “De Jehová es la tierra y su plenitud” (Salmos 24:1).

Séptimo, mira con un saludable escepticismo todo lo que diga: “Compre ahora y pague después”. Eso es una trampa que sirve para profundizar tu esclavitud. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento condenan la usura por buenas razones. (En la Biblia, el término “usura” no se usa con el sentido moderno de un interés excesivo; se refería a cualquier clase de interés.) El hecho de cobrar interés era considerado como una explotación inhumana de la calamidad de otro y, por tanto, una negación de la comunidad cristiana. Jesús denunció la usura como una señal de la vida antigua, y amonestó a sus discípulos a prestar, “no esperando de ello nada” (Lucas 6:35).

Estas palabras de la Escritura no deben convertirse en una clase de ley universal para todas las culturas de todos los tiempos. Pero tampoco debe pensarse que carecen de importancia para la sociedad moderna. Detrás de esos principios bíblicos hay siglos de sabiduría acumulada (y tal vez amargas experiencias!). Ciertamente, tanto la prudencia como la sencillez nos demandarían que tengamos sumo cuidado antes de incurrir en una deuda.

Octavo, obedece las instrucciones de Jesús con respecto a un lenguaje sencillo y sincero: “Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede” (Mateo 5:37). Si consientes en hacer una tarea, házla. Evita la lisonja y las verdades a medias. Haz de la sinceridad y de la integridad las características distintivas de tu lenguaje. Rechaza la jerga y la especulación abstracta cuyo propósito es oscurecer en vez de iluminar e informar.

El lenguaje sencillo es difícil por el hecho de que raras veces vivimos dependiendo del Centro divino; así es que raras veces respondemos sólo a los impulsos divinos. A menudo, el temor a lo que otros puedan pensar, o a otro centenar de motivos es lo que determina nuestro “sí” o nuestro “no”, y no la obediencia a los impulsos divinos. Luego, si surge una oportunidad más atractiva, o una situación que nos coloque de manera destacada, rápidamente revertimos nuestra decisión. Pero si el lenguaje

nuestro es resultado del Centro divino, no encontraremos razón para cambiar un “sí” en no, ni un “no” en sí. Viviremos con sencillez de lenguaje, pues nuestras palabras sólo procederán de una Fuente. Soren Kierkegaard escribió: “Si tú eres absolutamente obediente a Dios, entonces no hay ambigüedad en ti y . . . tú eres pura sencillez delante de Dios . . . Sólo hay una cosa que toda la astucia de Satanás y todas las trampas de las tentaciones no pueden tomar por sorpresa: la sencillez”.⁸

Noveno, rechaza cualquier cosa que alimente la opresión hacia otros. Tal vez ninguna persona ha encarnado más plenamente este principio que el sastre cuáquero del siglo 18, John Woolman. Su famoso *Diario* sobreabunda en tiernas referencias a su deseo de vivir de tal modo que no oprima a los demás.

Aquí fui llevado a una detenida y laboriosa investigación en cuanto a si yo, como individuo, me mantenía apartado de todas las cosas que tendían a incitar, o estaban relacionadas con guerras, bien en esta tierra o en Africa; mi corazón estaba profundamente preocupado de que en lo futuro me mantuviera firme en la pura verdad en todas las cosas, y viviera y anduviera con la sinceridad y la sencillez de un verdadero seguidor de Cristo . . . Y aquí, el lujo y la avaricia, con las numerosas opresiones y otros males que las acompañan, me parecieron muy aflictivos, y en aquello que es inmutable sentí que las semillas de una gran calamidad y desolación están sembradas y crecen rápidamente en este continente.⁹

Este es uno de los asuntos más difíciles y sensibles a que tenemos que enfrentarnos los cristianos del siglo XX; pero tenemos que enfrentarnos a él. ¿Nos tomamos el café y nos comemos las bananas a expensas de los que trabajan el campo? En un mundo de recursos limitados, nuestros deseos apasionados de riqueza ¿significan la pobreza de otros? ¿Debemos comprar productos que se hacen obligando a las personas a un trabajo monótono en la línea de montaje? ¿Nos gustan las relaciones jerárquicas en la compañía o en la factoría que mantiene a otros bajo nuestra dirección? ¿Oprimimos a nuestros hijos o al cónyuge por el hecho de que ciertas tareas están bajo nuestra responsabilidad?

Con frecuencia, la opresión nuestra está teñida de prejuicios racistas y sexuales. El color de la piel aún afecta la posición de

uno en la compañía. El sexo de un individuo que busca trabajo aún afecta el salario. Que Dios nos dé hoy profetas que, como John Woolman, nos llamen a apartarnos “del deseo de adquirir riquezas”, para que podamos “romper el yugo de la opresión”.¹⁰

Décimo, evite cualquier cosa que lo distraiga de su meta principal. George Fox advirtió:

Pero, para ustedes, hay el peligro y la tentación de envolver sus mentes en sus negocios, y con ellos obstruirlas; de tal modo que no puedan hacer nada para el servicio de Dios, sino que hay clamores: mi negocio, mi negocio; y la mente se meterá en las cosas, y no pasará por encima de ellas . . . Y luego, si el Señor Dios se les atraviesa en el camino, y los detiene por mar y tierra, y les quita los bienes y las costumbres, para que la mente no se llenen de obstáculos, entonces la mente que está obstaculizada, se inquietará por estar fuera del poder de Dios.¹¹

Que Dios nos dé el valor, la sabiduría y la fuerza para tener siempre como primera prioridad de nuestra vida el “buscar primeramente el reino de Dios y su justicia”, y que entendamos todo lo que eso implica. Hacer eso es vivir con sencillez.

7. LA DISCIPLINA DEL RETIRO

Retírate tú mismo a la soledad, y te encontrarás con El dentro de ti mismo. — Teresa de Avila

Jesús nos llamó de una vida solitaria a una vida de retiro. El temor de ser abandonados petrifica a las personas. Un niño del vecindario le dice a la madre: “Nunca nadie quiere jugar conmigo”. Una estudiante del primer año en la universidad añora los días cuando ella era el centro de atención en la escuela secundaria: “Ahora no soy nadie”. Un ejecutivo se sienta en su oficina acongojado, poderoso en los negocios, pero solo. Una ancianita permanece en el asilo de ancianos esperando el momento de partir al “hogar”.

El temor que tenemos de estar solos nos lleva al ruido y las multitudes. Mantenemos una constante corriente de palabras, aunque sean insustanciales. Compramos radios que se sujeten a la muñeca de nuestra manos, o que se adapten a nuestros oídos de tal modo que si nadie más está cerca de nosotros, por lo menos no estemos condenados al silencio. T. S. Eliot analizó nuestra cultura muy bien cuando escribió: “¿Dónde se hallará el mundo, dónde resonará la palabra? Aquí no, no hay suficiente silencio”.¹

Pero la vida solitaria y el parloteo no son nuestras únicas alternativas. Podemos cultivar un retiro y un silencio internos que nos libren del sentimiento de soledad y temor. En primer lugar, el retiro no es un lugar, sino un estado de la mente y del corazón.

Hay un retiro del corazón que puede mantenerse en todo

tiempo. La presencia de las multitudes a la ausencia de ellas tiene muy poca relación con esta atención interna. Es muy posible ser un ermitaño del desierto y nunca experimentar este retiro. Pero si poseemos el retiro interno, no tendremos el temor de sentirnos solos, pues sabemos que no estamos solos. Tampoco tendremos el temor de estar con otros, pues ellos no nos dominan. En medio del ruido y de la confusión, estamos tranquilos en un profundo silencio interno.

El retiro interno tendrá manifestaciones externas. Tendremos la libertad de estar a solas, no para estar retirados de la gente, sino para oír mejor. Jesús vivió un retiro interno de corazón. El también experimentó con frecuencia la soledad externa. Cuando inició su ministerio, pasó 40 días solo en el desierto (Mateo 4:1-11). Antes de escoger a los doce apóstoles, pasó toda la noche a solas en las colinas desiertas (Lucas 6:12). Cuando recibió la noticia de la muerte de Juan el Bautista, “. . . se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado . . .” (Mateo 14:13). Después de haber alimentado milagrosamente a los cinco mil, Jesús hizo que sus discípulos se marcharan; luego despidió a la multitud y “. . . subió al monte a orar aparte . . .” (Mateo 14:23). Después de una larga noche de trabajo, “levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). Cuando los doce discípulos regresaron de su misión de predicación y sanidad, Jesús les dio instrucciones: “Venid vosotros aparte a un lugar desierto, . . .” (Marcos 6:31). Después de sanar a un leproso, Jesús se apartó “a lugares desiertos, y oraba” (Lucas 5:16). Con tres discípulos, él buscó el silencio de una montaña solitaria que sirviera como escenario para la transfiguración (Mateo 17:1-9). Cuando se preparaba para su más sublime y santa obra, Jesús buscó el retiro en el huerto de Getsemaní (Mateo 26:36-46). Pudiéramos continuar, pero tal vez lo anotado sea suficiente para demostrar que la búsqueda de algún lugar solitario fue una práctica regular de Jesús. Y debiera ser también una práctica nuestra. En su obra *Life Together*, Dietrich Bonhoeffer tituló uno de sus capítulos “El día de reunión”, y perceptivamente tituló el siguiente “El día solitario”. Ambos son esenciales para el éxito espiritual. El escribió:

El que puede estar a solas, guárdese de la comunidad . . .
 El que no está en comunidad, guárdese de estar a solas . . .
 Cada una de estas condiciones tiene en sí profundos escollos y peligros. El que quiere tener compañerismo sin soledad, entra en un vacío de palabras y sentimientos; y el que busca la soledad sin compañerismo perece en el abismo de la vanidad, del amor obsesivo de sí mismo y de la desesperación.²

Por tanto, tenemos que buscar la tranquilidad recreativa del retiro, si queremos estar con otros individuos de manera significativa. Tenemos que buscar el compañerismo y confiar en la responsabilidad de otros, si queremos estar a solas con seguridad. Tenemos que cultivar las dos cosas si queremos vivir obedientemente.

El retiro y el silencio

Sin silencio no hay retiro. Aunque el silencio envuelve algunas veces la ausencia de palabras, siempre envuelve el acto de oír. El sólo hecho de refrenarse uno de hablar, sin que el corazón esté oyendo a Dios, no es silencio.

Un día lleno de ruido y voces puede ser un día de silencio, si los ruidos se convierten para nosotros en un eco de la presencia de Dios; si para nosotros las voces son mensajes y solicitudes de Dios. Cuando hablamos de nosotros mismos y estamos llenos de nosotros mismos, dejamos el silencio. Cuando repetimos las íntimas palabras que Dios ha dejado dentro de nosotros, nuestro silencio permanece intacto.³

Tenemos que entender la relación que hay entre el retiro interno y el silencio interno. Los dos son inseparables. Todos los maestros de la vida interna hablan de los dos en el mismo sentido. Por ejemplo, el libro *The Imitation of Christ* que ha sido la obra maestra sin rival durante cientos de años en la literatura tiene una sección titulada *On the Love of Solitude and Silence*. Dietrich Bonhoeffer hace de los dos elementos un todo inseparable en su obra *Life Together*, y lo mismo hace Thomas Merton en *Thoughts in Solitude*. De hecho, luché durante algún tiempo tratando de decidir si el título de este capítulo debía ser la disciplina del retiro o la disciplina del silencio; los dos están íntimamente relacionados en toda la gran literatura devota.

Por tanto, por necesidad, tenemos que llegar a entender y a experimentar el poder transformador del silencio, si hemos de comprender lo que significa el retiro.

Hay un antiguo proverbio que dice que “el hombre que abre su boca, ¡cierra los ojos!” El propósito del silencio y del retiro es poder ver y oír. La clave del silencio es el control del ruido, y no la ausencia de él. Santiago comprendió claramente que la persona que puede dominar su lengua es perfecta (Santiago 3:1–12). En la disciplina del silencio y del retiro, aprendemos cuándo hablar y cuándo refrenarnos de hablar. La persona que considera las disciplinas como leyes, siempre convertirá el silencio en un absurdo: “¡No hablaré durante los próximos 40 días!” Esta es siempre una tentación severa para cualquier discípulo verdadero que quiera vivir en silencio y en retiro. Tomás de Kempis escribió: “Es más fácil estar completamente en silencio que hablar con moderación”.⁴ El sabio predicador del Eclesiastés dijo que hay “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Eclesiastés 3:7). El dominio es la clave.

Las analogías del timón y del freno que nos da Santiago nos sugieren que la lengua nos guía, nos domina. La lengua guía el curso que seguimos de muchas maneras. Si decimos una mentira, somos guiados a decir más mentiras para cubrir la primera. Pronto nos vemos obligados a portarnos de cierto modo para dar crédito a la mentira. No es raro que Santiago declare: “. . . la lengua es un fuego . . .” (Santiago 3:6).

La persona disciplinada es la que puede hacer lo que es necesario hacer cuando es necesario hacerlo. Lo que distingue al equipo campeón de baloncesto es que puede anotar los puntos cuando éstos sean necesarios. La mayoría podemos meter la pelota en el aro de vez en cuando, pero quizás no lo podamos hacer cuando sea necesario. De igual manera, la persona que se ha sometido a la disciplina del silencio puede decir lo que es necesario que se diga cuando sea necesario decirlo. “Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 25:11). Si guardamos silencio cuando debemos hablar, no estamos practicando la disciplina del silencio. Si hablamos cuando debemos callar, de nuevo hemos errado el blanco.

El sacrificio de los necios

Leemos en Eclesiastés 5:1: “. . . acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios”. El sacrificio de los necios es la conversación religiosa iniciada humanamente. El predicador continúa diciendo: “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras” (Eclesiastés 5:2).

Cuando Jesús tomó a Pedro, Jacobo y Juan, y los llevó al monte y se transfiguró delante de ellos, aparecieron Moisés y Elías, quienes sostuvieron una conversación con Jesús. El texto continúa: “Entonces Pedro dijo a Jesús: . . . si quieres, hagamos aquí tres enramadas . . .” (Mateo 17:4). Este hecho es revelador. Nadie estaba hablando siquiera con Pedro. El estaba ofreciendo el sacrificio de los necios.

El diario de John Woolman contiene un relato tierno y conmovedor relacionado con la manera de aprender a controlar la lengua. Sus palabras son tan precisas que es mejor citarlas por completo:

Yo iba a los cultos con una horrible estructura mental, y me empeñaba en estar internamente familiarizado con el lenguaje del verdadero Pastor. Un día, mientras me hallaba en un fuerte ejercicio del espíritu, me puse de pie y dije algunas palabras en el culto; pero por no estar apegado a la apertura divina, dije más de lo que se requería de mí. Pronto me di cuenta de mi error y tuve aficción mental durante algunas semanas; no tenía ninguna luz ni consuelo, y llegué hasta el punto de no encontrar satisfacción en nada. Recordé a Dios, y me sentí angustiado, y en la profundidad de mi aficción, él tuvo compasión de mí y me envió al Consolador. Luego sentí el perdón de la ofensa. Mi mente se calmó y se tranquilizó, y me sentí verdaderamente agradecido de mi bondadoso Redentor por sus misericordias. Unas seis semanas después, sentí que se abrió la fuente del divino amor, y un deseo de hablar. Dije unas pocas palabras en un culto, en las cuales hallé paz. Habiendo sido humillado y disciplinado de esta manera bajo la cruz, mi entendimiento se fortaleció más para distinguir al puro espíritu que se mueve internamente sobre el corazón, y que me enseñó a esperar en silencio, algunas veces durante muchas semanas seguidas, hasta que sentí el impulso que pre-

para a la criatura para que se coloque como una trompeta, a través de la cual el Señor habla a su rebaño.⁵

¡Qué descripción del proceso de aprendizaje a que uno se somete en la disciplina del silencio! De particular significación es el hecho de que, por esta experiencia, se le fortaleció la capacidad para “distinguir el puro espíritu que se mueve internamente sobre el corazón”.

Una de las razones por las cuales no aguantamos el permanecer en silencio es que eso nos hace sentir completamente indefensos. Estamos muy acostumbrados a confiar en que las palabras manejen y controlen a los demás. Si nosotros callamos, ¿quién tomará el control? Dios lo tomará; pero nosotros nunca dejamos que él lo tome mientras no confiemos en él. El silencio está íntimamente relacionado con la confianza.

La lengua es nuestra arma más poderosa para la manipulación. De nosotros fluye una frenética corriente de palabras, por cuanto estamos en un constante proceso de ajustar nuestra imagen pública. Tenemos el profundo temor de que otras personas vean en nosotros lo que pensamos, así que hablamos a fin de enderezar el entendimiento de ellos. Si yo he hecho algo malo y descubro que tú lo sabes, ¡me sentiré muy tentado a ayudarte para que entiendas mi acción! El silencio es una de las más profundas diciplinas del Espíritu, por cuanto hace que se detenga todo eso.

Uno de los frutos del silencio es la libertad para permitir que nuestra justificación descansa por completo en las manos de Dios. No necesitamos enderezar el entendimiento de otros. Hay una historia de un monje medieval a quien se estaba acusando injustamente de ciertas ofensas. Un día él miró por su ventana hacia afuera y observó que un perro estaba mordiendo y rompiendo una alfombra que se había colocado al sol para que se secara. Mientras observaba, el Señor le habló diciéndole: “Eso es lo que estoy haciendo con tu reputación. Pero si confías en Mí, no necesitarás preocuparte por las opiniones de los demás”. Tal vez el silencio, más que cualquier otra cosa, nos lleva a creer que Dios puede justificar las cosas y arreglarlas.

George Fox hablaba con frecuencia acerca del “espíritu de esclavitud” (Romanos 8:15) y cómo el mundo está en ese espí-

ritu. Con frecuencia, él solía identificar ese espíritu de esclavitud con el espíritu de subordinación a los seres humanos. En su diario él solía hablar en cuanto a “rescatar a la gente de los hombres”, retirarlos de ese espíritu que los induce a estar esclavizados a la ley dada por otros seres humanos. El silencio es el principal medio que nos lleva hacia la liberación.

La lengua es un termómetro que nos indica nuestra temperatura espiritual. Es también un termostato que controla dicha temperatura. El hecho de dominar la lengua puede significar todo. ¿Nos hemos dominado hasta el punto de poder frenar nuestra lengua? Bonhoeffer escribió: “El silencio real, la tranquilidad real, el hecho de frenar uno realmente la lengua, sólo viene como sobria consecuencia de la tranquilidad espiritual”.⁶ Se dice que Domingo de Guzmán visitó a Francisco de Asís, y a través de todo el encuentro ninguno de los dos habló ni una palabra. Sólo cuando hemos aprendido a estar verdaderamente callados podemos hablar la palabra que se necesita cuando es necesaria.

Catherine de Haecck Doherty escribió: “Todo en mí es silente y . . . yo estoy inmersa en el silencio de Dios”.⁷ En el retiro es donde llegamos a experimentar el “silencio de Dios”, y a recibir el silencio interno que es el anhelo de nuestro corazón.

La tenebrosa noche del alma

El hecho de tomar en serio la disciplina del retiro significará que en algún punto o en algunos puntos del peregrinaje, entraremos en lo que San Juan de la Cruz describió como “la tenebrosa noche del alma”. La “tenebrosa noche” a que él nos llama no es algo malo ni destructivo. Al contrario, es una experiencia que debe aceptarse como una persona enferma aceptaría una intervención quirúrgica que le promete salud y bienestar. El propósito de la tenebrosidad no es el castigarnos o afligirnos. Es el de libertarnos. San Juan de la Cruz abrazó la tenebrosa noche del alma como una asignación divina, una oportunidad privilegiada para acercarse al Centro divino. El llamó a la noche tenebrosa “pura gracia”, y agregó:

¡Oh noche guiadora!
¡Oh noche más amable que la aurora!
¡Oh noche que has unido
al Amante con su amado,
y transformado al amado en amante de ella!⁸

¿Qué es lo que envuelve el hecho de entrar en la tenebrosa noche del alma? Puede ser un sentido de sequedad, de depresión, aun de perdición. Nos despoja de la dependencia excesiva de la vida emocional. La idea, que se oye con frecuencia, de que tales experiencias se pueden evitar, y que debiéramos vivir en paz y consuelo, en gozo y júbilo, sólo pone de manifiesto el hecho de que gran parte de la experiencia contemporánea es sentimentalismo superficial. La noche tenebrosa es uno de los medios por los cuales Dios nos lleva a un silencio, a una calma, de tal modo que él pueda obrar una transformación interna en el alma.

¿Cómo se expresa esta noche tenebrosa en la vida diaria? Cuando se prosigue en serio el retiro, generalmente hay un flujo de éxito inicial, y luego una inevitable disminución; y con ella, un deseo de abandonar la prosecución por completo. Los sentimientos se van y hay el sentido de que no estamos llegando a Dios. San Juan de la Cruz describió eso de la siguiente manera:

. . . la tenebrosidad del alma que aquí se menciona . . . envía a dormir a los apetitos sensoriales y espirituales, los mortifica y los despoja de la capacidad para hallar placer en cualquier cosa. Ata la imaginación y le impide hacer cualquiera buena obra razonable. Hace cesar la memoria, el intelecto se oscurece y es incapaz de entender nada y, por tanto, hace que la voluntad también se vuelva árida y restringida, y todas las facultades vacías e inútiles. Y sobre todo esto se cierne una densa y onerosa nube que afige el alma y la mantiene retirada de Dios.⁹

En su poema “*Canciones del alma*”, San Juan de la Cruz usó dos veces las palabras: “Mi casa que está toda calmada”.¹⁰ Con esa declaración gráfica él indicó la importancia de aquietar todos los sentidos físicos, emocionales, psicológicos, aun espirituales. Toda distracción del cuerpo, de la mente y del espíritu tiene que colocarse en cierta clase de suspenso animado, para que pueda ocurrir esta profunda obra de Dios en el alma. El éter

tiene que hacer efecto antes que se realice la intervención quirúrgica. Viene el silencio interno, la paz, la tranquilidad. Durante tal tiempo de tenebrosidad, la lectura bíblica, los sermones, el debate intelectual, todos fallarán en cuanto a conmover o producir emoción.

Cuando Dios amorosamente nos introduce en una tenebrosa noche del alma, a menudo hay la tentación de echar la culpa de nuestra monotonía interna a todos y a todas las cosas, y tratamos de librarnos de ella. Nos parece que el predicador se ha vuelto muy tedioso. El canto de himnos nos parece débil. Podemos comenzar a buscar otra iglesia, o una nueva experiencia que nos dé “golpes espirituales de gancho”. Esa es una grave equivocación. Reconoce la noche tenebrosa tal como es. Está agradecido a Dios por el hecho de que él amorosamente te está apartando de toda distracción, para que puedas verlo. En vez de enfadarte y pelear, tranquilízate y espera.

En este caso particular no hablo de la monotonía para las cosas espirituales que viene como resultado del pecado o de la desobediencia. Estoy hablando de la persona que esforzadamente está buscando a Dios y que no alberga ningún pecado conocido en su corazón.

¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? *El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios (itálicas del autor)* Isaías 50:10.

El significado de este pasaje bíblico es que es muy posible temer, obedecer, confiar y descansar en el Señor, y aun así, *andar en tinieblas y carecer de luz*. Tú vives en obediencia, pero has entrado en una noche tenebrosa del alma.

San Juan de la Cruz indicó que durante esta experiencia hay una bondadosa protección contra los vicios y un maravilloso avance en las cosas del reino de Dios.

Si una persona, cuando está pasando por estas tenebrosidades, observa de cerca, verá claramente cuán poco se distraen los apetitos y facultades en cosas inútiles y dañinas, y cuán libre está de la vanagloria, del orgullo y de la presunción, de un gozo vacío y falso y de muchos otros males. Al andar en tinieblas, el alma no sólo evita extraviarse, sino que avanza rápidamente, pues de ese modo gana las virtudes.¹¹

¿Qué hacemos durante este tiempo de aflicción interior? En primer lugar, descartar el consejo de los amigos bien intencionados en el sentido de escapar de ella. Ellos no entienden lo que está ocurriendo. Nuestra era es tan ignorante de tales cosas que yo no te recomiendo ni siquiera que hables de estos asuntos. Sobre todo, no trates de explicar o de justificar por qué estás indispuesto. Dios es el que lo justifica; coloca tu caso en manos de él. Si puedes realmente retirarte a “un lugar desierto” durante algún tiempo, hazlo. Si no, continúa tus actividades diarias. Pero, bien estés en el lugar desierto o en el hogar, mantén en tu corazón un silencio interno y profundo dispuesto a escuchar; y permanece calmado hasta que se realice la obra del retiro.

Tal vez San Juan de la Cruz nos ha llevado a aguas más profundas que aquellas a las cuales nos gustaría ir. Ciertamente él nos está hablando de un campo que la mayoría sólo vemos “por espejo, oscuramente”. Sin embargo, no es necesario que nos censuremos por nuestra timidez en cuanto a escalar estos picos congelados del alma. A estos asuntos es mejor acercarnos cautelosamente. Pero tal vez él haya despertado dentro de nosotros una atracción hacia las experiencias más elevadas, más profundas, no importa cuán leve haya sido el tirón. Es como abrir la puerta de nuestra vida a este reino muy levemente. Eso es lo único que Dios pide, y lo único que necesitas.

Para concluir nuestra jornada por la noche tenebrosa del alma, pensemos en las siguientes poderosas palabras de nuestro mentor espiritual:

Entonces, oh alma espiritual, cuando veas tus apetitos entenebrecidos, tus inclinaciones secas y restringidas, tus facultades incapacitadas para cualquier ejercicio interior, no te aflijas; piensa que esto es una gracia, puesto que Dios te está librando de ti mismo y quitándote tu propia actividad. Por más éxito que hayan tenido tus acciones, no trabajaste tan completa, perfecta y seguramente —debido a la impureza y torpeza de ellas—, como lo haces ahora cuando Dios te toma de la mano y te guía en la oscuridad, como si fueras ciego, por un camino y hacia un lugar que no conoces. Tú no hubieras tenido nunca el éxito de llegar a este lugar, no importa cuán buenos sean tus ojos y tus pies.¹²

Pasos hacia el retiro

Las disciplinas espirituales son cosas que nosotros hacemos. Nunca debemos perder de vista ese hecho. Una cosa es hablar previamente acerca del “retiro del corazón”, pero si eso no se abre de alguna manera camino hacia nuestra experiencia, entonces habremos perdido el propósito de las disciplinas. Estamos tratando con acciones, no sólo con estados de la mente. No es suficiente decir: “Bueno, muy ciertamente yo tengo un retiro y un silencio internos; no necesito hacer nada”. Todos los que han llegado a silencios vivientes han hecho ciertas cosas; han ordenado su vida de un modo particular para recibir esta paz “que sobrepasa todo entendimiento”. Si hemos de tener éxito, tenemos que pasar de lo teórico a las situaciones de la vida.

¿Cuáles son algunos de los pasos que hay que dar hacia el retiro? Lo primero que podemos hacer es aprovechar los “pequeños retiros” que se presenten en nuestro día. Pensemos en el retiro de aquellos primeros momentos de la mañana, cuando aún estamos en cama, antes que la familia despierte. Pensemos en el retiro de aquel momento en que nos tomamos una taza de café antes de entrar en el trabajo del día. Hay el retiro del tiempo en que vamos marchando en medio del tránsito congestionado por la autopista en la hora del apremio. Puede haber momentitos de descanso y refrigerio cuando volvemos hacia una esquina y vemos una flor o un árbol. En vez de expresar una oración antes de una comida, piense en invitar a todos para que se unan en unos pocos momentos de silencio en conjunto. De vez en cuando, mientras conducía yo un carro lleno de niños y adultos que charlaban, exclamaba: “Realicemos un juego. Veamos si todos podemos quedarnos absolutamente quietos hasta llegar al aeropuerto” (unos cinco minutos de camino). Eso funcionaba y resultaba de bendición. Halla nuevo gozo y significado en la corta caminata desde la parada hasta tu hogar. Sal de tu casa a dar un paseo un poco antes de acostarte y disfruta del silencio de la noche.

Muchas veces perdemos estos momentos. ¡Qué lástima!

Pueden y deben redimirse. Son oportunidades para la quietud interna, para reorientar nuestra vida como se hace con la aguja de una brújula. Son momentitos que nos ayudan a estar genuinamente presentes en el sitio donde estemos.

¿Qué más podemos hacer? Podemos hallar o desarrollar un “sitio de quietud” diseñado para el silencio y el retiro. Constantemente se están construyendo casas. ¿Por qué no insistir en que se incluya en los planos un pequeño santuario interno, un pequeño sitio donde cualquier miembro de la familia pueda acudir para estar a solas y en silencio? ¿Qué puede detenernos? ¿El dinero? Nosotros construimos amplios salones para jugar y habitaciones para la familia, y pensamos que vale la pena hacer el gasto. Si ya tienes tu propio hogar, piensa en encerrar una pequeña parte del garaje o del patio. Si vives en un apartamento, con una mente creadora halla otras maneras de permitir el retiro. Sé de una familia que tiene una silla especial; cada vez que cualquiera se sienta en ella, con eso está diciendo: “por favor, no me molesten; quiero estar a solas”.

Consigue lugares fuera de tu casa: Algún sitio en un parque, el santuario de una iglesia (que mantenga sus puertas abiertas), o aun un cuarto de depósito en alguna parte. Un centro de retiro situado cerca de nuestra casa ha construido una magnífica cabaña para una sola persona, específicamente para la meditación privada y el retiro. Se llama “El sitio de quietud”. Las iglesias invierten millones de dólares en edificios. ¿Qué le parece si edifica una habitación a la que un individuo pueda llegar para estar solo durante varios días? Catherine de Haeck Doherty fue la primera que estableció *poustinias* (palabra rusa que significa *desierto*) en la América del Norte. Estos son lugares específicamente diseñados para el retiro y el silencio.*

En el capítulo de este libro que se refiere a la disciplina del estudio, consideramos la importancia de observarnos a

*La historia del desarrollo de estos centros se presenta en su libro *Poustinia: Christian Spirituality of the East for Western Man*, Notre Dame: Ave María Press, 1976.

nosotros mismos para ver con qué frecuencia nuestra conversación es un intento frenético de explicar o justificar nuestras acciones. Habiendo observado esto en ti mismo, haz el experimento de hacer lo que te corresponde sin ninguna palabra de explicación. Nota que tendrás cierto temor de que la gente entenderá mal la razón por la cual lo has hecho. Trata de permitir que Dios lo justifique.

Disciplínate de tal modo, que tus palabras sean pocas y llenas de significado. Hazte conocer como una persona que tiene algo que decir cuando habla. Mantén la conversación sencilla. Haz lo que dices que harás. "Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas" (Eclesiastés 5:5). Cuando nuestra lengua está bajo nuestra autoridad, se verifican en nosotros las palabras de Bonhoeffer: "mucho de lo innecesario queda sin decirse. Pero lo esencial y lo útil puede decirse en pocas palabras".¹³

Da otro paso. Trata de vivir un día entero sin decir palabras en absoluto. No lo hagas como si estuvieras obedeciendo una ley, sino como un experimento. Nota tus sentimientos de impotencia y la excesiva dependencia de las palabras para comunicarte. Trata de hallar nuevas maneras para relacionarte con otros que no dependan de las palabras. Disfruta, saborea el día. Aprende de él.

Retírate durante tres o cuatro horas con el propósito de reorientar las metas de tu vida cuatro veces al año. Esto se puede hacer fácilmente una noche. Quédate en la oficina hasta tarde de la noche, o hazlo en la casa, o busca un rincón tranquilo en una biblioteca pública. Reevalúa tus metas y objetivos para la vida. ¿Qué quieres haber realizado dentro de un año? ¿Dentro de diez años? Nuestra tendencia es la de sobreestimar exageradamente lo que podemos realizar en diez años. Establece metas realistas, pero está dispuesto a soñar, a extenderte. (Este libro fue un sueño en mi mente durante varios años, antes que se convirtiera en realidad.) En la quietud de esas breves horas, oye el trueno del silencio de Dios. Lleva un diario escrito de lo que te venga a la mente.

La reorientación y el establecimiento de metas no tiene

que ser una actividad fría y calculada, como suponen algunos, realizada con la mentalidad de un análisis de mercadeo. Tal vez al entrar en un silencio que oye, surja la deleitosa impresión de aprender a tejer o trabajar alfarería ese año. ¿Te parece que esa es una meta demasiado terrenal, demasiado alejada de lo espiritual? Dios está asiduamente interesado en tales cosas. ¿Lo estás tú? Tal vez quieras aprender (experimentar) más acerca de los dones espirituales de milagros, sanidades y lenguas. O, puedes hacer como un amigo mío que pasa largos períodos haciendo experimentos con el don de ayudar, aprendiendo a servir. Tal vez te gustaría leer el próximo año todos los escritos de un autor en específico. Tal vez en un tiempo de cinco años a partir de ahora, te gustaría tener la capacidad para trabajar con niños impedidos. ¿Te parece que escoger estas metas es algo así como el juego de manipulación de un vendedor? Claro que no. Con eso sólo estás estableciendo una dirección para tu vida. Tendrás que ir a alguna parte; de manera que es mucho mejor tener una dirección que haya sido establecida en comunión con el Centro divino.

En la disciplina del estudio exploramos la idea de tener retiros de dos o tres días de duración. Tales experiencias se intensifican cuando se combinan con una inmersión interna en el silencio de Dios. Como Jesús, tenemos que retirarnos de la gente para poder estar realmente presentes cuando estamos con la gente. Vé a un retiro una vez por año con el único propósito de estar aparte.

El fruto del retiro es el aumento de la sensibilidad y de la compasión hacia los demás. Viene una nueva libertad para estar con la gente. Hay una nueva atención a las necesidades de las personas, una nueva respuesta a sus heridas. Thomas Merton observó:

En el profundo retiro es donde hallo la ternura con la cual puedo amar verdaderamente a mis hermanos. Cuanto más a solas esté tanto más afecto siento por ellos. Es puro afecto y lleno de reverencia para el retiro de otros. El retiro y el silencio me enseñan a amar a mis hermanos tal como son, no por lo que dicen.¹⁴

¿Sientes un tirón, un anhelo de sumergirte en el silencio y en el retiro de Dios? ¿No anhelas algo más? ¿Anhela cada suspiro, una exposición más plena y profunda a la presencia de él? La disciplina del retiro será la que abre la puerta. Eres bien recibido y estás invitado a entrar y a “escuchar la conversación de Dios con su silencio maravilloso, terrible, tierno, amoroso, que todo la abraza”.¹⁵

8. LA DISCIPLINA DE LA SUMISION

El hombre cristiano es el señor más libre de todos, y no se somete a nadie; el hombre cristiano es el siervo más obediente de todos, y se somete a todos. — Martín Lutero

De todas las disciplinas espirituales, de ninguna se ha abusado más que de la disciplina de la sumisión. De algún modo, la especie humana tiene una extraordinaria habilidad para tomar la mejor enseñanza y torcerla para los fines peores. No hay nada que pueda someter al pueblo a esclavitud como la religión, y nada en la religión ha hecho tanto para manipular y destruir a las personas como una enseñanza deficiente sobre la sumisión. Por tanto, tenemos que abrirnos paso a través de esta disciplina con gran cuidado y discernimiento a fin de asegurarnos que seamos ministros de vida, y no de muerte.

Toda disciplina tiene su correspondiente libertad. Si yo he estudiado el arte de la retórica, me siento libre para pronunciar un discurso conmovedor cuando la ocasión lo requiera. Demóstenes sólo se sintió libre para ser un orador cuando hubo pasado por la disciplina de hablar por encima del rugido del océano con guijarros en la boca. El propósito de las disciplinas es dar libertad. Nuestra meta es la libertad, no la disciplina. En el momento en que hagamos de la disciplina nuestro enfoque central, nos apartaremos hacia la ley y perderemos la correspondiente libertad.

Las disciplinas en sí no tienen ningún valor. Sólo tienen valor como medios para colocarnos delante de Dios, a fin de que él nos dé la libertad que buscamos. La liberación es el fin; las disciplinas son simplemente los medios. Las disciplinas no son las respuestas; sólo nos conducen hacia la Respuesta. Tenemos

que entender claramente esta limitación de las disciplinas, si hemos de evitar la esclavitud. No sólo tenemos que entender esto, sino que necesitamos destacarlo para nosotros mismos vez tras vez; tan severa es la tentación de concentrarnos en las disciplinas. Centrémonos para siempre en Cristo, y consideremos las disciplinas espirituales como una manera de acercarnos al corazón de él.

La libertad que se halla en la sumisión

Dije que toda disciplina tiene su correspondiente libertad. ¿Qué libertad le corresponde a la sumisión? La capacidad para descargar la terrible carga de siempre tener que obtener lo que queremos. La obsesión de exigir que las cosas se hagan de la manera como las queremos es una de las mayores esclavitudes de la sociedad humana hoy. Hay personas que pasarían semanas, meses y aun años en una perpetua agitación mental por el hecho de que alguna cosita no salió como querían. Se incomodarían y se irritarían. Se disgustarían por ello. Actuarían como si su misma vida dependiera de ese asunto. Incluso, pudiera producirseles una úlcera por esa causa.

En la disciplina de la sumisión quedamos libre de dejar el asunto, para olvidarlo. Francamente, la mayoría de las cosas en la vida no son tan importantes como pensamos. Nuestra vida no se acabará si no sucede esto o aquello.

Si observaras estas cosas, verías, por ejemplo, que en casi todas las iglesias hay discusiones y se produce la división por el hecho de que las personas no tienen la libertad de rendirse la una a la otra. Insistimos en que lo que está en juego es un asunto crítico; en que estamos luchando por un principio sagrado. Tal vez eso sea cierto. Generalmente no lo es. Con frecuencia no podemos soportar el hecho de rendirnos simplemente porque eso significaría que no logramos que las cosas se hagan a nuestra manera. Sólo la sumisión nos capacita para llevar ese espíritu al punto en que ya no nos domina. Sólo la sumisión puede liberarnos suficientemente hasta el punto de capacitarnos para distinguir entre los asuntos genuinos y la terquedad.

Si sólo llegáramos a comprender que la mayoría de las cosas de la vida no son asuntos fundamentales, entonces podríamos tomarlas con moderación. Descubrimos que no son grandes cosas. Frecuentemente decimos: "Bueno, a mí no me importa"; cuando lo que realmente queremos dar a entender (y lo que les comunicamos a los demás) es que nos importa mucho. Aquí es precisamente donde cuadra la disciplina del silencio tan bien como todas las demás disciplinas. Por lo general, la mejor manera de manejar la mayoría de las cosas con sumisión consiste en no decir nada. Hay la necesidad de un espíritu de gracia que lo abarque todo, más que cualquier clase de palabras o de acción. Cuando así lo hacemos, libramos a otros y nos liberamos nosotros mismos.

La enseñanza bíblica sobre la sumisión se centra primariamente en el espíritu con el cual vemos a las demás personas. La Escritura no intenta establecer una serie de relaciones jerárquicas, sino comunicarnos una actitud interna de mutua subordinación. Pedro, por ejemplo, exhortó a los esclavos de su época para que estuvieran sujetos a sus amos (1 Pedro 2:18). Este consejo parece innecesario mientras no comprendamos que es muy posible obedecer al amo sin estar con un espíritu de sujeción a él. Externamente podemos hacer lo que las personas nos pidan, e internamente estar en rebelión contra ellas. Ese interés por un espíritu de consideración hacia los demás impregna todo el Nuevo Testamento. El antiguo pacto estipulaba que no debemos matar. Jesús, sin embargo, destacó el hecho de que el asunto real era el espíritu interno de matar con el cual vemos a las personas. Lo mismo ocurre con el asunto de la sumisión: El asunto real es el espíritu de consideración y deferencia que tengamos cuando estamos con los demás.

Con la sumisión quedamos al fin libres para evaluar a otras personas. Sus sueños y planes se vuelven importantes para nosotros. Hemos entrado en una libertad nueva, maravillosa y gloriosa, la libertad de renunciar a nuestros propios derechos por el bien de los demás. Por primera vez podemos amar a las personas incondicionalmente. Hemos renunciado al derecho de que ellas nos devuelvan el amor. Ya no sentimos que tenemos que ser tratados de cierta manera. Podemos regocijarnos por el

éxito de ellas. Sentimos tristeza genuina cuando fracasan. El hecho de que nuestros planes se frustren es algo que tiene pequeñas consecuencias, con tal que los planes de ellos tengan éxito. Descubrimos que es mucho mejor servir a nuestro prójimo que lograr que se haga nuestro capricho.

¿Has experimentado la liberación de renunciar a tus propios derechos? Eso significa que quedas libre de esa ardiente ira y de esa amargura que sientes cuando alguien no actúa hacia ti como tú piensas que debiera actuar. Significa que al fin podrás romper esa ley ominosa del comercio que dice: "Tú me rascas la espalda, y yo te rasco la tuya; tú me revientas la nariz, y yo te reviento la tuya". Eso significa que tienes libertad para obedecer el mandamiento de Jesús: "Amad a vuestros enemigos . . . y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44). Significa que por primera vez entendemos que es posible renunciar al derecho de venganza: ". . . a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvela también la otra" (Mateo 5:39).

Una piedra de toque

Como tal vez lo habrás notado, he entrado en el tema de la sumisión por la puerta de atrás. Comencé explicando lo que hace a favor de nosotros antes de definir lo que es. Eso lo he hecho con un propósito. La mayoría hemos estado expuestos a una forma tan mutilada de sumisión bíblica, que hemos abrazado la deformidad o hemos rechazado por completo la disciplina. Hacer lo primero conduce al aborrecimiento de uno mismo; hacer lo último conduce a la arrogancia. Antes de agarrarnos de los cuernos de este dilema, consideremos una tercera alternativa.

La piedra de toque para el entendimiento bíblico de la sumisión es Marcos 8:34: "Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame". Casi instintivamente retrocedemos de estas palabras. Nos sentimos mucho más cómodos con expresiones como "satisfacción personal" y "realización personal", que con pensamientos como el "renunciamiento". (En realidad, la enseñanza de Jesús sobre el renunciamiento es lo

único que genuinamente puede traer la satisfacción personal y la realización personal.) La negación de uno mismo evoca en nuestras mentes toda clase de imágenes de servilismo y de aborrecimiento de nosotros mismos. Nos imaginamos que muy ciertamente significa el rechazamiento de la individualidad y probablemente conduzca a diversas formas de mortificación de nosotros mismos.

Por el contrario, Jesús nos llamó a negarnos a nosotros mismos sin que nos aborrezcamos. La negación de uno mismo es un modo sencillo de llegar a entender que no tiene que hacerse lo que a nosotros nos agrada. Nuestra felicidad no depende de lograr lo que queremos.

El hecho de negarnos a nosotros mismos no significa la pérdida de nuestra identidad como suponen algunos. Sin nuestra identidad ni siquiera pudiéramos estar sujetos unos a otros. ¿Perdió Jesús su identidad cuando afirmó su rostro para ir al Gólgota? ¿Perdió Pablo su identidad cuando se dedicó a Aquel que le dijo: "porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" (Hechos 9:16)? Por supuesto que no. Sabemos que lo que ocurrió fue lo contrario. Ellos hallaron su identidad en el acto de renunciamiento.

Negarnos a nosotros mismos no es lo mismo que despreciarnos a nosotros mismos. El hecho de despreciarnos a nosotros mismos es afirmar que no tenemos valor alguno, y aun si lo tuviéramos lo rechazaríamos. El hecho de negarnos a nosotros mismos es declarar que somos de infinito valor y no muestra cómo comprenderlo. El desprecio de nosotros mismos niega la bondad de la creación; la negación de nosotros mismos afirma que en realidad es buena. Jesús declaró que la capacidad para amarnos a nosotros mismos es el requisito previo para extendernos a los demás (Mateo 22:39). Amarse a uno mismo y negarse a uno mismo no son acciones conflictivas. Jesús dijo claramente más de una vez que la negación de nosotros mismos es sólo una manera segura de amarnos a nosotros mismos. "El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará" (Mateo 10:39).

De nuevo tenemos que destacar para nosotros mismos que el renunciamiento significa la libertad para dar lugar a otros.

Significa poner los intereses de los demás por encima de los propios. En este sentido, la negación de nosotros mismos nos libra de la autoconmiseración. Cuando vivimos fuera de la negación de nosotros mismos, demandamos que las cosas se hagan a nuestra manera. Cuando no se hacen así, reversionamos a la autoconmiseración. “¡Pobre de mí!” Externamente podemos someterlos, pero lo hacemos con un espíritu de mártires. Este espíritu de compadecerse de uno mismo, de martirio, es una señal cierta de que la disciplina de la sumisión se ha echado a perder. Esa es la razón por la cual el renunciamiento es la base de esta disciplina; nos salva de la autoconmiseración.

A las personas modernas les parece sumamente difícil leer a los grandes maestros de las devociones por cuanto ellos usan abundantemente el lenguaje del renunciamiento. Para nosotros es difícil estar accesibles a las siguientes palabras de Tomás de Kempis: “No tener opinión de nosotros mismos, y pensar siempre bien y altamente de los demás, es gran sabiduría y perfección”.¹ Luchamos cuando leemos las palabras de Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Marcos 8:34). Todo esto se debe a que no hemos entendido la enseñanza de Jesús en el sentido de que el camino para la satisfacción de uno mismo pasa por la negación de uno mismo. Salvar la vida es perderla; perderla por causa de Cristo es salvarla (Marcos 8:35). George Matheson introdujo en los himnos de la iglesia esta maravillosa paradoja de la satisfacción por medio de la negación de uno mismo.

Cautívame, Señor,
y entonces seré libre;
oblígame a entregar la espada,
y seré vencedor.

Yo decaigo con las alarmas de la vida
cuando estoy por mi cuenta.

Aprisioname entre tus brazos,
y fuerte será mi mano.²

Tal vez la atmósfera ya se ha aclarado lo suficiente para que podamos echar una mirada al renunciamiento como la liberación que realmente es. Tenemos que estar convencidos de esto

porque, como ya se dijo, la negación de nosotros mismos es la piedra de toque para la disciplina de la sumisión.

*La sumisión revolucionaria tal como la enseñó Jesús**

La enseñanza social más radical de Jesús fue la total reversión que hizo de la idea contemporánea de grandeza. El liderato se halla en llegar uno a ser siervo de todos. El poder se descubre en la sumisión. El símbolo supremo de esta radical servidumbre es la cruz. “[Jesús] se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). Pero notemos esto: Cristo no sólo padeció una muerte de cruz; él llevó una vida de cruz. El camino de la cruz, el camino de un siervo sufrido fue esencial en su ministerio. Jesús practicó la vida de cruz en la sumisión a los seres humanos semejantes a él. El fue siervo de todos. El rechazó de plano los títulos culturales que se daban al que estaba en posición de poder cuando dijo: “. . . no queráis que os llamen Rabí; . . . Ni seáis llamados maestros” (Mateo 23:8-10). Jesús hizo añicos las costumbres de su tiempo al practicar la vida de cruz, al tomar en serio a las mujeres y al estar dispuesto a encontrarse con los niños. Practicó la vida de cruz cuando tomó la toalla y les lavó los pies a sus discípulos. Este Jesús, quien fácilmente hubiera podido pedir una legión de ángeles para que acudieran a su defensa, prefirió la muerte en la cruz del Calvario. La vida de Jesús fue una vida de cruz, de sumisión y servicio. La muerte de Jesús fue una muerte de cruz para vencer por medio del sufrimiento.

Es imposible exagerar el carácter revolucionario de la vida de Jesús y de su enseñanza sobre este punto. Eso abolió el reclamo de una posición y una condición de privilegio. Eso creó un nuevo orden de liderato. La vida de cruz de Jesús socavó

*Este término y varias de las ideas que anoto en esta parte se los debo a John Howard Yoder. Su libro, *The Politics of Jesus*, (Eerdmans, 1972), contiene un excelente capítulo sobre la subordinación revolucionaria.

todos los órdenes sociales basados en el poder y en el interés propio.*

Como ya lo dije, Jesús llamó a sus seguidores a una vida de cruz. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Marcos 8:34). Él dijo claramente a sus discípulos: “Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos” (Marcos 9:35). Cuando Jesús inmortalizó el principio de la vida de cruz al lavar los pies a sus discípulos, agregó: “Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:15).

La vida de cruz es la vida de la sumisión voluntaria. La vida de cruz es la vida que libremente acepta la servidumbre.

La subordinación revolucionaria tal como se enseña en las epístolas del Nuevo Testamento

El ejemplo de Jesús y su llamamiento a seguir el camino de la cruz en todas las formas de la vida humana constituyen la base de la enseñanza de las epístolas del Nuevo Testamento sobre la sumisión. El apóstol Pablo basa el imperativo: “estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”; en la sumisión y en el renunciamiento del Señor para nuestra salvación. “. . . Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” (Filipenses 2:4–7). El apóstol Pedro, en la mitad de sus instrucciones sobre la sujeción, apeló directamente al ejemplo de Jesús como la razón para la sujeción. “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; . . . quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justa-

mente” (1 Pedro 2:21–23). Como prefacio a la *haustafel** de Efesios, leemos: “Someteos unos a otros en *el temor de Dios* (itálicas del autor)” (Efesios 5:21). El llamado a los cristianos para que vivan la vida de cruz está arraigado en la vida de cruz del Señor mismo.

La disciplina de la sumisión ha sido terriblemente mal interpretada y se ha abusado de ella por falta de comprenderla en este contexto más amplio. La sumisión es un tema ético que pasa por toda la gama del Nuevo Testamento. Es una postura obligatoria para *todos* los cristianos: Tanto hombres como mujeres; tanto padres como hijos; tanto amos como esclavos. Se nos ordena a vivir en sujeción porque así vivió Jesús, no porque estemos en algún sitio específico o en alguna etapa de la vida. La negación de uno mismo es una postura adecuada para los que siguen al Señor crucificado. En todas partes de la *haustafel*, la única razón obligatoria para la sumisión es el ejemplo de Cristo.

Esta razón fundamental de la sumisión es asombrosa cuando la comparemos con otros escritos del primer siglo. Hay en éstos un constante llamado a la sumisión, por cuanto esa era la manera “cómo los dioses habían creado las cosas”; era una etapa en la vida. Ni uno solo de los escritores del Nuevo Testamento se basa en eso para llamar a la sumisión. La enseñanza es revolucionaria. Ellos pasaron totalmente por alto todas las costumbres contemporáneas de clase superior y subordinada, y llamaron a todos a que cada uno estimara a los demás “como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3).

Las epístolas del Nuevo Testamento llaman primero a la subordinación a aquellos que, en virtud de tener determinada cultura, ya están subordinados. “Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, . . . Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, . . . Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales . . .” (Colosenses 3:18–22 y pasajes paralelos). Lo revolucionario de esta

*La iglesia de hoy no ha entendido o, si entiende, no ha obedecido las implicaciones de la vida de cruz para la sociedad humana. Guy Hershberger exploró valientemente algunas de estas implicaciones en su libro *The Way of the Cross in Human Relations*, Herald Press, 1958. Él explica cómo el camino de la servidumbre debiera afectar cosas como la guerra, el capitalismo, los gremios, los sindicatos, el materialismo, las relaciones de patronos con empleados, las relaciones en las competencias y otras. (El término “vida de cruz” se lo debo a Hershberger.)

*Este término fue acuñado por Martín Lutero, con el significado de “tabla de la familia”; por tanto, es una serie de normas para la familia cristiana. La *haustafel* ha sido reconocida como una forma literaria particular, y se puede hallar en Efesios 5:21 y siguientes; Colosenses 3:18 y siguientes; Tito 2:4 y siguientes; y 1 Pedro 2:18 y siguientes.

enseñanza está en que se dirige a personas a quienes la cultura del primer siglo no les ofrecía ninguna clase de alternativa, como si fueran libres agentes morales. Pablo les concedió responsabilidad moral a aquellos que no tenían condición legal ni moral en su cultura. El hace que decidan aquellas personas a quienes se les prohibía tomar decisiones.

Es asombroso el hecho de que Pablo los llamó a la subordinación, puesto que ellos ya estaban subordinados en virtud del lugar que les había asignado la cultura del primer siglo. La única razón significativa de tal mandamiento fue el hecho de que, en virtud del mensaje del evangelio, ellos habían llegado a considerarse libres de un estado de subordinación en la sociedad. El evangelio había desafiado a todos los ciudadanos de segunda clase, y ellos lo sabían. Pablo insta a la subordinación voluntaria, no porque esa era su condición de vida, sino porque "conviene en el Señor" (Colosenses 3:18).

Este rasgo de dirigir la enseñanza moral a los que estaban subordinados culturalmente es también un contraste radical en la literatura contemporánea de aquel tiempo. Los estoicos, por ejemplo, sólo se dirigían a la persona del estrato social más elevado, y la animaban a hacer algo bueno en esa posición superior que ya tenía. Pero Pablo habló primero a los individuos a los cuales su cultura decía que no se debía dirigir, y los llamó a la vida de cruz de Jesús.

Luego, las epístolas del Nuevo Testamento se vuelven al individuo culturalmente dominante de la relación, y también lo llaman a la vida de cruz de Jesús. El imperativo a la subordinación es recíproco: "Maridos, amad a vuestras mujeres, . . . Padres, no exasperéis a vuestros hijos, . . . Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos . . ." (Colosenses 3:19-4:1 y pasajes paralelos). Muy ciertamente se objetará que el mandamiento que se dirige a la parte dominante no usa el lenguaje de la sumisión. Lo que no comprendemos es cuánta sumisión exigieron tales mandamientos a la parte dominante en aquel ambiente cultural. Si un esposo, un padre o un amo del primer siglo obedecía este mandamiento de Pablo, eso hubiera producido una diferencia conmovedora en su conducta. La esposa, el hijo y el esclavo del primer siglo no hubieran tenido que cam-

biar ni un ápice para poner en práctica el mandamiento de Pablo. Si sobre alguno caía el aguijón de tal enseñanza, era sobre el individuo dominante.³

Además, necesitamos comprender que los imperativos dirigidos a los esposos, a los padres y a los amos constituyen otra forma de renunciamento. Simplemente, son otro conjunto de palabras que comunican la misma realidad, es decir, que podemos estar libres de la necesidad de que las cosas se hagan a nuestra manera. Si un esposo ama a su esposa, tendrá en consideración las necesidades de ella. Estará dispuesto a rendirse a ella, a someterse a ella. Queda libre para considerarla a ella como superior a sí mismo. Puede ver las necesidades de sus hijos y considerarlos a ellos como superiores a sí mismo (Filipenses 2:3). En Efesios, Pablo exhortó a los esclavos a vivir con un espíritu de gozo, y a servir con voluntad y disposición a sus amos. Luego exhortó a los amos: "Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo" (Efesios 6:9). Tal pensamiento era increíble para los oídos del primer siglo. Se pensaba que los esclavos eran bienes de propiedad, no seres humanos. Sin embargo, Pablo aconsejó con autoridad divina que los amos tuvieran en cuenta las necesidades de sus esclavos.

Tal vez la ilustración más perfecta de la subordinación voluntaria sea la pequeña epístola que Pablo le envió a Filemón. Onésimo, un esclavo de Filemón y que se había escapado, se convirtió a Cristo. Voluntariamente iba de regreso a casa de Filemón, como parte de lo que para él significó ser discípulo de Cristo. Pablo instó a Filemón a que recibiera a Onésimo, "no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado" (Filemón 16). John Yoder observa: "Esto equivale a decir que Pablo dio instrucciones a Filemón, con aquella clase de instrucción no coercitiva que es adecuada para un hermano cristiano . . . con el fin de que pusiera en libertad a Onésimo".⁴ Onésimo había de manifestar su subordinación a Filemón, regresando. Filemón debía manifestar su subordinación a Onésimo, poniéndolo en libertad. Los dos debían estar mutuamente subordinados por amor a Cristo (Efesios 5:21).

Las epístolas del Nuevo Testamento no consagraron las estructuras jerárquicas sociales que existían. Al universalizar el

mandamiento a la subordinación, hicieron que tales estructuras se volvieran relativas, y las socavaron. Las epístolas llamaban a los cristianos a vivir como ciudadanos de un nuevo orden; y el rasgo más fundamental de este nuevo orden es la subordinación universal.

Los límites de la sumisión

Los límites de la disciplina de la sumisión están en los puntos en que se vuelve destructiva. Es entonces cuando llega a ser una negación de la ley del amor tal como la enseñó Jesús, y una afrenta a la genuina sumisión bíblica (Mateo 5, 6, 7; y especialmente 22:37-39).

Pedro llamó a los cristianos a la sumisión radical al estado, cuando escribió: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya los gobernadores..." (1 Pedro 2:13, 14). Sin embargo, cuando el gobierno legítimamente autorizado de su día le ordenó a la iglesia naciente que dejara de proclamar a Cristo, Pedro contestó: "Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hechos 4:19, 20). En una ocasión similar, Pedro dijo sencillamente: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5:29).

Al entender la vida de cruz de Jesús, Pablo dijo: "Sométase toda persona a las autoridades superiores" (Romanos 13:1). Sin embargo, cuando Pablo vio que el estado no estaba cumpliendo la función que Dios le había ordenado de administrar justicia a todos, lo llamó a cuentas e insistió en que se enderezara lo torcido (Hechos 16:37).

¿Se estaban oponiendo estos hombres a su propio principio de renunciamiento y sumisión? No. Ellos simplemente entendieron que la sumisión llega al límite de sus fuerzas cuando se vuelve destructiva. De hecho, ilustraron la subordinación revolucionaria al negarse mansamente a obedecer un mandamiento destructivo y a estar dispuestos a sufrir las consecuencias. El pensador alemán Johannes Hamel dijo que la subordinación incluye "la posibilidad de una resistencia im-

pulsada por el espíritu, de una apropiada desautorización y un rechazo, con la disposición de aceptar el sufrimiento en este punto específico o en aquel".⁵

Algunas veces es fácil ver los límites de la sumisión. A una esposa se le pide que golpee a su hijo sin razón alguna. A un niño se le pide que ayude a un adulto en una práctica ilegal. A un ciudadano se le pide que viole los dictados de la Biblia y de la conciencia por causa del estado. En cada uno de estos casos, el discípulo se niega, no de manera arrogante, sino con un espíritu de humildad y sumisión.

Con frecuencia es sumamente difícil definir cuáles son los límites de la sumisión. ¿Qué diremos del cónyuge que se siente sofocado y no puede lograr la satisfacción personal a causa de la carrera profesional del otro cónyuge? ¿Es esta una forma legítima de renunciamiento o una forma destructiva? ¿Qué diremos del profesor que califica injustamente al estudiante? ¿Se somete el estudiante, o resiste? ¿Qué diremos del patrón que promueve a sus empleados basado en el favoritismo y en los intereses creados? ¿Qué hace el empleado que es despojado de su ascenso correspondiente, especialmente si este ascenso es necesario para el bien de su familia?

Estas son preguntas sumamente complicadas por el hecho de que las relaciones humanas son complicadas. Son preguntas que no exigen respuestas simplistas. No existe nada que se llame la ley de la sumisión, que cubra toda situación. Tenemos que volvernos muy escépticos con respecto a todas las leyes que aparentan manejar toda circunstancia. La ética casuista siempre fracasa.

No es una evasión del asunto decir que al definir los límites de la sumisión tenemos que depender profundamente del Espíritu Santo. Al fin y al cabo si tuviéramos un libro de normas que cubriera toda circunstancia de la vida, no necesitaríamos depender de nada. El Espíritu Santo es un agudo discernidor de los pensamientos y de las intenciones del corazón, tanto en las demás personas como en nosotros. El será para nosotros un Maestro y Profeta que estará presente y nos instruirá en lo que debemos hacer en cada situación.

Los actos de la sumisión

La sumisión y el servicio funcionan de manera concurrente. Por tanto, gran parte de la manifestación práctica de la sumisión se tratará en el capítulo siguiente. Hay, sin embargo, siete actos de sumisión que debemos comentar brevemente.

El primer acto de sumisión es al Dios trino. En el comienzo del día esperamos delante del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con las palabras del que escribió el himno: “rendidos y tranquilos”. Las primeras palabras de nuestro día forman la oración de Tomas de Kempis: “Como Tú quieras; lo que Tú quieras; cuando Tú quieras”.⁶ Rendimos nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro espíritu a los propósitos de él. De igual manera, se pasa el día en obras de sumisión intercaladas con constantes exclamaciones de rendición interna. Así como las primeras palabras de la mañana son de sumisión, así son las últimas palabras de la noche. Entregamos nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro espíritu en las manos de Dios para que él haga con nosotros lo que le plazca a través de la oscuridad.

El segundo acto de sumisión es a la Biblia. Así como nos sometemos a la Palabra viviente de Dios (Jesús), nos sometemos a la Palabra escrita de Dios (la Biblia). Nos entregamos, primero, a oír la Palabra de Dios; segundo, a recibirla; y, tercero, a obedecerla. Volvemos la mirada al Espíritu quien inspiró las Escrituras, para que nos las interprete y aplique a nuestra condición. Las palabras de la Biblia, animadas por el Espíritu Santo, viven con nosotros a través del día.

El tercer acto de sumisión es a la familia. El lema para la familia debiera ser el siguiente: “No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Filipenses 2:4). Con libertad y generosidad, los miembros de la familia se tienen en cuenta los unos a los otros. El primer deber de sumisión es una dedicación a oír a los demás miembros de la familia. Su corolario es una disposición a compartir, lo cual en sí es una obra de sumisión.

El cuarto acto de sumisión es a nuestros vecinos y a aquellas personas con quienes nos encontremos en el transcurso de nues-

tra vida diaria. Hay que llevar ante ellos una vida de sencilla bondad. Si están en necesidad, los ayudamos. Realizamos pequeños actos de bondad, y manifestamos la cortesía ordinaria de buenos vecinos: compartiendo la comida, el cuidado de los niños, cortando alguna vez el césped, apartando un momento para visitarlos, compartiendo nuestras herramientas con ellos. No hay tarea que sea demasiado pequeña, demasiado trivial, pues cada una es una oportunidad para vivir en sumisión.

El quinto acto de sumisión es a la comunidad de creyentes, el cuerpo de Cristo. Si hay trabajos que deben cumplirse y tareas que deben realizarse, debemos considerarlos con detenimiento para ver si son invitaciones de Dios para la vida de cruz. No podemos hacer todo, pero podemos hacer algo. Algunas veces estas son cuestiones que dependen de la naturaleza de la organización, pero con mucha frecuencia son oportunidades espontáneas para cumplir pequeñas tareas de servicio. Algunas veces puede haber llamados a servir a la Iglesia universal, y si tal ministerio tiene confirmación en nuestros corazones, podemos someternos a él con seguridad y reverencia.

El sexto acto de sumisión es a los quebrantados y despreciados. En toda cultura hay “viudas y huérfanos”; es decir, personas desvalidas, indefensas (Santiago 1:27). Nuestra primera responsabilidad es estar entre estas personas. Como Francisco de Asís en el siglo XIII y Kagawa en el siglo XX, tenemos que descubrir maneras para identificarnos genuinamente con los oprimidos, los rechazados. En esto tenemos que practicar la vida de cruz.

El séptimo acto de sumisión es al mundo. Vivimos en una comunidad internacional interdependiente. No podemos vivir aisladamente. Nuestra responsabilidad para con el ambiente, o la falta de ella, no sólo afecta a las personas que están en todo el mundo, sino a las generaciones que no han nacido. Las naciones que padecen hambre nos afectan a nosotros. Nuestro acto de sumisión en este sentido es una determinación a vivir como miembros responsables de un mundo que cada vez es más irresponsable.

Nota final

En nuestro tiempo ha surgido un problema especial de sumisión en lo que se relaciona con la autoridad. El fenómeno que estoy a punto de describir es algo que he observado repetidamente. Cuando las personas comienzan a moverse hacia el mundo espiritual, ven que Jesús enseña un concepto de autoridad que va completamente contra el pensamiento de los sistemas del mundo. Llegan a percibir que esa autoridad no reside en las posiciones, ni en los grados, ni en los títulos, ni en las posesiones, ni en ningún símbolo externo. El método de Cristo va en una dirección completamente distinta: es el método de la autoridad espiritual. Dios es quien establece y sostiene la autoridad espiritual. Las instituciones humanas pueden reconocer esta autoridad o no; eso no establece ninguna diferencia. La persona que tiene autoridad espiritual puede tener una posición externa de autoridad, o puede no tenerla; esto tampoco establece ninguna diferencia. La autoridad espiritual se caracteriza por la compasión y el poder. Los que andan en el Espíritu pueden identificarla inmediatamente. Saben, sin ningún tipo de duda, que la sumisión se debe a la palabra que se ha dado con autoridad espiritual.

Pero la dificultad está en lo siguiente: ¿qué diremos de las personas que están en “posiciones de autoridad”, y que no poseen autoridad espiritual? Puesto que Jesús dijo claramente que la posición no concede autoridad, ¿debe obedecerse a esta persona? ¿No pudiéramos más bien descartar toda autoridad humanamente establecida, y buscar la autoridad espiritual para someternos sólo a ella? Este es el tipo de preguntas que hacen las personas que sinceramente quieren andar en el camino del Espíritu. Son preguntas legítimas y merecen una cuidadosa respuesta.

La respuesta no es simple, pero tampoco es imposible. *La sumisión* revolucionaria nos ordenaría vivir en sumisión a la autoridad humana hasta el punto en que ésta se vuelva destructiva.* Tanto Pedro como Pablo llamaron a obedecer al es-

tado pagano, pues entendieron el gran bien que producía esta institución humana. He descubierto que las “autoridades humanas” tienen a menudo mucha sabiduría que nosotros des-
cuidamos, con lo cual nos ponemos en peligro.

A esto agregaré razón, que es mía, por la cual debiéramos someternos a las personas que están en posiciones de autoridad, aunque no conozcan la autoridad espiritual. Debemos hacerlo por elemental cortesía y por compasión hacia la persona que está en tan difícil situación. Siento una profunda simpatía hacia los individuos que están en esa situación, pues personalmente he estado en esa condición más de una vez. El hecho de estar en autoridad es una posición personal frustratoria, casi desesperada, y saber uno que sus raíces no están lo suficientemente profundas en la vida divina para imponer la autoridad espiritual. Conozco el sentimiento frenético que hace que una persona se pavonee, resople e invente hábiles artimañas para manipular a las personas a fin de que obedezcan. A algunos puede parecerles fácil reírse de estas personas y no tener en cuenta su autoridad. A mí no. Yo lloro por ellas porque conozco el dolor interno y el sufrimiento que hay que soportar al vivir en tal contradicción.

Además, podemos orar por tales individuos a fin de que sean llenos de nuevo poder y autoridad. También podemos hacernos amigos de ellos y ayudarles en todo lo que podamos. Si practicamos la vida de cruz delante de ellos, pronto descubriremos que ellos crecen en poder espiritual, y nosotros también.

*Véase en este capítulo la sección titulada “Los límites de la sumisión”.

9. LA DISCIPLINA DEL SERVICIO

Aprende la lección de que, si vas a hacer la obra de un profeta, lo que necesitas no es un cetro, sino una azada.
— Bernardo de Clairvaux

Así como la cruz es la señal de la sumisión, la toalla es la señal del servicio. Cuando Jesús reunió a sus discípulos para la última Cena, entre ellos había una discusión sobre cuál era el mayor. Esto no era nuevo para ellos. “Entonces entraron en discusión sobre quién de ellos sería el mayor” (Lucas 9:46). Siempre que se presenta la dificultad sobre quién es el mayor, también hay la dificultad de saber quién es el menor. Ese es el punto crucial del asunto para nosotros, ¿no es verdad? La mayoría sabemos que nunca seremos los mayores; sólo queremos que no nos dejen ser los menores.

Cuando se reunieron en la fiesta de la Pascua, los discípulos estaban perfectamente conscientes de que alguno debía lavar los pies de los demás. El problema estaba en que los únicos que lavaban los pies eran los menores. Así que se sentaron, con los pies cubiertos de polvo. Era un punto tan sensible que ellos ni siquiera hablarían al respecto. Ninguno quería ser considerado el menor. Entonces Jesús tomó una toalla y una vasija con agua, y así volvió a definir la grandeza. Habiendo vivido la condición de siervo delante de ellos, los llamó a la vida del servicio: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:14, 15). En algunos sentidos preferiríamos el llamamiento de Jesús a dejar padre y madre, casas y tierra por causa del evangelio, que su mandamiento a lavar

los pies. El renunciamiento radical produce el sentimiento de aventura. Si abandonamos todo, aun tenemos la oportunidad de un martirio glorioso. Pero en el servicio quedamos proscritos a lo mundano, lo ordinario, lo trivial.

En la disciplina del servicio hay también gran libertad. El servicio nos capacita para decir “no” a los juegos de promoción y autoridad del mundo. Elimina nuestra necesidad (y deseo) de una “ley del más fuerte”. Esa expresión es sumamente reveladora. ¡Cómo nos parecemos a las gallinas! En el gallinero no hay paz hasta que esté claro quién será el mayor y quién el menor, y a quién le corresponderá cada uno de los peldaños. Un grupo de personas no puede reunirse durante mucho tiempo sin que se establezca “la ley del más fuerte”. Esto lo podemos ver fácilmente cuando observamos dónde se sienta la gente, cómo andan las personas en relación con cada una de las otras, quién cede siempre el turno cuando dos personas están hablando al mismo tiempo, quién está atrás y quién está adelante cuando se necesita hacer un trabajo. (Según el trabajo, esa actitud puede ser una señal de señorío o de servidumbre.) Estas cosas están escritas en el rostro de la sociedad humana.

El asunto no es que debemos descartar todo sentido de liderato y autoridad. Cualquier sociólogo demostraría rápidamente la imposibilidad de tal cosa. Aun entre Jesús y los discípulos, el liderato y la autoridad se ven fácilmente. El asunto es que Jesús volvió a definir por completo el liderato y volvió a arreglar las líneas limítrofes de la autoridad.

Jesús nunca enseñó que todos tenían igual autoridad. De hecho, él dijo mucho acerca de la genuina autoridad espiritual y aclaró que muchos no la poseían. Pero la autoridad de que Jesús habló no es la que procede de la ley del más fuerte. Tenemos que entender claramente la naturaleza radical de lo que Jesús enseñó en este sentido. El no invirtió “la ley del más fuerte,” como muchos suponen. La abolió por completo. La autoridad a que se refirió no era una autoridad para manipular y dominar. Era una autoridad de función, no de condición.

Jesús declaró: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. *Mas entre vosotros no será así* (itálicas del autor) . . .”.

El rechazó de manera total y completa los sistemas procedentes de la ley del más fuerte que imperaban en su día. ¿Entonces, cómo debía ser entre ellos? "... el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor ... como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir" (Mateo 20:25-28). Por tanto, la autoridad espiritual de la cual hablaba Jesús no era aquella autoridad que se halla en una posición, o en un título, sino en una toalla.

El servicio farisaico contra el verdadero

Si el verdadero servicio ha de entenderse y practicarse, tiene que distinguirse claramente del servicio farisaico.

El servicio farisaico se produce a través del esfuerzo humano. Gasta grandes cantidades de energía calculando e ideando la manera de prestar el servicio. Los esquemas y encuestas sociológicos pueden arreglarse de tal modo que podamos "ayudar a esas personas". El verdadero servicio procede de una relación con otro Ser divino que tenemos en lo profundo de nosotros. Servimos a causa de los estímulos que se nos susurran, de los impulsos divinos. Se gasta energía, pero no la frenética energía de la carne. Thomas Kelly escribe: "Yo hallo que él nunca nos dirige hacia una intolerable rebatiña de un estado febril jadeante".¹

El servicio farisaico se impresiona con lo grande. Se preocupa por lograr triunfos impresionantes que figuren en los tableros donde se anotan los resultados. Al que hace esta clase de servicio le encanta servir cuando el servicio es especialmente titánico. Al verdadero siervo le parece casi imposible distinguir el servicio pequeño del grande. Donde se nota la diferencia, parece que el verdadero siervo es atraído hacia el pequeño servicio, no por falsa modestia, sino porque genuinamente lo considera como un servicio importante. Indiscriminadamente acepta con gusto todas las oportunidades de servir.

El servicio farisaico exige recompensas externas. El que sirve así necesita saber que las personas ven y aprecian su esfuerzo. Busca el aplauso humano con la adecuada modestia religiosa, por supuesto. El verdadero servicio se contenta con quedar es-

condido. El que hace este servicio no teme las luces y fulgor que llaman la atención, pero tampoco los busca. Como vive con un nuevo centro de referencia, la aprobación divina es completamente suficiente.

El que presta el servicio farisaico se preocupa mucho por los resultados. Espera con anhelo para ver si la persona a quien sirve le recompensa de la misma manera. Se amarga cuando los resultados quedan por debajo de las expectativas. El que presta el verdadero servicio está libre de la necesidad de calcular los resultados. Sólo se deleita en el servicio. Puede servir a los enemigos con la misma libertad con que sirve a los amigos.

El que sirve del modo farisaico escoge a quién va a servir. Algunas veces sirve a los grandes y poderosos, porque eso le asegurará cierta ventaja. Otras veces sirve a los humildes e indefensos por el hecho de que eso le asegurará una imagen humilde. El verdadero siervo no discrimina en su ministerio. Ha aceptado el mandamiento de Jesús de ser "servidor de todos" (Marcos 9:35). Francisco de Asís escribió en una carta: "Como soy siervo de todos, estoy obligado a servir a todos y a administrar las palabras que comunican el consuelo de mi Señor".²

El que sirve de la manera farisaica está afectado por las disposiciones de ánimo y por los caprichos. Sólo puede servir cuando "siente el deseo de servir" ("movido por el Espíritu", como decimos). La mala salud o el sueño inadecuado dominarán sus deseos de servir. El verdadero siervo sirve simplemente por cuanto hay una necesidad. Sabe que "el deseo de servir" es a menudo un obstáculo para el verdadero servicio y, en cambio, el servicio disciplina los sentimientos.

El que sirve de la manera farisaica presta un servicio temporal. Su servicio sólo funciona mientras está ejecutando los actos específicos de servicio. Después que ha servido, se queda tranquilo. El verdadero servicio es un estilo de vida. El verdadero siervo actúa según patrones de vida que tiene arraigados. Este servicio brota espontáneamente para satisfacer la necesidad humana.

El que sirve farisaicamente no tiene sensibilidad. Insiste en satisfacer una necesidad, aun cuando el hecho de hacer eso pudiera resultar destructivo. Exige la oportunidad de ayudar. El

verdadero siervo se abstiene de realizar el servicio en forma tan libre como decida hacerlo. Puede oír con ternura y paciencia antes de actuar. Puede servir mediante el acto de esperar en silencio. “También sirven los que sólo están de pie y esperan.”³

El que sirve al estilo farisaico fractura la comunidad. En último análisis —tan pronto como se hayan removido todas las trampas religiosas— se centra en la glorificación del individuo. Por tanto, este servicio coloca a los demás como deudores nuestros y se convierte en una de las formas más sutiles y destructivas de manipulación que jamás se hayan conocido. El resultado es la ruptura de la comunidad.

Por otra parte, el verdadero servicio edifica la comunidad. El que hace este servicio, de una manera tranquila y sin pretensiones siente preocupación por las necesidades de los demás. No exige que se le devuelva el servicio. Atrae, ata, sana, edifica. El resultado de este servicio es la unión de la comunidad.

Servicio y humildad

La gracia de la humildad se opera en nuestra vida, más que en cualquiera otra forma, por medio de la disciplina del servicio. La humildad, como todos sabemos, es una de aquellas virtudes que nunca se consigue buscándola. Cuanto más la persigamos tanto más distante se encuentra. El hecho de pensar que la tenemos es evidencia cierta de que no la tenemos. Así que, la mayoría suponemos que no podemos hacer nada para lograr esta apreciada virtud cristiana, y no hacemos nada.

Pero hay algo que podemos hacer. No necesitamos pasar por la vida con la vaga esperanza de que algún día la humildad caerá sobre nuestras cabezas. De todas las disciplinas espirituales clásicas, la disciplina del servicio es la que más conduce al crecimiento de la humildad. Cuando salimos a cumplir conscientemente un determinado curso de acción que acentúe el bien de los demás y en su mayor parte sea una obra oculta, se produce en nuestro espíritu un cambio profundo.

No hay nada que *discipline* los deseos desordenados de la carne como el servicio, ni nada que *transforme* los deseos de la carne como servir de manera oculta. La carne se opone con

quejas al servicio, pero vocifera contra el servicio oculto. Ella se esfuerza intensamente y se adelanta en busca del honor y el reconocimiento. Buscará medios sutiles y religiosamente aceptables para llamar la atención hacia el servicio que presta. Si resueltamente nos negamos a rendirnos a este deseo ardiente de la carne, la crucificamos. Cada vez que crucificamos la carne, crucificamos nuestro orgullo y nuestra arrogancia.

El apóstol Juan escribió: “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:16). No entendemos este pasaje con toda su fuerza por nuestra tendencia a relacionarlo todo con el pecado sexual. La expresión “los deseos de la carne” se refiere al hecho de no someter a nuestro dominio —a disciplina— las naturales pasiones humanas. C. H. Dodd dijo que la expresión “los deseos de los ojos” se refiere a “la tendencia a ser cautivados por la demostración externa”. El define la “vanagloria de la vida” como un “egoísmo presuntuoso”.⁴ En cada caso se ve lo mismo: una infatuación con los poderes y capacidades humanos, sin ninguna dependencia de Dios. Eso es la carne en operación, y la carne es el enemigo mortal de la humildad.

Para mantener a raya estas pasiones se necesita la más estricta disciplina diaria. La carne tiene que aprender la dolorosa lección de que no tiene derechos propios. El servicio oculto será el que logrará esta humillación de uno mismo.

William Law ejerció una influencia duradera en la Inglaterra del siglo XVIII con su libro *A Serious Call to a Devout and Holy Life*. En ella, Law instó a que cada día fuera considerado como un día de humildad. ¿Cómo hacemos para convertir cada día en un día de humildad? Aprendiendo a servir a los demás. Law entendió que lo que trae la humildad a la vida es la disciplina del servicio. Si nosotros queremos humildad, él nos aconseja:

... condesciende con todas las debilidades y flaquezas de tus semejantes, cubre sus debilidades, ama sus excelencias, estimula sus virtudes, alivia sus necesidades, regocíjate en su prosperidad, ten compasión de sus aficciones, acepta su amistad, pasa por alto su falta de bondad, perdona su malicia, sé

un siervo de siervos, y condesciende en hacer los oficios más bajos a lo más bajo de la humanidad.⁵

El resultado, entonces, de esta disciplina diaria de la carne será el surgimiento de la gracia de la humildad. Penetrará en nosotros inadvertidamente. Aunque no sintamos su presencia, estaremos conscientes de un fresco deleite y de un alborozo en la vida. Es entonces cuando nos admiramos del nuevo sentido de confianza que distingue nuestras actividades. Aunque las demandas de la vida son tan grandes como siempre, vivimos con un nuevo sentido de una paz no apresurada. Aquellas personas a quienes una vez sólo envidiábamos, ahora las miramos con compasión, pues no sólo vemos su posición, sino también su dolor. Ahora vemos a aquellos individuos agradables. Tenemos un nuevo espíritu de identificación con los proscritos, con “la escoria” de la tierra (1 Corintios 4:13).

Aun más que la transformación que ocurre dentro de nosotros, estamos conscientes de un amor y un gozo más profundo en Dios. Nuestros días se realizan con expresiones de alabanza y adoración. Un regocijado servicio oculto a los demás es una oración representada de acción de gracias. Pareciera que estuviéramos dirigidos por un nuevo centro de control; y en realidad lo estamos.

Sí . . . pero

Una vacilación natural y comprensible acompaña a cualquier estudio serio que se haga sobre el servicio. La vacilación es buena puesto que es prudente calcular el costo antes de meternos de cabeza en cualquier disciplina. Experimentamos cierto temor que se manifiesta más o menos del siguiente modo: “Si yo hago eso, la gente se aprovechará de mí; me pisotearán”.

En este mismo punto tenemos que comprender la diferencia entre decidir servir y decidir ser un siervo. Cuando nosotros decidimos servir aun estamos encargados del asunto. Decidimos a quién serviremos y cuándo lo haremos. Y si estamos encargados de las cosas, nos preocuparemos mucho de que otro nos pisotee, es decir, que asuma la dirección de nosotros.

Pero cuando decidimos ser siervos, renunciamos a todo de-

recho de estar encargados de las cosas. En esto hay una gran libertad. Si voluntariamente decidimos que se aprovechen de nosotros, entonces no podemos ser manipulados. Cuando decidimos ser siervos, abandonamos el derecho de decidir a quién serviremos y cuándo lo haremos. Llegamos a estar disponibles y a ser vulnerables.

Consideremos la perspectiva de un esclavo. Un esclavo ve toda la vida desde el punto de vista de la esclavitud. No se ve como un individuo que posee los mismos derechos de los hombres libres. Entiéndaseme, por favor, cuando esta esclavitud es involuntaria es cruel y deshumanizante.* Sin embargo, cuando uno libremente elige la esclavitud, todo cambia. Hay un gran regocijo en la servidumbre voluntaria. El lenguaje figurado tomado de la esclavitud puede parecernos difícil a nosotros, pero no constituyó ninguna dificultad para el apóstol Pablo. El se jactó con frecuencia de ser un esclavo de Cristo, e hizo un uso extenso del concepto de “esclavo de amor” del primer siglo (es decir, el esclavo que por amor y con libertad ha decidido seguir como esclavo). Nosotros hacemos lo mejor que podemos para suavizar el lenguaje de Pablo, al traducir la palabra que originalmente significa “esclavo” mediante nuestra palabra “siervo”. Pero cualquiera que sea la palabra que decidamos usar, estemos seguros de entender que Pablo quiso decir que con libertad había renunciado a sus derechos.

Por tanto, se justifica el temor de que los demás se aprovecharán de nosotros y nos pisotearán. Eso es exactamente lo que puede ocurrir. ¿Pero quién puede ofender a alguien que libremente ha elegido ser pisoteado? Tomás de Kempis instruyó a estar “tan sujeto . . . que todos los hombres puedan pasar por encima de ti y pisarte como si estuvieran pisando el lodazal de la calle”.⁶ En la obra *The Little Flowers of St. Francis* hay un deleitoso relato sobre cómo Francisco de Asís enseñó al hermano Leo el significado del perfecto gozo. Mientras los dos andaban juntos en medio de la lluvia y el frío penetrante, Francisco le recordaba a Leo todas las cosas que el mundo —incluso

*Buena parte de mi tesis doctoral fue un estudio sobre la esclavitud en los Estados Unidos de América. Estoy profundamente enterado de la naturaleza demoníaca de la servidumbre involuntaria.

el mundo religioso— creía que le proporcionaría gozo. Cada vez agregaba las palabras: “El perfecto gozo no está en eso”. Finalmente, ya desesperado el hermano Leo, preguntó: “Le ruego en el nombre de Dios que me diga dónde está el perfecto gozo”. Fue entonces cuando Francisco comenzó a enumerar las cosas más humillantes que pudo imaginar, y con cada una agregaba: “Oh, hermano Leo, escribe que el perfecto gozo está allí”. Para explicar y concluir el asunto le dijo: “Por encima de todas las gracias y los dones del Espíritu Santo que Cristo da a sus amigos, está el don de dominarse a uno mismo y estar dispuesto a soportar sufrimientos, insultos, humillaciones y penurias por amor de Cristo”.⁷

A nosotros nos parece que esas son palabras difíciles de tratar hoy. (Tienes que entender que yo también luché en este punto aun para poner atención a los maestros de la vida devota.) Tenemos el temor de que tal actitud conducirá irrevocablemente hacia el sendero del ascetismo excesivo y a la mortificación de uno mismo. En la iglesia, hasta ahora estamos saliendo de una “teología del gusano”, que devaluaba terriblemente la capacidad y la potencialidad humanas. ¿El servicio conduce otra vez a eso? No, ciertamente no. Sin duda alguna, es un peligro contra el cual siempre debemos estar en guardia. Pero también tenemos que guardarnos del enemigo por el otro lado. Como dijo Bonhoeffer: “Si no hay ningún elemento de ascetismo en nuestra vida, si les damos rienda suelta a los deseos de la carne . . . nos parecerá difícil prepararnos para el servicio de Cristo”.⁸

Servicio en el mercado

El servicio no es una lista de cosas que realizamos, aunque en él descubrimos que hay cosas que hacer. No es un código de ética, sino una manera de vida. No es lo mismo hacer actos específicos de servicio que vivir en la disciplina del servicio. Así como en el juego de baloncesto hay más que el libro de normas, así en el servicio hay más que los actos específicos de servicio. Una cosa es *actuar como siervo*, y otra muy distinta es *ser un siervo*. Como sucede con todas las disciplinas, es posible domi-

nar la mecánica del servicio, sin experimentar la disciplina.

Sin embargo, hacer hincapié en la naturaleza interna del servicio no es suficiente. El servicio, para que sea servicio, tiene que formarse y configurarse en el mundo en que vivimos. Por tanto, tenemos que tratar de percibir lo que es el servicio en el mercado de nuestra vida diaria.

Para comenzar, hay el servicio oculto. Aun los líderes públicos pueden cultivar tareas de servicio que generalmente permanecen ocultas. Si todo el servicio que hacemos está delante de los demás, seremos en realidad personas superficiales. Leamos la instrucción espiritual de Jeremy Taylor: “Ama el estar oculto y el ser poco estimado: conténtate con la falta de alabanza; nunca te atribules cuando seas despreciado o menospreciado . . .”.⁹ El hecho de permanecer oculto es una reprobación a la carne y puede dar un golpe fatal al orgullo.

A primera vista, parecerá que el servicio oculto es sólo por causa del individuo a quien se sirve. Pero no es así. Los ministerios ocultos y anónimos afectan aun a personas de las cuales no sabemos nada. Estas personas sienten un amor más profundo y una compasión entre la gente, aunque no puedan explicarse tal sentimiento. Si se hace un servicio secreto a favor de ellas, se sienten inspiradas a una devoción más profunda, pues comprenden que el bien procedente del servicio es mucho más profundo de lo que pueden ver. Es un ministerio que las personas pueden emprender con frecuencia. Envía murmullos de gozo y júbilo a cualquier comunidad de personas.

Hay el servicio en cosas pequeñas. Como Dorcas, hallamos maneras de hacer “las túnicas y los vestidos” para las viudas (Hechos 9:39). El siguiente es un relato verdadero. Cuando yo estaba en los ajetreos finales mientras escribía mi disertación doctoral, recibí una llamada telefónica de un amigo. Su esposa se había llevado el carro, y él se preguntaba si yo pudiera llevarlo a realizar algunas diligencias. Atrapado, consentí, mientras que internamente estaba disgustado. Al salir corriendo, agarré el libro de Bonhoeffer, *Life Together*, pensando que tal vez podría tener la oportunidad de leer algo. En cada diligencia, yo sentía internamente disgusto e impaciencia por el hecho de que estaba perdiendo un tiempo precioso. Al llegar al super-

mercado, la parada final, con un movimiento de la mano y con palabras le dije a mi amigo que yo esperarí en el carro. Tomé mi libro, lo abrí donde estaba el marcador, y leí las siguientes palabras:

El segundo servicio que uno debe realizar a favor de otro en una comunidad cristiana es el de la ayuda activa. Esto inicialmente significa prestarle ayuda simple en asuntos triviales externos. Hay una multitud de estas cosas donde quiera que las personas viven en conjunto. Nadie es demasiado bueno para no prestar el más humilde servicio. El que se preocupa por la pérdida de tiempo que ocasionan tales actos externos insignificantes, generalmente está tomando la importancia de su carrera con demasiada solemnidad.¹⁰

Francisco de Sales dice que las grandes virtudes y las pequeñas fidelidades son como el azúcar y la sal. El azúcar puede tener un gusto más exquisito, pero su uso es menos frecuente. La sal se halla en todas partes. Las grandes virtudes sólo se manifiestan raramente; el ministerio de las cosas pequeñas es un servicio diario. Las grandes tareas requieren gran sacrificio por un momento; las cosas pequeñas requieren un sacrificio constante. "Las pequeñas oportunidades . . . vuelven cada momento . . . Si queremos ser fieles en estas cosas pequeñas, la naturaleza nunca tiene tiempo para respirar, y tendremos que morir a todas nuestras inclinaciones. Nosotros preferiríamos cien veces hacer algún gran sacrificio para Dios, aunque sea violento y doloroso, a condición de quedar libres para seguir nuestros gustos y hábitos en todo pequeño detalle."¹¹

En el reino del espíritu, pronto descubrimos que los asuntos reales se hallan en los rincónitos insignificantes de la vida. Nuestra infatuación con las "grandes cosas" nos ha cegado de tal modo que no vemos este hecho. El servicio en las cosas pequeñas nos colocará en desacuerdo con nuestra holgazanería y ociosidad. Llegaremos a comprender que las cosas pequeñas son los asuntos fundamentales. Fénelon dijo: "El sentir desprecio por las cosas pequeñas no es elevación de espíritu. Al contrario, por el hecho de que nuestros puntos de vista son demasiado estrechos, consideramos que es pequeño aquello que tiene las más profundas consecuencias".¹²

Hay el servicio que consiste en cuidar la reputación de otros. Bernardo de Clairvaux lo llamó el servicio de "caridad". ¡Cuán necesario es este servicio, si queremos librarnos de murmuraciones y chismografía! El apóstol Pablo nos enseñó a no difamar "a nadie" (Tito 3:2). Podemos disfrazar nuestras murmuraciones con toda la respetabilidad religiosa que querramos, pero seguirá siendo un veneno mortal. En eso de refrenar la lengua hay una disciplina que puede obrar maravillas en nuestra persona interna.

Tampoco debemos formar parte de una conversación calumniosa. En el equipo pastoral de nuestra iglesia tenemos una norma que la congregación ha llegado a apreciar. Nos negamos a permitir que algún miembro hable despectivamente de un pastor a otro pastor. De manera bondadosa, pero firme, les pedimos que acudan directamente ante el pastor que ha cometido la falta. Con el tiempo, las personas entienden que simplemente no permitiríamos que ellas nos hablaran acerca del pastor Fulano de tal. Esta regla, que la ha practicado todo el equipo pastoral, ha dado resultados beneficiosos.

Bernardo de Clairvaux nos advirtió que la lengua rencorosa "dispara un golpe mortal a la caridad en todos los que la oyen hablar, y hasta donde puede, destruye raíz y rama, no sólo en los que la oyen de inmediato, sino también en todos los demás a quienes la calumnia, pasando de boca en boca, se repite posteriormente".¹³ Eso de cuidar la reputación de otros es un servicio profundo y duradero.

Hay un servicio que consiste en permitir que otros nos sirvan. Cuando Jesús comenzó a lavar los pies de aquellos a quienes amó, Pedro no quiso permitirselo. No permitiría que su Señor se inclinara a realizar un servicio tan humilde para bien de Pedro mismo. Esa parece una declaración de humildad, pero, en realidad, era un acto de orgullo velado. El servicio de Jesús era una afrenta para el concepto que Pedro tenía de autoridad. Si Pedro hubiera sido el amo, ¡no hubiera lavado pies!

Es un acto de sumisión y servicio el permitir ser servidos. Eso reconoce la autoridad del "reino de esas personas" sobre nosotros. Con gratitud recibimos el servicio que se nos ofrece, sin pensar nunca que tenemos que devolverlo. Los que por or-

gullo se niegan a recibir el servicio no se están sometiendo al liderato divinamente establecido en el reino de Dios.

Hay el servicio de la cortesía elemental. Tales obras de compasión están pasando por un mal tiempo en nuestro día. Pero los que somos de la luz, nunca debemos despreciar los ritos de relación que hay en cada cultura. Es una de las pocas maneras que quedan en la sociedad moderna para que los unos reconozcan el valor de los otros. Pablo aconsejó a Tito que los cristianos sean “amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres” (Tito 3:2).

Los misioneros evangélicos entienden el valor de la cortesía. Ellos no se atreverían a entrar tropezando en alguna aldea, exigiendo que les pongan atención, sin someterse primero a las fórmulas apropiadas de presentación y trato. Sin embargo, nosotros pensamos que podemos violar estas fórmulas en nuestra propia cultura, y aun así ser recibidos y oídos. Y nos preguntamos por qué nadie nos oye.

“Pero ellos son muy insensatos, muy hipócritas”, nos quejamos. Eso es un mito. Ellos son sumamente sensatos y no son hipócritas ni en lo más mínimo. Tan pronto como superamos nuestra arrogancia egocéntrica con respecto al hecho de que la gente realmente no quiere saber cómo estamos, cuando preguntan: “¿Cómo está usted?” podemos comprender que esa es simplemente una manera de reconocer nuestra presencia. Nosotros también podemos reconocer la presencia de las demás personas, sin sentir la necesidad de dar una explicación sobre el último dolor de cabeza que nos vino. Las expresiones como “Muchas gracias” y “Sí, por favor”; las cartas de aprecio y las respuestas a cartas para las cuales se solicita respuesta, son todos servicios de cortesía. Los actos específicos variarán de cultura en cultura, pero el propósito siempre es el mismo: reconocer a los demás, y afirmar su valor. En nuestra sociedad se necesita el servicio de cortesía en gran manera la cual cada vez más está sometida a la computarización y es despojada de personalidad.

Hay el servicio de la hospitalidad. Pedro nos insta: “Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones” (1 Pedro 4:9). Pablo hace lo mismo, y aun establece la hospitalidad como uno

de los requisitos para el oficio de obispo (Romanos 12:13; 1 Timoteo 3:2; Tito 1:8). Hoy se necesita con suma urgencia que los hogares estén abiertos los unos a los otros. La antigua idea de casas de huéspedes se ha vuelto obsoleta a causa de la proliferación de modernos moteles y restaurantes; pero pudiéramos preguntarnos en serio si este cambio ha representado un progreso. Yo he pasado por las misiones hispanas de California, y me he maravillado de la bondadosa y adecuada provisión que se había hecho para los visitantes. Tal vez debieran considerarse obsoletos los brillantes moteles modernos desprovistos de personalidad.

Sé de una pareja que ha tratado de hacer del ministerio de la hospitalidad una prioridad en su vida. En determinado mes, ellos pueden recibir en su casa hasta 70 individuos. Ellos creen que Dios los ha llamado a ese servicio. Tal vez la mayoría no podamos hacer tanto, pero podemos hacer algo. Podemos comenzar en alguna parte.

Algunas veces nos limitamos por cuanto complicamos la hospitalidad. Recuerdo una ocasión en que la anfitriona se movía con esto y aquello, con el deseo sincero de hacer que todos se sintieran cómodos. Un amigo mío nos sorprendió a todos (y a todos nos dejó tranquilos) al decir: “Elena, yo no quiero café, no quiero té, no quiero galletas, no quiero una servilleta. Sólo quiero visitarla. ¿Le gustaría sentarse y hablar con nosotros?” Sólo una oportunidad para estar juntos y compartir: eso es la substancia de la hospitalidad.

Hay el servicio que consiste en oír. “El primer servicio que uno debe a los demás en el compañerismo consiste en oírlos. Así como el amor a Dios comienza con oír su Palabra, así el comienzo del amor hacia los hermanos consiste en oírlos”.¹⁴ Necesitamos urgentemente la ayuda que puede venir por medio de oírnos unos a otros. No necesitamos ser sicoanalistas preparados para ser oidores preparados. Los requisitos más importantes son la compasión y la paciencia.

No tenemos que tener las respuestas correctas para oír bien. De hecho, con frecuencia las respuestas correctas constituyen un obstáculo para oír, pues nos afanamos más por dar la respuesta que por oír. Un impaciente que sólo oye a medias es una

afrenta para la persona que comparte.

El hecho de oír a otros aquieta y disciplina la mente para oír a Dios. Crea una obra interna en el corazón que transforma los afectos, aun las prioridades, de la vida. Cuando nos hayamos vuelto tardos para oír a Dios haríamos bien en oír en silencio a los demás y ver si oímos de esa manera a Dios. "Cualquiera que piense que su tiempo es demasiado valioso para pasarlo en quietud, al fin no tendrá tiempo para Dios ni para su hermano, sino sólo para sí mismo y para sus propias insensateces."¹⁵

Hay el servicio que consiste en llevar los unos las cargas de los otros. "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gálatas 6:2). "La ley de Cristo" es la ley del amor, la "ley real", como la llamó Santiago (Santiago 2:8). El amor se cumple más perfectamente cuando sobrellevamos los unos las heridas y los sufrimientos de los otros, llorando con los que lloran.

Si nos preocupamos por ellos, aprenderemos a sobrellevar sus aflicciones. Dije "aprenderemos" porque esta es también una disciplina que hay que dominar. La mayoría suponemos con demasiada facilidad que lo único que necesitamos hacer es más y lo podremos hacer. Luego hacemos la prueba por algún tiempo, y pronto se nos va el gozo de la vida, y nos sentimos pesados con las angustias de los demás. No tiene que ser así. Podemos aprender a sustentar las cargas de los demás sin ser destruidos por ellas. Jesús, quien llevó las cargas de todo el mundo, pudo decir: "... mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:30). ¿Podemos aprender nosotros a levantar las aflicciones y dolores de los demás hacia los tiernos brazos de Jesús, de tal modo que nuestra carga sea más liviana? Por supuesto que sí. Pero se necesita algo de práctica; así que en vez de lanzarnos a sobrellevar las cargas de todo el mundo, comencemos de una manera más humilde. Comencemos en un pequeño rincón en alguna parte y aprendamos. Jesús será nuestro Maestro.

Finalmente, existe el servicio de compartir la Palabra de vida unos con otros. Las *poustinias* que fueron establecidas por Catherine Doherty tenían una norma: los que fueron a los desiertos del silencio y el retiro lo hicieron a favor de otros. Cualquiera palabra que ellos recibieran de Dios debían llevarla de

regreso y compartirla con otros. Este es un bondadoso servicio que se presta, pues ningún individuo puede oír todo lo que Dios quiere decir. Dependemos los unos de los otros para recibir todo el consejo de Dios. El miembro más pequeño puede traernos una palabra. No nos atrevemos a despreciar su servicio.

Por supuesto, es algo terrible proclamar estas palabras los unos a los otros. Con frecuencia hay una mezcla: "De una misma boca proceden bendición y maldición" (Santiago 3:10). Tales realidades nos humillan y nos lanzan a una profunda dependencia de Dios. Pero no debemos retroceder de este servicio, pues hoy se necesita con mucha urgencia.

El servicio que está motivado por la obligación respira muerte. El servicio que fluye de nuestra personalidad interna produce vida, gozo y paz. El Cristo resucitado nos llama al ministerio de la toalla. Tal vez a ti te gustará comenzar a experimentar con una oración que muchos hemos utilizado. Comienza el día haciendo la siguiente oración: "Señor Jesús, yo apreciaría el hecho de que Tú me traigas hoy a alguien a quien yo pueda servir".

10. LA DISCIPLINA DE LA CONFESION

La confesión de las obras malas es el primer comienzo de las obras buenas. — Agustín de Hipona

TERCERA PARTE

Las disciplinas colectivas

En el corazón de Dios hay un deseo de perdonar y dar. Por esta causa, él puso en movimiento todo el proceso redentor que culminó en la cruz y fue confirmado en la resurrección. La noción general de lo que Jesús hizo en la cruz es más o menos como sigue: las personas eran tan perversas y bajas, y Dios se airó tanto con ellas que no quiso perdonarlas, a menos que alguien que fuera suficientemente grande recibiera el golpe por todas ellas.

Nada pudiera estar más lejos de la verdad. Lo que llevó a Jesús a la cruz fue el amor, no la ira. El Gólgota fue un resultado del gran deseo que Dios tenía de perdonar, no de su renuencia. Jesús se encargó de que, mediante el sufrimiento vicario, él pudiera absorber realmente todo el mal de la humanidad y así sanarlo, y perdonarlo.

Esa fue la razón por la cual Jesús rechazó el acostumbrado calmante cuando se le ofreció. Él quería estar con todas sus facultades para ésta que era la obra más grande de la redención. De una manera profunda y misteriosa, él se estaba preparando para entrar en el inconsciente colectivo de la raza humana. Puesto que Jesús vive en el eterno ahora, esto no fue sólo para aquellos que lo rodeaban, sino que él estaba recibiendo, todo el temor, todo el pecado de todo el pasado, presente y futuro. Esta fue su obra más sublime y más santa, la obra que hace posible la confesión y el perdón de pecados.

Parece que algunos piensan que cuando Jesús exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ese fue un momento de debilidad (Marcos 15:34). De ninguna manera. *Ese fue el momento de mayor triunfo*. Jesús quien había andado en constante comunión con el Padre, ahora se identificaba tan completamente con la humanidad, que se convirtió en una real encarnación del pecado. Tal como lo escribió Pablo: “. . . por nosotros lo hizo pecado . . .” (2 Corintios 5:21). Jesús había tenido el éxito de tomar en sí mismo todos los tenebrosos poderes de este presente siglo y había derrotado a cada uno de ellos por medio de la luz de su presencia. El había logrado una identificación tan total con el pecado de la raza, que se sintió abandonado de Dios. Sólo de esa manera él podía redimirnos del pecado. En realidad, ese fue su momento de mayor triunfo.

Habiendo realizado ésa que era la mayor de todas sus obras, Jesús se tranquilizó. “Consumado es”, dijo. Es decir, esta obra de redención se había terminado. El pudo sentir que las últimas escorias de la desdicha de la humanidad pasaban a través de él para estar bajo el cuidado del Padre. Las últimas punzadas del mal, la hostilidad, la ira y el temor salieron de él, y él pudo volver a la luz de la presencia de Dios. “Consumado es.” La tarea ha terminado. Poco después sintió la libertad de entregar su espíritu al Padre.

Para avengonzar nuestros pecados, de sangre se tiñó; cerró los ojos para mostrarnos a Dios.

Que todo el mundo se arrodille y sepa que sólo Dios puede mostrar tal amor.

Bernardo de Clairvaux

Este proceso de redención es un gran misterio escondido en el corazón de Dios. Pero yo sé que es verdadero. Lo sé, no sólo porque la Biblia dice que es verdadero, sino porque he visto sus efectos en la vida de muchas personas, entre las cuales estoy yo mismo. Basados en él podemos saber que la confesión y el perdón son realidades que nos transforman. Sin la cruz, la disciplina de la confesión sólo sería una terapia psicológica. Pero es mucho más. Envuelve un cambio objetivo en nuestra relación con Dios y un cambio subjetivo en nosotros. Es un medio de sanidad y transformación para el espíritu interno.

“Pero yo pensé —pudieras decir— que la muerte de Cristo en la cruz y la redención se relacionaban con la salvación”. Ciertamente así es. Pero la salvación, tal como la Biblia la presenta, no sólo indica quién irá al cielo y quién llegará a ser cristiano, sino que se refiere a mucho más. Pablo dijo a personas convertidas: “. . . ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Filipenses 2:12). En un sermón titulado “El arrepentimiento de los creyentes”, John Wesley habló acerca de la necesidad de que los cristianos entren más en la gracia perdonadora de Dios. La disciplina de la confesión puede ayudar al creyente a crecer hasta que llegue a ser “un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

“Pero, ¿es la confesión una gracia en vez de ser una disciplina?” Es una gracia y una disciplina. A menos que Dios dé la gracia, no se puede hacer ninguna confesión genuina. Pero también es una disciplina porque hay cosas que tenemos que hacer. Es un curso de acción que se escoge conscientemente y que nos somete bajo la sombra del Todopoderoso.

“¿Por qué se incluye la confesión en las disciplinas colectivas? Yo pensé que este era un asunto privado entre el individuo y Dios.” De nuevo hay que responder que la confesión no es exclusivamente lo uno o lo otro, sino tanto lo uno como lo otro. Estamos agradecidos por la enseñanza bíblica, puesta de manifiesto en la Reforma, según la cual “. . . hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). También estamos agradecidos por la enseñanza bíblica, que nuevamente llega a ser apreciada en nuestro día, según la cual la siguiente amonestación es válida: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros . . .” (Santiago 5:16). Las dos enseñanzas se hallan en la Escritura, y ninguna necesita excluir a la otra.

La confesión es una disciplina muy difícil para nosotros; en parte, porque consideramos que la comunidad cristiana es una confraternidad de santos, en vez de considerarla como una confraternidad de pecadores. Llegamos a pensar que todos los demás han avanzado tanto en la santidad, que estamos aislados y solos en nuestro pecado. No seríamos capaces de manifestar nuestros fracasos y faltas a los demás. Imaginamos que somos

los únicos que no hemos entrado en la autopista que conduce al cielo. Por tanto, nos escondemos los unos de los otros y practicamos una vida de mentiras y de hipocresía.

Pero si sabemos que el pueblo de Dios en primer lugar es una confraternidad de pecadores, quedamos en libertad para oír el llamado incondicional del amor de Dios, y para confesar abiertamente nuestra necesidad ante nuestros hermanos en Cristo. Sabemos que no estamos solos en nuestro pecado. El temor y el orgullo, que se nos pegan como garrapatas, también se pegan a los demás. Somos pecadores en conjunto. En actos de mutua confesión se pone en movimiento el poder que nos sana. Ya no se niega nuestra humanidad, sino que es transformada.

Autoridad para perdonar

A los seguidores de Jesucristo se nos ha dado la autoridad para recibir la confesión del pecado y para perdonarlo en su nombre. “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Juan 20:23). ¡Qué maravilloso privilegio! ¿Por qué huimos de tal ministerio que da vida? Si a nosotros, no por mérito nuestro, sino por pura gracia, se nos ha dado la autoridad para libertar a otros, ¿cómo nos atrevemos a retener este gran don? “Nos ha sido dado nuestro hermano . . . para que nos ayude. El oye la confesión de nuestros pecados en nombre de Cristo, y nos perdona en su nombre. El guarda el secreto de la confesión como lo guarda Dios. Cuando acudo a mi hermano para confesar, acudo a Dios.”¹

Tal autoridad no amenaza de ningún modo el valor ni la eficacia de la confesión privada. Es una maravillosa verdad que el individuo puede abrirse paso hacia la nueva vida en la cruz sin la ayuda de ningún mediador humano. Esa realidad arrasó como un aliento de aire fresco en los días de la Reforma. Se convirtió en un llamado de trompeta a la liberación de la esclavitud y de la manipulación que se habían introducido subrepticamente en el sistema eclesiástico confesional. Pero también necesitamos recordar que el mismo Lutero creyó en la confesión mutua entre los hermanos. En el catecismo escribió: “Por tanto,

cuando los amonesto a confesar, los estoy amonestando a ser cristianos”.² Tampoco debemos olvidar que cuando el sistema confesional se introdujo por primera vez en la iglesia, inició un avivamiento genuino de piedad y santidad personales.

El individuo que ha experimentado a través de la confesión privada, el perdón y la liberación de los persistentes hábitos de pecado, debiera regocijarse grandemente por esta evidencia de la misericordia de Dios. Pero hay otros a los cuales no les ha sucedido eso. Permítaseme describir cómo es eso. Hemos orado, incluso hemos implorado el perdón y, aunque tenemos la esperanza de que hemos sido perdonados, no experimentamos la liberación. Hemos dudado del perdón y nos hemos desesperado por nuestra confesión. Hemos temido que tal vez nos hayamos hecho la confesión sólo a nosotros mismos, y no a Dios. Las persistentes aflicciones y heridas del pasado no han sido curadas. Hemos tratado de convencernos de que Dios sólo perdona el pecado; de que él no quita el recuerdo; pero en lo profundo de nosotros sabemos que tiene que haber algo más. Hay personas que nos han dicho que recibamos el perdón por la fe, y que no consideremos a Dios mentiroso. Como no queremos llamar a Dios mentiroso, hacemos lo mejor que podemos para aceptarlo por la fe. Pero por el hecho de que la desdicha y la amargura permanecen en nuestra vida, volvemos a desesperarnos. Con el tiempo, comenzamos a creer que el perdón sólo es un boleto para ir al cielo, y que no tiene ningún efecto sobre nuestra vida ahora; o que no somos dignos de la gracia perdonadora de Dios.

Los que de algún modo nos identificamos con estas palabras podemos regocijarnos. No hemos agotado nuestros recursos, ni la gracia de Dios, cuando hemos probado la confesión privada. En el libro de *Oraciones comunes* leemos las siguientes palabras animadoras, luego de un llamamiento a un examen personal y al arrepentimiento: “Si hay alguno que por estos medios no puede aquietar su propia conciencia, sino que requiere más consuelo o consejo, que acuda a mí o a alguno de los otros ministros de la Palabra de Dios y presente su dolor . . .”³ Dios nos ha dado a nuestros hermanos en Cristo para que tomen el lugar de Cristo y hagan que la presencia y el perdón de Dios se vuelvan reales para nosotros.

La Escritura nos enseña que todos los creyentes son sacerdotes de Dios. “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio” (1 Pedro 2:9). En el tiempo de la Reforma, a esto se le daba el nombre de “el sacerdocio universal de todos los creyentes”. El libro de los Hebreos, aclara que Jesús es el sacrificio final y suficiente. Pero él nos dejó a nosotros su sacerdocio, el ministerio de hacer que ese sacrificio sea real en el corazón y en la vida de otros seres humanos. A través de la voz de nuestros hermanos en Cristo se oye la palabra de perdón y se arraiga en nuestra vida. Bonhoeffer escribió: “El hombre que confiesa sus pecados en la presencia de un hermano sabe que ya no está solo consigo mismo; experimenta la presencia de Dios en la realidad de la otra persona. Mientras yo esté por mi propia cuenta en la confesión de mis pecados, todo permanece en la oscuridad; pero en la presencia de otro hermano, el pecado tiene que salir a la luz”.⁴

A la forma estilizada de este medio de ayuda se le ha dado el nombre de confesión o sacramento de la penitencia. Aunque muchos, entre los cuales me incluyo, nos sentiríamos sumamente incómodos con esa forma de confesión, tiene ciertas ventajas. En primer lugar, la manera formalizada de la confesión impresa no permite ningunas excusas ni circunstancias atenuantes. El individuo tiene que confesar que ha pecado, que es su propia falta, su falta más grave. Uno no puede llamar sus pecados errores de criterio; ni hay ningún lugar para echar la culpa a la etapa de crecimiento, ni a la familia, ni a los vecinos humildes. Esta es una terapia de la realidad de la mejor clase, puesto que somos muy inclinados a echar la culpa de nuestros pecados sobre cualquier individuo o cualquier cosa, en vez de asumir la responsabilidad personal de haberlos cometido.

Una segunda ventaja de esta confesión es que se espera la palabra de perdón y se da la absolución. Realmente, se expresa en alta voz la palabra de la Escritura o alguna palabra similar: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Entonces se le dice al penitente con claras palabras autorizadas, que está totalmente perdonado y libre de sus pecados. La seguridad del perdón se sella en el espíritu cuando es expresada

por un hermano en el nombre de Cristo.

Hay una tercera ventaja en la confesión institucionalizada, a saber, la penitencia. Si la penitencia se considera como un modo para ganar el perdón, es, en realidad, peligrosa. Pero si se considera como una oportunidad para hacer un momento de pausa con el fin de pensar en la seriedad de nuestro pecado, entonces tiene un mérito genuino. Hoy tomamos con demasiada liviandad nuestras ofensas al amor de Dios. Si sólo tuviéramos un vestigio del sentido de repugnancia que Dios siente hacia el pecado, eso nos movería a una vida más santa. Dios nos ruega: “No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco” (Jeremías 44:4). El propósito de la penitencia es el de ayudar a que nos movamos hacia un sentido más profundo de la pecaminosidad de nuestros actos.

Estas cosas, por supuesto, pueden lograrse sin una confesión formalizada. De hecho, cuando comprendemos lo que somos, es un enorme avance considerar la confesión como propiedad común del pueblo de Dios. ¿Cómo puede hacerse esto? Tal vez un ejemplo vivo nos ayude a que estos conceptos sean más concretos.

Diario de una confesión

Aunque yo había leído en la Biblia acerca del ministerio de la confesión en la hermandad cristiana, nunca la había experimentado hasta que llegué a pastorear mi primera iglesia.

Yo no di el difícil paso de exponer mi vida interna a otro a causa de que sentía sobre mí una pesada carga o de que tuviera un sentimiento de haber pecado. No sentía que había nada malo, ni en lo más pequeño. Pero había una cosa: yo anhelaba tener más poder para hacer la obra de Dios. Me sentía inadecuado para muchas de las urgentes necesidades a que me enfrentaba. Tenía que haber más recursos espirituales que los que yo estaba experimentando (aunque yo había tenido todas las experiencias del Espíritu Santo que se espera que uno tenga; puedes nombrarlas, ¡y yo puedo decir que las había tenido!) Entonces oré: “Señor, ¿hay algo más que quieres introducir a mi vida? Yo quiero ser vencido y dominado por Ti. Si hay en mi vida cual-

quier obstáculo para el fluir de tu poder, indícamelo". El lo hizo. No mediante una voz audible, ni siquiera mediante una voz humana, sino por medio de una creciente impresión de que tal vez algo de mi pasado estaba impidiendo el fluir de su vida. Así que diseñé un plan. Dividí mi vida en tres períodos: niñez, adolescencia y vida adulta. El primer día acudí ante Dios en oración y meditación, con lápiz y papel en la mano. Lo invité a que me indicara cualquier cosa que me hubiera ocurrido durante mi niñez y por la que necesitara perdón o sanidad, o ambas cosas. Esperé en absoluto silencio unos diez minutos. Cualquier cosa que aflorara en mi mente consciente, yo la escribía. No hice el intento de analizar las cosas, ni di ningún criterio sobre el valor de ellas. Yo estaba seguro de que Dios me revelaría cualquier cosa que necesitara de su toque sanador. Cuando terminé, coloqué el papel sobre la mesa. El día siguiente hice el mismo ejercicio con respecto a mis años de adolescente, y el tercero lo realicé con respecto a mis años de adulto.

Entonces, con el papel en la mano, acudí a un estimado hermano en Cristo. Yo le había informado esto a él, con una semana de anticipación, así es que él entendía el propósito de nuestra reunión. Lentamente, y algunas veces con dolor, le leí lo que había escrito en la hoja, y agregué sólo los comentarios necesarios para aclarar cómo había sido el pecado. Cuando terminé, comencé a abrir mi maletín para guardar allí el papel. Sabiamente, mi consejero confesor me detuvo bondadosamente la mano y tomó la hoja de papel. Sin decir una palabra, tomó un cesto para botar papeles, y mientras yo lo miraba, él hizo trizas el papel y lo lanzó en el cesto. Esa poderosa expresión no verbal de perdón fue seguida por una simple absolución. Comprendí que mis pecados estaban tan lejos como el este lo está del oeste.

Luego mi amigo colocó sus manos sobre mí, e hizo una oración pidiendo la sanidad para todas las aficciones y heridas del pasado. El poder de esa oración está conmigo hoy.

No puedo decir que experimenté algunos sentimientos conmovedores. No los experimenté. De hecho, toda la experiencia fue un acto de pura obediencia, sin ningunos sentimientos de compulsión en lo mínimo. Pero estoy convencido de que eso me

dio una clase de libertad de que nunca antes había experimentado. Me parecía que había quedado en libertad para explorar las que para mí eran regiones nuevas e inexploradas del Espiritu. Después de ese evento, comencé a moverme hacia varias de las disciplinas que explico en este libro, las cuales nunca antes había experimentado. ¿Había una conexión casual? No lo sé y, francamente, no me importa. Es suficiente haber obedecido el impulso interno que me venía de arriba.

Hubo una interesante luz lateral. La exposición de mi humanidad evidentemente incitó una libertad en mi amigo consejero, pues inmediatamente después de su oración a mi favor, él pudo expresar un profundo y conflictivo pecado que hasta entonces no había podido confesar. La libertad engendra libertad.

Consejos para hacer la confesión

No sólo es cierto que "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero." (1 Juan 4:19), sino que se nos capacita para hacer confesión sólo y especialmente porque él nos amó primero. Las evidencias de la misericordia y de la gracia producen la chispa de la contricción en el corazón y permiten que fluya la confesión. Somos atraídos hacia él como nos dice Oseas: "Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor" (Oseas 11:4). Acudimos con corazones llenos de esperanza, pues Aquél a quien acudimos nos espera, como en el caso del padre del hijo pródigo, quien cuando vio a su hijo, aun estando éste lejos, fue movido a compasión, y corrió y lo abrazó y le dio la bienvenida por haber regresado al hogar (Lucas 15:20). El mayor deleite de Dios es perdonar. El llama a sus fulgurantes criaturas celestiales a celebrar cada vez que una persona hace confesión.

¿Qué es lo que hacemos? San Alfonso Liguori escribe: "Para una buena confesión son necesarias tres cosas: un examen de conciencia, tristeza, y una determinación de evitar el pecado".⁵

"Un examen de conciencia." Este es un tiempo, según Douglas Steere lo ha dicho, "en que un alma llega a estar bajo la mirada de Dios, y ante su silenciosa y amorosa presencia, tal alma es traspasada hasta los tuétanos, y llega a estar consciente

de las cosas que deben ser perdonadas y arregladas para poder continuar amando a Aquél cuyo cuidado ha sido tan constante".⁶

En esta experiencia en que nos volvemos accesibles a la "mirada de Dios", tenemos que estar preparados para hacer frente a pecados definidos. Una confesión general puede salvarnos de la humillación y de la vergüenza, pero no producirá la sanidad interna. Las personas que acudieron a Jesús, acudieron con pecados obvios, específicos, y él les perdonó cada uno de ellos. Es sumamente fácil evadir nuestra culpa real en una confesión general. En nuestra confesión presentamos pecados concretos. Al llamarlos concretos, sin embargo, no me refiero sólo a los pecados externos. Me refiero a pecados definidos, pecados del corazón: orgullo, avaricia, ira, temor; y también a los pecados de la carne: holgazanería, glotonería, deseos desordenados, asesinato. Podemos usar el método que antes describí. Tal vez seamos atraídos por el método que usó Lutero. El trató de examinarse a sí mismo basado en los Diez Mandamientos. Podemos ser guiados hacia otro enfoque completamente diferente.

Con el deseo que tenemos de ser específicos, no debemos, sin embargo, correr hacia el peligro opuesto, de preocuparnos indebidamente por sacar hasta el último detalle de nuestra vida. Con profundo sentido común, Francisco de Sales aconsejó: "No te preocupes si no te acuerdas de todos los pecadillos en la confesión, pues así como a menudo caes imperceptiblemente, así también eres levantado imperceptiblemente".⁷

La "tristeza" es necesaria en una buena confesión. La tristeza, en cuanto se relaciona con la confesión, no es fundamentalmente una emoción, aunque la emoción puede entrar en ella. Es un aborrecimiento por haber cometido el pecado, un profundo reproche por haber ofendido el corazón del Padre. Esta tristeza es un asunto de la voluntad, antes que de las emociones. De hecho, si uno está triste emocionalmente, sin tener una tristeza de voluntad, destruye la confesión.

La tristeza es una manera de tomar la confesión en serio. Esta tristeza es lo opuesto a lo que se manifiesta en el sacerdote, e indudablemente en el penitente, a quienes ridiculizó Chaucer en *The Canterbury Tales*.

Muy dulcemente oía él la confesión,
y era placentera su absolución.⁸

"Una determinación de evadir el pecado" es el tercer elemento esencial de una buena confesión. En la disciplina de la confesión, le pedimos a Dios que nos conceda el anhelo de una vida santa, el odio hacia una vida impía. John Wesley dijo una vez: "Dadme un centenar de predicadores que no le teman a nada, sino al pecado, y no deseen nada, sino a Dios . . . sólo eso sacudirá las puertas del infierno y establecerá el reino de Dios en la tierra".⁹ Lo que buscamos de Dios al prepararnos para la confesión es la voluntad de ser librados del pecado. Tenemos que desear que Dios nos venza y domine, y si no lo deseamos, debemos desear tener ese deseo. Tal deseo es un don generoso de Dios. La búsqueda de este don es uno de los pasos preliminares para confesar el pecado a algún hermano en Cristo.

¿Parece complicado todo esto? ¿Temes que pudiera pasar por alto alguno de los puntos y de ese modo hacer que todo sea ineficaz? Por lo general, es mucho más complicado el análisis que la experiencia. Recordemos cómo es el corazón del Padre. El es como un pastor que arriesga cualquier cosa con tal de hallar a una oveja perdida. No tenemos que hacer que Dios esté dispuesto a perdonar. En efecto, Dios es el que está trabajando para hacer que nosotros estemos dispuestos a buscar su perdón.

Una nota adicional sobre la preparación para la confesión. Tiene que haber un definido punto final en el proceso del examen personal. De otro modo, fácilmente podemos caer en el hábito de condenarnos permanentemente. La confesión comienza con tristeza, pero termina con gozo. Hay alegría en el perdón de los pecados, pues el perdón trae como resultado un genuino cambio de vida.

Luego, está un asunto práctico: ¿a quién debemos acudir para confesar? Desde el punto de vista teológico es muy correcto decir que todo creyente cristiano puede recibir la confesión de otro. Pero no todo creyente cristiano tendrá suficiente simpatía y comprensión. Aunque es algo infortunado, es un hecho de la vida que algunos individuos son incapaces de guardar una confidencia. Otros no estarían capacitados por cuanto se horrorizarían al tener conocimiento de ciertos pecados. Aun otros, al

no entender la naturaleza ni el valor de la confesión, tratarían de no hacer caso, diciendo: "Eso no es tan malo". Afortunadamente, hay muchas personas que sí entienden y se deleitan en servir de este modo. Aun el descubrimiento de la persona a la cual debemos confesar el pecado puede ser un bondadoso ejercicio de la disciplina de la oración.

¿Pero qué ocurriría si hay una ofensa que nunca podríamos manifestar a otra persona? ¿Qué, si carecemos del valor para mostrar un rincón específico de nuestra vida? Entonces, lo único que tenemos que decir al hermano en Cristo es lo siguiente: "Necesito su ayuda. Hay un pecado que no puedo confesar". El amigo confesor "adoptará entonces un medio fácil para sacar de su madriguera a la bestia salvaje que te devoraría. Lo único que tendrás que hacer será contestar con un sí o un no a las preguntas que te haga. Y he aquí, han desaparecido tanto la condenación temporal como la eterna, se recupera la gracia de Dios y reina suprema la paz de la conciencia".¹⁰

Consejo para recibir una confesión

Como en cualquier ministerio espiritual, se necesita una preparación a fin de poder oír correctamente la confesión de un hermano en Cristo.

Comenzamos aprendiendo a vivir bajo la cruz. Bonhoeffer dijo: "Cualquiera que viva bajo la cruz y que a través de la cruz de Cristo haya discernido la absoluta perversidad de todos los hombres y de su propio corazón, descubrirá que no hay ningún pecado que alguna vez le haya sido extraño. Cualquiera que se haya horrorizado una vez por lo espantoso de su propio pecado, que clavó a Jesucristo en la cruz, ya no se horrorizará ni aun por los pecados más viles de su hermano".¹¹ Esto es lo que nos salvará de escandalizarnos ante la confesión de un hermano. Eso nos libra para siempre de comunicar cualquier actitud de superioridad. Conocemos lo engañoso del corazón humano y conocemos la gracia y la misericordia de la aceptación de Dios. Tan pronto como comprendemos el horror del pecado, sabemos que a pesar de lo que otros hayan hecho, somos los primeros pecadores.

Por tanto, nada que alguien pueda decir nos perturbaría. Al vivir bajo la cruz podemos oír las peores cosas que hayan hecho las mejores personas, sin inmutarnos demasiado. Las personas saben que están seguras al acudir a nosotros. Saben que podemos recibir cualquier cosa que puedan manifestarnos. Saben que nunca condescenderemos con ellas, sino que más bien las entenderemos.

Cuando vivimos en este espíritu, no necesitamos decir a los demás que guardaremos la información privilegiada que ellos nos den como tal. Ellos saben que nunca traicionaremos su confianza. No tenemos que decírselo. Tampoco tendremos la tentación de traicionarlos, pues entendemos que la tristeza piadosa es la que los ha conducido a dar este paso difícil.

Al vivir bajo la cruz, quedamos libres del peligro de ser espiritualmente dominantes. Nosotros ya hemos estado donde está nuestro hermano; así que se esfuma nuestro deseo de usar su confesión contra él. Tampoco sentimos ninguna necesidad de dominar a ese hermano o enderezarlo. Lo único que necesitamos es aceptación y comprensión.

Cuando nos preparamos para este ministerio sagrado, es prudente orar con regularidad para que se aumente la luz de Cristo dentro de nosotros, de tal modo que en nuestro trato con los demás irradiemos la luz de Cristo hacia ellos. Queremos aprender a vivir de tal modo que nuestra misma presencia hable del amor y de la gracia perdonadora de Dios. También debemos pedir a Dios que aumente en nosotros el don del discernimiento. Esto es especialmente importante cuando, después de haber oído una confesión, oramos por el que confesó. Necesitamos poder percibir en lo profundo de nuestro espíritu la sanidad real que se necesita.

Es importante que cuando otros individuos nos confiesan francamente sus angustias, nos disciplinemos para estar tranquilos. Estaríamos seriamente tentados a aliviar la tensión de la situación mediante algún comentario inoportuno. Esto distrae mucho y hasta destruye lo sagrado del momento. Tampoco debemos tratar de sacar más detalles que los necesarios. Si pensamos que por vergüenza o temor, el individuo está reteniendo algo, lo mejor es esperar en silencio y oración.

En una ocasión, una dama estaba confesando a mí y al Señor su aflicción. Cuando terminó, yo sentí que debía esperar en silencio. Fue entonces cuando ella comenzó a compartir un profundo pecado interno que nunca lo había podido confesar a nadie. Posteriormente me dijo que mientras yo esperaba, ella “vio” que sobre mis ojos estaban sobrepuestos los ojos de Otro que le comunicaban un amor y una aceptación que la libraron de la carga que había en su corazón. Yo no había sentido nada de eso, ni “vi” nada, pero no dudo que ella tuvo esa experiencia, pues dio como resultado una maravillosa sanidad interna.

Este hecho real ilustra otro factor importante relacionado con la actitud para recibir la confesión. A menudo es provechoso colocar la cruz entre el que recibe la confesión y el penitente.* Esto se hace mediante una oración hecha con la imaginación. En tu caso, protege al penitente en cuanto a recibir de ti sólo lo que procede de las emociones humanas: y te protege de recibir del penitente cualesquiera influencias perjudiciales. Todo se filtra a través de la luz de la cruz. Tu compasión humana es elevada y vivificada por medio del amor divino. Tú oras por el penitente a través del poder de la cruz.

Casi no es necesario decir que mientras el penitente está compartiendo sus aflicciones contigo, debes estar orando por él. De manera interna e imperceptible —no sería nada amable que hicieras un despliegue en tu oración—, debes irradiar oraciones de amor y perdón hacia él. Y también debes estar orando para que el penitente exprese la “clave” que pondrá al descubierto aquel aspecto que necesita el toque sanador de Cristo.

Finalmente, es sumamente importante que ores por la persona, y que no sólo le des consejos. Antes de la oración, o mientras estamos orando, podemos comunicar a la persona que el perdón de Jesucristo es ahora real y efectivo para ella. Podemos decir esto con palabras y en un tono de genuina autoridad, pues

*Yo recibí este consejo, y mucho más, de Agnes Sanford. He descubierto que ella es una consejera sumamente sabia y capaz en estos asuntos. Su libro, *The Healing Gifts of the Spirit*, es un excelente recurso.

todo el cielo nos respalda en la absolución (Juan 20:22, 23).*

Se pide a Dios que sane las heridas internas que el pecado ha causado. Lo mejor es acompañar esta oración con “la imposición de las manos”. Esta es una enseñanza elemental de la Biblia, y un medio por el cual Dios comunica su poder que da vida (Hebreos 6:2). Invita a Dios para que haga fluir ese poder en lo profundo de tu mente, y sane así las aflicciones del pasado. Imagínate el acto mediante el cual él realiza la sanidad. Dale gracias por ello. Con respecto a este ministerio de oración, Agnes Sanford escribe:

Uno establece una profunda afinidad en esta clase de oración; y experimenta los sentimientos de la persona por la cual ora; de tal modo que con frecuencia brotan lágrimas de algún profundo centro de compasión situado dentro del alma. Sin embargo, si uno llora, no es por causa del dolor, sino del gozo, al saber que no son las propias lágrimas de uno, sino que son lágrimas del compasivo corazón de Cristo vertidas por esta alma perdida; son lágrimas de gozo por el hecho de que al fin se le ha dado un canal a Cristo, por el cual él puede llegar a esta persona a quien ama.¹²

La disciplina de la confesión pone fin a la vanidad. Dios está creando una Iglesia que abiertamente confiese su fragilidad humana y conozca la gracia de Cristo que da perdón y poder. La sinceridad conduce a la confesión, y ésta conduce al cambio. Que Dios le dé una vez más gracia a la Iglesia para que recupere la disciplina de la confesión.

*En estas palabras de Jesús no sólo se halla el ministerio de perdonar pecados, sino también el de retenerlos. “A quienes remitieris los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.” El ministerio de retener los pecados consiste simplemente en negarse uno a tratar de llevar a las personas hacia algo para lo cual no están listas. Algunas veces los hermanos se afanan tanto por llevar a otros hacia el reino, que tratan de anunciarles el perdón, aunque no lo hayan buscado y ni siquiera lo hayan querido. Infortunadamente, este mal caracteriza a una gran parte de la evangelización moderna.

11. LA DISCIPLINA DE LA ADORACION

Adorar es avivar la conciencia mediante la santidad de Dios, alimentar la mente con la verdad de Dios, purgar la imaginación con la belleza de Dios, abrir el corazón al amor de Dios, dedicar la voluntad al propósito de Dios.

— William Temple

Adorar es experimentar la realidad, tocar la Vida. Es conocer, sentir, experimentar a Cristo resucitado, en medio de la comunidad congregada. Es una penetración en la gloria (*Shekinah**) de Dios; aun mejor, es ser uno invadido por esa gloria de Dios.

Dios busca activamente adoradores. Jesús declaró: "... los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren" (Juan 4:23). Dios es el que busca, atrae, persuade. La adoración es una respuesta humana a la iniciativa divina. En el tiempo a que se refiere Génesis, Dios anduvo en el huerto buscando a Adán y a Eva. En la crucifixión, Jesús atrajo a los hombres a Sí mismo (Juan 12:32). La Escritura está repleta de ejemplos en que se nos indican los esfuerzos de Dios para iniciar, restaurar y mantener la comunión con sus hijos. Dios es como el padre del hijo pródigo quien, al ver de lejos a su hijo que venía, corrió hacia él para darle la bienvenida al hogar.

La adoración es nuestra respuesta a las proposiciones de amor del Padre. Su realidad fundamental se halla en la expresión "en espíritu y en verdad". Se enciende en nosotros sólo cuando el Espíritu de Dios toca el espíritu humano. El formalismo y los ritos no producen la adoración, ni tampoco el dejar

*La gloria o el fulgor de Dios cuando vive en medio de su pueblo. Denota la inmediata presencia de Dios, en oposición a un Dios abstracto o lejano.

de usar el formalismo y los ritos. Podemos usar todas las técnicas y los métodos correctos, podemos tener la mejor liturgia posible, pero no hemos adorado al Señor mientras su Espíritu no toque nuestro espíritu. Las palabras del coro, "Liberta mi espíritu para que yo te adore", indican la base de la adoración. Mientras Dios no toque y libre nuestro espíritu, no podemos entrar en este reino. El canto, la oración, la alabanza, todo ello puede conducir a la adoración, pero la adoración es más que cualquiera de esas cosas. Nuestro espíritu tiene que estar encendido con el fuego divino.

Como resultado de ello, podemos ser indiferentes a la pregunta relacionada con la correcta forma de adoración. El asunto de la alta o la baja liturgia, de esta forma o de aquella, es más bien algo periférico y no central. Nuestra indiferencia se estimula cuando nos damos cuenta de que en ninguna parte del Nuevo Testamento se prescribe una forma específica para la adoración. De hecho, lo que hallamos es una increíble libertad para los individuos que tenían profundas raíces en el sistema litúrgico de la sinagoga. Ellos contaban con la realidad. Cuando el Espíritu de Dios toca nuestro espíritu, la forma pierde importancia.

El objeto de nuestra adoración

La pregunta sobre a quién se debe adorar la respondió Jesús para todos los tiempos. "Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás" (Mateo 4:10). El único Dios verdadero es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob; el Dios a quien Jesucristo vino a revelar. Dios manifestó claramente su odio contra toda idolatría al colocar un incisivo mandamiento al comienzo del Decálogo: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Exodo 20:3). La idolatría no consiste sólo en inclinarse uno ante objetos visibles de adoración. A. W. Tozer dice: "La esencia de la idolatría consiste en tener pensamientos acerca de Dios que sean indignos de él".¹ Pensar correctamente acerca de Dios es, en un sentido importante, tener todo en su sentido importante, tener todo de manera incorrecta.

Necesitamos urgentemente comprender quién es Dios: leer

lo relacionado con la revelación que él hizo de Sí mismo a su antiguo pueblo Israel, meditar en sus atributos, fijar la mirada en la revelación de su naturaleza a través de Jesucristo. Cuando nosotros vemos al Señor de los ejércitos “alto y sublime”, pensamos en su infinita sabiduría y en su conocimiento, nos maravillamos de su insondable misericordia y amor, no podemos menos que cantar una doxología:

Con gozo confieso tus atributos,
todos gloriosos e innumerables.²

Ver quién es el Señor es algo que nos lleva a confesar. Cuando Isaías alcanzó a ver la gloria de Dios, exclamó: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5). La penetrante pecaminosidad de los seres humanos se hace evidente cuando se la contrasta con la radiante santidad de Dios. Nuestra inestabilidad se torna extrema tan pronto como comprendemos la plenitud de Dios. Entender su gracia es entender nuestra culpa.

No sólo adoramos al Señor por causa de lo que él es, sino también por causa de lo que ha hecho. Sobre todo, el Dios de la Biblia es el Dios que actúa. Su bondad, fidelidad, justicia y misericordia, son atributos de él, los cuales pueden verse en su trato con su pueblo. Sus bondadosas acciones no sólo están grabadas en la historia, sino también en la biografía personal de cada uno de nosotros. El apóstol Pablo dijo que la única respuesta razonable para esto es nuestro culto o adoración (Romanos 12:1). Alabamos al Señor por lo que él es, y le damos gracias por lo que ha hecho.

La prioridad de la adoración

Si el Señor ha de ser el *Señor*, la adoración a él debe tener prioridad en nuestra vida. El primer mandamiento de Jesús es el siguiente: “. . . amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas . . .” (Marcos 12:30). Según las prioridades divinas, la ado-

ración va primero y, en segundo lugar, el servicio. En nuestra vida se debe acentuar la alabanza, la acción de gracias y la adoración. El servicio fluye de la adoración. Cuando el servicio se convierte en sustituto de la adoración es idolatría. La actividad puede llegar a ser la enemiga de la adoración.

Dios declaró que la principal función de los sacerdotes levitas era la siguiente: “. . . se acercarán para ministrar ante mí” (Ezequiel 44:15). Para el sacerdocio del Antiguo Testamento, eso de ministrar ante él era algo que precedía a todo trabajo. Y eso no es menos cierto en el caso del sacerdocio universal del Nuevo Testamento. Una grave tentación a la cual nos enfrentamos todos es la de responder a los llamados para servir al Señor, sin ministrar ante el mismo Señor.

Preparación para la adoración

En la Biblia, un sorprendente rasgo de la adoración, es el hecho de que el pueblo se reunía para lo que sólo pudiéramos llamar una “santa expectación”. Las personas creían que realmente oírían la voz de Dios (*kol Yahweh*). Cuando Moisés entraba en el Tabernáculo, sabía que estaba entrando ante la presencia de Dios. Lo mismo ocurrió en el caso de la iglesia primitiva. Para ellos no era sorprendente que la casa en que estaban congregados temblara por el poder de Dios. Eso había ocurrido antes (Hechos 2:2, 4:31). Cuando algunos cayeron muertos, y otros fueron levantados de entre los muertos por la palabra del Señor, el pueblo entendía que Dios estaba en medio de ellos (Hechos 5:1–11; 9:36–43; 20:7–10). Cuando aquellos creyentes primitivos se reunían, estaban plenamente conscientes de que el velo se había roto en dos partes y que, como Moisés y Aarón, ellos también entraban en el Lugar Santísimo. No se necesitaban intermediarios. Ellos acudían a la terrible, gloriosa y bondadosa presencia del Dios viviente. Ellos se reunían con anticipación, pues sabían que Cristo estaba presente entre ellos y que les enseñaría y les tocaría con su poder viviente.

¿Cómo cultivamos nosotros esta santa expectación? Comienza en nosotros cuando entramos en la gloria de Dios (*Shekinah*) que está en el corazón. Dejamos a un lado las demandas

del día y nos llenamos de adoración interna a Dios. Trabajamos y jugamos y comemos y dormimos y, sin embargo, estamos oyendo, siempre oyendo, a nuestro Maestro. Los escritos de Frank Laubach están llenos de este sentido de vida bajo la sombra del Omnipotente. “De todos los milagros del día, el mayor es éste: saber que te hallo mejor cuando trabajo escuchando . . . Gracias te doy también porque el hábito de la conversación constante se hace más fácil cada día. Realmente, creo con firmeza que todos los pensamientos pueden ser conversaciones contigo.”³

El hermano Lawrence comprendió la misma realidad. Por cuanto él experimentó la presencia de Dios en la cocina, sabía que se encontraría también con Dios en medio de las multitudes. El escribió: “No puedo imaginar cómo pueden vivir satisfechas las personas religiosas sin la práctica de la presencia de Dios”.⁴ Los que han gustado una vez de la gloria de Dios (*Shekinah*) en la experiencia diaria nunca pueden volver a vivir satisfechos sin “practicar la presencia de Dios”.

Cuando agarré la visión del hermano Lawrence y de Frank Laubach, dediqué uno de mis años recientes a aprender a vivir con una perpetua apertura a Jesús como mi Maestro presente. Decidí aprender el vocabulario de él: ¿me está hablando por medio de los pájaros cantores o por medio de esa cara triste? Traté de permitir que él se moviera en cada acción mía: estos dedos mientras escribía; esta voz mientras hablaba. Mi deseo era el de acentuar cada minuto con susurros internos de adoración, alabanza y acción de gracias. A menudo, yo fallaba durante horas, aun días enteros. Pero en cada oportunidad volvía a intentarlo. Ese año me trajo muchas cosas, pero aquí sólo mencionaré una: el hecho de que elevó grandemente mi sentido de expectación en la adoración en público. A fin y al cabo, él me había hablado en docenas de pequeñas maneras a través de la semana; ciertamente, me hablaría también en la adoración en público. Además, descubrí que iba creciendo en mí la facilidad para distinguir su voz de la estridencia de la vida y de las circunstancias.

Cuando más de una o de dos personas acuden a la adoración en público con una santa expectación, eso puede cambiar la

atmósfera del lugar. Las personas que entran atormentadas y distraídas son rápidamente atraídas al sentido de la Presencia silenciosa. Se elevan los corazones y las mentes. El aire se carga de expectación.

La siguiente es una práctica para poder agarrar esta idea. Vive a través de la semana como un heredero del reino; oye la voz de él; obedece su Palabra. Puesto que has oído su voz a través de la semana, sabe que también la oirás cuando te reúnas para la adoración en público. Entra al servicio religioso con diez minutos de anticipación. Eleva tu corazón en adoración al Rey de gloria. Contempla su majestad, su gloria y su ternura tal como se revelaron en Jesucristo. Representate mentalmente la maravillosa visión que tuvo Isaías cuando vio al Señor en su trono “alto y sublime”; o la magnífica revelación que Juan tuvo de Cristo, cuyos ojos eran “como llama de fuego”, “y su voz como estruendo de muchas aguas” (Isaías 6; Apocalipsis 1). Invita a la Presencia real para que se manifieste; para que llene de Luz el lugar.

Luego, eleva hacia la luz de Cristo al pastor o a las personas que tienen responsabilidades particulares. Imagínate que el resplandor de la gloria de Dios (*Shekinah*) los rodea. Internamente libéralos para que corporalmente expresen la verdad con el poder del Señor.

Para este momento ya la gente está comenzado a entrar. Mira alrededor hasta que tus ojos capten a algún individuo que necesite tu oración intercesora. Tal vez tenga los hombros caídos o parezca algo triste. Elévalo hasta la gloriosa y refrescante luz de la presencia del Señor. Imagina que la carga se le cae, como se le cayó al peregrino de la alegoría de Bunyan. Sostén a ese individuo con una intención especial a través del servicio. Si sólo unos pocos en cualquier congregación hicieran esto, eso profundizaría la experiencia de adoración de todos.

Otro rasgo vital de la comunidad de la iglesia primitiva era que estaban “juntos” unánimes en la adoración. En primer lugar, se reunían en el sentido de que realmente se encontraban como un grupo; y, en segundo lugar, cuando se reunían llegaban a ser una unidad de espíritu que trascendía su individualismo.

En contraste con las religiones del Oriente, la fe cristiana

ha destacado vigorosamente la adoración colectiva. Aun en circunstancias sumamente peligrosas, la comunidad primitiva sentía el deseo de no olvidar reunirse (Hebreos 10:25). Las epístolas del Nuevo Testamento hablan frecuentemente acerca de la comunidad con el nombre de “cuerpo de Cristo”. Así como no se puede concebir el cuerpo humano sin cabeza, brazos, piernas, así para aquellos cristianos era inconcebible vivir aislados los unos de los otros. Martín Lutero dio un testimonio: “. . . en el hogar, en mi propia casa, no hay calor ni vigor en mí, pero en la iglesia, cuando la multitud se reúne, se enciende un fuego en mi corazón y se abre paso”.⁵

Además, cuando el pueblo de Dios se reúne, con frecuencia llega a tener un mismo sentimiento, llega a estar unánime (Filipenses 3:15). Thomas Kelly dijo: “Una Presencia que aviva nos penetra, rompe alguna parte especialmente privada y aislada de nuestra vida individual, y mezcla nuestro espíritu en una vida y un poder que supera lo individual. Una Presencia objetiva y dinámica nos envuelve a todos, nutre nuestra alma, nos expresa gozo, indecible consuelo, y nos despierta en profundidades que antes sólo habían sido sueños”.⁶ Cuando estamos reunidos en adoración, ocurren cosas que no podrían ocurrir cuando estamos a solas. Existe la sicología de grupo y, sin embargo, esto es mucho más; es una interpenetración divina. Hay lo que los escritores bíblicos llamaron *koinonía*, una profunda comunión interna en el poder del Espíritu.

Esta experiencia trasciende en gran manera al *espíritu de equipo*. No depende ni en lo más mínimo de unidades homogéneas, ni siquiera en que unos tengan información sobre la vida de los otros. Se produce una mezcla divina de nuestra separación. Con el poder del Espíritu llegamos a estar “envueltos en un sentido tal de unidad y de Presencia, que hace callar todas las palabras y nos envuelve en una indecible calma y en un entrelazamiento dentro de una vida más amplia”.⁷ Tal comunión en la adoración hace que la adoración vicaria a través de los medios tradicionales sea insípida y monótona.

El Líder en la adoración

La genuina adoración sólo tiene un Líder: Jesucristo. Cuando hablo de Jesús como el Líder de la adoración, quiero decir, ante

todo, que él está vivo y presente entre su pueblo. Su voz puede ser oída en el corazón de ellos y su presencia se puede experimentar. No sólo leemos acerca de él en la Escritura; podemos conocerlo mediante revelación. El quiere enseñarnos, guiarnos, reprendernos, consolarnos.

En segundo lugar, Cristo está vivo y presente *con la facultad de realizar todos sus oficios*. En la adoración tenemos la tendencia a considerar a Cristo sólo en su oficio sacerdotal, como Salvador y como Redentor. Pero él es también un Profeta entre nosotros. Es decir, él nos enseña acerca de la justicia y nos da el poder para hacer lo que es recto. George Fox aconsejó: “Reuníos en el nombre de Jesús . . . El es vuestro Profeta, vuestro Pastor, vuestro Obispo, vuestro Sacerdote en medio de vosotros, para estar accesible a vosotros, y para santificaros, para alimentarlos con vida y para avivaros con vida”.⁸

En tercer lugar, Cristo está vivo y presente *con todo su poder*. El no sólo nos salva de las consecuencias del pecado, sino del dominio del pecado. En cualquier cosa que nos enseñe nos dará el poder para obedecer. Si Jesús es nuestro Líder, debe esperarse que ocurran milagros en nuestra adoración. Las sanidades, tanto internas como externas, serán la regla y no la excepción. El libro de los Hechos no será sólo algo que leemos, sino algo que experimentamos.

En cuarto lugar, Cristo es el Líder de la adoración en el sentido de que sólo él decide qué instrumentos humanos han de ser usados, en caso de que haya que usar algunos. Los individuos predicán, o profetizan, o cantan, u oran en la medida en que son llamados por su Líder. De este modo, no hay lugar para que se eleven las reputaciones privadas. Sólo Jesús es honrado. Cuando nuestra Cabeza viviente los llama, pueden ejercitarse libremente cualquiera o todos los dones del Espíritu y pueden ser recibidos con gozo. Tal vez se dé alguna palabra en que se ponga de manifiesto el intento del corazón, y así sepamos que el Rey Jesús tiene todo a su cargo. Tal vez haya una profecía o una exhortación que nos coloque al borde del asiento por cuanto sentimos que ha hablado la voz de Dios (*kol Yahweh*). La predicación o la enseñanza que surgen porque la Cabeza viviente las ha llamado, insuflan vida en la adoración. La predicación

que no tiene unción divina caerá como escarcha sobre la adoración. La predicación de corazón inflama al espíritu de adoración; la predicación meramente intelectual apaga las ardientes brasas. No hay nada que avive más, como una predicación inspirada por el Espíritu, ni nada más mortal, que la predicación humanamente inspirada.

Avenidas que conducen a la adoración

Una de las razones por las cuales se debe considerar la adoración como una disciplina espiritual es que ella es una manera ordenada de actuar y vivir, y que nos coloca de tal modo delante de Dios, que él pueda transformarnos. Aunque sólo respondemos al toque liberador del Espíritu Santo, hay avenidas divinamente señaladas que conducen a este reino.

La primera avenida que conduce a la adoración consiste en aquietar todas las actividades humanamente iniciadas. El apaciguamiento de "la actividad de las criaturas", como la llamaron los patriarcas de la vida interna, no es algo que debe confinarse a los servicios de adoración, sino que debe ser un estilo de vida. Debe penetrar en la fábrica diaria de nuestra vida. Debemos vivir en un perpetuo silencio interno que oiga, de tal modo que nuestras palabras y acciones provengan de Dios. Si estamos acostumbrados a llevar a cabo el desarrollo de nuestra vida con la fuerza y la sabiduría humanas, haríamos lo mismo en la adoración colectiva. Sin embargo, si hemos cultivado el hábito de permitir que toda conversación, toda transacción comercial, sea divinamente impulsada, la misma sensibilidad fluirá en la adoración pública. François Fénelon dijo: "Feliz el alma que mediante un sincero renunciamiento a sí misma, se mantiene incesantemente en las manos de su Creador, dispuesta a hacer todo lo que él desea; que nunca deja de decirse a sí misma un centenar de veces por día: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?""

¿Te parece eso imposible? La única razón por la cual creemos que eso está mucho más allá de nosotros es que no entendemos que Jesús es nuestro Maestro que está presente. Cuando hemos estado bajo su tutela por algún tiempo, comprendemos que es posible que todo movimiento de nuestra vida esté arraigado en

Dios. Despertamos por la mañana y nos quedamos en la cama alabando y adorando al Señor en la quietud. Le decimos que deseamos vivir bajo su dirección y dominio. Cuando nos dirigimos hacia el trabajo, le preguntamos a nuestro Maestro: "¿Cómo me estoy portando?" Inmediatamente nuestro Mentor hace fulgurar en nuestra mente aquellas palabras duras que le dijimos a la esposa en el desayuno, o el hecho de que les manifestamos falta de interés a nuestros hijos al encogernos de hombros cuando íbamos saliendo de la casa. Comprendemos que hemos estado viviendo en la carne. Hay confesión, restauración y nueva humildad.

Nos detenemos en la gasolinera y sentimos el impulso divino de familiarizarnos con el que vende la gasolina, de considerarlo como una persona y no como un autómatas. Continuamos la marcha, regocijándonos por el nuevo discernimiento que tenemos de la actividad iniciada por el Espíritu. Y así seguimos a través de nuestro día: un impulso aquí, una llamada de atención allí; algunas veces nos lanzamos apresuradamente adelante de nuestro Guía, otras veces nos quedamos rezagados. Como un niño que da los primeros pasos, vamos aprendiendo a través del éxito y del fracaso, confiados en que está presente con nosotros el Maestro quien, por medio del Espíritu Santo, nos guiará a toda la verdad. De ese modo podemos llegar a entender lo que Pablo quiso decir con la siguiente instrucción: ". . . no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8:4).

El hecho de aquietar la actividad de la carne para que la actividad del Espíritu Santo domine nuestra manera de vivir, afectará y moldeará la adoración pública. Algunas veces tomará la forma de absoluto silencio. Ciertamente, es más adecuado acudir en silencio y con reverencia ante el Santo de la eternidad, que apresurarnos a su presencia con el corazón y la mente torcidos, y con lenguas llenas de palabras. La siguiente es la admonición bíblica: "Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra" (Habacuc 2:20). Amonio, uno de los llamados padres del desierto, escribió: "He aquí, amados míos, os he mostrado el poder del silencio, cuán completamente sana y cuán plenamente agrada a Dios . . . Mediante el silencio crecieron los santos . . . por causa del silencio moró en ellos el

poder de Dios, por causa del silencio conocieron los misterios de Dios".¹⁰

La alabanza nos lleva a la adoración. Los salmos son la literatura de la adoración y su rasgo más prominente es la alabanza. "¡Alabad a Jehová!" Ese es el grito que vibra desde el comienzo hasta el fin del Salterio. El lenguaje de la alabanza se expresa con los verbos cantar, gritar, danzar, regocijar, adorar.

La Escritura nos insta: "Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre" (Hebreos 13:15). El Antiguo Pacto exigía el sacrificio de bueyes y carneros. El Nuevo Pacto exige el sacrificio de alabanza. Pedro nos dice que como los nuevos sacerdotes de Cristo, ofrezcamos "sacrificios espirituales"; lo cual significa anunciar "las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:5, 9).

Pedro y Juan salieron del Sanedrín con las espaldas ensangrentadas, pero con los labios alababan al Señor (Hechos 5:41). Pablo y Silas llenaron la cárcel filipense con sus canciones de alabanza (Hechos 16:25). En cada caso, ellos estaban ofreciendo sacrificio de alabanza.

El más poderoso movimiento de alabanza en el siglo XX ha sido el movimiento carismático. Por medio de él, Dios ha insuflado nueva vida y vitalidad en millones de personas. En nuestros días, la Iglesia de Jesucristo se está dando más cuenta de lo vital que es la alabanza en conducirnos a la adoración.

En la alabanza nos damos cuenta de que las emociones necesitan ser llevadas totalmente al acto de la adoración. La adoración que sólo es cerebral es una aberración. Los sentimientos son una parte legítima de la personalidad humana, y deben emplearse en la adoración. El hecho de hacer tal declaración no significa que nuestra adoración debe hacer violencia a nuestras facultades racionales, pero sí significa que nuestras facultades racionales, por sí solas, son inadecuadas. Como aconsejó Pablo, debemos orar con el espíritu, pero también con el entendimiento; cantar con el espíritu, pero también con el entendimiento (1 Corintios 14:15). Esa es una razón por la cual existe el don de lenguas. Nos ayuda a irnos más allá de la mera ado-

ración racional a una comunión más íntima con el Padre. Nuestra mente externa puede no saber lo que se está diciendo, pero nuestro espíritu interno entiende. El Espíritu Santo toca nuestro espíritu.

El cantar tiene el propósito de movernos a la alabanza. Nos provee un medio para la expresión de la emoción. Por medio de la música expresamos nuestro gozo, nuestra acción de gracias. No menos de 41 salmos nos mandan a cantar al Señor. Si el canto y la alabanza pueden ocurrir de una manera concentrada, eso sirve para que nosotros nos concentremos. Nuestras mentes fragmentadas y nuestros espíritus fluyen hacia un todo unificado. Llegamos a estar en equilibrio hacia Dios.

Dios nos llama a una adoración que envuelva todo nuestro ser. El cuerpo, la mente, el espíritu y las emociones deben colocarse todos en el altar de la adoración. A menudo, hemos olvidado que la adoración debe incluir tanto el cuerpo como la mente y el espíritu.

La Biblia describe la adoración en términos físicos. El significado etimológico de la palabra hebrea que traducimos *adoración*, es *postración*. La palabra que se traduce *bendecir* significa literalmente *arrodillarse*. El término *acción de gracias* se refiere a *extender la mano*. A través de toda la Escritura hallamos una variedad de posturas físicas relacionadas con la adoración. La persona podía estar: postrada, de pie, arrodillada, con las manos levantadas, batiendo las manos, con la cabeza inclinada, danzando, y cubierta con cilicio y ceniza. Lo que todo esto quiere decir es que debemos ofrecer a Dios nuestro cuerpo como también todo el resto de nuestro ser. La adoración es apropiadamente física.

Debemos presentar nuestro cuerpo a Dios en adoración, en una postura que sea consecuente con el Espíritu interno de adoración. Las posturas de pie, batiendo las manos, danzando, levantando las manos y levantando la cabeza son consecuentes con el espíritu de alabanza. El sentarse uno quieto, el semblante severo, son posturas claramente inadecuadas para la alabanza. Arrodillarse uno, inclinar la cabeza, postrarse, son posturas consecuentes con el espíritu de humildad.

Somos rápidos para objetar este tipo de enseñanza. "Las

personas tienen diferentes temperamentos —argüimos—. Eso puede referirse a los tipos emocionales, pero yo soy naturalmente quieto y reservado. Esa no es la clase de adoración que satisfaría mi necesidad”. Lo que tenemos que entender es que la pregunta real en relación con la adoración no es la siguiente: “¿Qué será lo que satisfará mi necesidad?” La pregunta real es la siguiente: “¿Qué clase de adoración exige Dios?” Está claro que Dios exige una adoración de todo corazón. Y es razonable esperar que la adoración de todo corazón sea tanto física como cerebral.

Con frecuencia nuestro “temperamento reservado” sólo es un poco más que el temor de lo que los demás pensarán de nosotros, o tal vez una falta de disposición para humillarnos ante Dios y ante los demás. Por supuesto, las personas tienen diferentes temperamentos, pero eso nunca debe impedir que adoremos a Dios con todo nuestro ser.

Por supuesto, podemos hacer todas las cosas que he descrito, y nunca entrar en la adoración, pero estas cosas pueden servir como avenidas a través de las cuales nos colocamos delante de Dios, de tal modo que nuestro espíritu interno pueda ser tocado y libertado.

Las consecuencias de la adoración

Si la adoración no nos cambia, no ha sido adoración. Estar delante del Santo de la eternidad equivale a cambiar. Los resentimientos no pueden retenerse con la misma tenacidad cuando entramos en su bondadosa luz. Como dijo Jesús, tendremos que dejar nuestro presente en el altar e ir primero a reconciliarnos (Mateo 5:23, 24). En la adoración, un poder creciente se abre camino hacia el santuario del corazón, una creciente compasión surge en el alma. Adorar es cambiar.

Si la adoración no nos impulsa hacia una mayor obediencia, no ha sido adoración. Así como la adoración comienza con una santa expectación, termina con una santa obediencia. La santa obediencia salva a la adoración de convertirse en un opio, un escape de las apremiantes necesidades de la vida moderna. La adoración nos capacita para oír claramente el llamado al ser-

vicio, de tal modo que podamos responder: “Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:8). La auténtica adoración nos impulsará a unirnos a la guerra que libra el Cordero contra los poderes demoníacos en todas partes, y a nivel personal, social e institucional. Jesús, el Cordero de Dios, es nuestro Comandante en Jefe. Recibimos sus órdenes para cumplir el servicio y salimos con maravilloso poder del Señor:

... venciendo y para vencer, no como el príncipe de este mundo, ... con azotes y cárceles, con torturas y tormentos sobre el cuerpo de las criaturas, para matar y destruir la vida de los hombres ... sino con la palabra de verdad ... a pagar el odio con amor, a luchar al lado de Dios contra la enemistad, con oraciones y lágrimas noche y día, con ayuno, endecha y lamentación; con paciencia, con fidelidad y en verdad, con amor no fingido, con resignación, y con todos los frutos del Espíritu, para que por todos los medios vencamos con el bien el mal ...¹¹

Willard Sperry declaró: “La adoración es en realidad una aventura intencional y disciplinada”.¹² No es para el tímido ni para el que quiere estar cómodo. Envuelve una apertura de nosotros mismos a la vida peligrosa del Espíritu. La adoración hace que todo el mobiliario religioso de los templos, y los sacerdotes, los ritos y las ceremonias pierdan importancia. Implica una disposición a que se cumpla la siguiente palabra de Dios: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Colosenses 3:16).

12. LA DISCIPLINA DE LA BUSQUEDA DE ASESORAMIENTO

Vivid en la vida y el amor y el poder y la sabiduría de Dios, en unidad unos con otros y con Dios; y la paz y la sabiduría de Dios llenarán vuestros corazones, para que nada domine en vosotros, sino la vida, la cual está en el Señor Dios.

— George Fox

En nuestro día, el cielo y la tierra están ansiosos esperando que surja un pueblo guiado, dotado de poder por el Espíritu Santo. Toda la creación observa con expectación que brote un pueblo disciplinado, mártir, que se una libremente, que en esta vida experimente la vida y el poder del reino de Dios. Eso ha ocurrido antes. Puede volver a ocurrir.

En una y otra parte pueden hallarse individuos cuyos corazones arden con fuego divino. Pero son como antorchas encendidas esparcidas en medio de la noche. Hasta ahora no ha habido una reunión del pueblo del Espíritu Santo.

Claro que ha habido el grito: “¡Mirad, está aquí; mirad, está allí”; como lo advirtió Jesús (Mateo 24:26). Pero tales clamores son sólo el fulgor temporal de los fuegos artificiales humanos, no la explosión divina del fuego celestial. Nuestro siglo aún no ha visto brotar la iglesia apostólica del Espíritu Santo.

Tal pueblo no emergerá mientras no haya entre nosotros una experiencia más profunda de un Emanuel del Espíritu; Jesús ha venido a guiar personalmente a su pueblo; una experiencia de la dirección de él que sea tan definida e inmediata como la nube en el día y el fuego en la noche.

Pero el reconocimiento de la dirección directa, activa e inmediata del Espíritu Santo no será suficiente. La guía individual tiene que ceder el paso al asesoramiento colectivo. También tiene que venir un reconocimiento de la dirección directa, activa e inmediata del Espíritu *en conjunto*. No me refiero a un “ase-

soramiento colectivo” en el sentido de organización, sino en un sentido orgánico y funcional. La mayoría de los concilios y los decretos eclesiásticos simplemente no pertenecen a esta realidad.

Toda la enseñanza sobre la dirección divina en nuestro siglo ha sido notablemente deficiente en su aspecto colectivo. Hemos recibido excelentes instrucciones sobre la manera como Dios nos dirige por medio de la Biblia, y por medio de las circunstancias y a través de los estímulos del Espíritu en el corazón del individuo. Pero hemos oído muy poco sobre la manera como Dios nos guía por medio de su pueblo, el cuerpo de Cristo. Sobre este tema hay un profundo silencio.

Por esta razón he decidido colocar este tema entre las disciplinas colectivas y hacer hincapié en su carácter de asesoramiento dentro de la comunidad. Dios, en realidad, guía al individuo de manera rica y profunda, pero también guía a grupos de personas y puede instruir a los individuos a través de la experiencia del grupo.

Tal vez nuestra preocupación por obtener la dirección divina de manera privada sea producto del individualismo occidental. El pueblo de Dios no siempre ha sido así.

Dios sacó a los hijos de Israel, *como un pueblo*, de la esclavitud. Todos veían la columna de nube y la de fuego. Ellos no eran un grupo de individuos que por causalidad iban hacia el mismo destino; constituían un pueblo que estaba bajo el dominio teocrático de Dios. Su presencia incubadora los cubría de una manera sorprendentemente inmediata. El pueblo, sin embargo, descubrió pronto que la presencia inmediata de Dios era demasiado terrible, demasiado gloriosa; y suplicó: “. . . no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Exodo 20:19). Así que Moisés se convirtió en mediador de ellos. Así comenzó el gran ministerio de los profetas cuya función consistía en oír la palabra de Dios y transmitirla al pueblo. Ese fue un paso de alejamiento de la dirección colectiva del Espíritu Santo, pero les quedó el sentido de que eran un pueblo unido que estaba bajo el gobierno de Dios. Llegó el día cuando Israel rechazó incluso al profeta, y prefirió un rey. De ahí en adelante, el profeta fue un extraño. Era una voz solitaria que clamaba en el

desierto; algunas veces lo oían, y otras veces lo mataban, pero siempre afuera.

Dios preparó pacientemente al pueblo, y cuando llegó el cumplimiento del tiempo, vino Jesús. Con él comenzó un nuevo día. Una vez más se reunió un pueblo que viviría bajo el inmediato gobierno teocrático del Espíritu.

Con tranquila persistencia, Jesús les enseñó lo que significaba vivir en respuesta a la voz del Padre. Les enseñó que ellos también podrían oír la voz enviada del cielo, de la manera más clara cuando estuvieran reunidos: “. . . si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:19, 20).

Con esas palabras, Jesús dio a sus discípulos tanto la seguridad como la autoridad. Había la seguridad de que cuando el pueblo genuinamente se congregara en su nombre, podría discernir su voluntad. La presencia del Espíritu Santo como Superintendente utilizaría las verificaciones y balances de los diversos creyentes para asegurar que cuando los corazones de ellos se unieran, también estuvieran a ritmo con los latidos del corazón del Padre. Si estaban seguros de que habían oído la voz del verdadero Pastor, podían orar y actuar con autoridad. La voluntad de él, más la voluntad de ellos, más la unidad equivalían a autoridad.

Aunque Jesús fue un extraño para su propio pueblo, y fue crucificado, por tanto, fuera de las puertas de la ciudad, algunas personas abrazaron su gobierno. Estas personas se juntaron como un pueblo. “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección . . .” (Hechos 4:32, 33). Se convirtieron en una banda enardecida de testigos, que declaraban en todas partes que la voz de Cristo se podía oír y su voluntad se podía obedecer.

Tal vez el más asombroso rasgo de esta fraternidad incendiaria fuera su sentido de asesoramiento colectivo. Esto quedó bellamente ilustrado en el llamamiento de Pablo y de Bernabé

para que recorrieran a lo largo y a lo ancho el imperio romano con las buenas nuevas del reino de Dios (Hechos 13:1-3). El llamamiento de ellos se produjo cuando cierto número de personas habían estado reunidas durante un período prolongado de tiempo. En esta reunión se incluyeron las disciplinas de la oración, el ayuno y la adoración. Cuando el pueblo estuvo preparado, recibieron *colectivamente* el llamamiento: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2).

Con todos nuestros métodos modernos para reclutar misioneros nos sería muy provechoso poner seria atención al ejemplo en que estos hombres recibieron en forma colectiva la dirección divina. Estaríamos bien orientados si estimulamos a grupos de personas que estén dispuestas a que ayunen, oren y adoren colectivamente, hasta que hayan discernido la mente del Señor y hayan oído su llamamiento.

Mediante este procedimiento de recibir la dirección divina en forma colectiva, la iglesia primitiva se enfrentó a su problema más explosivo y lo resolvió (Hechos 15). Algunos cristianos independientes habían ido a Antioquía y habían comenzado a predicar la necesidad de la circuncisión para todos los cristianos. El asunto estaba muy lejos de ser trivial. Pablo comprendió de una vez que eso equivalía a que la Iglesia fuera una cautiva cultural de los judíos.

Los ancianos escogidos y los apóstoles se reunieron en el poder del Señor, no para buscar posición mediante manipulaciones, ni para levantarse los unos contra los otros, sino para oír lo que el Espíritu Santo tenía que decir. No era una pequeña tarea. Hubo un intenso debate. Luego, se presentó un bello ejemplo de la manera cómo la dirección que siente un individuo influye en la dirección que se recibe colectivamente: Pedro habló acerca de su experiencia con Cornelio, el centurión italiano. Mientras él hablaba, el Espíritu de Dios, siempre presente, con su calor hizo una obra maravillosa. Cuando él terminó, toda la multitud calló (Hechos 15:12). Finalmente, los que se habían reunido lucharon hasta llegar a lo que tiene que llamarse una gloriosa unidad enviada del cielo: decidieron rechazar la religión cultural y aferrarse al evangelio eterno de Jesucristo. Con-

cluyeron con lo siguiente: “. . . ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros . . .” (Hechos 15:28). Se habían enfrentado al asunto más duro de su tiempo, y habían discernido la voz de lo alto. Tal fue la marca más alta en el libro de los Hechos.

Eso fue más que una victoria con respecto a un asunto; fue una victoria del método para resolver las situaciones. Como pueblo, habían decidido vivir bajo el gobierno directo del Espíritu Santo. Habían rechazado tanto el totalitarismo humano como la anarquía. Incluso, se habían atrevido a vivir basados en la norma del Espíritu; no hubo una votación de 51 por ciento a favor; no hubo compromisos sino una unidad dirigida por el Espíritu. Y funcionó.

Sin duda alguna, tales experiencias de discernir la voluntad de Dios en la comunidad contribuyeron grandemente al entendimiento que Pablo tenía de la Iglesia como cuerpo de Cristo. El comprendió que los dones del Espíritu le fueron dados de tal modo al cuerpo por el Espíritu, que quedaba asegurada la interdependencia. Ninguna persona lo poseía todo. Aun los más maduros necesitaban la ayuda de los demás. Los más insignificantes tenían algo con lo cual contribuir. Ninguno podía oír todo el consejo de Dios de manera aislada.

Tristemente tenemos que notar que para el tiempo cuando Juan recibió su visión apocalíptica, la comunidad de creyentes había comenzado a enfriarse. En el tiempo de Constantino, la Iglesia ya estaba lista para aceptar a otro rey humano. La visión, sin embargo, no murió. A través de los siglos ha habido grupos que se han congregado bajo el dominio del Espíritu Santo.

Algunos modelos

El grupo apostólico no llegó desde la tierra, es decir, desde cero metros de elevación, hasta las alturas vertiginosas del dominio del Espíritu Santo de un solo salto. Nosotros tampoco llegaremos así. Esencialmente, ellos se movieron hacia ese reino paso a paso, moviéndose algunas veces un poco y retrocediendo otras. Pero cuando llegó el Pentecostés ellos ya eran un pueblo preparado.

Cuando uno ha llegado a entender las implicaciones radi-

cales de ser un pueblo que está bajo la administración directa del Espíritu Santo, una de las cosas más destructivas que puede hacer es decir: “¡Eso me parece maravilloso! ¡Desde mañana viviré de esa manera!” Tales entusiastas sólo tienen el éxito de hacer que la vida sea desdichada para ellos mismos y para todos los que los rodean. Así que, en vez de salir con ímpetu a conquistar el mundo del Espíritu, la mayoría seríamos prudentes si nos contentáramos con dar pasos más modestos en el presente. Una de las mejores maneras como podemos aprender consiste en estudiar los modelos de personas que han luchado corralmente para oír la voz de arriba.

Uno de los ejemplos más deleitosos fue “el pobre hombre de Asís”. Parece que San Francisco de Asís tenía una “gran agonía de dudas”, en cuanto a si debía dedicarse sólo a la oración y a la meditación, lo cual era una práctica común en aquellos días, o también si debía empeñarse en misiones de predicación. Con sabiduría, Francisco buscó consejo. “Por cuanto la santa humildad que había en él no le permitía confiar en sí mismo, ni en sus propias oraciones, humildemente se volvió hacia otros a fin de conocer la voluntad de Dios en este asunto.”

El envió mensajes a dos de los amigos en los cuales confiaba más: la hermana Clara y el hermano Silvestre. Les pidió que se reunieran con sus “más puros y espirituales compañeros” y buscaran la voluntad de Dios en este asunto. De inmediato, ellos se dedicaron a la oración. La respuesta de la hermana Clara y la del hermano Silvestre fueron iguales.

Cuando regresó el mensajero, San Francisco primero le lavó los pies y le preparó una comida. Luego se arrodilló ante el mensajero y le preguntó: “¿Qué me ordena que haga mi Señor Jesucristo?” El mensajero respondió lo que Cristo había revelado: “El quiere que vayas predicando por el mundo, pues Dios no te llamó sólo para ti mismo, sino también para la salvación de otros”. Al recibir el mensaje como indiscutible palabra de Cristo, San Francisco saltó diciendo: “Así que, vamos, en el nombre del Señor”.¹ De inmediato se embarcó en una misión de predicación. Esa dirección que él obtuvo le dio al primitivo movimiento franciscano una rara combinación de mística contemplación y de fervor evangelístico.

En esa experiencia, Francisco hizo más que buscar el asesoramiento de consejeros sabios. El estaba buscando un método que abriera las puertas del cielo para revelar la mente de Cristo y, como tal, lo tomó para bien de todos aquellos a quienes ministró.

Otro modelo de asesoramiento colectivo se puede hallar en lo que algunos han llamado "reuniones para buscar la claridad". Tales reuniones se convocan específicamente para buscar la mente del Espíritu Santo para alguna cuestión individual. Recientemente un joven talentoso me pidió consejo con respecto a su futuro. Se había graduado del colegio universitario y estaba luchando por saber si debía entrar al ministerio cristiano o no. El se había beneficiado de todas las pruebas vocacionales y de los cursos que se habían ofrecido en el colegio pero aún estaba indeciso. Yo sinceramente no sabía qué sería lo mejor para él; así que le sugerí que convocara una reunión para buscar claridad. Así es que él reunió a un grupo de personas que lo conocían bien, que poseían madurez espiritual y que no tenían temor de ser sinceros y honestos con él. No hubo visiones conmovedoras que dar a mi amigo, pero esa noche, mientras adoraban y compartían, ellos se convirtieron en una comunidad de apoyo. A lo largo de un período, los dones y el llamamiento de ese joven fueron confirmados, y hoy él está en el ministerio pastoral.

La Iglesia del Salvador en Washington, D. C., dio origen a un concepto similar. Cuando cualquier miembro de la iglesia siente que Dios lo ha llamado a establecer un grupo misionero particular, o a aventurarse en cierto servicio particular, ellos "anuncian el llamamiento". Eso se hace al terminar un servicio de adoración. El individuo comparte la visión que tiene. Después, a todos los que quieran se les invita a reunirse con la persona para "probar el llamamiento". Reunidos ellos, prueban el asunto con oración, con preguntas, con escudriñamiento. Algunas veces se siente que la idea es producto de un falso entusiasmo y se la abandona. En otras ocasiones, se confirma por medio de las oraciones y la interacción del grupo. Tal vez otros de los presentes en esta reunión sean atraídos al llamamiento, y lo conviertan en llamamiento para ellos también. Así se forma

una "compañía de los llamados".

Asuntos de suma importancia personal se han presentado a la comunidad de creyentes para buscar discernimiento. Recientemente, dos personas se presentaron ante nuestra comunidad de creyentes y declararon que ellos sentían la dirección del Señor para casarse, y deseaban la confirmación del cuerpo dirigido por el Espíritu Santo. Se pidió a varias personas que conocían bien a la pareja que se reunieran con ellos. Su informe fue el siguiente:

El comité especial designado para comunicarse con Marcos y Rebeca en lo relacionado a sus planes matrimoniales, se siente complacido en presentar el más positivo informe.

Nos reunimos con Marcos y Rebeca y pasamos una noche de compañerismo y oración sumamente agradable. Compartimos nuestro interés relacionado con la santidad de la familia, que es el corazón del plan de Dios para las relaciones humanas. Nos dejó impresionados el hecho de que Marcos y Rebeca dependen de la dirección del Señor, esperan problemas potenciales y tienen una comprensión madura de que el éxito matrimonial depende de una continua dedicación del uno al otro, y al Señor.

Nos complace recomendar los planes de Marcos y Rebeca para la reunión de Newberg. Creemos que el hogar de ellos reflejará la influencia de oración y amor que hubo en los hogares de su niñez y en la comunidad de la iglesia, cuando unan su amor en la relación establecida por Dios.

El comité siente una cordialidad especial hacia Marcos y Rebeca, la cual esperamos continuará en una relación pastoral.*

Esto es más que simplemente colocar el sello de aprobación. No hace mucho decidieron casarse dos individuos de la fraternidad. En privado, varias personas les habían aconsejado que no dieran tal paso, aunque parecían estar determinados y ya habían obtenido los papeles para la licencia matrimonial. Finalmente, una pareja matrimonial en quienes los dos confiaban y a quienes respetaban, los animaron a que presentaran el asunto ante toda la iglesia y solicitaran un asesoramiento co-

*Marcos y Rebeca me concedieron permiso para narrar su historia. La carta reposa en el archivo de actas de la Iglesia de los Amigos en Newberg. Fue archivada el 6 de agosto de 1975.

lectivo. Así lo hicieron en el siguiente culto que aparecía en el programa de la iglesia (que no era el de adoración del domingo por la mañana).

Con ternura y seriedad, la pareja explicó las razones que tenían para desear unirse en matrimonio. Una actitud de adoración dominó al grupo mientras se hacían preguntas y se daban respuestas. Al fin del culto se animó a los ancianos y a otros individuos interesados a fin de que continuaran reuniéndose con la pareja. La reunión de este grupo estuvo impregnada de un profundo sentido de ternura y oración, mientras el grupo trataba de oír la voz del Señor sobre el particular. Después de algún tiempo, todo el grupo llegó a sentir unanimidad y, con un increíble espíritu de compasión les dijeron a los que querían casarse que el grupo creía que no era prudente que se casaran en ese tiempo.

Para nuestro grupo, esta fue una experiencia nueva, y fue sumamente difícil aconsejarlos en contra de sus deseos. Sin embargo, sentimos claramente que habíamos discernido de manera correcta la mente de Cristo. Muchos esperamos la respuesta de ellos con temor y temblor. Se asomaban preguntas a nuestra mente: “¿Nos presentamos como autócratas y legisladores? ¿Fuimos suficientemente sensibles a los sentimientos de ellos?”

Al recibir el discernimiento del cuerpo de la iglesia, mediante un acto genuino de madurez espiritual, la pareja decidió posponer el matrimonio. Posteriormente decidieron no casarse. El tiempo ha demostrado que esta decisión fue prudente.*

Este relato pone de manifiesto la importancia de acercarnos a tales asuntos en el contexto de una comunidad amorosa. Sin contar con un sentido de apoyo y solicitud, tales asuntos pudieran convertirse en leyes que matan el alma.

Es posible decidir asuntos de la iglesia con un sentido de asesoramiento colectivo dirigido por el Espíritu Santo. Los cuáqueros han hecho eso durante años, y han demostrado que es factible tal enfoque. Las reuniones de negocios deben conside-

*Los dos individuos de este caso dieron su consentimiento para narrar su historia. Los dos continúan creciendo “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”(2 Pedro 3:18).

rarse como servicios de adoración. Los hechos disponibles pueden presentarse y discutirse con el objeto de oír la voz de Cristo. Los hechos sólo constituyen un aspecto del proceso de decisión y no son conclusivos en sí mismos. El Espíritu puede dirigir de manera contraria los hechos disponibles o en conformidad con ellos. El implantará un espíritu de unidad cuando se haya escogido el sendero correcto, y nos atribulará con desasosiego cuando no lo hayamos oído correctamente. El principio de unanimidad, y no el de mayoría, es el que rige cuando buscamos la dirección del Señor de manera colectiva. La unanimidad dada por el Espíritu va mucho más allá que el mero acuerdo. Es la percepción de que hemos oído la voz de Dios (*kol Yahweh*).

Una ilustración clásica y conmovedora de esto ocurrió en 1758. John Woolman y otros habían punzado la conciencia de la Sociedad de amigos con respecto a su participación en la institución demoníaca de la esclavitud. Cuando la Convención Anual de Filadelfia se congregó para sus reuniones de negocios ese año, la esclavitud fue uno de los principales puntos de la agenda. Había mucho en juego y el asunto fue debatido acaloradamente. John Woolman se sentó en silencio durante varias sesiones, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas. Finalmente, después de horas de agonizante oración, se puso de pie y habló:

Mi mente es llevada a considerar la pureza del Ser divino y la justicia de su juicio, y en esto mi alma se cubre de horror . . . Muchos esclavos en este continente son oprimidos, y sus clamores han llegado a los oídos del Altísimo . . . Debíamos ser ahora sensibles a lo que él requiere de nosotros; pero por respeto a los intereses privados de algunas personas, o por consideración a algunas amistades que no se basan en un fundamento inmutable, dejamos de cumplir nuestro deber con firmeza y constancia . . . Con justicia, Dios puede respondernos mediante cosas terribles en este asunto.²

Toda la Convención Anual se fundió en un espíritu de unidad, como resultado de este testimonio compasivo. Como una sola voz respondieron que quitarían la esclavitud de en medio de ellos. John Greenleaf Whittier declaró que esas sesiones “tienen que ser consideradas siempre como una de las más impor-

tantes convocaciones religiosas en la historia de la Iglesia Cristiana".³

Esa decisión unida fue particularmente impresionante si comprendemos que los cuáqueros fueron la única corporación que pidió a los amos de esclavos que les pagaran el tiempo de esclavitud.* También es sorprendente el hecho de que, por el impulso del Espíritu Santo, los cuáqueros habían hecho voluntariamente algo que no estaba dispuesto a hacer ninguno de los líderes revolucionarios que se levantaron contra la esclavitud: George Washington, Thomas Jefferson, Patrick Henry. Tan influyente había sido la decisión unánime de 1758, que cuando se firmó la Declaración de Independencia los cuáqueros ya se habían librado completamente de la institución de la esclavitud.

Muchas de las comunidades cristianas que están brotando en el mundo han descubierto lo real y lo práctico de decidir en los negocios por medio de la dirección de Espíritu. Grupos tan diversos como la Confraternidad de Reba Place en Illinois, la Sociedad de Hermanos en Nueva York y la Hermandad de María en Darmstadt, Alemania, operan basados en la unidad dirigida por el Espíritu Santo. Se acercan a los asuntos con la seguridad de que puede conocerse la mente del Espíritu. Se reúnen en el nombre de Cristo, con la fe de que la voluntad de él se encarnará en la mente de ellos. No buscan compromiso, sino un consenso dado por Dios.

Una vez asistí a un sesión de asuntos en que había unas doscientas personas, en la cual se había debatido seriamente un asunto. Aunque había una notable diferencia de opinión, cada uno de los miembros deseaba sinceramente oír y obedecer la voluntad de Dios. Luego de un tiempo considerable comenzó a surgir un sentido unido de dirección entre ellos, con excepción de unos pocos individuos. Finalmente, uno de estos individuos se puso en pie y dijo: "Yo no me siento bien con respecto a este curso de acción, pero espero que el resto de ustedes me amen lo

*No se conocen registros exactos de la cantidad que se pagó, aunque en aquel tiempo era común pagar el salario anual. En una solicitud que hizo el señor F. Buston a la Cámara de los Comunes para que aboliera la esclavitud, dijo que a Los Amigos de Carolina del Norte les había costado 50.000 libras la liberación de sus esclavos.

suficiente para trabajar conmigo hasta que yo tenga la misma seguridad de la dirección de Dios que tienen ustedes, o hasta que Dios nos abra otro camino".

Como observador extraño, me sentí conmovido por la manera tierna como el grupo respondió a esta súplica. Por todo el auditorio comenzaron a formarse pequeños grupos para compartir, para oír, para orar. Cuando ellos hubieron llegado a una decisión unánime, yo había apreciado mucho más la manera en que los cristianos deben ser "solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efesios 4:3). Tales expresiones de la función central de la búsqueda de dirección en forma colectiva se hallan entre las señales más saludables de vitalidad espiritual hoy.

El director espiritual

En la Edad Media, ni siquiera los santos más grandes intentaron llegar a las profundidades del viaje interno sin la ayuda de un director espiritual. Hoy este concepto casi no se entiende, y mucho menos se practica, excepto en el sistema monástico católico. Eso es lamentable, pues la idea de un director espiritual es altamente aplicable a la escena contemporánea. Es una bella expresión de la dirección divina a través de la ayuda de hermanos en Cristo.

La dirección espiritual tiene una historia ejemplar. Muchos de los primeros directores espirituales fueron los Padres del desierto, quienes eran tenidos en gran estima por su capacidad para "discernir los espíritus". Las personas viajaban con frecuencia muchos kilómetros por el desierto sólo para oír una breve palabra de consejo, o una "palabra de salvación", que resumiera la voluntad y el juicio de Dios para ellos en la situación concreta por la que atravesaban. Los llamados "Dichos de los padres" (*Apophthegmata*) constituyen un elocuente testimonio de la sencillez y profundidad de este asesoramiento espiritual. Muchos de los hermanos legos cirtercienses en la Inglaterra del siglo XII se distinguieron por su capacidad para comprender y guiar a las almas.

¿Cuál es el propósito de contar con un director espiritual?

El místico benedictino del siglo XVII Don Augustine Baker, escribió: "En una palabra, él es un ujier de Dios, y tiene que guiar a las almas por el camino de Dios, y no según su capricho".⁴ Su objetivo es sencilla y claramente dirigirnos hacia nuestro real Director. El es el medio de Dios para abrir el sendero hacia la enseñanza interna del Espíritu Santo.

Su función es pura y simplemente carismática. El dirige sólo por la fuerza de su propia santidad personal. No es un superior ni ninguna autoridad eclesiásticamente designada. Su relación es la de un consejero para con un amigo. Aunque el director obviamente ha avanzado en las profundidades internas, los dos están aprendiendo y creciendo juntos en el reino del Espíritu.

Todo esto que hablamos sobre "alma" y "espíritu" pudiera llevarnos a pensar que la dirección espiritual sólo se refiere a un pequeño rincón o compartimiento de nuestra vida. Es decir, acudiríamos a un director espiritual para atender a nuestro espíritu de la manera como acudiríamos a un oftalmólogo para cuidar de nuestros ojos. Tal enfoque es falso. La dirección espiritual se relaciona con la persona integral y sus relaciones en toda la vida. Thomas Merton se refirió a un director espiritual ruso quien fuera criticado por pasar mucho tiempo aconsejando seriamente a una anciana labriega con respecto a la manera de cuidar sus pavos. "No, en absoluto —replicó él—, *toda la vida* de ella está en esos pavos".⁵ La dirección espiritual toma las experiencias concretas diarias de nuestra vida y les da significado sagrado. "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Corintios 10:31).

La dirección espiritual nace en primer lugar de las espontáneas relaciones humanas naturales. Para su funcionamiento no es esencial un sistema jerárquico ni de organización; más bien le es destructivo. Las clases ordinarias de solicitud y participación que hay en la comunidad cristiana son el punto de comienzo de la dirección espiritual. De ella fluirá "la autoridad del reino" por medio de la mutua subordinación y del mutuo servicio.

El director espiritual tiene que ser un individuo que haya desarrollado una agradable aceptación de sí mismo. Es decir, una madurez genuina tiene que impregnar toda la vida de dicha

persona. A tales personas no las conmueven las fluctuaciones de los tiempos. Pueden absorber el egoísmo, la mediocridad y la apatía que las rodean y transformarlos. Son desprejuiciadas y firmes. Tienen que tener compasión y dedicación.

Como Pablo, quien pensó que Timoteo era su "amado hijo", tales personas tienen que estar preparadas para asumir ciertas responsabilidades de parentesco. Tienen que tener un firme amor que se niegue a aprobar todo capricho. También deben saber suficiente acerca de la psicología humana, a fin de que no refuercen las necesidades inconscientes e infantiles de autoritarismo.

Un director espiritual tiene que ser un individuo que está en marcha hacia lo interno y dispuesto a compartir sus propias luchas y dudas. Tiene que haber la comprensión de que juntos están aprendiendo de Jesús, su verdadero Maestro.

¿Cómo se arregla tal relación? Como todas las demás cosas en el reino de Dios, se arregla por medio de la oración. Presentamos y dejamos reposar nuestro caso en las manos de Dios, y esperamos con paciencia que se manifieste su manera de guiarnos. Si él nos invita a que hablemos con alguien o hagamos ciertos arreglos, con gusto debemos obedecer. Tales relaciones pueden llegar a formalizarse, como ocurre con algunas órdenes monásticas, pero no tienen que ser así. Si tenemos la humildad para creer que podemos aprender de nuestros hermanos en Cristo, y la comprensión de que algunos de ellos han avanzado más hacia el Centro divino que otros, podemos entender la necesidad de la dirección espiritual. Virgil Vogt, de la Fraternidad de Reba Place, ha dicho: "Si usted no puede oír a su hermano, no puede oír al Espíritu Santo".⁶

Al reflexionar sobre el valor de este ministerio de los cristianos durante siglos, Thomas Merton dijo que el director espiritual era algo así como "un padre espiritual que 'engendró' la vida perfecta en el alma de su discípulo, ante todo por medio de sus instrucciones, pero también por medio de sus oraciones, su santidad y su ejemplo. Él fue . . . una clase de 'sacramento' de la presencia del Señor en la comunidad eclesiástica".⁷

Los límites del asesoramiento colectivo

Como todos sabemos, existen peligros en el asesoramiento colectivo así como los hay en la búsqueda personal de la dirección divina. Tal vez el peligro más amenazante sea la manipulación y el control. Si el asesoramiento colectivo no se maneja dentro del contexto más amplio de la gracia que todo lo impregna, degenera hasta convertirse en un modo ineficaz para enderezar la conducta desviada. Se convierte en cierta clase de fórmula casi mágica a través de la cual el grupo puede imponer su voluntad al individuo, un "sistema papal" a través del cual todas las opiniones divergentes pueden ponerse a raya.

Tal perversión manipulante da como resultado el sofocamiento de la fresca vitalidad espiritual. El profeta Isaías dijo con respecto al Mesías: "No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humear" (Isaías 42:3; Mateo 12:20). El método de Jesús no es el de aplastar a la persona más pequeña, ni el de apagar la más pequeña esperanza. La ternura hacia cada situación individual tiene que dar forma a nuestras deliberaciones. En una ocasión, George Fox estaba debatiendo e iba derrotando por completo a un tal Nathaniel Stephens. Abruñado, Stephens declaró que "George Fox ha entrado en la luz del sol, y ahora piensa apagar mi luz de estrellas". Fox escribió: "Pero le dije: 'Nathaniel, dame tu mano'; luego le dije que yo no apagaría la más pequeña medida de Dios en ninguna persona, mucho menos apagaría su luz de estrellas".⁸

Otro peligro está en que el asesoramiento colectivo llegue a separarse de las normas bíblicas. La Escritura tiene que impregnar y penetrar todos nuestros pensamientos y acciones. El Espíritu único nunca nos guiará de manera contraria a la Palabra escrita que él inspiró. Siempre tiene que haber la autoridad bíblica externa así como también la autoridad interna del Espíritu Santo. De hecho, la misma Biblia es una forma de consejo colectivo. Es una manera como Dios habla a través de la experiencia de su pueblo. Ese es un aspecto de "la comunión de los santos".

Dallas Willard dijo: "El objeto de Dios en la historia es la creación de una comunidad global de personas amorosas, en la

cual se incluye a Sí mismo como su primer Sustentador y su más glorioso Habitante".⁹ Tal comunidad viviría bajo el gobierno total e inmediato del Espíritu Santo. Ese pueblo estaría ciego a todas las demás lealtades a causa del resplandor de Dios, sería una comunidad compasiva que encarnaría la ley del amor tal como se vio en Jesucristo. Constituirían un ejército obediente del Cordero de Dios, bajo la dirección de las disciplinas espirituales, una comunidad en proceso de total transformación a partir de adentro, un pueblo determinado a vivir en conformidad con las demandas del evangelio en un mundo secolar. Estos individuos serían tiernamente agresivos, mansamente poderosos, sufridos y vencedores. Tal comunidad, formada en un molde raro y apostólico, constituiría un nuevo agrupamiento del pueblo de Dios. Que el Dios todopoderoso congregate a tal pueblo en nuestro día.

13. LA DISCIPLINA DEL GOZO

El fin y deber principal del hombre es amar a Dios y disfrutar de él para siempre. — Catecismo de Westminster

El júbilo está en el corazón del camino de Cristo. El entró en el mundo con una alta nota de júbilo: “. . . os doy nuevas de gran gozo [exclamó el ángel], que será para todo el pueblo” (Lucas 2:10). Cuando abandonó el mundo legó su gozo a los discípulos: “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:11).

André Trocmé, en su obra *Jésus-Christ et la révolution non-violente* y posteriormente John Howard Yoder, en su libro *The Politics of Jesus*, se extienden bastante en la demostración de que Jesús comenzó su ministerio público proclamando el año del jubileo (Lucas 4:18, 19). Las implicaciones sociales de tal concepto son profundas.* Igualmente penetrante es la comprensión de que, como resultado de eso, somos llamados a un perpetuo júbilo del Espíritu. Tal libertad tan radical y divinamente concedida de las posesiones, y tal reestructuración de los arreglos sociales no pueden menos que producirnos júbilo. Cuando los pobres reciben las buenas nuevas, cuando los cautivos son liberados, cuando los ciegos reciben la vista, cuando los oprimidos son liberados, ¿quién puede retener el grito de júbilo?

En el Antiguo Testamento, todas las estipulaciones sociales

*Johannes Hoekendijk escribe: “el jubileo es el éxodo expresado en función de la salvación social . . .” (*Union Seminary Quarterly Review*), “La misión: un júbilo de la libertad”, enero de 1966, pág. 141.

del año de jubileo: la anulación de todas las deudas, la libertad de los esclavos, el hecho de no planificar cosechas, la devolución de las posesiones a su propietario original: constituían un júbilo por la bondadosa provisión de Dios. Se podía confiar en que Dios proveería lo necesario. El había declarado: “. . . yo os enviaré mi bendición . . .” (Levítico 25:21). La libertad de los afanes y preocupaciones constituyen la base del júbilo. Por el hecho de que sabemos que él nos cuida podemos echar toda nuestra solicitud en él. Dios ha cambiado nuestro gemido en danza.

En la sociedad contemporánea no existe el espíritu libre de cuidados y de gozosa festividad. La apatía, y aun la melancolía, dominan en nuestros tiempos. Harvey Cox dice que el hombre moderno ha sido presionado “tan fuertemente hacia las obras útiles y hacia el cálculo racional que casi ha olvidado el gozo del júbilo extático. . .”.¹

El gozo da fortaleza a la vida

El júbilo trae gozo a la vida, y el gozo nos hace fuertes. La Escritura nos dice que el gozo del Señor es nuestra fortaleza (Nehemías 8:10). Sin él no podemos continuar por mucho tiempo en ninguna cosa. Podemos comenzar a recibir clases de piano a fuerza de voluntad, pero, sin gozo, no continuaremos recibéndolas durante mucho tiempo. De hecho, la única razón por la cual podemos comenzar es que sabemos que el gozo será el resultado final. Eso es lo que sostiene a todos los novicios: saben que cuando lleguen a dominar lo que están aprendiendo habrá un sentido de placer, de disfrute, de gozo.

El júbilo es fundamental en todas las disciplinas espirituales. Sin un espíritu de gozo y festividad, las disciplinas se vuelven monótonas, herramientas que respiran muerte en las manos de los fariseos modernos. Toda disciplina debe caracterizarse por una alegría libre de preocupaciones y un sentido de acción de gracias.

El gozo es uno de los frutos del Espíritu (Gálatas 5:22). A menudo, me inclino a pensar que el gozo es el motor, aquello que mantiene en marcha todo lo demás. Si no se infunde un júbilo gozoso en las demás disciplinas, temprano o tarde las

abandonaremos. El gozo produce energía. Nos fortifica.

Al antiguo Israel se le ordenó congregarse tres veces por año para celebrar la bondad de Dios. Esos eran los festivales anuales en el más alto sentido del término. Eran las experiencias que daban fortaleza y cohesión al pueblo de Israel.

El sendero que conduce al gozo

En la vida espiritual, sólo hay una cosa que producirá gozo genuino: la obediencia. El antiguo himno nos dice que no hay otra manera de ser felices en Jesús: “debéis obedecer”. El autor del himno había recibido su inspiración igual a la bienaventuranza de la obediencia. En una ocasión, una mujer de entre la multitud le gritó: “Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste”. Jesús respondió: “Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (Lucas 11:27, 28). ¡Es más bienaventurado obedecer que haber sido la madre del Mesías!

En 1870, Hannah Whitall Smith escribió lo que ha llegado a ser un clásico del cristiano gozoso: *El secreto de una vida feliz*.² El título difícilmente indica las profundidades de ese libro perceptivo. No hay nada superficial en “cuatro pasos fáciles hacia la vida de éxito”. De manera solícita, la escritora define la configuración de una vida plena y abundante escondida en Dios. Luego, con mucho cuidado ella manifiesta las dificultades de este camino y, finalmente, esboza los resultados de una vida entregada en las manos de Dios. ¿Cuál es el secreto del cristiano para una vida feliz? Pudiera resumirse mejor en el capítulo de ella titulado “El gozo de la obediencia”. El gozo viene por medio de la obediencia a Cristo y es el resultado de la obediencia a él. Sin la obediencia, el gozo es vacío y artificial.

Para que se produzca el genuino júbilo, la obediencia tiene que obrar en el tejido ordinario de nuestra vida diaria. Sin eso, nuestro júbilo tiene un sonido hueco. Por ejemplo, algunas personas viven de tal manera que es imposible que tengan cualquier clase de felicidad en su hogar; pero luego acuden a la iglesia y cantan y oran “en el espíritu”, con la esperanza de que de algún modo Dios les infundirá algo de gozo para pasar el día.

Están buscando alguna clase de transfusión celestial que pase por encima de la desdicha de sus vidas diarias y les dé gozo. Pero el deseo de Dios no es el de pasar por encima de la desdicha de ellos, sino el de transformarla.

Necesitamos entender que Dios sí nos infunde algunas veces algo de gozo aun en medio de nuestra amargura y terquedad. Pero esa es una situación anormal. El medio real de Dios para traer su gozo consiste en redimir y santificar las coyunturas ordinarias de la vida humana. Cuando los miembros de una familia están llenos de amor y compasión, y de un espíritu de servicio los unos a los otros, esa familia tiene razón para manifestar júbilo.

Hay algo triste en la mudanza de alguno de iglesia en iglesia, tratando de conseguir una inyección del “gozo del Señor”. Este gozo no se halla cantando cierta clase de música en particular, ni en reunirse con el tipo preciso de personas, ni siquiera en ejercitar los carismas del Espíritu, aunque todo eso puede ser muy bueno. *El gozo se halla en la obediencia*. Cuando el poder que hay en Jesús penetra en nuestro trabajo y en nuestro descanso y los redime, habrá gozo donde antes hubo lamentación. Pasar por alto esto es perder el significado de la Encarnación.

Esa es la razón por la cual coloqué el gozo al fin de este estudio. El gozo es el resultado final de que las disciplinas espirituales hayan funcionado en nuestra vida. Dios produce la transformación de nuestra vida por medio de las disciplinas, y mientras no haya obra de transformación en nosotros, no experimentaremos el gozo genuino. Muchas personas tratan de llegar al gozo con demasiada prontitud. A menudo, tratamos de llenar a la gente de gozo cuando en realidad no ha ocurrido nada en sus vidas. Dios no ha penetrado en la experiencia rutinaria de sus vidas diarias. El gozo viene cuando son redimidas las aventuras comunes de la vida.

Es importante evitar la clase de gozo que realmente no es una celebración de nada. Peor aún es pretender celebrar cuando el espíritu de gozo no está en nosotros. Nuestros hijos nos observan cuando bendecimos los alimentos y pronto procedemos a acongojarnos por esos mismos alimentos: bendiciones que no

son bendiciones. Una de las cosas que casi destruye a los niños es obligarlos a estar agradecidos cuando en realidad no lo están. Si pretendemos tener un aire de gozo, nuestro espíritu interno lo contradice.

Hoy hay una enseñanza popular que nos instruye a alabar a Dios por las diversas dificultades que vienen a nuestra vida: y afirma que hay un gran poder transformador en alabar a Dios de esta manera. En su mejor forma, tal enseñanza consiste en animarnos a mirar el camino un poco a través de los ojos de la fe, y a ver lo que ocurrirá. Afirma en nuestros corazones la gozosa seguridad de que Dios toma todas las cosas y hace que obren para bien de los que le aman. En su peor forma, esta enseñanza niega la vileza del pecado y acepta las más horribles tragedias como manifestaciones de la voluntad de Dios. La Escritura nos ordena a vivir con un espíritu de acción de gracias en medio de todas las situaciones; no nos ordena a que tengamos gozo por la presencia del mal.

El espíritu de gozo libre de cuidados

El apóstol Pablo nos hace un llamado: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4:4). ¿Pero cómo debemos hacer eso? “Por nada estéis afanosos”, responde el Apóstol. Ese es el lado negativo del regocijo. El lado positivo es el siguiente: “. . . sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. ¿Y el resultado? “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6, 7).

Pablo nos instruyó sobre cómo podemos estar siempre gozosos. El primer consejo que dio fue: “por nada estéis afanosos”. Por supuesto, Jesús dio el mismo consejo cuando dijo: “No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir” (Mateo 6:25). En ambos casos se usó el mismo verbo que se tradujo “Estéis afanosos” y “afanéis”. Los cristianos somos llamados a estar libres de afanes, pero tal manera de ser nos parece extraña. Desde cuando teníamos dos años de edad, nos hemos preparado

para preocuparnos. Cuando nuestros niños corren hacia el autobús escolar, les gritamos: “Tengan cuidado”. Es decir, preocúpate por ti mismo.

El espíritu de júbilo no estará en nosotros mientras no aprendamos a no estar “afanosos” por nada. Y jamás tendremos una indiferencia libre de preocupación por las cosas mientras no confiemos en Dios por completo. Por esta razón, el jubileo era una celebración muy importante en el Antiguo Testamento. Nadie osaría celebrar el jubileo, a menos que tuviera la profunda confianza de que Dios era capaz de proveerle lo que necesitara.

Cuando confiamos en Dios, quedamos enteramente libres para confiar que él conseguirá lo que necesitamos: “. . . sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. La oración es el medio por el cual movemos el brazo de Dios. Por tanto, podemos vivir con un espíritu de júbilo libre de cuidados.

Pablo, sin embargo, no terminó el asunto allí. Procedió a decirnos que debemos fijar nuestra mente en todas las cosas de la vida que son verdaderas, honestas, justas, puras, amables y de buen nombre. Dios creó un orden lleno de cosas excelentes y buenas, y de allí se deduce naturalmente que si pensamos en esas cosas seremos felices. Ese es el sendero hacia el gozo establecido por Dios. Si pensamos que sólo tendremos gozo orando y cantando salmos, quedaremos desilusionados. Pero si llenamos nuestra vida de cosas sencillas y buenas, y constantemente damos gracias a Dios por ellas, disfrutaremos del gozo. ¿Y qué diremos de nuestros problemas? Cuando determinamos fijar nuestra mente en las cosas buenas y excelentes de la vida, nuestra vida estará tan llena de esas cosas, que tenderán a tragarse nuestros problemas.

La decisión de poner la mente en las cosas más elevadas de la vida es un acto de la voluntad. Por esta razón el júbilo es una disciplina. No es algo que cae sobre nuestra cabeza. Es el resultado de un modo de pensar y de vivir que elegimos conscientemente. Cuando elegimos ese camino, la sanidad y la redención de Cristo penetrarán en lo recóndito de nuestra vida y relaciones, y el resultado inevitable de eso será el gozo.

Los beneficios del gozo

El beneficio más importante del júbilo es el que nos salva de tomarnos a nosotros mismos demasiado en serio. Esa es una gracia que necesitan urgentemente todos los que son serios con respecto a las disciplinas espirituales. Un riesgo ocupacional que corren las personas devotas es el de llegar a ser pesadas y aburridas. No debiera ser así. De todas las personas, nosotros debiéramos ser los más libres, vivos e interesantes. El gozo agrega una nota de alegría, festividad e hilaridad a nuestra vida. Al fin y al cabo, Jesús se regocijó tan plenamente de la vida que fue acusado de ser un hombre comilón y bebedor. La vida de muchos de nosotros es tan agria, que no hay la posibilidad de que pudiera acusárenos de tales cosas.

Ahora bien, con esto no estoy recomendando retozar periódicamente en el pecado, pero sí sugiero que necesitamos experiencias de alborozo más profundas y terrenales. El hecho de cultivar el aprecio de la vida es algo que sana y refresca. Nuestro espíritu puede llegar a fatigarse con el esfuerzo de buscar a Dios, así como nuestro cuerpo puede fatigarse con el exceso de trabajo. El gozo nos ayuda a relajarnos y a disfrutar de las buenas cosas de la tierra.

El gozo puede ser un antídoto eficaz para la tristeza periódica que puede constreñir y oprimir el corazón. François Fénelon, en un capítulo titulado "*Helps in Sadness*", aconsejó a aquellos que estaban doblados por las cargas de la vida a que se animaran "con la buena conversación, aun divirtiéndose".³

El gozo nos ofrece perspectiva. Podemos reírnos de nosotros mismos. Llegamos a creer que las causas de las cuales somos campeones no son tan monumentales como nos gustaría creerlo.

Con el gozo, los altos y poderosos vuelven a ganar su equilibrio, y los débiles y bajos reciben nueva estatura. ¿Quién puede ser alto o bajo en un festival de Dios? Juntos, el rico y el pobre, el poderoso y el que no tiene poder, celebran la gloria y la maravilla de Dios. No hay ningún nivelador de sistemas de castas como la festividad.

Así, libres de un concepto inflado de nuestra propia importancia, también quedamos libres de nuestro espíritu crítico.

Otros ya no nos parecen tan terribles, tan poco espirituales. Los goces comunes pueden compartirse sin someterlos a criterios mojigatos de valoración.

Finalmente, una característica interesante del gozo es que conduce a una mayor celebración. El gozo engendra gozo. La risa engendra risa. Es una de aquellas pocas cosas de la vida que al darla, la multiplicamos. Kierkegaard dijo que "el humor es siempre una pareja escondida".⁴

La práctica del gozo

Si el gozo es esencialmente una disciplina colectiva, y si trae tal beneficio al pueblo de Dios, ¿cómo se practica? Esta es una buena pregunta pues las personas modernas han llegado a ser tan mecanizadas, que hemos extinguido casi todas las experiencias de gozo espontáneo. Nuestras experiencias en ello son artificiales, y plásticas.

A causa de la bondad de Dios, el corazón irrumpe en salmos e himnos y cánticos espirituales. La adoración, la alabanza, la danza, la risa fluyen de las cámaras internas. El salmista declaró: "De Jehová es la tierra y su plenitud" (Salmos 24:1). En el salmo 150 vemos la manifestación de gozo del pueblo de Dios con trompeta, con salterio y arpa, con cuerdas y flauta, con címbalos resonantes,

¿Qué hacen los niñitos cuando están contentos? Hacen ruido, mucho ruido. No hay nada de malo en el ruido cuando se hace en el tiempo apropiado, así como no hay nada de malo en el silencio cuando es apropiado. Los niños danzan cuando tienen gozo. David saltó y danzó con toda su fuerza delante del Señor (2 Samuel 6:14, 16). Cuando los hijos de Israel se escaparon de las garras de Faraón por el poder de Dios, María la profetisa dirigió al pueblo en una gran danza de celebración (Exodo 15:20). La danza folklórica ha sido siempre una carrera de valores culturales y se la ha usado repetidas veces en celebraciones genuinas. Por supuesto, la danza puede tener manifestaciones malas y perversas, pero esa es una cuestión enteramente diferente.

La danza y el hacer ruido no son formas requeridas para el

gozo. Sólo son ejemplos, para imprimir en nosotros que la tierra y su plenitud son en realidad del Señor. Como Pedro, necesitamos aprender que nada que venga de la mano de Dios es inmundo (Hechos 10). ¡Tenemos la libertad de celebrar el poder de Dios con todo nuestro ser!

Podemos hacer algunas cosas específicas para cultivar el arte del gozo. Una de ellas consiste en acentuar los dones creadores de la fantasía y la imaginación. Harvey Cox observó que “las facultades del hombre para celebrar e imaginar se han atrofiado”.⁵ En otro lugar escribe: “Hubo un tiempo en que los visionarios eran canonizados y los místicos eran admirados. Ahora los estudiamos, nos reímos de ellos, tal vez aun los juzguemos. En todo sentido, la fantasía se mira con desconfianza en nuestro tiempo”.⁶

Nosotros, los de la nueva era, podemos arriesgarnos a ir contra la corriente. Saboreemos con libertad los juegos fantásticos de los niños. Veamos visiones y tengamos sueños. Jugueemos, cantemos, riámos. La imaginación puede poner en movimiento un flujo de ideas creadoras, y ejercer nuestra imaginación puede ser algo muy divertido. Sólo aquellos que están inseguros de su propia madurez le tendrán temor a tan deleitosa forma de júbilo.

Otra cosa que podemos hacer es convertir los eventos familiares en ocasiones de celebración y acción de gracias. Esto es particularmente cierto con respecto a las ceremonias pasajeras de nuestra cultura, como cumpleaños y graduaciones. Sin embargo, debe ser cierto con respecto a eventos menores, pero igualmente importantes. ¿Por qué dejar que la llamada “vispera de todos los santos” sea una fiesta pagana en conmemoración de los poderes de las tinieblas? Llena la casa o la iglesia de luz; canta y celebra la victoria de Cristo sobre las tinieblas. Que los niños (y los adultos) se vistan como personajes bíblicos o como algunos de los santos que han vivido a través de los siglos. Además, forma ceremonias regulares de celebración que no estén relacionadas con eventos históricos, sino con tu familia solamente. ¡Como familia, pasen más tiempo juntos, y canten!

Una tercera cosa que podemos hacer es aprovechar las fiestas que se celebran en nuestra cultura, y celebrarlas realmente.

La Navidad puede ser una causa perdida, pero el día de Resurrección ciertamente no lo es. Olvide el estilo de función primaveral y celebre el poder de la resurrección. Realicen juegos familiares de resurrección. Haga revivir el gozo del primero de mayo. Recoja flores y entréguelas a sus vecinos y amigos. Regocijese en la belleza del color y de la variedad.

En la Edad Media había una fiesta llamada fiesta de los tontos.⁷ Era un tiempo en que podían reírse y burlarse de todas la “vacas sagradas” de su día. Los clérigos menores remedaban y ridiculizaban a los superiores. Se satirizaba a los líderes políticos. Nosotros podemos vivir sin la excesiva sensualidad que a menudo acompañaba a aquellas festividades, pero, realmente, necesitamos una ocasión para reírnos de nosotros mismos. En vez de irritarnos y pelear contra las costumbres sociales de nuestro día, haríamos bien en hallar modos para reírnos de ellas.

No estamos limitados a los festivales establecidos; podemos desarrollar los nuestros. Recientemente, la fraternidad de nuestra iglesia realizó una noche un programa de celebración para manifestar aprecio a los pastores. Cada familia diseñó una tarjeta casera. Varios grupos prepararon escenas cómicas, dramas, lecturas, chistes. Como uno de esos pastores, puedo decir que esa fue una noche de hilaridad.

El gozo nos fortalece para vivir en todas las demás disciplinas. Las demás disciplinas persiguen fielmente libertarnos de aquellas cosas que han hecho desdichada a nuestra vida durante años, lo cual a su vez evoca una celebración creciente. Así se forma un inquebrantable círculo de vida y poder.

Conclusión

Hemos llegado al fin de este estudio, pero sólo al comienzo de nuestra jornada. Hemos visto que la *meditación* eleva nuestra sensibilidad espiritual, lo cual a su vez nos conduce a la *oración*. Pronto descubrimos que la oración envuelve el *ayuno* como un medio acompañante. Estando al corriente de estas tres disciplinas, podemos movernos eficazmente hacia el *estudio*, el

cual nos da discernimiento acerca de nosotros mismos y del mundo en que vivimos.

Por medio de la *sencillez* vivimos con los demás en integridad. El *retiro* nos permite estar genuinamente presentes con las personas cuando estamos con ellas. Por medio de la *sumisión* vivimos con otras personas sin manipularlas, y por medio del *servicio* somos bendición para ellas.

La *confesión* nos libra de nosotros mismos y quedamos en libertad para *adorar*. La oración abre la *puerta* para que obtenemos la *dirección* de Dios. Cuando se ejercen con libertad, todas las disciplinas producen la doxología del *gozo*.

Las disciplinas clásicas de la vida espiritual nos hacen señas para que ascendamos a los montes Himalaya del Espíritu. Ahora estamos en el límite de la vegetación arbórea, asombrados ante los picos nevados que hay allá arriba. Salimos con confianza, acompañados de nuestro Guía, quien ha abierto el camino y ha coronado el pico más alto.

Algunas veces podemos desanimarnos en nuestro viaje. Los picos, en los cuales nos gustaría estar, parecen demasiado distantes. Estamos dolorosamente enterados de que aparentemente vagaremos de manera interminable por las montañas bajas de las estribaciones. Pero cuando miramos atrás, vemos que vamos avanzando, y en eso nos regocijamos.

El apóstol Pablo sabía que él tenía muchas alturas aún por conquistar. Sin embargo, en vez de desanimarse, sintió el desafío: "... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3:14). Ese es el mismo reto que tenemos hoy.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Capítulo 1

1. John Woolman, *The Journal of John Woolman*. Secaucus, New Jersey: The Citadel Press, 1972, pág. 118.
2. Thomas Merton, *Contemplative Prayer*. Garden City, New York: Doubleday & Co., Inc., 1969, pág. 37.
3. Heini Arnold, *Freedom from Sinful Thoughts: Christ Alone Breaks the Curse*. Rifton, New York: Plough Publishing House, 1973, pág. 94.
4. *Ibid.*, pág. 64.
5. *Ibid.*, pág. 82.
6. Frank S. Mead, editor, *Encyclopedia of Religious Quotations*. Londres: Peter Davis Ltd., 1965, pág. 400.

Capítulo 2

1. Morton T. Kelsey, *The Other Side of Silence: A Guide to Christian Meditation*. New York: Paulist Press, 1976, pág. 83.
2. R. D. Laing, *The Politics of Experience*. New York: Random House, Pantheon Books, 1967, pág. 101.
3. Thomas Merton, *Spiritual Direction and Meditation*. Minnesota: The Liturgical Press, 1960, pág. 59.
4. Morton Kelsey, en su obra *The Other Side of Silence*, hace un excelente análisis de la meditación oriental y de la cris-

- tiana. Véanse especialmente las págs. 1, 57, 98 y 121.
5. Merton, ob. cit., pág. 6.
 6. Peter-Thomas Rohrbach, *Conversation with Christ*. Chicago: Fides Publishers, Inc., 1956, pág. 31.
 7. Elizabeth O'Connor, *Search for Silence*. Waco, Texas: Word Books, 1971, pág. 117.
 8. Thomas Merton, *Contemplative Prayer*. Garden City, New York: Doubleday & Co., 1971, pág. 39.
 9. O'Connor, ob. cit., pág. 116.
 10. Kelsey, ob. cit., pág. 62.
 11. Merton, *Spiritual Direction and Meditation*, pág. 47.
 12. Merton, *Contemplative Prayer*, pág. 29.
 13. A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy*. New York: Harper & Brothers, 1961, pág. 20.
 14. O'Conner, ob. cit., pág. 95.
 15. Merton, *Spiritual Direction and Meditation*, pág. 98.
 16. Merton, *Contemplative Prayer*, pág. 59.
 17. Merton, *Spiritual Direction and Meditation*, pág. 75.
 18. Francisco de Sales, cita tomada de la versión inglesa de John K. Ryan, *Introduction to the Devout Life*; New York: Doubleday & Co., 1955, pág. 84.
 19. Kelsey, ob. cit., pág. 167.
 20. *Ibid.*, pág. 207.
 21. Agnes Sanford, *The Healing Gifts of the Spirit*. New York: J. B. Lippincott Co., 1966, pág. 22.
 22. Evelyn Underhill, *Practical Mysticism*. New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1943, pág. 90.
 23. Francisco de Sales, ob. cit., pág. 83.
 24. Dietrich Bonhoeffer, *The Way to Freedom*. New York: Harper & Row, 1966, pág. 59.
 25. Merton, *Spiritual Direction and Meditation*, págs. 88, 89.

Capítulo 3

1. E. M. Bounds, *Power Through Prayer*. Chicago: Moody Press (sin fecha), pág. 23.
2. *Ibid.*, pág. 38.
3. *Ibid.*, págs. 38, 77.

4. *Ibid.*, págs. 41, 54.
5. *Ibid.*, pág. 13.
6. Merton, *Contemplative Prayer*, pág. 11.
7. Soren Kierkegaard, *Christian Discourses*. (Traducción al inglés de Walter Lowie.) Oxford University Press, 1940, pág. 324.
8. Meister Eckhart, *Meister Eckhart*. (Traducción al inglés de C. de B. Evans, Vol. 1.) Londres: John M. Watkins, 1956, pág. 59.
9. Lynn J. Radcliffe, *Making Prayer Real*. New York: Abingdon-Cokesbury Press, 1952, pág. 214.
10. Frank C. Laubach, *Prayer, the Mightiest Force in the World*. New York: Fleming H. Revell Co., 1946, pág. 31.
11. Frank C. Laubach, *Learning the Vocabulary of God*. Nashville: The Upper Room Publishing Co., 1956, pág. 33.
12. Bounds, ob. cit., pág. 83.
13. Thomas R. Kelly, *A Testament of Devotion*. New York: Harper & Brothers Publishers, 1941, pág. 124.
14. *Ibid.*, pág. 35.
15. Bounds, ob. cit., pág. 35.

Capítulo 4

1. John Wesley, *The Journal of the Reverend John Wesley*. Londres: The Epworth Press, 1938, pág. 147.
2. David R. Smith, *Fasting: a Neglected Discipline*. Fort Washington, Pennsylvania: Christian Literature Crusade, 1969, pág. 6.
3. Arthur Wallis, *El ayuno escogido por Dios*. Puerto Rico: Editorial Betania, 1974, pág. 34.
4. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*. New York: The Macmillan Co., 1959, pág. 47.
5. Bounds, ob. cit., pág. 25.
6. John Wesley, *Sermons on Several Occasions*. Londres: Epworth Press, 1971, pág. 301.
7. Smith, ob. cit., pág. 39.
8. Kelly, ob. cit., pág. 35.

9. Wallis, *ob. cit.*, pág. 66.
10. O'Connor, *ob. cit.*, págs. 103, 104.
11. Wesley, *Sermons on Several Occasions*, pág. 297.

Capítulo 5

1. Martin Buber, *Tales of the Hasidim: Early Masters*. New York: Schocken Books, Inc., 1948, pág. 111.
2. André Gide, *If It Dies*. New York: Random House, 1935, pág. 83.
3. Evelyn Underhill, *Practical Mysticism*. New York: World Publishing Co., Meridian Books, 1955, págs. 93, 94.
4. Fyodor Dostoevski, *The Brothers Karamazov*. Cita tomada de la Enciclopedia Británica, Chicago, Great Books, 1952, pág. 167.
5. Charles Noel Douglas, editor, *Forty Thousand Quotations*. Garden City, New York: Halcyon House, 1940, pág. 1680.

Capítulo 6

1. Richard E. Byrd, *Alone*. G. P. Putnam's Sons, Inc., 1938, pág. 19.
2. Arthur G. Gish, *Beyond the Rat Race*. New Canaan, Connecticut: Keats Publishing, Inc., 1973, pág. 21.
3. *Ibid.*, pág. 20.
4. Kierkegaard, *ob. cit.*, pág. 322,
5. *Ibid.*, pág. 27.
6. Wesley, *Journal*, noviembre de 1767.
7. Ronald J. Sider, *Rich Christians in an Age of Hunger*. Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1977, pág. 18.
8. Kierkegaard, *ob. cit.*, pág. 344.
9. Woolman, *Journal*, págs. 144, 145.
10. *Ibid.*, pág. 168.
11. George Fox, *Works*. Filadelfia, 1831, Vol. 8, pág. 126, Epístola No. 131.

Capítulo 7

1. O'Connor, *ob. cit.*, pág. 132.
2. Dietrich Bonhoeffer, *Life Together*. New York: Harper & Row, 1952, págs. 77, 78.
3. Catherine de Hueck Doherty, *Poustinia: Christian Spirituality of the East for Western Man*. Notre Dame: Ave María Press, 1974, pág. 23.
4. Tomás de Kempis, *The Imitation of Christ*. New York: Pyramid Publications, Inc., 1967, pág. 18.
5. Woolman, *Journal*, pág. 11.
6. Bonhoeffer, *ob. cit.*, pág. 79.
7. Doherty, *ob. cit.*, pág. 212.
8. Juan de la Cruz, *The Collected Works of St. John of the Cross*. Garden City, New York: Doubleday & Co., Inc., 1964, pág. 296.
9. *Ibid.*, pág. 363.
10. *Ibid.*, pág. 295.
11. *Ibid.*, pág. 364.
12. *Ibid.*, pág. 365.
13. Bonhoeffer, *ob. cit.*, pág. 80.
14. Thomas Merton, *The Sign of Jonah*. New York: Harcourt, Brace and Co., 1953, pág. 261.
15. Doherty, *ob. cit.*, pág. 216.

Capítulo 8

1. Tomás de Kempis, *The Imitation of Christ*, en una antología titulada *The Consolation of Philosophy*. New York: Random House Publishers, 1943, pág. 139.
2. *Hymns of Worship*. Nappanee, Indiana: Evangel Press, 1963, pág. 248.
3. John Howard Yoder, *The Politics of Jesus*. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Co., 1972, págs. 181, 182.
4. *Ibid.*, pág. 181.
5. *Ibid.*, pág. 186.
6. Kempis, *ob. cit.*, pág. 172.

Capítulo 9

1. Kelly, *A Testament of Devotion*, pág. 124.
2. Francisco de Asís, *Selections from the Writings of St. Francis of Assisi*. Nashville: The Upper Room Press, 1952, pág. 25.
3. John Milton, *The Complete Works of John Milton*. New York: Crown Publishers, 1936, pág. 614.
4. C. H. Dodd, citado por William Barclay en *The Letters of John and Jude*. Filadelfia: The Westminster Press, 1960, págs. 68, 69.
5. William Law, *A Serious Call to a Devout and Holy Life*. Nashville: The Upper Room Press, 1952, pág. 26.
6. Kempis, pág. 211.
7. Hermano Ugolino di Monte Santa María, *The Little Flowers of St. Francis*. Garden City, New York: Doubleday & Co., 1958, págs. 58–60.
8. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*. New York: The Macmillan Co., 1963, pág. 188.
9. Jeremy Taylor, *The Rule and Exercises of Holy Living in Fellowship of the Saints: An Anthology of Christian Devotional Literature*. New York: Abingdon-Cokesbury Press, 1957, pág. 353.
10. Bonhoeffer, *Life Together*, pág. 99.
11. François Fénelon, *Christian Perfection*. Minneapolis: Bethany Fellowship Inc., 1975, pág. 34.
12. *Ibid.*, pág. 36.
13. Bernardo de Clairvaux, *St. Bernard on the Song of Songs*. Londres: A. R. Mowbray & Co., 1952, pág. 70.
14. Bonhoeffer, *Life Together*, pág. 97.
15. *Ibid.*, pág. 98.

Capítulo 10

1. Bonhoeffer, *Life Together*, pág. 112.
2. *Ibid.*, pág. 118.
3. Agnes Sanford, *ob. cit.*, pág. 110.

4. Bonhoeffer, *Life Together*, pág. 116.
5. St. Alphonsus Liguori, "A Good Confession", antología titulada *To Any Christian*, Londres: Burns & Oates, 1964, pág. 192.
6. Douglas Steere, *On Beginning from Within*. New York: Harper & Brothers, 1943, pág. 80.
7. Liguori, *ob. cit.*, pág. 193.
8. Geoffrey Chaucer, *The Canterbury Tales*. Baltimore: Penguin Books, 1959, pág. 23.
9. Bounds, *ob. cit.*, pág. 77.
10. Liguori, *ob. cit.*, pág. 195.
11. Bonhoeffer, *Life Together*, pág. 118.
12. Sanford, *ob. cit.*, pág. 117.

Capítulo 11

1. Tozer, *ob. cit.*, pág. 11.
2. *Ibid.*, pág. 21.
3. Frank C. Laubach, *Learning the Vocabulary of God*, págs. 22, 23.
4. Brother Lawrence, *The Practice of the Presence of God*. Nashville: The Upper Room Publishing Co., 1950, pág. 32.
5. Douglas Steere, *Prayer and Worship*. New York: The Edward W. Hazen Foundation, Inc., 1942, pág. 36.
6. Kelly, *The Eternal Promise*, pág. 72.
7. *Ibid.*, pág. 74.
8. George Fox, Epístola No. 288 (1672), citada en *Quaker Religious Thought*. Vol. 15, No. 2, invierno de 1973, 1974, pág. 23.
9. Fénelon, *ob. cit.*, pág. 4.
10. Thomas Merton, *Contemplative Prayer*, pág. 42.
11. James Nayler, *A Collection of Syndry Books, Epistles, and Papers, Written by James Nayler*. Impreso en Londres, 1716, pág. 378.
12. Willard Sperry, "Reality in Worship", publicado en *The Fellowship of Saints: An Anthology of Christian Devotional*

Literature. New York: Abingdon-Cokesbury Press, 1963, pág. 685.

Capítulo 12

1. Hermano Ugolino, *ob. cit.*, págs. 74–78.
2. Rufus M. Jones, *The Quakers in the American Colonies*. New York: W. W. Norton and Co., 1921, pág. 517.
3. John G. Whittier, editor, *The Journal of John Woolman*. Londres: Headley Brothers, 1900, pág. 13.
4. Thomas Merton, *Spiritual Direction and Meditation*, pág. 12.
5. *Ibid.*, pág. 8.
6. Dave and Neta Jackson, *Living Together in a World Falling Apart*. Carol Stream, Illinois: Creation House, 1974, pág. 101.
7. Merton, *Spiritual Direction and Meditation*, pág. 9.
8. George Fox, *The Journal of George Fox*. Londres: Headley Brothers Ltd., 1975, pág. 184.
9. Dallas Willard, *Studies in the Book of Apostolic Acts: Journey into the Spiritual Unknown*. (Esta es una guía no publicada que sólo está disponible si se solicita al autor.)

Capítulo 13

1. Harvey Cox, *The Feast of Fools*. Cambridge: Harvard University Press, 1969, pág. 12.
2. Hannah Whitall Smith, *El secreto de una vida feliz*. Puerto Rico: Editorial Betania, 1980.
3. Fénelon, *ob. cit.*, pág. 102.
4. D. Elton Trueblood, *The Humor of Christ*. New York: Harper & Row, 1964, pág. 33.
5. Cox. *ob. cit.*, pág. 11.
6. *Ibid.*, pág. 10
7. *Ibid.*, pág. 3.